

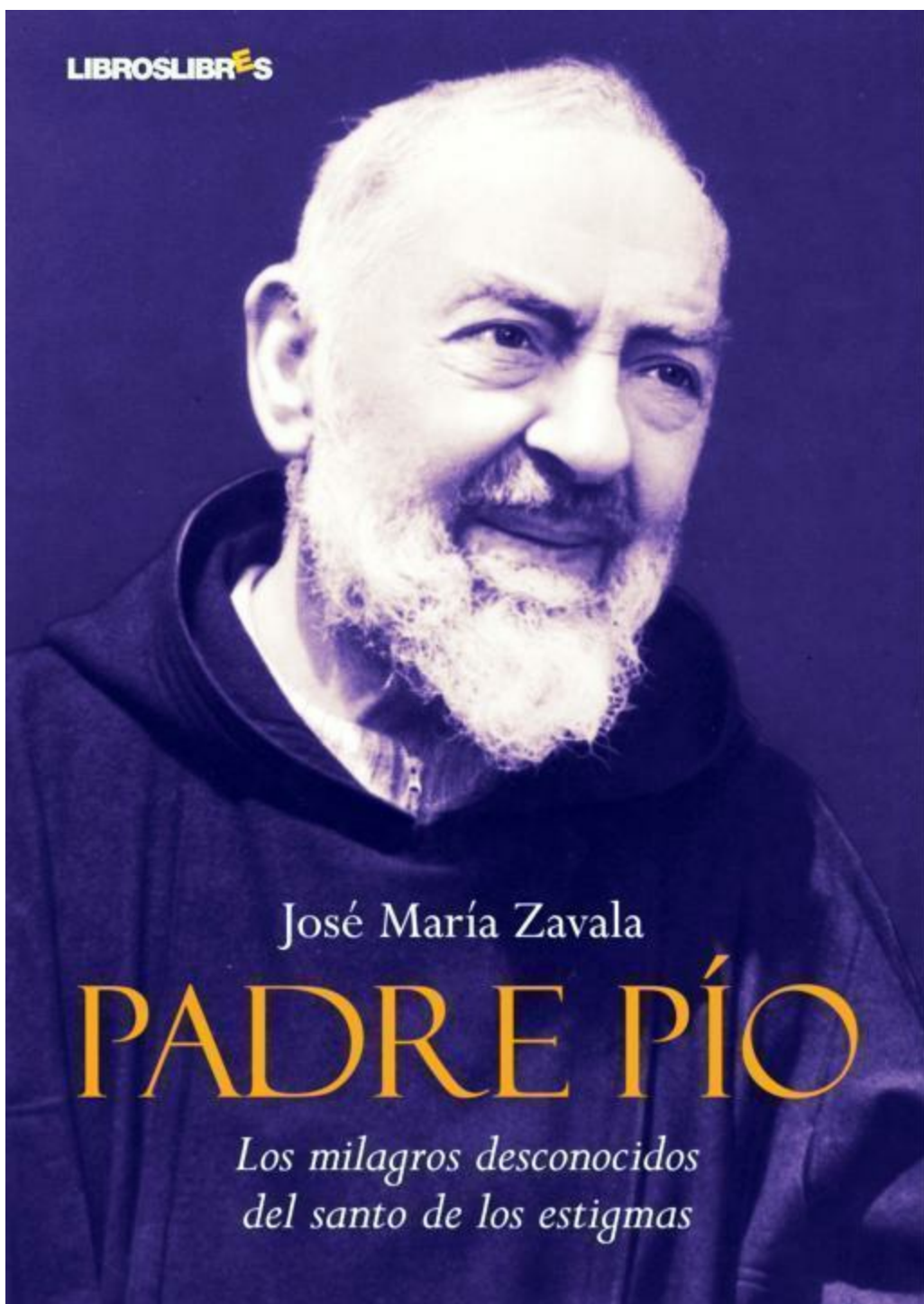
LIBROSLIBRES

José María Zavala

PADRE PÍO

*Los milagros desconocidos
del santo de los estigmas*

LIBROSLIBRES



PADRE PÍO

Los MILAGROS DESCONOCIDOS DEL SANTO DE LOS ESTIGMAS

JOSÉ MARÍA ZAVALA

PADRE PÍO

LOS MILAGROS DESCONOCIDOS

DEL SANTO DE LOS ESTIGMAS

Prólogo de Fray Elías Cabodevilla

5.a edición ampliada

LIBROSLIBRES

I E
Santa Engracia, 18, 1.º Izda.
28010 Madrid (España)
Tlf.: 34-91 594 09 22
Fax: 34-91 594 36 44
correo@libroslibres.com
www.libroslibres.com

© 2010, José María Zavala

© 2010, **I E**

Diseño de cubierta: Rudesindo de la Fuente

Primera edición: octubre de 2010

Quinta edición: julio de 2011

Depósito Legal: M-28081-2011

ISBN: 978-84-92654-70-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Composición: Francisco J. Arellano

Impresión: Cofás

Impreso en España — Printed in Spain

**A Marita, compañera del alma en este
final de viaje.**

ÍNDICE

<u>PRESENTACIÓN de Fray Elías Cabodevilla</u>	<u>1 1</u>
---	------------

PRIMERA PARTE: EL GIGANTE

<u>«¡Papá, aquí está Jesús!»</u>	<u>18</u>
<u>«¡Soy un misterio para mí mismo!»</u>	<u>21</u>
<u>Siempre la Madonna</u>	<u>24</u>
<u>El Cielo en la tierra</u>	<u>29</u>
<u>Pasión por las almas</u>	<u>33</u>
<u>Ver o no ver</u>	<u>37</u>
<u>De moribundas, nada</u>	<u>38</u>
<u>«¡Levántate y anda!»</u>	<u>40</u>
<u>Del padre al hijo</u>	<u>42</u>
<u>Más «peces gordos»</u>	<u>45</u>
<u>... algunos comunistas</u>	<u>51</u>
<u>Otros «pececitos»</u>	<u>53</u>
<u>... y «peces medianos»</u>	<u>55</u>
<u>Profecías vaticanas</u>	<u>58</u>
<u>Prodigios en tiempos de guerra</u>	<u>63</u>
<u>Saber sufrir</u>	<u>65</u>
<u>El secreto del Rey</u>	<u>68</u>

<u>Rendidos a la evidencia</u>	<u>72</u>
<u>«Viajero» incansable</u>	<u>75</u>
<u>Un encargo de la Virgen</u>	<u>79</u>
<u>Perfume embriagador</u>	<u>81</u>
<u>Éxtasis y apariciones</u>	<u>85</u>
<u>El hombre del pantalón de rayas</u>	<u>87</u>
<u>El «cosaco» visto por su víctima</u>	<u>89</u>
<u>¡Menudas nochechas!</u>	<u>91</u>
<u>Cartas indescifrables</u>	<u>94</u>
<u>El amigo infalible</u>	<u>95</u>
<u>El tránsito</u>	<u>97</u>

SEGUNDA PARTE: MILAGROS DE HOY

<u>Yo he visto al Padre Pío</u>	<u>104</u>
<u>La semilla del Amor</u>	<u>111</u>
<u>El despertador</u>	<u>113</u>
<u>De Lourdes a San Giovanni</u>	<u>115</u>
<u>Los ojos del alma</u>	<u>118</u>
<u>Soñar con él sin conocerle</u>	<u>119</u>
<u>Prodigios en cadena</u>	<u>121</u>
<u>«¡Dímelo clarito!»</u>	<u>122</u>

<u>Confesión «a lo Padre Pío»</u>	<u>124</u>
<u>«Bebé franciscano»</u>	<u>126</u>
<u>El calambrazo</u>	
<u>.....</u>	<u>127</u>
<u>«Clara 35»</u>	
<u>.....</u>	
<u>129</u>	
<u>¿Cáncer de pulmón?</u>	<u>131</u>
<u>Regalos divinos</u>	
<u>.....</u>	<u>132</u>
<u>El arma más eficaz</u>	<u>134</u>
<u>Correr, correr y correr</u>	<u>135</u>
<u>El guante prodigioso</u>	<u>136</u>
<u>Visitante nocturno</u>	<u>138</u>
<u>El globo de la esperanza</u>	<u>139</u>
<u>«Pedid y se os dará»</u>	<u>142</u>
<u>La «cigüeña» en Argentina</u>	<u>143</u>
<u>... y en Filipinas</u>	
<u>143</u>	
<u>Segunda oportunidad</u>	<u>144</u>
<u>35 segundos</u>	
<u>.....</u>	<u>149</u>
<u>El médico ideal</u>	
<u>.....</u>	<u>150</u>
<u>Compañero de quirófano</u>	<u>151</u>
<u>Siete vidas, como los gatos</u>	<u>152</u>

El caso de Elvira Serafini	154
Ni rastro del cáncer	155
El empleo	
.....	
157	
Del sida, ni hablar	157

TERCERA PARTE: MILAGROS DE AYER

Curaciones	164
Conversiones	175
Profecías	
.....	
177	
Perfumes	
.....	
192	
Escrutación de los corazones	200
Bilocaliones	206
Más prodigios	211

ANEXO PARA LA QUINTA EDICIÓN: IMPACTO SÚBITO

La sonrisa de Marta	226
El «enchufe»	231
Divino encargo	234
Embajador en el infierno	235
«Tuve un sueño...»	237
Volver a nacer	238

<u>La compraventa</u>	242
<u>Los cheques</u>	242
<u>El «príncipe azul»</u>	244
<u>Agencia «Padre Pío»</u>	245
<u>El mejor regalo</u>	246
<u>Canción de Amor</u>	249
<u>Hilo directo</u>	251
<u>Hermanas para siempre</u>	253
<u>Benditas multas</u>	256
<u>CRONOLOGÍA DEL PADRE PÍO</u>	
261	
<u>BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA</u>	263
<u>AGRADECIMIENTOS</u>	
265	
<u>NOVENA DEL PADRE PÍO</u>	
267	

PRESENTACIÓN

Las palabras previas a su libro que me pide José María Zavala constituyen una tarea sencilla. Me basta copiar y comentar las frases con las que inicia los capítulos primero y segundo de su obra.

La primera frase es sin duda profética, ya que el fraile capuchino no había cumplido aún los 35 años de edad cuando la pronunció el Papa Benedicto XV: «El Padre Pío es uno de esos hombres extraordinarios que el Señor envía de vez en cuando a la tierra para convertir a las almas»; y explica muy bien el contenido de los capítulos primero y tercero del libro. El Padre Pío de Pietrelcina fue extraordinario como hombre de Dios que buscó realizar siempre y en todo la voluntad divina; como franciscano-capuchino que intentó - son sus palabras- «ser un hijo menos indigno de San Francisco de Asís»; y como sacerdote que, a ejemplo de Cristo, vivió «devorado por el amor a Dios y el amor al prójimo».

Y fue extraordinario sobre todo por los muchos dones que recibió del Cielo y que él, cumpliendo «la misión grandísima» que se le había confiado, puso generosamente al servicio de los demás. Lo hizo a lo largo de sus 81 años de vida. Y para hombres y mujeres de toda edad y clase social de los cinco continentes.

Lo certifican los casos que presenta el autor en el capítulo tercero del libro. Son muchos más los que podemos leer en las biografías del Santo. Y sin número los que, si se lo permites, te cuentan los que conocieron en vida al Padre Pío.

La segunda frase: «Haré más ruido muerto que vivo», al parecer fue dicha por el Padre Pío como respuesta al comentario jocoso de un religioso de su Fraternidad capuchina: «Padre Pío, ¡cuánto ruido hace usted!». Tiene, como la primera, un sentido profético. Y, como aquélla, hace referencia ante todo al Señor.

Si el Padre Pío atrae hacia Cristo a muchos más después de su muerte que en vida, es porque tiene que cumplir «la misión grandísima» que Dios le encomendó para bien de los hombres hasta el final de los tiempos.

Los testimonios que el autor del libro presenta en el capítulo segundo lo acreditan con claridad. Nótese que los ha recogido de lugares muy distantes unos de otros. También que los dones que en ellos se atribuyen al Santo son muy variados. Y que algunos han tenido lugar este mismo año. No hace falta imaginación para afirmar que el autor podría haber llenado miles de páginas con testimonios similares.

Una lectura superficial de los capítulos segundo y tercero podría hacer pensar: «El

Padre Pío, ¡un santo milagrero!». ¡Nada de eso! En los testimonios que aporta el libro, a la intervención del Señor por medio del Padre Pío sigue en todos los casos el cambio de vida en quien ha recibido sus frutos. Y yo puedo garantizar que hasta ahora no he encontrado un solo caso en el que, al «regalo» concedido por Dios a través del Padre Pío, no hayan seguido o un cambio radical de vida, cuando se tomaban caminos equivocados, o un compromiso mucho más exigente y gozoso con Cristo. Y son incontables los que he tenido la suerte de conocer, tanto en los años que he pasado en San Giovanni Rotondo, ayudando en la atención pastoral a los fieles que llegaban a orar ante la tumba del Santo, como en las campañas en las que he participado para dar a conocer la vida y la espiritualidad del Padre Pío en España y en Latinoamérica.

Este libro de José María Zavala, motivado por su devoción y su agradecimiento al Padre Pío, me permite escribir con renovado convencimiento: ¡Que se prepare la persona a la que el Padre Pío beneficie con algún don extraordinario de Dios! Da lo mismo que ese don lo haya pedido ella al Santo de Pietrelcina o que éste se haya adelantado a concedérselo para cumplir su «misión grandísima».

El Padre Pío le exigirá recorrer en el futuro caminos de honradez, de pureza, de justicia, de misericordia, de solidaridad... Es lo que manifestó en cierta ocasión a María Pyle, como señala el autor del libro: «Si alguna vez he levantado un alma, ya puede estar bien tranquila, que no la dejaré caer de nuevo».

Y también: ¡Feliz esa persona, así beneficiada por el Padre Pío! Al recorrer, guiada por el Santo capuchino italiano, los caminos que he señalado, encontrará la felicidad que ansía, y descubrirá que de su corazón van saliendo muchas cosas buenas para sus hermanos y para la sociedad.

Pamplona, 23 de septiembre de 2010
42.º aniversario de la muerte del Padre Pío

Elías Cabodevilla Garde
Sacerdote capuchino
Promotor de *En la Escuela de Oración del Padre Pío*

PRIMERA PARTE

EL GIGANTE

El Padre Pío es uno de esos hombres extraordinarios que el Señor envía de vez en cuando a la tierra para convertir a las almas. BENEDICTO XV

Ella estaba allí; lo vio con sus propios ojos.

Mientras pasaba las cuentas del Rosario en la Iglesia de San Giovanni Rotondo, acompañada de otras devotas mujeres, observó a un niño de apenas diez años entrar solo en el templo; sus padres debían de aguardarle fuera.

La madre, enferma de cáncer, había implorado al marido, agnóstico, que la condujese hasta allí:

-¡Llévame a ver a ese fraile! -le rogó, aferrándose a su última esperanza.

El hombre, reacio al principio, accedió finalmente con una condición:

-Está bien, iremos, pero yo me quedaré en la puerta.

Recién llegado de Ferrara, la ciudad amurallada a orillas del Po, el matrimonio se encaminó con el pequeño hasta la iglesia donde un grupo de recias mujeres entonaban Avemarías sin desfallecer.

Giovanna, «Gianna» Vinci, era una de ellas:

-Rezábamos el Rosario horas enteras que nunca se me hacían pesadas -evoca hoy, al cabo de más de cuarenta años, durante nuestra entrevista en Roma, en mayo de 2010.

Pese al tiempo transcurrido, Gianna Vinci, hija espiritual del Padre Pío, revive la escena tanto o más conmovida que entonces:

-Vimos entrar al niño y dirigirse al confesonario del Padre Pío, que le había llamado para decirle: «¡Sal fuera y avisa a tu padre!». El crío obedeció. Instantes después observamos al padre irrumpir llorando y postrarse en el suelo de la iglesia. Enseguida comprendimos que algo extraordinario acababa de suceder...

-¿Extraordinario? -trato de adivinar.

-El niño -corroboró ella- le había dicho a la puerta de la Iglesia: «¡Papá, te llama el Padre Pío!». Pero resulta que el chiquillo, hasta ese mismo instante... ¡era sordomudo!

Gianna Vinci guarda silencio con una sonrisa casi celestial antes de añadir, maravillada:

-El padre se deslizó de rodillas por el suelo, exclamando que su hijo oía y hablaba... y que su mujer se había curado del cáncer al instante.

Aquel inocente rapaz había sido el instrumento elegido para la conversión del padre, que desde entonces bendijo al Señor con toda su alma.

Igual que Antonio D'Onofrio, natural de Foggia, en la región costera de Apulia, que con sólo cuatro años quedó corcovado como consecuencia del tifus. Años después, tras confesarse con el Padre Pío, éste le acarició sus jorobas y el muchacho caminó ya siempre erguido.

«PAPÁ, AQUÍ ESTÁ JESÚS!»

El testimonio de Gianna Vinci me recordaba al no menos estremecedor de otro niño, Joaquín, que condujo también a su padre por la senda de Jesús.

Me hallaba yo entonces en el pueblo toledano de Oropesa, dos meses después de regresar de mi viaje a Roma, San Giovanni Rotondo y Tarento, cuando al abrir el correo electrónico descubrí aquel precioso tesoro que sólo el Padre Pío y el propio Joaquín pudieron enviarme desde el Cielo el mismo día de la onomástica de Joaquín y Ana.

No en vano los protagonistas de este hermoso testimonio se llaman igual que el padre de la Virgen María.

En cuanto leí los dos folios redactados por Joaquín Hernández, natural de Santa Fe (Argentina), tuve la certeza de que debía enlazar su testimonio con el de Gianna Vinci.

Contaba él que en 2007 diagnosticaron un cáncer de hígado a su hijo de tres años. Aquel aldabonazo del destino debilitó aún más sus ya de por sí frágiles creencias religiosas. Joaquín padre no hizo más que lamentarse desde entonces, sin entender cómo el Señor podía cebarse con una criatura tan desvalida como Joaquín hijo.

El hombre decidió rebelarse así contra el Cielo: dejó de ir a Misa; tampoco confesaba ni comulgaba. Todo lo contrario que su hijito, quien, pese a su corta edad, amaba con locura a Jesús y a la Virgen.

En pleno calvario de quimioterapias, cirugías e incontables ingresos hospitalarios, el pequeño Joaquín seguía bendiciendo al Señor con todas sus fuerzas. Divina paradoja. Con cuatro años, su hígado pesaba nada menos que dos kilos, cuando el de cualquier otro niño de su edad no excedía de trescientos gramos. La muerte rondaba a Joaquín. Los médicos dispusieron un trasplante urgente, pero no había donantes. Entonces, inesperadamente, surgió uno: Joaquín padre comprendió al final que si quería salvar a su hijo debía donarle una porción de su propio hígado, compatible con el de aquél.

Poco antes había irrumpido en su hogar el Padre Pío, gracias a una buena amiga, Claudia Sutter, que les habló del santo de Pietrelcina, regalándoles estampas con una pequeña reliquia suya y una bella imagen de su rostro.

Hasta que llegó el día más temido y esperado. El propio Joaquín padre relataba con todo lujo de detalles el pavoroso combate por la vida:

«La imagen del Padre Pío estuvo presente en el quirófano durante el trasplante. El doctor Carlos Luque, hombre de mucha fe, me repetía que el Padre Pío sería el jefe del quirófano y que él nos guiaría durante las más de dieciocho horas que duraría la operación. Nos advirtió que el estado crítico de mi hijo elevaba mucho el riesgo de la intervención. Por si fuera poco, su compleja patología hacía muy peligrosa la anestesia pues el hígado era tan grande que comprimía uno de sus pulmones, encharcándolo de agua. De hecho, algunos médicos desaconsejaron la operación. Pero finalmente entramos en el quirófano a las siete de la mañana. Al cabo de dieciocho horas y media, desperté. El cirujano se me acercó para confirmar que todo había salido bien: una parte de mi hígado funcionaba ya en el cuerpecito de mi hijo».

Cuatro días después, a punto de recibir el alta, Joaquín padre siguió ingresado a causa de la fiebre. La herida se le había infectado peligrosamente. El cirujano tuvo que desprender los puntos de sutura uno a uno, dejando la incisión al descubierto. Por más antibiótico que administraban al paciente, la fiebre seguía aumentando. Preocupado por su evolución, el doctor le advirtió que debía operarle por segunda vez al día siguiente y limpiar minuciosamente la zona infectada.

«La noche en que me dijo eso -advierde Joaquín- reflexioné sobre mi fe como jamás lo había hecho antes. Ensimismado en mis pensamientos, apareció mi esposa Luciana: «Joaquín te envía esto para que le reces mucho y lo pongas bajo tu almohada», dijo, tendiéndome una estampa del Padre Pío con una reliquia de su hábito. Observé en ella señales de sangre. Era la misma estampa que mi hijo había conservado a su lado durante el trasplante. Recé con gran devoción la oración al Padre Pío y me dormí. De madrugada, desperté. Sentí una repentina mejoría, seguida de una intensa sensación de humedad en la zona de la herida. Comprobé que, durante el sueño, había drenado

gran cantidad de pus verde. Avisaron enseguida al cirujano. Tras examinarme, advertí su atónita alegría: "Yo venía para curarte pero tú has decidido hacerlo solo", me dijo.»

Días después, padre e hijo recibieron el alta. Una mañana, Joaquín padre sintió la necesidad de entrar en la Iglesia de Guadalupe para agradecer al Señor tantas gracias recibidas. Su hijo aceptó encantado. Tras persignarse con agua bendita, mostró a su padre el recipiente para que hiciese lo mismo. Luego, ambos humedecieron con ella la zona del hígado. A continuación, se instalaron en un banco para rezar.

«Antes de irnos -recuerda Joaquín-, mi hijo me asió la mano para conducirme al fondo del templo donde se hallaba la imagen del Sagrado Corazón de Jesús. Sólo exclamó: "¡Papá, aquí está Jesús!" Permaneció inmóvil frente a Él, agarrado de mi mano. No dejaba de mirarle a la cara, desde abajo, como si quisiese decirle: "Misión cumplida".»

Cuatro meses después, el chiquillo se fue al Cielo. Un nuevo tumor en el hígado segó su existencia en la tierra, donde vivió con plenitud gracias a Jesús y al Padre Pío.

La conversión de las almas se paga siempre al precio de un gran sufrimiento; en este caso, el sacrificio de un corderito.

«¡SOY UN MISTERIO PARA MÍ MISMO!»

¿Quién fue el Padre Pío sino otro corderito preparado desde niño para el sacrificio, como el mismo Jesús?

En una carta del 15 de agosto de 1916, comentaba sobre él:

«¿Qué os voy a decir de mí? ¡Soy un misterio para mí mismo!... A esta autoridad [la de Dios] me confío como el niño a los brazos de su madre»... Igual que el pequeño Joaquín.

En Tarento, ciudad al sur de Italia, en la zona costera de Apulia, a orillas del Mediterráneo, visité a monseñor Pierino Galeone en mayo de 2010.

Galeone fundó, en 1957, el instituto Siervos del Sufrimiento por expreso deseo del Padre Pío. ¿Su misión? Extender por el mundo el gran valor de la penitencia corporal y espiritual en beneficio de las almas. Personas abnegadas que ofrecen diariamente sus sacrificios, grandes y pequeños, por la conversión y los pecados de los demás. El Cielo debe ser un inmenso rebaño de esas almas.

Los Siervos del Sufrimiento están presentes hoy también en Alemania, Suiza, Austria,

Polonia, Hungría, República Checa, Eslovaquia, Liechtenstein, Camerún, Benin y Togo. Una encomiable labor de apostolado que lleva individualmente a cada miembro a prorrumpir, con el Padre Pío, «¡estoy crucificado de amor!».

Galeone vivió muchos años junto al fraile de Pietrelcina. Pocos como él supieron captar la verdadera dimensión del gigante: «Su espiritualidad era la de Jesús», resume, certero, este sacerdote octogenario con fama de santo.

«El Padre Pío -añade- ha vivido plenamente a Cristo crucificado y al Cristo resucitado lo ha hecho revivir a sus hijos: ayudando a los pobres, sanando a los enfermos y, de forma muy especial, convirtiendo a los pecadores... Él era el gran alivio para los sufrimientos humanos.»

Galeone sintió en propia carne ese mismo «alivio del sufrimiento»:

«Conmigo hizo un milagro -explica-. En la Segunda Guerra Mundial no tenía yo qué comer. Había crecido mucho y la desnutrición hizo que acabase enfermando de tuberculosis. Todos los días tosía sangre. Para que cicatrizara la herida del pulmón y éste no se moviese, bombeaban aire en su interior. Acabada la guerra, en 1945, los periódicos se hicieron eco de los milagros del Padre Pío. Dos años después, el juez del pueblo nos llevó a mi madre y a mí a San Giovanni Rotondo. Al verle por primera vez, no le dije nada. Yo era seminarista; estudiaba primero de Teología. Entonces, inesperadamente, él me pasó las yemas de los dedos por el pecho. Pensé que estaba acariciándome. Pero me dijo: "¡Podrás morirte de lo que sea, menos de aquí!" Y así fue: quedé curado enseguida.»

Su testimonio fue incorporado luego a la causa de canonización del Padre Pío.

La capacidad de sufrimiento del santo de Pietrelcina no tenía límites. Galeone recuerda que un periodista le dijo una vez, apiadándose de él:

-¡Cuánto sufre usted, Padre!... ¿Por qué no me da un poquito de su sufrimiento?

Él, muy seguro, contestó:

-Si te diera una pizca de lo que sufro, morirías.

Cleonice Morcaldi, una de sus hijas predilectas, contó a Galeone que en el último año de vida del Padre Pío, postrado ya en silla de ruedas, un día le imploró:

-Padre, ¿por qué no me hace vera Jesús?

-¡Pero hija mía! -se extrañó él-, ¿todavía no has entendido que viéndome a mí, ves a Jesús?

¿Quién era realmente el Padre Pío? ¿Otro Cristo sobre la Tierra?

A fin de cuentas, él hizo lo mismo que Jesús, como advertía Galeone: consoló a los pobres, sanó a los enfermos, convirtió a los pecadores... Predicó la doctrina de Dios, haciéndola suya; obró milagros, se aferró con infinito Amor a la Cruz para salvar también a la Humanidad...

«He visto a Dios en un hombre», dijo un célebre abogado de París tras conocer en persona a Juan María Vianney, el santo cura de Ars.

¿No podía decirse acaso lo mismo de San Pío de Pietrelcina?

Anita Unia compuso una entrañable biografía de Lucía Fiorentino, alma excepcional que tuvo frecuentes fenómenos místicos, entre ellos el de las locuciones con Jesús. En su diario, fechado en San Giovanni Rotondo, Lucía anotó el 19 de agosto de 1923 lo siguiente:

«Jesús me ha dicho: ¿Te acuerdas de cuanto te manifesté en 1906, durante tu enfermedad? Sí, lo recuerdo -le he contestado. Jesús me había anunciado entonces que vendría de lejos un sacerdote simbolizado por un gran árbol que se desarrollaría en aquel convento; árbol tan grande y arraigado que su sombra cubriría todo el mundo. Quien con fe se refugie bajo él, obtendrá la verdadera salvación. Por el contrario, quien se burle o lo desprecie será castigado. Ahora comprendo que este árbol es el Padre Pío, que tiene una importante función que cumplir para la salvación de la Humanidad.»

El Padre Pío, naturalmente, también hablaba con Jesús:

«Él me quiere mucho -aseguraba al padre Agostino de San Marco in Lamis, el 21 de marzo de 1912- y me aprieta cada vez más contra su pecho. Ha olvidado mis pecados y hasta se diría que solamente se acuerda de su misericordia... Todas las mañanas viene a mí y vuelca en mi pobre corazón las efusiones de su bondad... Este Jesús casi siempre me pide amor. Y mi corazón, más que mi boca, le responde: "¡Oh, Jesús mío!, quisiera..." Y no puedo continuar. Pero al final exclamo: "¡Sí, Jesús, te amo! En este momento me parece amarte y siento la necesidad de quererte más aún pero, Jesús, no tengo ya más amor en el corazón. Tú sabes que te lo he dado todo a Ti. Si quieres más amor toma mi corazón, llénalo de tu Amor y luego mándame amarte, que no rehusaré; al contrario, te ruego que lo hagas, yo lo deseo".»

Durante la oración, y especialmente en la Sagrada Comunión, el Padre Pío derramaba tantas lágrimas que llegaba a formar en el suelo un «poci to», en expresión de su entonces preceptor Antonio de San Giovanni Rotondo.

Al preguntarle éste por el don de lágrimas, su discípulo se limitó a responder: «Lloro mis pecados y los de todos los hombres».

¿El Padre Pío, corredentor?

SIEMPRE LA MADONNA

En el convento de San Giovanni Rotondo formulé a fray Paolo Covino, el sacerdote que administró la Extremaunción al Padre Pío en el instante de su muerte, esa misma cuestión que me inquietaba: ¿Quién fue realmente el Padre Pío?

Fray Paolo convivió muchos años con él; tuvo incluso la fortuna de ocupar su misma celda en el noviciado de Morcone.

En el ocaso de su vida, ya con 92 años, agarrado a un andador de aluminio, don Paolo me respondió con la sonrisa inefable de un niño:

«El Padre Pío era un hombre de Dios. Rezaba por quien no rezaba. Apenas comía ni bebía. Llevaba siempre en la mano el Santo Rosario, su arma más poderosa contra el enemigo, la cual empleaba sin descanso. Llegaba a rezar quince o veinte Rosarios completos al día [de 150 Avemarías cada uno]. Él decía: "Haced amar a la Virgen. Ella os escuchará. Rezad el Rosario todos los días y Ella lo pensará todo".»

Claro que una vez el superior le preguntó cuántos Rosarios rezaba al día. Y él, obediente hasta la sepultura, le respondió: «Bueno, a mi superior debo decirle la verdad: he rezado treinta y cuatro».

Guardaba rosarios por todas partes: bajo la almohada, en la mesilla de noche, en los bolsillos... Una tarde, estando enfermo en la cama, como no encontraba el suyo, exhortó al padre Honorato de San Giovanni Rotondo: «¡Muchacho, búscame el arma!, ¡dame el arma!».

Al obispo italiano Pablo Corta, que le visitó acompañado de un amigo suyo, oficial del ejército transalpino, le respondió sonriente cuando aquél le pidió en broma un billete al Cielo para el militar:

-¡Para entrar en el Paraíso se requiere algo muy importante! Hay que contar con el

billete de acceso a la Santísima Virgen. Si esto se logra, lo habremos conseguido todo. Ella es la Puerta del Cielo. El billete que te permite ingresar en el Paraíso es el Santo Rosario.

¡Qué instrumento tan eficaz el Santo Rosario...!

Gianna Vinci me cuenta que su madre lo rezaba todos los días mientras residían en el feudo comunista de Ferrara:

«Mi familia -se lamenta ella- estaba destruida por el pecado. Era maravillosa pero, cuando el pecado irrumpió en ella, se dividió. Mi padre abandonó así a mi madre, dejándola sola con mi hermana y conmigo. Fue entonces cuando mi madre oyó hablar del Padre Pío: "Tengo que ir a conocer a ese fraile", nos dijo un día. Viajó, en efecto, a San Giovanni Rotondo para confesarse con él. Nada más verla, éste le dijo: "¡Por fin has venido, hija mía! ¿Sabes quién te ha salvado? El Rosario que rezas todos los días. A partir de ahora ya nunca te abandonaré".»

Gianna siguió la estela de su madre. Tenía ocho años y el Padre Pío alrededor de 57, la primera vez que le vio:

«Como era tan menuda -explica-, logré abrimme paso entre la multitud y llegar hasta el corredor por el que solía dirigirse a la clausura tras la Santa Misa. En cuanto le vi, pensé que debía parecerse mucho a Jesús, con el rostro tan hermoso e iluminado. Luego tuve un encuentro con él. Temblaba de miedo. En la estancia sólo había una banqueta, junto a la imagen de San Francisco. El Padre me miró con tanto amor, que el miedo desapareció al instante. Mi madre le dijo: "Padre, es mi hija". Y él contestó, bromeando, por lo pequeña que era: "¿Dónde está?" Jamás olvidaré cuando me indicó, con su mano enguantada, que me acercase hasta él. Obedecí tímidamente; al llegar a su altura, puso una mano en mi cabecita, diciendo: "Que Dios le toque el corazón". Supe enseguida que se refería a mi padre. Entonces, sentí que Dios existía.»

Fray Paolo Covino conoció al Padre Pío con una edad semejante a la de Gianna: a los siete años. Su madre, terciaria franciscana, le contaba los increíbles prodigios que obraba en San Giovanni Rotondo, adonde había llegado el 28 de julio de 1916.

Enclavado en la pequeña península del monte Gargano, donde se levanta el santuario en honor del arcángel San Miguel, en las estribaciones del mar Adriático, poco antes de adentrarse en el golfo de Manfredonia, el convento de San Giovanni fue la única residencia del Padre Pío durante cincuenta años.

La ruta hacia San Giovanni Rotondo se convierte inevitablemente para muchos en el

camino de Damasco por el que millares de pecadores retornan al Señor. Hombres, mujeres y niños de todas las clases sociales, ideologías y religiones peregrinan allí en busca de paz para sus almas. San Giovanni es hoy, más que nunca, un nuevo Ars.

Don Paolo sigue desgranando sus recuerdos:

«Yo acudía a visitarle allí todas las mañanas y tardes. En cierta ocasión, al ver una reproducción de la Sábana Santa en una de las paredes del convento, él me explicó: "Ésta es la imagen del lienzo sagrado que envolvió el cuerpo de Jesús tras su muerte". Al crecer, comprobé que así era.»

En Roma tuve la fortuna de conocer también a una criatura angelical: sor María Francesca Consolata. Pese a sus 95 años, esta monja de clausura convertida por el Padre Pío aparenta mucha menos edad, a juzgar por su pasmosa vitalidad, la contagiosa alegría y el sello inconfundible de las almas de Dios.

Debo reconocer que, en cuanto la vi, pensé en la Virgen María, convencido de que sin la inocencia de sor Consolata resultaba muy difícil alcanzar el Cielo. Me miró con una increíble ternura y durante casi toda la entrevista mantuvo su pálida mano aferrada a la mía.

Mientras me dirigía al convento para entrevistarla, una persona me advirtió que tuviese cuidado al registrar la conversación, pues alguien antes que yo había sufrido la gran decepción de comprobar luego que su cinta magnetofónica estaba completamente en blanco. «El demonio decidió jugarle una mala pasada», aseguró.

Por si acaso, recé para que eso no sucediese. Nada más verla, comprendí por qué Satanás odiaba tanto a esa mujer virginal. Su relevancia en la vida del Padre Pío hizo que la llamasen como testigo fundamental en su proceso de canonización.

«Me obligaron a participar, porque decían: "Esto sólo puede saberlo sor Conso ata » - comenta, risueña.

De hecho, ella fue la primera religiosa que se incorporó al hospital del Padre Pío (Casa Solievo della Sofferenza) en 1955, donde permaneció por espacio de veinte años, hasta 1975, en que decidió entrar en clausura.

-¿Por qué se retiró del mundanal ruido? -inquiero.

-Esa pregunta la responderé en el Paraíso -sonríe, enigmática.

Y apostilla:

-La razón por la que entré en clausura sólo la saben Jesús y el Padre Pío. Nadie más...

La primera vez que vio al Padre Pío, en 1949, era religiosa hospitalaria de los Apóstoles del Sagrado Corazón de Jesús.

«Aunque, en realidad -puntualiza ella-, mi primer encuentro formal con él se produjo la mañana del 23 de septiembre de 1955 [el mismo día que, trece años después, fallecería el Padre Pío]; nos presentó el padre Carmelo de Sessano. Luego, en noviembre, hice con él mi primera confesión.»

En una de esas confesiones, le dijo a él precisamente:

-¡Padre, cuánto sufro porque desearía amar a la Virgen como usted!

Él, conmovido, contestó:

-Hija, el dolor también es mío, porque no la amo como debiera. Recemos juntos para que Dios nos conceda la gracia de amar a María.

«Cuando alguien -recuerda sor Consolata- comentaba al Padre Pío que le había concedido una gracia, él respondía, enojado: "¡Cómo! ¿Es que no sabes que las gracias las consigue la Virgen María?"»

Muchas veces, la Santísima Virgen acudía a su Misa:

«Yo no lo creía al principio -admite ella-, pero una mañana, hallándome muy cerca del Padre Pío, observé que giraba la cabeza a la derecha y la miraba; recuperada su posición normal, cerraba entonces los ojos. Comprendí que era a la Virgen a quien veía».

La Señora salvó al Padre Pío de una muerte casi segura.

El 5 de agosto de 1959 su vida corría peligro a causa de una pleuritis exudativa que le mantenía en cama desde hacía meses.

Aquel día, la imagen de la Virgen de Fátima peregrinó excepcionalmente en helicóptero hasta San Giovanni, en atención al Padre Pío.

El 6 de agosto, poco antes de que la talla mariana abandonase el convento, llevaron al Padre Pío a venerarla en silla de ruedas. A los pies de la Señora, cuya imagen descendió hasta su rostro, la besó mientras lloraba, y puso en sus manos un rosario bendecido por él mismo. Luego, le subieron a la celda por temor a que sufriese un colapso.

Tras visitara los enfermos en la Casa Alivio del Sufrimiento, la imagen de la Virgen de Fátima fue conducida hasta la terraza, donde aguardaba el helicóptero listo para partir.

El padre Raffaele de S. Elías en Pianisi fue testigo ocular de cuanto allí sucedió. Enterado de su partida, el Padre Pío pidió que le dejaran despedirse de Ella por segunda vez. Lo llevaron así hasta el coro de la nueva iglesia donde, asomado a una de las ventanas, vio a la Virgen elevarse sobre el cielo entre los vítores ensordecedores de una multitud de fieles.

Emocionado de nuevo, con una fe enorme y lágrimas en los ojos, prorrumpió: «¡Madre mía, vinisteis a Italia y yo enfermé; ahora os marcháis y me dejáis todavía enfermo!».

Dicho esto, bajó la cabeza mientras su cuerpo era sacudido por una convulsión.

«El Padre Pío -evocaba fray Raffaele- recibió entonces la gracia, sintiéndose repentinamente bien. Al día siguiente, quiso celebrar ya Misa pero casi todos se lo desaconsejaron. Por la tarde, llegó providencialmente el profesor Gasbarrini. Tras examinar minuciosamente al enfermo, concluyó que estaba clínicamente curado. Nos dijo a los padres presentes, entre quienes me encontraba yo: "El Padre Pío está bien y mañana puede celebrar Misa sin impedimento alguno". ¡Qué inmenso júbilo fue para todos nosotros y para el pueblo! Pronto se difundió la noticia de que la Virgen de Fátima había devuelto la vida al Padre Pío. Desde aquel día, él reanudó toda su actividad apostólica. No faltó, sin embargo, quien intentó negar el milagro. Pero él decía: "Si lo sabré yo, si estoy o no curado; si fue un milagro de la Virgen es a mí a quien corresponde juzgarlo". Luego, cada vez que relataba el portento, era incapaz de aguantar el llanto.»

EL CIELO EN LA TIERRA

La Virgen le conducía inexorablemente hacia Jesús, acompañándole incluso al pie del altar cuando celebraba la Santa Misa, como advertía sor Consolata; igual que hizo con su Hijo amado en la cruz.

La Santa Misa -«el Cielo en la tierra», en palabras de Juan Pablo II constituía así el gran volcán de su vida interior.

«Era el centro y la fuente de toda su espiritualidad -consignaba Carol Wojtyla-: "En la Misa -solía decir el Padre Pío- está todo el Calvario". Los fieles congregados en torno a su altar quedaban profundamente impresionados por la intensidad de su inmersión en el Misterio, y percibían que el Padre participaba personalmente en los sufrimientos

del Redentor.»

Domenico Mirizzi, capuchino misionero en Mozambique, proveniente de los Grupos de Oración del Padre Pío, me recuerda en Roma lo que éste solía decir a propósito del sacerdote: «Si yo hubiese sabido, antes de ordenarme, qué significaba realmente serlo jamás hubiese aceptado, pues él mata a Jesús sobre el altar cada día».

En el convento de San Giovanni, a escasos metros de donde el Padre Pío celebraba la Santa Misa, fray Paolo Covino revive ahora la infinita agonía del Gólgota:

«Era todo un acontecimiento. Tan sólo dos minutos después de que el Padre Pío abriese las puertas de la iglesia, reinaba ya el máximo silencio. Se quitaba los guantes y me los entregaba. Luego, sonaba la campana. San Francisco iba delante, seguido de muchos santos franciscanos; a continuación venía la Virgen con legiones de ángeles. Iniciada la Misa, cuando el Padre Pío entonaba el Mea Culpa, se golpeaba el pecho tan fuerte que se oía en toda la Iglesia, como si fuese el mayor pe cador del mundo. Durante la celebración, el Padre Pío era flagelado y coronado de espinas. En la Comunión, moría. Veinte minutos después, bendecía a todos los fieles y regresaba a la sacristía, donde yo le devolvía los guantes.»

Fray Paolo permanece ensimismado unos instantes, antes de añadir con humildad: «Estas visiones, durante la Misa, las tenían las almas buenas; yo no las tenía...»

Don Pierino Galeone comparte también conmigo aquel majestuoso espectáculo del alma:

«En la Misa del Padre Pío vi a Jesús. Yo ayudaba al Padre Pío muchas veces mientras celebraba. En una ocasión, antes de impartir la Comunión, hallándose aún en el altar, se giró y pude ver a Jesús... ¡Él estaba allí, en persona, para repartir la Comunión! Jamás le pregunté al Padre Pío cómo sucedió semejante prodigio. Comprendí, sencillamente, que era Jesús a quien yo había visto. Me encantaba contemplar al Padre Pío dando la Comunión, pues su rostro se transfiguraba en una increíble belleza. Al principio, la Misa duraba dos horas y media; el tiempo más largo era para la Comunión. Durante la Consagración, él participaba de los sufrimientos de Jesús. En la comunión se producía un cambio de vida: él entregaba su vida a Jesús y éste se la devolvía. "Yo vivo muerto", decía el Padre Pío. Y añadía: "No sé cómo es que vivo".»

El padre Vicente de Casacalenda, que trató también al Padre Pío, daba fe de aquella sorprendente transformación:

«Después de la elevación y de la consagración era cuando podía observarse en aquel rostro algo verdaderamente insólito. ¡No se sabía qué! Pero allí había ocurrido algo. Muchos de los presentes, subyugados, terminaban por comentar entre sí: "¡Pero si parece el mismo Jesús!". Y seguían todos atentos, sin pestañear, como en suspenso, medio evadidos de este mundo y sumidos en la contemplación de un algo que no veían, pero cuya existencia palpaban.»

Sin la Eucaristía, el Padre Pío no concebía la vida. Cuando alguien le confesaba su distracción durante la Santa Misa, no vacilaba en reprenderle:

«¡Pero hijo mío, esto te ha sucedido porque no sabes qué es la Misa! La Misa es Cristo en el Calvario, con María y Juan a los pies de la cruz, y los ángeles en permanente adoración... ¡Lloremos de amor y de adoración en esta contemplación!»

Pasaba días enteros, e incluso a veces más de un mes, sin tomar otro alimento que las especies eucarísticas.

El testimonio del padre Fortunato de Marzio, que convivió trece años con él, ocupando la celda número cuatro, contigua a la suya, que era la cinco, resulta de gran valor para acercarse al gran misterio de su Misa:

«A las tres de la madrugada, se levantaba; se aseaba rápidamente y luego se ponía en oración en su misma celda. A las cuatro en punto estaba ya en el altar, fuese invierno o verano. Al implantarse la hora legal y ante la insistencia de los superiores, pospuso su Misa hasta las cinco, que es la hora que se hizo célebre en San Giovanni debido a la concurrencia de gentes que aguardaban a la entrada de la pequeña iglesia.

»En los primeros años, cuando celebraba en privado, era frecuente que su Misa durase tres horas. Ante las insinuaciones de los superiores, ante el agobio de las confesiones y debido también a sus padecimientos y dolores físicos, que aumentaban con la edad, redujo mucho la duración de la celebración; sobre todo, en los últimos años de su vida.»

El padre Tarsicio de Cervinara, amigo entrañable de nuestro protagonista, compuso un admirable librito titulado La Misa del Padre Pío, del que extraemos este revelador diálogo:

«-¡Padre Pío! ¿Cómo puedes mantenerte tanto tiempo en pie ante el altar?

»-¿Cómo? ¡Pues como se mantenía Jesús en la Cruz!

»-Entonces, ¿te sientes suspendido, clavado en la Cruz como Jesús, durante el

tiempo de la Misa?

»-¿Pues cómo quieres que esté?

»-¿En la Santa Misa mueres también con Jesús?

»-¡Místicamente, sí! ¡En la Sagrada Comunión!

»-¿Qué es lo que te produce la muerte?

»-La intensidad del dolor y del amor; las dos cosas juntas, pero principalmente el amor.

»-¿En qué horas del día es más intenso tu sufrimiento?

»-¡Clarísimo: durante la celebración de la Santa Misa!

»-¿El resto del día tienes los mismos sufrimientos que al celebrar la Santa Misa?

»-¡Pues estaríamos arreglados! ¿Cómo iba a poder trabajar entonces? ¿Cómo iba a poder ejercitar el ministerio?

»-¿Cuánta gloria crees que das a Dios en la Santa Misa?

»-¡Una gloria infinita!

»-¿Cómo tenemos que oír la Santa Misa?

»-Como la oyeron en el Calvario la Santísima Virgen y las piadosas mujeres; del mismo modo, a ser posible, que el apóstol san Juan...

»-¿Qué frutos recibimos al oír la Santa Misa?

»-¡Ah! ¡Esto no se puede calcular! ¡Según tu devoción! ¡En el Paraíso lo sabrás!»

Finalmente, el padre jesuita Domingo Mondrone glosaba así el verdadero significado de la Misa para el Padre Pío:

«Jesús estaba en él y con él, vivo y sufriente, presente y operante, para darle fuerzas y fecundidad de bien. El Padre Pío, heroico en el sufrimiento, incansable en el trabajo, estuvo elevadísimo en la unión con Dios. Yo lo retendría entre los más grandes místicos de nuestros días. Modelo excepcional de devoción al Misterio eucarístico y a la Pasión, consigue que su Misa sea el centro de atracción de las almas venidas a San

Giovanni Rotondo.»

El Padre Pío, pescador de almas...

PASIÓN POR LAS ALMAS

Resulta imposible iluminar al gigante sin indagar en sus profundas raíces.

Nacido el 25 de mayo de 1887, miércoles, a las 17 horas en Pietrelcina (Benevento), en la casa familiar de Vico Storto Valle, 27, Francesco Forgione di Nuncio, como se le bautizó en la iglesia arciprestal de Santa María de los Ángeles, prometió con sólo cinco años «fidelidad» a San Francisco de Asís.

A esa misma edad, sabemos por su futuro director espiritual, Benedetto de San Marco in Lamis, que se le apareció el Sagrado Corazón de Jesús en el altar mayor de la iglesia, indicándole que se acercase hasta él para bendecir con su santa mano la cabeza del pequeño en agradecimiento por haberle consagrado su amor.

Los padres de Francesco, Grazio María Forgione y María Giuseppa di Nuncio, eran campesinos de la Italia profunda que mantenían laboriosamente a sus siete hijos, dos de los cuales fallecieron a temprana edad.

El Padre Martindale aseguraba que Grazio y María Giusseppa recordaban extraordinariamente en sus facciones, amabilidad y acogida a los padres de Jacinta y Francisco, los videntes de Fátima.

El futuro Padre Pío era un niño normal, que jugaba con sus amigos y obedecía a sus padres. Claro que en alguna ocasión el pequeño espetó a su madre: «No quiero ir con este niño porque es blasfemo».

Evitaba así las malas compañías que ofendían a Dios. Varios vecinos le vieron rezar el Rosario con nueve o diez años mientras pastoreaba las ovejas. A veces sufría con paciencia encomiable las burlas de algún compañero.

Desde su más tierna infancia grabó en su alma la huella de Dios, tanto para la penitencia como para la oración.

Asiduo acólito, rezaba siempre de rodillas con gran recogimiento; incluso a puerta cerrada, con la complicidad del sacristán, con quien quedaba a una hora concreta para que le abriese la puerta del templo sin que nadie más se enterase.

El sacerdote Giuseppe Orlando testimoniaba los sacrificios del bambino, a quien

reprendió más de una vez por dormir en el suelo con una piedra como almohada, rechazando la cama que su madre le había preparado con esmero.

Uno de sus compañeros de pastoreo, Ubaldo Vecchiarino, confesó que una noche invernal se acercó con varios amigos a casa de Francesco para espiarle a través de la ventana: su habitación estaba a oscuras, pero oyeron los golpes de alguien que parecía azotar su cuerpo con un cordón de cáñamo.

Su propia madre le sorprendió varias veces flagelándose la espalda con una cadena de hierro hasta sangrar. Preocupada por su salud, decidió preguntarle otro día por qué lo hacía. Él respondió: «Debo golpearme como los judíos lo hicieron con Jesús».

Semejante sed de sufrimiento no obedecía a un propósito masoquista. Todo lo contrario: era el niño quien decidía abrazar la Cruz de Cristo, como lo haría de adulto, para expiar sus propios pecados y los de gran parte de la Humanidad. El sufrimiento físico, y sobre todo el moral, tenían por tanto el mismo sentido que Jesús les dio al extender los brazos en la Cruz para redimir al mundo. La mortificación escondida constituyó siempre para el Padre Pío la piedra de toque del Amor, con mayúscula. Amor a Jesús, primero, y a los demás como consecuencia de aquél. En una palabra: Caridad.

Sor Consolata me comenta sobre él:

«Era el cantor de la misericordia de Dios. Él mismo solía decir: "He sido portador de la misericordia de Dios, pero el número de convertidos lo sabremos sólo en el Cielo"».

Su humildad era proverbial. Cierta día, la religiosa le dijo:

-Padre, cuando rezo por usted no sé qué pedir...

-¿No sabes qué pedir? -se extrañó él. Yo te lo diré. Di al Señor: «Haz que este pobre desgraciado haga siempre Tu voluntad».

Y añadió, con lágrimas en los ojos:

-Te lo repito; cuando quieras rezar por mí pide solamente esto: «Que este pobre desgraciado haga siempre Tu voluntad».

«¡Pobre de mí! -se lamentaba el Padre Pío por carta, el 6 de noviembre de 1919-. ¡Pobre de mí! No puedo encontrar reposo. Cansado, inmerso en la más extrema angustia, en la más desesperada desolación. Vivo en la angustia más angustiada, no ya por no poder encontrar a mi Dios, sino por no poder ganar a todos los hermanos para Dios. Sufro y busco en Dios la salvación para ellos... ¡Qué terrible cosa es vi vir del

corazón! Esto obliga a morir en cada uno de los momentos y de una muerte que no llega nunca a hacerme morir, sino para vivir muriendo y muriendo vivir».

¿Sufrir? ¿Para qué? ¿Por quién?

Sufrir para renovar la Pasión de Jesús. Su continua experiencia mística, bendecido por tan admirables dones, tenía precisamente como fin aumentar su capacidad de sufrimiento, como advertía el cardenal Giuseppe Siri.

Sufrir por todos, sin excepción. «No he venido a salvar a los justos, sino a los pecadores», dijo el Señor.

Muchos «peces gordos», como el Padre Pío solía llamar a los grandes pecadores, mordieron el anzuelo de la conversión gracias al infalible cebo del sufrimiento escondido.

Mary Pyle, una protestante americana que permaneció muchos años junto a él en San Giovanni Rotondo tras convertirse al catolicismo, y que a su muerte legó toda su fortuna a la Iglesia y al convento de capuchinos de Pietrelcina, ahondaba en ese mismo afán de capturar almas para el Señor, durante su encuentro con la publicista María Winowska:

«El Padre Pío es un especialista en "peces gordos", como se dice vulgarmente. Pero no lo olvide: cuando él se hace cargo de uno, es para siempre. En cierta ocasión, me decía: "Quando io ho sollevato un 'anima, non la lascio ricadere più"; "Si alguna vez he levantado un alma, puede estar muy tranquila, que no la dejaré caer de nuevo".»

También «levantó el alma» de Domenico Tizzani, «un excelente maestro», en palabras del Padre Pío, que le impartió clases particulares durante tres años hasta completar la enseñanza elemental.

El profesor había abandonado su ministerio sacerdotal para convivir con una mujer que le dio una hija. Años después, ordenado ya sacerdote, el Padre Pío pasó junto a la casa de su antiguo maestro en Pietrelcina. A la entrada, vio llorar desconsolada a una joven mujer. Era su única hija. Enterado de que su padre agonizaba, no vaciló en socorrerle pese a su condición de excomulgado.

El último reencuentro entre profesor y alumno fue un calco de la parábola evangélica del hijo pródigo. Ambos lloraron de inmensa alegría: Domenico, arrepentido de sus pecados; su confesor, agradecido al Señor por su retorno al redil.

Días después, Domenico entregó su alma a Dios en medio de una paz infinita.

¡Cuántas veces, a lo largo de su vida, el Padre Pío se ofreció al Señor por los demás

como un cordero pascual!

Las locuciones con personajes celestiales traslucen su pasión incondicional por las almas. Copiadas y transmitidas por el Padre Agostino de San Marco in Lamis, la del 28 de noviembre de 1911 dice, por ejemplo, así:

«¡Oh, Jesús! ¡Te recomiendo aquella alma! Debes convertirla. ¡Oh, Jesús! Te recomiendo aquella persona: conviértela, sálvala. ¡Oh, Jesús! Convierte a aquel hombre; te ofrezco por él todo mi propio ser.»

Al día siguiente, volvía de nuevo a la carga:

«¡Dios mío! ¡No le castigues! ¡Tampoco a nuestros sacerdotes les castigues! ¡A nuestros superiores ayúdalos también! ¡Oh, concédele esta gracia! ¡Te he de cansar! ¡Tú debes decir que sí! ¡Si se trata de castigar a los hombres, castígame a mí! Debes ayudar a los sacerdotes, principalmente en nuestros días...»

A una de sus hijas espirituales, le escribía: «¿Cómo puedo olvidarte a ti, que me has costado tan duros sacrificios y a quien he engendrado para Dios entre agudos dolores?».

Y a un joven, llegado a San Giovanni desde el confín del mundo, le recordaba: «Yo te rescaté al precio de mi sangre».

¿No se dice acaso en la carta a los Hebreos, «sin efusión de sangre no hay remisión»?

El Padre Pío hizo suya esta frase de Paulo de Tarso a los Gálatas: «Hijos míos, por quienes padezco otra vez dolores de parto hasta que Cristo esté formado en vosotros».

Sabía perfectamente que la principal causa de tantos fracasos en las obras de apostolado era la pretensión de ganar almas para Cristo sin sacrificio personal.

VER O NO VER

Sin sufrimiento, tampoco había curaciones...

María Winowska, Leandro Sáez de Ocáriz, Francisco Sánchez-Ventura y otros tantos autores daban fe de un nuevo prodigio suyo con la niña Ana María Gemma di Giorgi, quien, pese a nacer ciega y sin pupilas, recobró la vista al comulgar de manos del Padre Pío el 18 de junio de 1947.

Años después, concluida la enseñanza secundaria, se vio a la joven pasear del bracete

de su abuela por San Giovanni. Preguntado por su curación, el Padre Pío puntualizó: «No me mezcléis en este asunto... No fui yo sino la Madonna».

Pero dejemos a la protagonista, Ana María Gemma di Giorgi, que explique cómo empezó todo:

«Yo nací precisamente en la Nochebuena de 1939, noche santa que conmemora el nacimiento del Niño Jesús. Mis padres afirman que mis ojos estaban medio cerrados, pero no percibieron en ellos nada anormal. Fue a los tres meses, aproximadamente, cuando mi madre, mientras me bañaba, notó que mis ojos no reflejaban su imagen como en los otros niños; reparó entonces en que carecía de pupilas. Espantada, se precipitó con mi abuela en casa del médico, quien me llevó luego a dos especialistas que no dudaron en declararme ciega por falta de pupilas. Mi madre tenía entonces dieciocho años y, aunque bastante inteligente, no comprendía en su ingenuidad lo irremediable de mi mal. Mi abuela, en cambio, consciente de mi oscuro destino, comprendió que la única esperanza de curación dependía de un milagro del Cielo. Como tenía muy pocos meses, yo no me daba cuenta de lo que me pasaba, por lo que ruego a mi abuela que continúe este relato, explicando cómo el Señor tuvo la bondad de concederme la vista por intercesión del Padre Pío de Pietrelcina.»

La abuela conoció entonces, por una monja, la existencia del Padre Pío.

Soñó con el fraile la noche siguiente y decidió escribirle a San Giovanni Rotondo, relatándole la odisea de su nietecita.

Entre tanto la religiosa, que ya había escrito al Padre Pío, recibió poco después una postal suya que decía: «Te aseguro que rezaré por la niña, pidiendo lo que más le convenga».

Abuela y nieta se encaminaron finalmente a San Giovanni, donde tuvo lugar el prodigio, como ya sabe el lector. Los médicos aseguraron que, sin pupilas, la niña no podía ver. Pero lo cierto era que la pequeña veía perfectamente y consagró su vida a Dios, cambiando su nombre por el de Ángela de la Divina Misericordia.

Como ella, Grazia Siena, ciega de nacimiento, también recuperó la vista al cabo de veintinueve años por intercesión del Padre Pío.

El mismo fraile que medió en la curación de Gemma y de Grazia, optó en cambio por el más absoluto mutismo con el ciego Petruccio, a quien todo el mundo conocía en San Giovanni Rotondo en los años sesenta.

El Padre Pío, que amaba a Petruccio, le dijo un día:

-¡Tú sabes que hay muchos en el mundo que pecan por sus ojos...!

A lo que el pobre ciego repuso:

-Entonces, Padre: que el Señor tome los míos... Se los ofrezco por todos los pecadores.

Desde aquel día, el Padre Pío guardó a Petruccio como el máspreciado tesoro para la expiación de las almas.

DE MORIBUNDAS, NADA

Las curaciones provenían incluso del otro lado del Atlántico, como la de la Madre Teresa Salvadores, superiora del taller-escuela de la Medalla Milagrosa de la Ciudad de Montevideo, en Uruguay.

El converso Alberto del Fante recordaba que esta monja se debatía entre la vida y la muerte a principios de 1921. El informe médico era descorazonador: la paciente adolecía de una grave afección cardíaca, con lesión en las aortas, unida a otros gravísimos problemas gástricos originados por un cáncer de estómago que le carcomía las entrañas.

La religiosa no podía moverse de la cama si no era con ayuda de sus hermanas; tampoco toleraba ya ninguna clase de medicamento, salvo las inyecciones de morfina que retardaban su agonía.

En noviembre de aquel año, la comunidad escribió al Padre Pío pidiéndole un milagro, mientras la enferma aguardaba ya resignada su final, habiendo renunciado incluso a la morfina.

La Providencia no tardó en actuar: uno de aquellos días, las monjas recibieron la visita de una señora emparentada con monseñor Fernando Damiani, vicario de la diócesis uruguaya de Salto.

Damiani conservaba como oro en paño un tesoro traído de su reciente visita a San Giovanni Rotondo: uno de los guantes del Padre Pío.

La propia Madre Teresa Salvadores desvelaba lo que a continuación sucedió:

«Me pusieron el guante, primero al lado de donde tenía una hinchazón tan grande como un puño; luego en la garganta, donde sentía que me asfixiaba. Me adormecí de inmediato. En mi sueño vi al Padre Pío que me tocaba en el costado dolorido; después

me sopló en la boca, diciéndome muchas cosas que no eran de este mundo. El hecho es que, al cabo de tres horas, desperté y pedí mi hábito para levantarme de la cama donde yacía desde hacía meses... Me incorporé sin ayuda de nadie y bajé a la capilla... A mediodía fui al refectorio y yo, que desde hacía tiempo no probaba bocado, comí incluso más que mis hermanas... Desde aquel día no he vuelto a sentir nada.»

Su propio médico, Juan Bautista Morelli, profesor ordinario de la Universidad de Montevideo, viajó luego a Italia para conocer al Padre Pío y regresó a su país convertido en un hombre nuevo.

La misma suerte que la Madre Teresa corrió la terciaria franciscana Paulina Preziosi, madre de cinco hijos. Desahuciada por su médico a causa de una grave pulmonía, su familia pidió también auxilio al Padre Pío. «Díganle que no tenga miedo, porque resucitará con el Señor», sentenció el fraile.

La noche del Viernes Santo, mientras la enferma rogaba al Señor que la curase en atención a sus cinco hijos, se le apareció el Padre Pío: «No temas -le dijo-. No temas, criatura de Dios. Ten fe y espera. Mañana, cuando suenen las campanas, estarás curada».

Esa misma noche, la mujer entró en coma; su familia preparó la mortaja para revestirla en cuanto falleciese.

Pero al día siguiente, al toque de las campanas del Cristo Resucitado, Paulina Preziosi se incorporó de la cama movida por una fuerza sobrenatural mientras entonaba loas a Jesús y alabanzas al Padre Pío.

Infinita es la misericordia del Señor.

«¡LEVÁNTATE Y ANDA!»

Pascual Di Chiara, canciller del juzgado de Paz de San Giovanni Rotondo, podía dar fe de esa misma indulgencia. Cierta día, tras una desafortunada caída, empezó a cojear de la pierna izquierda. Incapaces de curarle, los médicos le condenaron a renquear de por vida. Hasta que un día, el Padre Pío le ordenó: «¡Tira el bastón y camina!».

Y Pascual, como si escuchase al mismísimo Jesús, echó a andar tan tranquilo.

Claro que su alegría fue mayor al ver que su hijo de tres años, víctima de una parálisis infantil, dejaba el aparato ortopédico que llevaba en las piernas por orden del Padre Pío.

Desde entonces, caminó ya siempre con normalidad.

Pascual Urbano, de Foggia, cojeaba también al andar tras precipitarse al suelo desde lo alto de un carro. Bastó con que el Padre Pío le conminase: «¡Levántate y anda! ¡Tira esos bastones!». Y él, como si tal cosa, caminó.

Otro día, José Canaponi, de Sarteano, resultó embestido por un camión mientras viajaba en su rudimentaria motocicleta. Trasladado al Instituto Ortopédico Rizzoli de Bolonia, los médicos comprobaron que se había fracturado el fémur izquierdo. Durante tres años, la pierna de José Canaponi se le quedó rígida como un palo. Apoyado en sus bastones, llegó un día a San Giovanni Rotondo acompañado de su mujer y de su hijo para confesarse con el Padre Pío. En cuanto quiso darse cuenta, había hincado ya las rodillas en el confesonario, incluida la que tenía anquilosada desde hacía tres años. Absuelto de sus pecados, se incorporó con toda naturalidad ante el asombro de la esposa y el hijo.

Más tarde, el doctor Leopoldo Giuntini, director de la Clínica Ortopédica de la Universidad de Siena, aportó la siguiente declaración ideal para escépticos:

«La inmediata reanudación del movimiento articular, en el caso Canaponi, constituye un hecho que no se puede explicar dentro de los límites de los actuales conocimientos.»

Curaciones, conversiones, gracias a raudales... eran consecuencia del amor incondicional del Padre Pío por las ánimas:

«Señor -imploraba el fraile-, no me permitas ir al Paraíso hasta que el último de mis hijos, la última de las personas confiadas a mi cuidado sacerdotal, entre antes que yo.»

A su director espiritual le escribía:

«Suplico al Señor que acepte derramar sobre mí los castigos que aguardan a los pecadores y a las ánimas del Purgatorio, centuplicándolas en mi persona, para que se conviertan y se salven los pecadores y admita pronto en el Paraíso a las almas del Purgatorio.»

Y evidenciaba de nuevo a su director:

«No tengo ni un minuto libre. Todo el tiempo se emplea en desatar a los hermanos de los lazos de Satanás. ¡Bendito sea Dios! Por eso os ruego que no me aflijáis más junto con los otros en el trabajo de la caridad, porque la mayor caridad consiste en arrancar

almas atrapadas por Satanás a fin de ganarlas para Cristo. Y eso es precisamente lo que hago día y noche.»

En Roma, nada más preguntarle por él, fray Domenico Mirizzi me responde categórico:

«Lo que más me llama la atención del Padre Pío es su ofrecimiento al Señor como parte del plan de salvación de la Humanidad. El sacrificio de toda su vida en aras de este proyecto divino. Este hecho singular impulsó de manera decisiva mi vocación sacerdotal. Me propuse así intentar pasar aquí lo que Jesucristo soportó por todos nosotros: sufrimientos físicos y morales de todo tipo. Recuerdo que el Padre Pío decía que todas las veces que no sufría, le parecía estar perdiendo el tiempo. El tiempo sólo tenía valor si servía para salvar almas.»

Con semejante arsenal de oración y penitencia, era natural que tampoco se le resistiese el fotógrafo Federico Abresch...

DEL PADRE AL HIJO

Nacido en el seno de una familia protestante, Federico Abresch brindó el testimonio de su conversión en los años treinta a Alberto del Fante, otro antiguo laico tan rabioso como él, enemigo acérrimo de todo lo sobrenatural, a quien aludiremos de nuevo muy pronto.

Más tarde, María Winowska tuvo oportunidad de conocerle también durante su visita a San Giovanni Rotondo.

El caso de Federico Abresch recuerda a los ya relatados al principio por Gianna Vinci y Joaquín Hernández, sólo que al revés; es decir, fue esta vez la conversión del padre la que abrió al hijo el insospechado horizonte de su alma. Enseguida veremos por qué.

Federico Abresch llegó a San Giovanni Rotondo en 1928. Había oído hablar de un fraile estigmatizado que hacía milagros. La curiosidad morbosa, unida al ánimo supersticioso de que pudiese curar a su esposa, pendiente de una delicada operación que podía impedirle ser madre, le condujeron finalmente hasta allí.

Aun siendo protestante por nacimiento, Federico Abresch acabó abrazando el catolicismo por estricta conveniencia social. La religión constituía así para él una simple máscara ante los demás. Huía del dogmatismo como del sacrificio. Amaba, por el contrario, las ciencias ocultas, el espiritismo. Cayó incluso en las garras de la magia y, más tarde, en las de la teosofía; temas sobre los que poseía una de las mejores bibliotecas privadas de su tiempo.

Entretanto, para no contrariar a su piadosa mujer, se acercaba de vez en cuando a los sacramentos sin ninguna convicción.

Con semejante bagaje espiritual aterrizó aquel hombre en San Giovanni Rotondo. ¿Qué sucedió entonces?

Él mismo lo relataba así, de su puño y letra:

«El primer contacto con el Padre Pío me dejó frío. Me habló secamente y con brevedad; sin el cariño que yo esperaba de él tras un viaje tan largo y penoso. Pese a todo, decidí confesarme.

»Apenas me arrodillé, dijo que había callado pecados mortales en confesiones anteriores y quiso saber si procedía de buena fe. Yo le contesté que la confesión era para mí una acertada institución social, en cuyo carácter sacramental no creía. Luego, sin saber por qué, añadí: "Pero ahora, Padre, creo". Él permaneció en silencio un instante, tras el cual, con una expresión de indecible dolor, me dijo: "Estaba usted en la herejía y, por tanto, todas sus comuniones han sido sacrílegas. Es necesario que haga una confesión general. Examine a fondo su conciencia y recuerde su última confesión bien hecha. Jesús no fue tan misericordioso con judas como lo está siendo con usted..." Clavándome una mirada gélida, añadió: "Sia lodato Gesù et María..." [Alabados sean Jesús y María].»

El penitente permaneció un rato en la sacristía, consternado y meditabundo, mientras las palabras del confesor resonaban en su conciencia: «Recuerde su última confesión bien hecha...».

Recordaba, en efecto, que había sido bautizado de nuevo sub conditione tras convertirse al catolicismo. Poco después, hizo una completa confesión en la que manifestó todos los pecados cometidos desde la infancia.

Dejemos ahora al protagonista que prosiga con su relato:

«Mi cabeza era una partida de ajedrez cuando el Padre Pío volvió a la sacristía: "Con que... ¿desde cuándo?" -inquirió.

»Comencé a balbucear algo, pero él me cortó en seco: "Está bien; usted se confesó bien a su regreso de la luna de miel. Abandonemos pues todo lo anterior y comencemos desde entonces".

»Yo estaba más muerto que vivo. Pero él no me dejó más tiempo para reflexionar. Con una nitidez y precisión sorprendentes, fue enumerándome todas las faltas

acumuladas en tantos años. Me dijo incluso la cifra exacta de misas a las que había faltado. Recapitulados todos mis pecados mortales, valoró su gravedad y añadió en un tono que jamás olvidaré: "Lei ha sciolto un inflo a Satana, mentre Gesú nel suo sviscerato amore si e rotto il collo per Lei" [Usted cantaba himnos a Satanás mientras que Jesús, en su entrañable caridad, se ha sacrificado por su amor].

»Recibida la absolución, me sentí tan feliz y ligero que me parecía tener alas.»

A Federico Abresch le faltó tiempo para llevar a su esposa enferma a San Giovanni Rotondo.

Una vez allí, la señora Abresch mantuvo el siguiente diálogo con el Padre Pío:

-Padre, los tres doctores que he consultado coinciden en que debo operarme. Dígame usted qué puedo hacer...

-Pues haga lo que le dicen los médicos -repuso, diplomático, el capuchino.

La mujer rompió a llorar; luego, más calmada, añadió:

-¡Pero Padre, si hago eso no podré tener hijos nunca!

-Entonces, nada de hierros, mente ferri -advirtió él, levantando la mirada al Quedaría usted malparada para toda la vida.

La señora Abresch dejó luego constancia escrita de su precioso testimonio, igual que su marido. Dice así:

«Regresé a Bolonia llena de alegría y esperanza. Desde aquel día, en efecto, cesaron mis hemorragias y desaparecieron para siempre todos los demás síntomas de mi enfermedad. Cuando, al cabo de dos años, mi marido visitó de nuevo al Padre Pío, éste vaticinó que tendríamos un niño. Cuál fue mi sorpresa al recibir este telegrama de San Giovanni Rotondo, que conservo en mi poder: «¡Felice piú che mai, prepara corredo bimbo!» [«¡Nunca fuiste más feliz, prepara la canastilla!»]. Un año después, efectivamente, tuve un bebé. Fue un parto sin dolor pese a los pronósticos de los médicos, cuyo consejo abandoné bastante antes de mi embarazo. Tanto mi marido como yo, somos ahora felices, inmensamente felices.»

Más tarde, el propio Federico Abresch proclamó entusiasmado a María Winowska, en San Giovanni Rotondo: «¡Ese niño es hoy sacerdote!... ¡El Padre Pío lo había vaticinado!»

Sin duda, las oraciones de sus padres influyeron decisivamente en aquella maravillosa vocación.

¡Qué inmenso poder el de la comunión de los santos!

MÁS «PECES GORDOS»...

Lo mismo que Federico Abresch, el escritor masón Alberto del Fante acabó hincando las rodillas, arrepentido de sus innumerables pecados, en el confesonario del Padre Pío... como tantísimos otros «peces gordos».

El fraile poseía el don de penetrar las conciencias, siendo capaz de introducirse en el santuario mismo del alma, lugar reservado en principio a Dios y a sus criaturas celestiales. Pero el Señor, en su infinita misericordia, le hizo partícipe también a él de este carisma para hacer más provechoso al prójimo el sacramento de la penitencia.

Leandro Sáez de Ocáriz recopiló varios casos muy elocuentes, como el acaecido cierto día que el Padre Pío llamó a uno de los hombres que guardaban cola ante el confesonario para decirle airadamente: «¡Oiga, si quiere usted confesarse, póngase el hábito!». Resultó que el penitente era padre dominico y pretendía espiar de paisano cuanto sucedía en San Giovanni relacionado con el estigmatizado.

En otra ocasión, un señor le pidió encarecidamente que curase a su hija. A lo que él respondió con una mirada de reproche:

-¡Tú sí que estás enfermo! ¡Estás mucho más grave que tu hija! ¡Tú estás muerto!

-¿Yo...? ¡No es cierto! ¡Yo no tengo nada! ¡Me encuentro perfectamente! -alegó, descompuesto, el hombre.

-¡Desgraciado! -replicó el fraile-. ¿Cómo puedes decir que estás bien, cuando tienes tantos pecados sobre tu conciencia? Te contaría ahora mismo más de treinta y dos ofensas gravísimas a Dios.

El visitante acabó derrumbándose en el confesonario.

Luego, no cesaba de pregonar por ahí, deslumbrado: «¡Lo sabía todo! ¡Me lo iba diciendo él mismo! ¡Palabra por palabra!»

A Emanuele Brunatto, por ejemplo, le bastó una sola mirada del santo, mientras contemplaba como un turista la pequeña iglesia de los capuchinos de San Giovanni, para

sentir un dardo de fuego clavado en el alma. Desde entonces Brunatto, vividor empedernido, no hizo más que repetirse: «¡Soy un miserable! ¡Soy un miserable!» Confesó hasta la última ofensa de su vida y permaneció casi todo el tiempo en San Giovanni Rotondo, junto al Padre Pío, como un ermitaño.

El sacramento de la penitencia sostenía así el edificio espiritual de las almas. Gran número de personas aguardaban hasta quince días seguidos su turno para confesarse con el Padre Pío, durmiendo sobre los campos desnudos alrededor del convento entre los meses de junio y agosto, obligados a posponer así sus tareas de recolección de cereales.

Piero Zullino escribía a este propósito, en el periódico *Época*:

«En cincuenta años, el Padre Pío ha confesado a casi seiscientos mil personas, y son más de tres millones los peregrinos que han ido ya a San Giovanni Rotondo. Las personas que dicen haber reencontrado la fe gracias a su palabra son varios millares; y los convertidos al catolicismo de otras religiones, varios centenares.»

El diario del padre guardián habla también por sí solo:

«La mañana la ocupó el Padre en las confesiones; hasta la tarde hubo congestión de penitentes; permaneció en el confesonario hasta las once de la noche; otros tres padres estuvieron desde las tres y media hasta las seis y media de la tarde. El Jueves Santo hubo alrededor de 800 personas (¡en aquella iglesita!)... Las comuniones fueron 700, todas ellas administradas por el Padre Pío».

El doctor Romanelli acreditaba que el Padre Pío llegó a confesar «hasta dieciocho horas seguidas». Pero incluso él se quedó corto, a juzgar por esta carta del propio capuchino, fechada el 19 de noviembre de 1919:

«Mi trabajo es continuo, lleno de responsabilidades. En este preciso momento ha dado la una de la madrugada. Son ya diecinueve horas las que llevo sujeto al trabajo. Una tarea superior a mis fuerzas, a la que estoy haciendo frente como puedo, sin un solo momento de descanso.»

El 14 de junio anterior, ya había pedido ayuda a sus superiores:

«Ruega al padre Agostino que intervenga ante el padre Provincial para que envíe más confesores, más trabajadores a la viña del Señor, porque es una verdadera crueldad y tiranía despedir a centenares y aun a millares de almas cada día, teniendo en cuenta que vienen de lugares tan lejanos y con el único deseo de lavar sus pecados, y se van sin conseguirlo por falta de confesores.»

Alberto del Fante y Emanuele Brunatto, en cambio, no se marcharon de allí sin limpiar su alma como una patena, aunque el impulso inicial de su viaje fuese, como en muchos otros casos, la simple curiosidad. Sólo que a Del Fante, a diferencia de Brunatto, la milagrosa curación de un sobrino suyo desahuciado por los médicos le dejó trastornado. Máxime, al enterarse de que un amigo suyo había implorado al Padre Pío, a sus espaldas, que sanase al joven, como así sucedió.

Añadamos que Del Fante era un acérrimo enemigo del fraile, a quien había dedicado numerosos improperios en la revista Italia Laica: desde «misticador», hasta «charlatán» y «bellaco».

Intrigado por los poderes ocultos del taumaturgo, Del Fante se plantó una mañana en San Giovanni. ¿Qué sucedió entonces?

Él mismo lo relataba así:

«Me confesé con él sin fe ni entusiasmo; como si se tratase de un sacerdote cualquiera. Sólo una cosa me impresionó: ese hombre conocía mis pecados. A la primera de cambio me soltó que yo pertenecía a "una sociedad que admitía a Dios pero odiaba a sus ministros". Adivinó tal vez mi filiación masónica por el modo de expresarme. Hablamos largo y tendido de la filosofía que sustituye la fe por la conciencia. En nuestra conversación salieron a relucir San Agustín, Spinoza, Descartes, Stuart Mili, Spencer, Darwin y otros pensadores modernos.

»Finalmente, le dije: "Padre, mi mayor interés ha sido siempre orientar mis acciones hacia el bien; si desgraciadamente a veces la bestia se ha impuesto al hombre, mi conciencia me lo ha recriminado: haz esto o no hagas lo otro... Jamás he tenido fe, pero ello no me ha impedido ser un hombre honrado.

»-¿Honrado? -me atajó el Padre Pío. ¿Un hombre honrado? Recuerde tales y cuales circunstancias...

»Y me enumeró cosas que ni él ni nadie podían saber.»

Al despedirse, Del Fante pidió al Padre Pío que rezase por su mujer embarazada.

-Sin duda que lo haré -aseguró él; pero... ¿podrá ella darle el pecho a la pequeña?

-¡Cómo dice! Precisamente eso iba a preguntarle yo ahora mismo -añadió, estupefacto, el futuro padre.

-Lo normal es que una madre amamante a sus hijos. No te preocupes, podrá hacerlo.

Sobre todo, cuando a los dos últimos tuvo que criarlos una nodriza.

Muchos años después, en junio de 1945, aquel mismo converso escribía, cargado de razón:

«Busque el hombre apartado de la religión el camino hacia Dios. Quien se sienta incapaz de hacerlo o no sepa encontrarle por sí mismo, que vaya en peregrinación al convento del Padre Pío. Estoy seguro de que bendecirá siempre el momento en que decidió viajar hasta allí.»

Tampoco se le resistió otro «pez gordo» como Feruccio Caponetti, materialista hasta el tuétano.

Caponetti acudió escéptico a San Giovanni Rotondo y fíjese el lector cómo salió de allí:

«En Monte Gargano -escribía el ya "hombre nuevo"- encontré un maestro. Me recibió con alegría, escuchó sonriente mis problemas y mis dudas; con palabras sencillísimas, pero de una hondura de pensamiento insondable, desbarató una a una todas las objeciones que alardeaban en mi cabeza; anuló uno a uno todos mis argumentos; desenmascaró mi alma y, colocando ante mí el decálogo de Cristo, abrió los ojos de mi espíritu. Vi la luz y me ganó el corazón. Entonces, creí.»

El doctor Francesco Ricciardi fue otro «pez gordo» que acabó también en las redes del «pescador de almas», en 1928.

Ateo militante, Ricciardi había liderado una campaña difamatoria contra la Iglesia y el santo de los estigmas en particular. Vivía muy cerca del convento de San Giovanni. Hasta que la vida dejó de sonreírle cuando sus colegas médicos le diagnosticaron un cáncer de estómago demasiado tarde. Pronto corrió el rumor de que Ricciardi agonizaba. Las gentes del pueblo le apreciaban, pues era un hombre generoso, que asistía gratuitamente a los más necesitados. Muchos rezaron por su conversión. Empezando por el arcipreste, Giuseppe Príncipe, quien, armado de valor, visitó al moribundo para administrarle los últimos sacramentos.

-¡Déjeme en paz! -bramó Ricciardi al verle, arrojándole una zapatilla a la cara. Sólo el Padre Pío podría absolverme, pero seguro que no querrá venir después de haberle ofendido tanto. Así que moriré como he vivido... ¡Lárguese de aquí!

Contaba el doctor Merla que él mismo avisó al Padre Pío, a quien le faltó tiempo para coger los óleos y el viático, y plantarse en casa de Ricciardi. El pecador se confesó y recibió la Extremaunción.

Cuando parecía que iba a morir, el Señor decidió curarle. Al cabo de tres días, no quedaba ya la menor huella del cáncer en el organismo de Ricciardi. Los médicos no daban crédito. Pero lo más importante de todo era que su alma también había sanado.

Desde entonces, el viejo luchador vivió y murió al servicio de la Iglesia y del Padre Pío.

Hubo muchas otras conversiones en cadena por intercesión del fraile, como la del doctor Saltamerenda, director del Instituto Bioterápico de Génova, otro curioso que, como Brunatto y Del Fante, viajó a San Giovanni con un grupo de peregrinos a verlas venir. Al reconocerle entre la multitud, el Padre Pío se le acercó, increpándole:

-¡Genovés, genovés! ¡Vives cerca del mar y no sabes lavarte...!

Saltamerenda comprendió enseguida; minutos después, lavaba ya su alma en el confesonario.

Desde entonces, se convirtió en apóstol de almas, acompañando luego a San Giovanni al célebre escultor Francesco Messina, que proclamó haber encontrado la fe de forma tan inesperada como espectacular.

Las esculturas de Messina reflejaron así el nuevo estado de su alma, como la gran estatua de bronce erigida a Pío XII en la Basílica de San Pedro, inspirada por el Padre Pío, o el grandioso Vía Crucis de San Giovanni.

Otros conversos señalados fueron Beniamino Gigli y el marqués Mario de Giacomo, que no dudó en nombrar al fraile heredero de todos sus bienes en 1920. Por no hablar del coronel ruso Néstor Caterenici, exiliado en Italia, que abandonó la religión ortodoxa para abrazar la católica.

También la médica búlgara Tatiana Christochilova sucumbió a la gracia divina por intercesión del Padre Pío. Años después, los médicos seguían sin explicarse su repentina curación de un tumor maligno.

La propia Tatiana escribió: «Después de un milagro tan grande comprendí que no podía pertenecer a una religión distinta de la del Padre Pío»... ¡Y se convirtió al catolicismo!

Otro médico, Scarparo, curó de un cáncer de pulmón con metástasis. Poco antes, su hermana imploró al fraile que rezase por él:

-¿No dijo Jesús que con la fe de un grano de mostaza pueden moverse montañas? -

alegó ella.

-Si... ¿pero tú tienes esa misma fe? -repuso el Padre Pío.

-Yo no, pero usted sí -aseguró la mujer.

El fraile rezó y Scarparo, en efecto, sanó.

Igual que la condesa Oliva Baiocchi, de un tumor maligno en el abdomen; y que María Gozzi, de un epitelioma en la lengua.

El libertino Arturo Tocci también se curó... pero del alma:

«Cuando vine a San Giovanni Rotondo -escribía diez días después de morir el santo-, hace doce años, yo era ateo y tenía mil razones para no creer en Dios... Estaba obsesionado por el sexo. Fui a visitarlo. Él, con mucha dulzura, poco a poco, me ha conducido a la fe, dándome de nuevo aquella higiene moral de la que yo tenía tanta necesidad.»

Arturo Tocci, como tantos otros, volvió así a nacer.

... ALGUNOS COMUNISTAS

Conversiones por doquier, recogidas por Sánchez-Ventura, como la de Carlo Lusardi o la del geómetra Rosatelli, ambos comunistas.

Cierto día, al regresar a casa, Rosatelli vio a un fraile asomado a la ventana que le dijo: «Ven a verme...»

Su hermana le habló del Padre Pío, pero él se resistió a creer lo que acababa de ver. Hasta que una tarde, la señora Moschi, amiga de la familia, le mostró un retrato del capuchino. Rosatelli reconoció, asombrado, al mismo fraile que solía incordiarle en sueños. La víspera, sin ir más lejos, le había apremiado: «¡Ven a confesarte!».

Por fin, el 6 de julio de 1949 Rosatelli hincó las rodillas ante el Padre Pío, dispuesto a rendirle cuentas a Dios:

-¿Cuánto tiempo hace que no te confiesas? -inquirió el fraile.

-Cinco años -repuso el penitente.

-No es cierto. Hace doce... -matizó el confesor.

Y añadió:

-Tu carné de comunista, ¿lo rompes tú o lo hago yo?

No menos sonada fue la conversión de Italia Betti, profesora de matemáticas del Liceo Galvani de Bolonia. Mujer de armas tomar, Betti defendía el comunismo con uñas y dientes, combatiendo ardientemente la enseñanza religiosa en las escuelas.

El rojo, naturalmente, era su color preferido; procuraba exhibirlo siempre en público, vistiendo en ese tono y paseándose en su motocicleta a juego. Se desconocen los detalles de su conversión. El caso es que un día se le ocurrió viajar a San Giovanni Rotondo. Poco después, envió una carta al secretario del Partido Comunista de su provincia, en la que decía:

«He conquistado la paz. Salude en mi nombre a todos los camaradas de Bolonia y dígales que, si pueden y saben, recen por mí.»

En 1950, sintiéndose morir, la mujer pidió que la sepultasen en el cementerio de San Giovanni Rotondo, junto a la tumba de los padres del fraile.

Hablando de comunistas, Fulgo Pilli, jefe de filas de San Benedetto in Alpe, aceptó un día el desafío de la señora de Pazzi, miembro destacado de la Asociación Católica italiana, quien le puso así entre la espada y la pared: «Si te atreves, vete a ver al Padre Pío; nosotras te pagamos el viaje».

Poco después, Fulgo Pilli partió hacia San Giovanni Rotondo junto con su compañero de partido, Luigi Briccolani.

«¡Volveré más comunista que antes!», se despidió Fulgo, a bordo del autobús.

Una vez allí, ambos colegas se encontraron a un viejo camarada del partido, ex seminarista, que lloraba desconsolado porque el Padre Pío le había expulsado del confesonario.

Al día siguiente, según lo acordado, guardaron cola para confesar con el fraile. Observándolos desde un rincón, la señora de Pazzi no paraba de rezar para que su plan saliese bien. De repente, comprobó que los dos penitentes abandonaban el confesonario sin recibir la absolución. «¡Todo se acabó!», pensó.

Pero se equivocaba: al día siguiente, ambos aguardaron de nuevo su turno ante el confesonario. A Fulgo Pilli, el Padre Pío le recordó una ofensa que calló: la zapatilla que, malhumorado, arrojó un día contra la imagen del Sagrado Corazón de Jesús...

De regreso en San Benedetto, Fulgo reconoció humildemente: «He perdido, pero estoy contento». Jamás una «derrota» cosechó tanta felicidad.

Otro activo comunista, Giovanni Bordoizzi, estalló también de alegría. Cierta día, soñó que el Padre Pío le decía: «¡Ven a visitarme! ¡Te espero!»

Bordoizzi obedeció. Absuelto de sus pecados, vendió su negocio de tejidos y dedicó el resto de su vida a glorificar a Dios.

Su compañero de filas Savinio Greco soñó en otra ocasión que el fraile le prometía curarle el tumor cerebral. Al despertar sobresaltado, avisó a las enfermeras para decirles que ya no le dolía la cabeza y que no hacía falta que le operasen. Poco después, se fugó del hospital. Al cabo de unas horas, regresó allí por la fuerza para someterse a nuevos análisis y radiografías. Esta vez los médicos comprobaron, impresionados, que no había el menor rastro del tumor.

Savinio Greco viajó luego a San Giovanni para agradecer al Padre Pío su curación. Pero, una vez allí, comprobó que seguía doliéndole la cabeza; incluso perdió el conocimiento.

Al volver en sí, gritó:

-¡Padre, tengo cinco hijos y estoy muy grave... ¡Sálveme!

-Vete a tu casa y reza. Yo también lo haré -prometió el fraile.

Savinio Greco asegura que aquellas palabras bastaron para curarle definitivamente.

OTROS «PECECITOS»...

Sin ser grandes pecadoras, otras almas renacieron a Dios al candor del Padre Pío. Algunas, como sor Consolata, ya las conoce el lector:

«En mi primera confesión con él -evoca la religiosa- lloré mucho, porque fue la de mi conversión. El Padre Pío me dijo: "El Señor te ha salvado y no te abandonará si tú no le abandonas". Al retirarse del confesonario, era obligado entonces volver de rodillas a pedirle la bendición. Yo habría querido escapar de aquel trance pero todas las demás mujeres me apremiaron: "¡De rodillas!, ¡de rodillas!" Y de rodillas, con la cabeza gacha, me acerqué adonde estaba el Padre Pío. Al verme, asomó la cabeza fuera del confesonario y, delante de todo el mundo, exclamó: "¡Vaya, os habéis levantado solemnes esta mañana!" Entonces él, que acababa de ser juez, me miró con una

sonrisa paternal y colocó su mano sobre mi cabeza, diciendo: "Hoy eres nueva". En verdad, la humanidad del Padre Pío recuerda a la de Juan Pablo II.

»En mi última confesión con él, el mismo año de su muerte, le dije: "Padre, siento otra vez la pasión de la clausura. ¿Sería posible? No quiero desobedecer". Se hizo un gran silencio. Luego, el Padre Pío se aproximó a la puerta y me comentó: "¿Y quién te acompañará? ¿Lo has comprendido todo o no has comprendido nada?" Las cosas sucedieron de tal manera que fue él mismo quien me acompañó al final, tras su muerte.»

-¿Sigue hablando ahora con él? -le pregunto a sor Consolata.

-Jamás me ha abandonado. ¿Cómo puede pensar eso? -aduce, extrañada.

-¿Y qué le dice?

-Me dice: "¡Pórtate bien!"

Como sor Consolata, la seglar Gianna Vinci decidió seguir también los pasos del Padre Pío. Con apenas diez años se confesó por primera vez con él:

«Pude ver su rostro bellissimo a través de la rejilla -recuerda-. Aquel día quise convertirme en su hija espiritual. Comprendí que entrar en su filiación significaba estar protegida y, sobre todo, ligada a Jesús... Pasado el tiempo, dudé si llevar una vida activa o contemplativa, pero en modo alguno de clausura... Había un joven que deseaba casarse conmigo. Su tía pertenecía a un Grupo de Oración formado por mi madre en Cerdeña, en Sassari. Todos los días venía a la iglesia, pero no se atrevía a acercarse a mí. Yo no entendía por qué. Le dije a Jesús: "¿Por qué tiene que sufrir tanto este chico...?" Finalmente, él fue a hablar con el Padre Pío, pues sabía que yo era hija espiritual suya. Debió de pensar: "Si el Padre dice que adelante, entonces me declararé". Pero el Padre le contestó: "Déjalo estar; haz penitencia". Él ya no quiso regresar a Génova. Telefoneó a su tía diciéndole que no volvería. Todos sus bienes - era muy rico- los cedió a los capuchinos y se hizo trapense en Washington. Me alegré profundamente.»

Gianna no cesa de invocar hoy al Padre Pío para que la ayude a ser siempre fiel a Jesús: «Le hablo con vehemencia y confianza, diciéndole: "Tú que me consideras hija espiritual tuya... ¡proveen!"»

... Y «PECES MEDIANOS»

Luisa Vairo era una italiana guapa y rica que acudió a San Giovanni Rotondo atraída, como tantos otros curiosos, por el fenómeno de los estigmas.

Al entrar en la pequeña iglesia, contaba María Winowska, rompió a llorar inesperadamente como una Magdalena. Sus sonoros lamentos ante el Sagrario alertaron a varias hijas espirituales del Padre Pío, quien, advertido por ellas de su presencia, se acercó a Luisa para decirle:

-¡Cálmese, hija mía! La misericordia no tiene límites y la sangre de Cristo lava todos los crímenes del mundo.

-¡Padre, quiero confesarme! -repuso la misma persona que minutos antes se hubiese mofado de semejante disparate.

-Es preciso que se tranquilice -insistió él-. Vuelva mañana.

Luisa Vairo debió pasar toda la noche en vela, haciendo acopio de sus numerosos pecados, pues no se confesaba desde niña.

A la mañana siguiente, arrodillada en el confesonario, se quedó bloqueada sin saber por dónde empezar. El Padre Pío decidió echarle una mano, iniciando el lamentable inventario de su vida. Finalmente, dijo:

-¿No recuerda nada más?

Un escalofrío de vergüenza a punto estuvo de dar al traste con la confesión. Luisa hizo un esfuerzo sobrehumano para añadir:

-Sí, Padre; todavía me queda esto...

-¡Alabado sea Dios! -gritó él, alborozado-. Es lo que estaba esperando.

Y la absolvió.

Aquel día marcó un antes y un después en la vida de Luisa Vairo, que abrazó la oración y la penitencia con el fervor de una novicia.

Una mañana de invierno se la vio trepar, descalza, el repecho que subía a la iglesia. Calada hasta los huesos y con los pies ensangrentados a causa del camino pedregoso, alcanzó la explanada y cayó desvanecida en el atrio.

El Padre Pío la consoló:

-Hija mía, hay que ser prudente hasta en la penitencia...

Y añadió, posando suavemente la mano en su hombro:

-Menos mal que este agua no moja...

Y era verdad... ¡su vestido estaba completamente seco!

Muchos años después, en Roma, conocí a Eleonora Scutifero, una entusiasta calabresa de 28 años, contable de profesión.

Eleonora llegó con 18 años a Roma para estudiar Economía y Comercio en la Universidad. Iba a Misa los domingos, pero sin mucha convicción. Poco a poco fue alejándose de Dios y de la iglesia, hasta sumergirse en la vida mundana: frecuentaba las discotecas con amigos, bebía alcohol, a veces en exceso... Concluidos los estudios, se puso a trabajar. Seguía frecuentando las fiestas de fin de semana. Empezó a salir con un chico, con el que experimentaba placeres efímeros que la sumían finalmente en un gran vacío interior.

Nada la satisfacía plenamente: ni la carrera, ni el trabajo, ni los amigos... ni siquiera su novio, probablemente porque no era la persona adecuada para ella.

«Conocí entonces -recuerda Eleonora- a una chica del Grupo de Oración del Padre Pío, la cual me invitó durante dos largos años a las reuniones, pero yo rechazaba asistir una y otra vez. Hasta que un día, impelida por una necesidad, le avisé. Me acogió con inmensa alegría. Incorporada por fin al Grupo de Oración, no acabé de encajar del todo, pues no entendía que mis compañeros estuviesen siempre tan contentos, mostrándose caritativos con el prójimo en toda ocasión. Durante siete meses busqué en vano la razón de aquel comportamiento. Llegué incluso a rebelarme, negándome a asistir a más reuniones...»

Eleonora Scutifero todavía recuerda la fecha exacta en que empezó a fraguarse su gran vuelco interior:

«Fue el 16 de julio de 2008, durante una confesión con el padre Carmine, hijo espiritual de don Pierino Galeone. Me hallaba yo entonces de retiro espiritual, en San Giovanni Rotondo, cuando empecé a ver las cosas de otra manera; aunque mi auténtica conversión no se produjo hasta meses después, en Roma.

»Gracias a que muchas personas rezaron tanto por mí, llegué a querer de verdad a Jesús y al Padre Pío. Yo misma pedí también la luz al Padre Pío y finalmente me la

dio...».

Ella misma detalla su inesperada conversión:

-Fue repentina, como casi todas -asegura-. Lo vi todo claro al instante, arrepentida de mi vida pasada.

-¿Dónde se produjo?

-En la confesión, durante la cual experimenté una alegría y una paz interior indescriptibles. Dije para mis adentros: «Yo salgo de aquí, pero jamás volveré a dejar a Jesús». Desde entonces, siento constantemente la presencia del Padre Pío.

-Y ahora, ¿cómo ve la vida?

-El mundo, sin Jesús, carece de sentido. Cuando uno está junto a Él, el sufrimiento adquiere todo el sentido. Jesús jamás te abandona. Antes, cuando vivía apartada de Él, estuve al borde de la desesperación pero su infinita misericordia me sostuvo. Desde entonces, procuro dar ejemplo a los demás, mostrándome alegre y caritativa con ellos. Realizo también labores de voluntariado con enfermos en los que siempre hallamos a Jesús.

-¿Sigue teniendo amigos?

-De los primeros, conservo muy pocos. Algunos me criticaron por escoger, en su opinión, el camino más cómodo, confiando a Jesús todos mis problemas; otros decidieron tentarme con halagos para que volviese a salir con ellos.

-¿Qué les diría a los jóvenes como usted?

-Que no tengan miedo a recibir gratis un amor tan fuerte, cuando lo propio de hoy es dar siempre a cambio de algo. Nada hay nada más importante que aceptar lo que el Señor quiere de cada uno de nosotros. No nos engañemos: sólo así se puede alcanzar la verdadera felicidad, aquí... y en el Paraíso.

PROFECÍAS VATICANAS

¡No tengáis miedo!», repetía Juan Pablo II precisamente a los jóvenes.

En mayo de 1987, el Sumo Pontífice visitó la tumba del Padre Pío con motivo del primer centenario de su nacimiento. Ante más de 50.000 personas, Su Santidad proclamó: «Quiero agradecer con vosotros al Señor por habernos dado al querido Padre

Pío, por habérselo dado en este siglo tan atormentado».

No era la primera vez que Carol Wojtyla visitaba San Giovanni Rotondo. Estuvo también allí recién ordenado sacerdote, en 1948; y regresó veintiséis años después, en noviembre de 1974, siendo ya cardenal.

El mismo fraile que vaticinó el futuro papado de Juan Pablo II, fue elevado por éste a los altares el 16 de junio de 2002.

Durante la homilía de su canonización, Juan Pablo II quintaesenció así la espiritualidad del nuevo santo:

«La imagen evangélica del "yugo" evoca las numerosas pruebas que el humilde capuchino de San Giovanni Rotondo tuvo que afrontar. Hoy contemplamos en él cuán suave es el «yugo» de Cristo y cuán ligera es realmente su carga cuando se lleva con amor fiel. La vida y la misión del Padre Pío testimonian que las dificultades y los dolores, si se aceptan por amor, se transforman en un camino privilegiado de santidad, que se abre a perspectivas de un bien mayor que sólo el Señor conoce... ¿No es precisamente el "gloriarse en la cruz" lo que más resplandece en el Padre Pío? ¡Cuán actual es la espiritualidad de la cruz que vivió el humilde capuchino de Pietrelcina! Nuestro tiempo necesita redescubrir su valor para abrir el corazón a la esperanza.»

Otro Papa, Benedicto XV, había proclamado ya al Padre Pío como «un hombre extraordinario enviado por Dios para convertir a las almas».

Incluso el postulador general de los Pasionistas, Padre Besi, admitió que el capuchino de los estigmas «era un privilegiado de Dios, como Gemma Galgani, o todavía más».

Cuarenta años antes de canonizarle, en noviembre de 1962, el entonces vicario capitular de Cracovia en el Concilio Vaticano II, Carol Wojtyla, había recurrido al Padre Pío para curar de un cáncer a una paisana y amiga suya, la doctora Wanda Póltawska. La mujer había sido partisana en Cracovia durante la Segunda Guerra Mundial, siendo capturada por los nazis e internada en el campo de concentración de Ravensbrück, donde fue sometida, cual conejilla de Indias, a experimentos médicos inhumanos.

Concluida la guerra, conoció a Carol Wojtyla mientras estudiaba Psiquiatría en la universidad. Surgió así una imperecedera amistad entre ambos, que prosiguió durante el pontificado; no en vano, la mujer y su familia eran asiduos invitados a Castel Gandolfo durante las vacaciones veraniegas del Papa.

El postulador del proceso de beatificación de Carol Wojtyla, monseñor Slawomir Oder, exhumaba esta carta del Pontífice a su amiga, fechada el 20 de octubre de 1978, en la

cual se manifiesta el gran afecto que ambos se profesaban:

«El Señor ha decidido que se hiciese realidad todo aquello de lo que hemos hablado varias veces y que tú predijiste, de alguna forma, tras el fallecimiento de Pablo VI. Agradezco a Dios que, en esta ocasión, me haya dado tanta paz interior, una paz que, a todas luces, me faltaba todavía en agosto, y que me ha permitido vivir este momento sin tensión. [...] En estos momentos pienso en ti. Siempre he considerado que en el campo de concentración de Ravensbrück también sufriste por mí. [...] En esta convicción se fundamenta la idea de que vosotros sois mi familia y tú una hermana.»

En lugar de firmarla por su nombre, el Romano Pontífice consignaba al final el afectuoso apelativo con que Wanda le llamaba: «Hermano».

Pues bien, como decíamos, el futuro Papa había enviado dos cartas, en latín, al fraile de San Giovanni, acuciado entonces por un problema en la vista que le impedía leer con normalidad; su administrador, Angelo Battisti, le recitó en voz alta ambas epístolas, conservadas hoy en la Casa Alivio del Sufrimiento de San Giovanni Rotondo.

La primera, fechada en Roma el 17 de noviembre de aquel año, dice así:

«Venerable Padre: le ruego haga una oración por una madre de cuatro hijas, de 40 años, de Cracovia, en Polonia. Durante la última guerra estuvo en un campo de concentración en Alemania; ahora su salud y su vida están en peligro gravísimo debido a un cáncer. Ruegue a fin de que Dios, por intercesión de la Beatísima Virgen, muestre su misericordia con ella y su familia. In Christo obligatissimus, Carolus Wojtyla».

Tras meditar un rato en silencio, el Padre Pío dijo resuelto a Battisti:

-¡A esto no se puede decir que no!

Finalmente, añadió:

-Angelo, conserva esta carta porque un día puede ser importante.

Tan sólo once días después, el 28 de noviembre, monseñor Wojtyla escribió esta otra misiva al Padre Pío:

«Venerable Padre: la señora médico de Cracovia, en Polonia, madre de cuatro hijas, recuperó instantáneamente la salud el 21 de noviembre, antes de la operación quirúrgica. Deo gratias. A Vd. también, Padre, doy devotamente las más rendidas gracias en su nombre, el de su marido y el de toda su familia. In Xto. Carolus

Wojtyla».

Wanda Póltawska no había oído hablar jamás del Padre Pío hasta el mismo instante de su curación. Siendo incluso octogenaria, su buena salud le permitió desarrollar una importante labor apostólica en Polonia, Italia y Norteamérica. La mujer devolvió así al Señor la enorme gracia recibida, volcando su Amor en los más necesitados.

El postulador del proceso de beatificación de Carol Wojtyla reproducía también una desconocida carta del entonces obispo auxiliar de Cracovia al Padre Pío, fechada el 14 de diciembre de 1963, la cual evidencia la estrecha relación que existía entre ambos:

«Reverendo Padre, Su Paternidad recordará, sin duda, que en el pasado ya me he permitido encomendar a sus oraciones ciertos casos especialmente dramáticos y dignos de atención. Así pues, me gustaría agradecerle vivamente, también en nombre de los interesados, sus oraciones en favor de una señora, médica católica, enferma de cáncer, y del hijo de un abogado de Cracovia que padece una grave enfermedad desde su nacimiento. Gracias a Dios, ambas personas se encuentran ahora bien. Me permito también, Reverendo Padre, encomendar a sus oraciones a una señora paralítica de este arzobispado. Al mismo tiempo me permito encomendarle las inmensas dificultades pastorales a las que se enfrenta mi pobre tarea en la presente situación. Aprovecho la ocasión para manifestarle una vez más mi veneración religiosa con la cual amo confirmar Su Paternidad devotísima en Jesucristo.»

Añadamos, por último, que el Padre Pío no sólo predijo que Carol Wojtyla sería Papa. Escudándose en el crucial testimonio del abogado Carmelo Mario Scarpa, amigo íntimo del comendador Alberto Galletti, protagonista del episodio que a continuación vamos a relatar, Francisco Sánchez-Ventura daba fe de cómo el Padre Pío vaticinó también que el cardenal Juan Bautista Montini se convertiría en Pablo VI.

A comienzos de 1959, mientras el futuro Papa era aún arzobispo de Milán, el comendador Alberto Galletti, hijo espiritual del Padre Pío, visitó al sacerdote Benedicto Galbani, ingresado en la llamada Casa de la Providencia fundada por don Orione.

Mientras Galletti distraía al enfermo, narrándole sucesos y anécdotas de San Giovanni Rotondo, irrumpió en la habitación el arzobispo de Milán. El cura Galbani los presentó, pues no se conocían.

Interesado en la vida de los místicos, el arzobispo recabó detalles y circunstancias del fraile de los estigmas. Al terminar la visita, pidió al comendador que transmitiese al Padre Pío su saludo cariñoso y el deseo de contar con su bendición para él y su archidiócesis.

Días después, el comendador cumplió diligente el encargo.

El Padre Pío le contestó:

-Mil gracias por el saludo y dile que cuente no con mi bendición, sino con una riada de bendiciones y de mis indignas oraciones.

Tras una breve pausa, añadió:

-Escucha atentamente, Galletti: dile también a su excelencia que, cuando muera este Papa [Juan XXIII], él será su sucesor. ¿Te has enterado?

-Sí, Padre -asintió, perplejo, el comendador.

-¿Has entendido que debes decirle que él será el próximo Papa? -insistió el fraile.

-Perfectamente, Padre.

-Se lo advierto, porque debe prepararse -concluyó.

Alberto Galletti guardó celosamente el secreto hasta la elección de Pablo VI, en junio de 1963.

Tres años antes, el entonces arzobispo de Milán había enviado esta cariñosa carta al Padre Pío:

«Veneradísimo Padre: oigo decir que Vuestra Paternidad celebrará próximamente el quincuagésimo aniversario de su ordenación sacerdotal. Y, por lo tanto, también yo deseo expresarle, en el Señor, mis felicitaciones por las gracias inmensas que le ha conferido y que usted ha distribuido.»

Hoy, don Pierino Galeone evoca ese mismo don de profecía del Padre Pío durante nuestra entrevista en su residencia de Tarento:

«Sabía la historia de la Iglesia hasta el fin del mundo -asegura. Conoció a siete Papas, desde León XIII hasta Juan Pablo II. Recuerdo que cuando Wojtyla fue a verle, el Padre Pío me dijo, guiñándome un ojo: "Estate cerca"... Más tarde comprendí por qué me lo decía.

»También estaba al corriente de la historia civil del planeta. Sabía perfectamente en qué consistía cada uno de los secretos de Fátima. Como la Virgen pidió allí oración y penitencia a los fieles para que acabase la Primera Guerra Mundial, el Padre Pío se ofreció a Ella por el fin de la gran conflagración...

»¡A cuánta gente ayudó y salvó luego, en el campo de batalla, durante la Segunda Guerra Mundial...! Recuerdo a una madre angustiada porque su hijo, desaparecido en Rusia tras la guerra, no regresaba. Me rogó que le preguntase al Padre Pío si iba a volver. "Dile a la madre -contestó él- que yo personalmente asistí a su hijo en el momento de su muerte y que le he acompañado hasta el Paraíso." Al escuchar su respuesta, la mujer no sabía si reír o llorar...»

PRODIGIOS EN TIEMPOS DE GUERRA

Antes de partir hacia el frente, el doctor Giovanni Pennelli escuchó de labios del Padre Pío este mensaje tranquilizador: «¡Valor! Sufirás pero no perecerás; volverás condecorado pero no herido».

Sin embargo, transcurrido el tiempo, Giovanni seguía sin regresar a casa.

Su madre, desesperada, se arrojó un día a los pies del capuchino implorándole que le aclarase si su hijo aún vivía:

-¡Dígamelo! ¡Usted lo sabe! No me iré de aquí hasta que me diga la verdad...

El Padre Pío insistió:

-¡Levántate! Te he dicho que estés tranquila.

Pero los días se hacían interminables, pues el soldado no daba señales de vida.

Entonces su tía Cleonice, mujer de gran fe en los carismas del Padre Pío, fue a verle con una carta para su sobrino, sin dirección, esperando que el mismo fraile le proporcionase su paradero. Pero éste sonrió ante aquella ridícula propuesta que, sin embargo, encerraba una gran fe.

Cleonice regresó así a casa con la carta, depositándola sobre la mesilla de noche. Al día siguiente, comprobó que ya no estaba allí. Confiando en el prodigio, volvió al convento para darle las gracias al Padre Pío: «No me lo agradezcas a mí... Agradéceselo a la Santísima Virgen», repuso él.

Sánchez-Ventura desvela lo que al final sucedió:

«Quince días más tarde, desde un lejano campo de concentración de la India, el doctor Giovanni Pennelli hacía saber a sus padres que estaba vivo, y cuando regresó vino, en efecto, condecorado, pero sin cicatrices.»

Los prodigios del Padre Pío en tiempos de guerra eran ilimitados.

Cierto día, un paracaidista italiano irrumpió en la sacristía del convento, gritando al capuchino: «¡Gracias, Padre, por haberme salvado la vida en siete ocasiones!»

Una de aquellas veces, a punto de explotar una granada a su lado, el militar sintió la mano del fraile cogiéndole la cabeza para hundirla en la arena.

A Michael Boyer, uno de los héroes de la resistencia francesa, también le salvó la vida. Este comunista ateo había decidido suicidarse pero un amigo suyo, al corriente de sus intenciones, le propuso viajar antes a San Giovanni Rotondo para visitar al estigmatizado. «Si lo que me dices sobre ese fraile es cierto, que me dé una señal y prometo ir a verle», le dijo Boyer.

Obsesionado con la idea de matarse, llegó incluso hasta el lago de Lugano con intención de sumergirse para siempre en sus pálidas aguas. Pero al llegar a la orilla, sintió un arrobador perfume de flores, que aparecía y desaparecía, tal y como le había explicado su amigo. Supo entonces que aquella embriagadora fragancia era la señal que él había pedido. Regresó apresuradamente a casa para preparar las maletas. Al llegar a San Giovanni, el comunista convertido se quedó como médico en la Casa Alivio del Sufrimiento.

El escritor italiano Delfino Sessa relataba otro caso de una maestra acusada falsamente de crímenes de guerra. Capturada en su habitación, se la hizo responsable de una matanza cometida por los alemanes cuando ella era secretaria de un alto mando fascista. Durante su detención, fue golpeada con saña hasta que una voz enérgica ordenó: «¡Basta! ¡Acabemos ya con ella!»

Tras vendarle los ojos, la llevaron ante el pelotón de fusilamiento. La mujer se encomendó al Padre Pío, rezando sin parar. Se oyó a los soldados montar sus fusiles. De repente, una interminable columna de coches aliados irrumpió en la plaza. La tremenda confusión obligó a posponer la ejecución. En medio de la agitación, un hombre se acercó a la condenada. Tras despojarla de la venda y soltarle las ataduras, le preguntó:

-¿Qué van a hacer ahora con usted?

-No lo sé -repuso, temblorosa, la infeliz.

El misterioso salvador invitó luego a la maestra a subir al coche.

Entre la multitud, alguien comentó: «¡Es el Padre Pío!».

Meses después, la mujer devolvió la visita al fraile para darle las gracias. «Querida hija -bromeó él-, ¡cómo nos ha hecho correr tu camisa negra!»

Los aviadores del Gargano daban fe también de que, cada vez que sobrevolaban aquel monte para bombardearlo, se les aparecía en el cielo un fraile con las manos extendidas, rojas de sangre, prohibiéndoles que arrojasen sus proyectiles sobre los pueblos y ciudades de la zona.

Curiosamente, Foggia y otros municipios de la Puglia sufrieron horribles bombardeos; en cambio, sobre la comarca del Gargano no cayó un solo proyectil. Los pilotos americanos, ingleses o polacos comentaban maravillados tan inexplicable fenómeno.

Concluida la guerra, algunos de ellos acudieron al convento de San Giovanni Rotondo, donde comprobaron estupefactos que el Padre Pío era el mismo fraile que se les había aparecido como un espectro en el cielo.

SABER SUFRIR

El Padre Pío pagaba las conversiones y curaciones al precio de un gran sufrimiento moral y físico.

«No se va en carroza al Paraíso -advertía él mismo-. Las almas no se compran con dinero; al Reino de los Cielos se sube a través del sendero de la oración y del sufrimiento.»

No en vano, el doctor José Sala redactó el siguiente historial médico que hubiese arruinado la vida a cualquier mortal:

«Además de la bronquitis catarral, [el Padre Pío] sufría de cálculos en el riñón; había tenido ya cuatro cálculos renales con emisión de piedras. Fue operado de hernia inguinal por el doctor Festa. Y como complicación de la bronquitis catarral, tuvo problemas en oídos y laringe que requirieron, en los últimos diez años, la colaboración de los especialistas de la Casa Alivio del Sufrimiento.

»En 1959 fue víctima de un proceso inflamatorio pleuro-pulmonar con derrame. Las investigaciones de laboratorio excluyeron que fuese de naturaleza tuberculosa o tumoral. Tras inaugurarse la Casa Alivio del Sufrimiento, el Padre Pío fue examinado por médicos ilustres como los profesores Gasbarrini, Valdoni, Cassano, Pontoni... preocupados por la salud y por los ajetreos a que se le sometía.

»Desde 1966 hasta 1968 aparecieron súbitos aumentos de temperatura, que

disminuían en pocas horas; en 1957 tuvo las primeras crisis de asma bronquial, que redujeron notablemente la capacidad respiratoria del Padre Pío, que a menudo se quejaba de una sensación de opresión en el tórax.»

Aludía el doctor Sala al insólito fenómeno de la hipertermia que los médicos eran incapaces de explicar. La temperatura corporal del Padre Pío superaba incluso los 48 grados, reventando los termómetros de mercurio y teniéndose que recurrir a los de baño, sin que existiese el menor atisbo de enfermedad. Al cabo de uno o dos días, la temperatura volvía a ser normal.

El doctor Festa tampoco lograba explicarse un hecho tan asombroso:

«La ciencia médica -escribía- conoce casos de hipertermias excepcionalmente elevadas. La hipertermia se da siempre acompañada de alguna enfermedad grave y en temperamentos neuropáticos; aparece en casos agónicos o preagónicos, y la mayor parte de las veces con desenlace fatal.»

Pero no era éste, desde luego, el caso del Padre Pío. El doctor Festa comprobó en persona su sobrehumana capacidad de sufrimiento.

Al examinarle, en septiembre de 1925, se convenció de que debía operarle con urgencia. Observó, en la región inguinal derecha, una gran hernia con extensas adherencias entre la víscera lesionada y la parte del saco herniario. Tras informar al superior, se dispuso la intervención en el mismo convento, la mañana del 5 de octubre.

Sobre las doce del mediodía, tras celebrar Misa y confesar, el enfermo se puso en manos del doctor Festa, advirtiéndole que no deseaba ser anestesiado. De nada sirvió la obstinación del médico. Menudo era el Padre Pío. Modelo de obediencia, el paciente prometió a cambio no moverse ni un ápice durante la operación, bromeando incluso: «¿Acaso sabrías abstenerte, si me anestestas, de curiosear en mis llagas?»

Pese a que la cirugía duró una hora y tres cuartos, no salió de sus labios ni un solo lamento. Únicamente mientras el doctor extirpaba el saco herniario, dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

«Jesús -imploró el paciente-, perdóname si no sé sufrir cuanto debiera!».

Su biógrafo Alessandro da Ripabottoni refería esta ilustrativa anécdota, relatada por un testigo anónimo, sobre el umbral de dolor que llegaba a soportar el fraile:

«Sus manos y pies estigmatizados no están nunca bastante calientes. El invierno

pasado [de 1925] se colocaba cerquísima de una hoguera, junto a la cual nadie podía resistir; acercaba los pies descalzos a escasos centímetros de las llamas, manteniéndolos en esa posición por espacio de media hora, y a veces hasta de una hora entera. Con frecuencia se veían humear los calcetines, los cuales se le chamuscaron en más de una ocasión.»

Desde su juventud, convivía así con el dolor y las privaciones.

El padre Agostino de San Marco in Lamis escribía alarmado, en enero de 1937:

«Come poquísimo; duerme muy poco; confiesa durante toda la mañana en la iglesia; tiene diariamente audiencia con las personas que vienen a visitarle. Se puede decir que sale lentamente adelante de milagro.»

El doctor Romanelli tampoco entendía, en sus propias palabras, «cómo era posible que un hombre tan decaído de fuerzas, con una alimentación insuficiente e inadecuada, en cuanto a calidad sobre todo, pueda soportar un trabajo tan continuo; muchos días confiesa desde el alba hasta muy adentrada la tarde, sin dar muestras de cansancio».

En la relación de hechos que los capuchinos remitían periódicamente al Vaticano por imposición de la Santa Sede, dando cuenta de todo cuanto acontecía en San Giovanni Rotondo, en especial sobre el Padre Pío, se lee textualmente:

«Sufre con frecuencia fuertes dolores de cabeza. Presenta inapetencia casi continua; de vez en cuando, la fiebre le obliga a guardar cama. Comiendo ordinariamente poquísimo a mediodía y nada absolutamente durante la mañana y la tarde, y perdiendo sangre a diario a causa de las heridas, en especial la del costado, es imposible que no esté débil y delicado de salud. Sufre también de insomnio y la mayor parte de la noche la pasa rezando en el coro. De hecho, es él quien espabila, saliendo del coro, a los religiosos para la oración nocturna.»

Claro que los dolores de la cirugía, insoportables sin anestesia para el común de los mortales, o el abrasamiento de los pies ante el fuego en invierno eran cosas de niños comparados con el sufrimiento moral y físico de los estigmas del Señor...

EL SECRETO DEL REY

Las primeras señales del prodigio aparecieron a finales de 1910, a la edad de veintitrés años. Lo sabemos por una carta a su entonces director espiritual, padre Benedetto, fechada el 8 de septiembre del año siguiente, 1911, en la que, tras pedirle perdón porque

la «maldita vergüenza» le había impedido comunicárselo antes, le decía:

«Ayer por la tarde me sucedió algo inexplicable. En medio de la palma de la mano apareció una señal enrojecida, en forma de centavo, acompañada de un intenso dolor, el cual era mayor en el centro de la mano izquierda, tanto que dura todavía. También bajo los pies siento algo de dolor. Hace ya casi un año que se va repitiendo este fenómeno, pero hacía ya algún tiempo que no se me había reproducido como ahora.»

Luego, en las señales, perceptibles o no, prosiguió el suplicio moral y físico:

«Desde el jueves por la tarde -escribía ahora al padre Agostino, el 21 de marzo de 1912- hasta el sábado, como también el martes, vivo una tragedia dolorosa. El corazón, las manos y los pies me parecen traspasados por una espada; tanto es el dolor que siento.»

Los estigmas no se hicieron visibles hasta ocho años después.

Todo empezó la tarde del 5 de agosto de 1918, con el fenómeno místico de la transverberación, llamado poéticamente «el asalto del serafín», en recuerdo del ángel que traspasó con su lanza de fuego el corazón de Santa Teresa.

San Juan de la Cruz aludía a las «heridas de amor» como «saetas de fuego que hieren y traspasan el alma, cauterizándola con fuego amoroso». Distinguía así estas «heridas de amor» de las «llagas de amor», más profundas y duraderas, las cuales se hacían visibles en manos, pies y costado.

Precisamente en el costado recibió el Padre Pío la primera de esas «llagas de amor», en lenguaje místico.

La llamada transverberación consistía en una gracia especialísima y santificadora que abrasaba el alma con el amor de Dios. El alma era así interiormente asaltada por un personaje celestial -nada menos que Jesús, en el caso del Padre Pío- que la traspasaba con una lanza de fuego.

Al cabo de dos semanas, el Padre Pío revivía su estremecedora experiencia en una carta al padre Benedetto:

«En virtud de la obediencia que tanto me obliga, debo comunicarle lo que me ocurrió en el atardecer del 5 al 6 de este mes. Estaba confesando a nuestros alumnos, cuando se presentó de repente ante mí la figura de un personaje celestial que llevaba en la mano una especie de instrumento similar a una larga lanza de hierro con una punta muy afilada, hecha como de fuego. En el acto, hundió con fuerza el instrumento en mi

alma. Me sentí morir. Rogué al muchacho que se retirase porque me encontraba muy mal y no tenía fuerzas para continuar confesando. Aquel verdadero martirio duró sin interrupción hasta la mañana del día 7. No puedo describir mi sufrimiento durante este período tan doloroso. Sentí que mis vísceras salían como arrancadas por aquel instrumento y eran presa del hierro y del fuego. Desde aquel día, estoy herido de muerte y vivo en lo más hondo de mi alma una herida que siempre está abierta y me hace sufrir constantemente.»

La respuesta tranquilizadora del padre Benedetto no se hizo esperar:

«El hecho de la herida consuma vuestra pasión, como consumó la del Amado en la cruz. ¿Vendrá tal vez la luz y la alegría de la resurrección? Así lo espero, si a Él le place. Besad la mano que os ha transverberado y estrechaos dulcísicamente a esta llaga que es señal de Amor.»

Entretanto, las huellas de ese Amor, con mayúscula, desataban tormentas de dolor en el siervo de Dios, que intentaba desahogarse así con su director espiritual:

«Me veo inmerso en un océano de fuego; la herida, reabierta, sangra y sangra. Ella sola bastaría para darme muerte más de mil veces... Desde hace días advierto en mí algo semejante a una hoja de hierro que me traspasa, en línea transversal, desde la parte inferior del corazón hasta debajo del hombro, causándome sin tregua un dolor intensísimo.»

Al estigma en el costado sucedieron, el 20 de setiembre de 1918, las heridas visibles en pies y manos.

Un mes después, acuciado por su director espiritual, el Padre Pío relató al fin los pormenores del fenómeno que hasta entonces había mantenido en secreto al sentirse confundido y humillado.

La sobrecogedora carta dice así:

«¿Que cómo se produjo mi crucifixión? ¡Qué decirle sobre lo que me pide! ¡Dios mío, qué vergüenza y qué humillación siento al tener que expresar lo que Tú hiciste en mi pobre ser!

»El 20 de septiembre último, me encontraba en el coro, después de celebrar la Santa Misa, cuando me sorprendió un descanso semejante a un dulce sueño. Todos mis sentidos y facultades del espíritu se hallaban en una quietud indescriptible. Un silencio absoluto me rodeaba. Sentí una gran paz y me abandoné a la completa

privación de todo. De pronto, vi delante de mí a un misterioso personaje, semejante al que se me presentó el 5 de agosto. Pero se diferenciaba en que de sus manos, pies y costado brotaba sangre. Sentí miedo y no puedo decir lo que pasó por mi cabeza. Mi corazón saltaba del pecho. Creí morir y hubiese muerto si el Señor no me hubiese protegido. El personaje desapareció de mi vista y entonces reparé en que mis manos, pies y costado estaban traspasados y chorreaban sangre. Imagínese la tortura que experimenté entonces y sigo experimentando continuamente, todos los días. La herida del corazón sangra sin cesar, sobre todo del jueves al sábado.

»Padre mío, me muero de dolor a causa del tormento y de la vergüenza que siento en la intimidad de mi alma. Temo morirme desangrado si el Señor no escucha la llamada de mi pobre corazón. Jesús, que es tan bueno, ¿me concederá esta gracia? ¿Me quitará, por lo menos, la vergüenza que siento con estos signos? Levantaré mi voz hacia Él sin cesar de confiar en su misericordia y de pedirle que no me libre de la tortura ni del dolor, pero sí de la vergüenza.»

El Padre Pío se resistió cuanto pudo a desvelar lo que él mismo denominaba «el secreto del Rey». Sólo la obediencia debida a su director le hizo revelar finalmente el fenómeno que tanto le avergonzaba.

Hasta entonces, escondió sus manos con guantes y sus pies con calcetines de lana áspera de color marrón.

En cuanto trascendió «el secreto del Rey», sus enemigos se apresuraron a calumniarle, aduciendo que los falsos estigmas eran producto de la histeria del fraile, cuando no fruto de la sugestión e incluso de la autolesión, unidas al fanatismo, el desequilibrio mental o la mala fe.

Los insultos y descalificaciones provenían precisamente de donde al Padre Pío más le dolía: de los hijos de la Iglesia que, como los discípulos de Emaús, caminaban junto a él sin reconocer a Jesús.

El propio arzobispo de Manfredonia, Pascuale Gagliardi, sentenció: «Los falsos estigmas fueron artificialmente producidos por ácido nítrico para disimular unas heridas de origen sifilítico.»

¿Cabía acaso una ofensa mayor?

El Padre Pío resultó también estigmatizado por las calumnias.

A esas alturas, el padre guardián del convento había elevado ya un informe de los

estigmas al padre provincial y éste, a su vez, había cursado el suyo al Santo Oficio.

Muy pronto, San Giovanni Rotondo se convirtió en el principal observatorio médico del planeta...

RENDIDOS A LA EVIDENCIA

Luigi Romanelli fue el primer médico que visitó el convento para examinar al fraile estigmatizado en mayo y julio de 1919.

En julio del mismo año, acudió también allí el profesor Amico Bignami, director de Patología Médica en la Universidad de Roma.

Finalmente, en octubre, estuvo allí el doctor Giorgio Festa, que repitió la visita en julio de 1920, acompañado de Romanelli.

Precisamente este último, director del hospital civil de Barletta, describía con gran precisión visual los estigmas en las manos del Padre Pío:

«En las regiones palmares de ambas manos, y propiamente al nivel del tercer metacarpo, se aprecia a simple vista una pigmentación de la piel de color rojo vinoso en una superficie del tamaño de una moneda de bronce de cinco centavos en la mano derecha y de dos centavos en la mano izquierda. Los contornos aparecen con leves franjas, de forma casi circular. Observándolos con cuidado, se aprecia en esa zona de la piel un epitelio, o más bien una membrana reluciente, algo levantada en el centro, que forma una especie de botoncito del cual parten muchas estrías delgadas más oscuras, casi negras. Toda esa zona está levantada sobre los tejidos circundantes, íntegros y normales. Hecha la palpación con delicadeza, no se advierte por debajo resistencia ósea ni muscular alguna; al contrario, se observa que la membrana es notablemente elástica y no existe orificio de escape de líquido... Aplicando el pulgar en la palma de la mano y el índice en el dorso, y haciendo presión, que resulta muy dolorosa, se tiene la percepción exacta del vacío existente entre ambos dedos.»

Sobre las heridas de los pies, Romanelli anotaba en su informe:

«Sobre el dorso de ambos pies se advierte una zona circular, del tamaño de una moneda de cinco centavos, recubierta también de una membrana de color rojo vivo, aspecto reluciente y contornos nítidos y precisos, rodeada de tejidos normales. Tras palparla, se comprueba que la membrana es también elástica y permite apreciar el vacío subyacente. En las regiones plantares se perciben idénticas zonas y características. Comprimiéndolas al mismo tiempo, ya sea la región dorsal o plantar, se

aprecia el vacío existente, así como el pie perforado, cuyos huecos aparecen recubiertos por la membrana descrita.»

Finalmente, el doctor detallaba así la llaga del costado:

«En el hemitórax izquierdo, propiamente en la línea mamilar y axilar anterior, casi en correspondencia con el sexto espacio intercostal izquierdo, se advierte una herida lacerada, lineal, que sigue la dirección de las costillas. Tiene una longitud aproximada de siete centímetros entre los bordes ligeramente enroscados, destacándose sus tejidos suaves. La herida parece hecha desde abajo hacia arriba y un poco desde fuera hacia dentro, con efusión de sangre arterial... Sus características son propias de una herida de incisión.»

Romanelli concluía, rotundo, su informe:

«Se excluye que la etiología de las lesiones del Padre Pío sea de origen natural sino que el agente productor debiera buscarse, sin temor a equivocarnos, en lo sobrenatural, ya que el hecho constituye por sí mismo un fenómeno inexplicable sólo desde la ciencia humana.»

A idéntica conclusión llegó el doctor Giorgio Festa; tan sólo Amico Bignami, hombre sin fe ni creencia religiosa alguna, discrepó:

«Nada hay -advirtió- en las alteraciones de la piel que no pueda ser producto de un estado morbozo y de la aplicación de agentes químicos conocidos.»

Para enturbiar aún más la verdad, el padre Agostino Gemelli arrojó sus propias cartas marcadas al cesto del oprobio.

Curiosamente, Gemelli pertenecía a la Orden de Hermanos Menores Franciscanos y unía a su condición de médico, las de rector de la Universidad Católica de Milán, consejero técnico del Santo Oficio y amigo personal de Pío XI.

Gemelli, precisamente, escribió un tratado para demostrar que todos los estigmatizados de la historia, a excepción de San Francisco de Asís y de Santa Catalina de Siena, eran poco menos que unos farsantes. Y, naturalmente, el Padre Pío figuraba, a su juicio, entre ellos.

Gemelli osó entonces entregar al Pontífice un informe denigratorio sobre el Padre Pío... ¡sin haber examinado sus estigmas!

Al contrario que Romanelli y Festa, quienes, tras estudiarlos minuciosamente,

desenmascararon finalmente la falsa tesis de Gemelli y la interpretación positivista de Bignami.

Festa, en concreto, ofrecía los resultados de sus investigaciones en su libro *Misterio de ciencia y luz de fe*:

«[Los estigmas] no se deben -aseguraba- a la aplicación directa de sustancias cáusticas o irritantes, porque la acción de éstas no se limita nunca estrictamente, como en nuestro caso habría sucedido, a la zona lesionada... Y de todas formas, una vez que cesa la acción del presunto agente vulnerador, sea éste de naturaleza química o traumática, sería también lógico que cesasen sus efectos... En otras palabras, que sería también lógico que la reacción vital de la naturaleza, incluso sin el auxilio de los medios recomendados por la técnica, proveyese con su propia energía, como los médicos constatamos en todo tipo de lesiones, la reparación progresiva del mal generado. ¿Cómo es, pues, que las lesiones observadas en el Padre Pío conservan aún, después de tantos años, la viveza y frescura del primer momento en que se manifestaron?»

En 1968 el doctor Andrea Cardona declaró, tras reconocer al Padre Pío, que había hallado «en ambas manos orificios del diámetro aproximado de uno y medio centímetros, respectivamente, que atravesaban las palmas de un lado a otro, filtrándose por ellos la luz; con la presión, las yemas de mis dedos índice y pulgar se tocaban».

Resultaba imposible explicar así fenómenos sobrenaturales a la exclusiva luz de la ciencia...

«VIAJERO» INCANSABLE

¿Podía acaso explicar también la ciencia cómo el Padre Pío estuvo tantas veces a lo largo de su vida en dos lugares distintos al mismo tiempo?

Uno de los dones más sorprendentes de nuestro protagonista fue precisamente el de la bilocación, del latín *bis* y *locatio*.

Sabemos que éste no fue un fenómeno exclusivo de él: Felipe Neri, Catalina de Ricci, Pedro de Alcántara, Alfonso María de Liguori, Antonio de Padua y algunos otros santos de la Iglesia recibieron el mismo don.

Pero el caso del Padre Pío fue, si cabe, el más espectacular de todos por la infinidad de testimonios documentados.

Uno de ellos, el de don Orione, canonizado por Juan Pablo II el 16 de mayo de 2004, quien aseguró al Papa Pío XI haber visto con sus propios ojos al Padre Pío en la Basílica de San Pedro, en Roma, durante la beatificación de Santa Teresa de Lisieux.

A lo que el Pontífice respondió: «Si me lo dice usted, ¡lo creo!»

Para nadie es un secreto que el Padre Pío permaneció más de cincuenta años en el convento de San Giovanni Rotondo, «sin moverse» de allí.

Pues bien, su presencia en la solemne ceremonia de beatificación fue confirmada también por el obispo de Salto (Uruguay), monseñor Tomás Gregorio Camacho.

No en vano, en cierta ocasión una persona muy cercana al Padre Pío aseguró a María Winowska: «De entre todos los santos, Santa Teresita del Niño Jesús era su preferida».

La publicista refería a continuación que, años antes de la beatificación, «la señorita M. B.» mostró al fraile una foto de la joven Teresita para que se la bendijese. Con la estampa en la mano, el Padre Pío respondió: «Yo no puedo bendecir la imagen de esta religiosa, pues todavía no ha sido canonizada. Pero un día subirá a los altares. Es una santa, una gran santa».

Winowska se hacía eco también de la salvación del general Cardona, desesperado por su derrota en Caporetto.

Una noche, hallándose en su tienda, Cardona desenfundó su pistola dispuesto a descerrajarse un tiro en la sien. Los centinelas tenían orden de no dejar pasar a nadie pero, en el momento crítico, irrumpió allí un fraile franciscano, recriminándole: «¡Vamos, general, no cometa usted esa locura!»

Encolerizado, Cardona se dirigió a la guardia para averiguar por qué había desobedecido sus órdenes. Los centinelas aseguraron que nadie absolutamente había pasado delante de sus ojos. La cólera del general cedió así ante el natural asombro. Al regresar a su tienda, comprobó que ya no había nadie. Para entonces, la idea del suicidio se había disipado de su cabeza. En días sucesivos oyó hablar con insistencia del Padre Pío. Escuchó relatos desconcertantes de él. Una sola idea le martilleaba en el cerebro: conocer al Padre Pío y comprobar si era el mismo fraile que le visitó aquella noche en su tienda.

Partió así, esperanzado, hacia San Giovanni Rotondo. Al llegar allí, le dijeron que era imposible hablar con el fraile, pues se hallaba bajo estrecha vigilancia médica. El general insistió al padre guardián: «¡Déjenme al menos verlo!» El guardián accedió finalmente, conduciéndole hasta el rincón de un pasillo por donde debía pasar toda la comunidad.

Llegaron los frailes, silenciosos, unos detrás de otros, con la mirada baja. El impaciente militar reconoció enseguida a su nocturno visitante. El Padre Pío, sonriéndole, levantó el dedo en señal de advertencia, como si quisiese decirle: «¡De buena te has librado!»

El Padre Pío vislumbraba ya su carisma de la bilocación en septiembre de 1915, cuando escribió esta carta a una de sus hijas espirituales:

«Me doy cuenta de que ésta es una gracia muy grande que el Señor me concede: acordarme sólo de quien y de lo que Él quiere. El Señor, en efecto, me presenta muchas veces a personas que yo no he visto jamás ni tampoco he oído hablar con el único fin de que rece por ellas, y no se da el caso de que Él no escuche mis súplicas.»

Siete años después, mientras departía sobre la bilocación de San Antonio de Padua con sus hermanos capuchinos de San Giovanni Rotondo, el Padre Pío corrigió a uno de ellos con la seguridad de un experto, convencido de que el fenómeno no pasaba inadvertido para los santos: «Seguro que se dan cuenta. Tal vez no sepan si se mueve el cuerpo o el alma, pero son plenamente conscientes de todo lo que sucede y saben muy bien adónde van...»

¡Claro que lo sabían! El padre Francisco Napolitano, autor de una espléndida biografía del Padre Pío, contaba que en 1956, a su regreso de Estados Unidos, respondió atónito a una pregunta del siervo de Dios: «¡Cómo,- Padre, usted ha estado en Nueva York!»

Napolitano sabía perfectamente que él jamás salía de San Giovanni Rotondo... ¿o acaso sí...? El Padre Pío le sacó de dudas: «Tú has estado una vez, pero yo, en cambio, ¡cientos de veces!»

El padre Rosario de Aliminusa, superior del Padre Pío durante más de tres años, dejó constancia en sus Informaciones de otro caso de bilocación relacionado con una anciana residente en América, sentenciada a muerte por un tumor maligno.

Un día, una amiga suya le mostró una fotografía del Padre Pío, asegurándole: «Este fraile podrá curarte».

Era la primera vez que la enferma oía hablar de él. Hasta que una noche se le apareció en carne y hueso, en su propia casa, prometiéndole curarla si se convertía al catolicismo.

La enferma habló luego con un sacerdote católico y se preparó para abrazar su nueva religión, tras lo cual quedó sanada al instante.

El prodigio trascendió los muros del convento de San Giovanni Rotondo, donde el padre Eusebio de Castelpetroso provocó un día, medio en broma, al Padre Pío: «¡Pero

algunos viajeitos a América sí que se los hace! He sabido que ha visitado allí a una señora enferma de un tumor...»

El protagonista se limitó a responder: «¿Y tú cómo lo sabes?»

El padre Eusebio le preguntó luego en qué idioma se expresaba cuando viajaba al extranjero. «En italiano, por supuesto. ¿Cuántos milagros quieres que haga si no el Señor?», repuso él.

«Viajero» incansable, al Padre Pío se le vio también en Uruguay, en 1941. Una noche, el entonces arzobispo de Montevideo, Antonio María Barbieri, oyó que llamaban a su puerta. Al abrirse ésta, distinguió en la penumbra la silueta de un capuchino, que le apremió: «¡Corra a la habitación de monseñor Damiani! ¡Se está muriendo...!»

Barbieri avisó enseguida al sacerdote Francisco Navarro para que administrase el viático y el santo óleo al moribundo, que media hora después falleció de una angina de pecho.

Sobre su mesita de noche se halló un papel garabateado a lápiz por una mano temblorosa que, a modo de telegrama, decía: «Padre Pío. San Giovanni Rotondo. Dolores continuos de corazón me anonadan. Damiani».

Monseñor Barbieri guardó la cuartilla como el más preciado tesoro. Ocho años después, el 13 de abril de 1949, durante una visita a San Giovanni Rotondo, se percató de que el fraile que había llamado a su puerta aquella noche era el Padre Pío.

Un periodista de la RAI, la radiotelevisión italiana, le vio aparecer también en su estudio antes de iniciar un programa en directo dedicado a los enfermos.

Conforme se acercaba la hora de emisión, una fuerte jaqueca le fue dejando fuera de combate. Sintió que la cabeza le iba a estallar. Desesperado, se arrojó en un sillón e invocó al Padre Pío. Justo entonces, oyó el rumor de unos pasos y el tintineo de un Rosario... ¡Era el fraile! El capuchino se acercó a él y le puso la mano en la cabeza. El periodista pensó: «Esto es una alucinación». Pero el dolor desapareció al instante. Agarró el micrófono y presentó el programa sin el menor contratiempo. Al día siguiente, corrió a San Giovanni Rotondo. En el pasillo se cruzó con el Padre Pío, quien le dijo, con aire pícaro: «¡Ten cuidado con las alucinaciones!»

Hablando de bilocaciones, el padre Plácido de San Marco in Lamis relató con detalle su increíble experiencia. Ingresado en el hospital de San Severo en estado grave, pidió que le llevaran la Comunión. Sobre las seis de la mañana, la monja que le acompañaba en la habitación vio una mano estampada en el exterior de la ventana; no era una mano

cualquiera, sino que estaba horadada: presentaba un orificio a través del cual fluía la luz, entre hilillos de sangre.

El padre Plácido reconoció la mano del Padre Pío, que había acudido a visitarle. Comulgó, pero su salud no mejoraba. Al cabo de tres días, encontrándose muy enfermo, vio aparecer de nuevo al Padre Pío sereno y sonriente. Era medianoche. El paciente hizo ademán de saludarle, pero el visitante le atajó: «Quédate tranquilo. No morirás».

Al amanecer, el padre Plácido se sintió totalmente curado. Él solo se incorporó de la cama, vistiéndose a continuación para reintegrarse a la vida del convento ante el desconcierto de médicos y enfermeras.

Poco después, el superior Alberto de San Giovanni Rotondo preguntó al Padre Pío si había estado en San Severo. «Sí, estuve allí, pero no digáis nada a nadie», advirtió él.

Aunque a esas alturas, lo sabía ya todo el Gargano.

El Padre Pío era un «viajero» infatigable. El cardenal Augusto Sifi refería el caso de una niña declarada incurable por los médicos. Sus padres, personas de mucha fe, la llevaron a San Giovanni Rotondo para ver si el Padre Pío la sanaba. Alojados en un hotelito del pueblo, acostaron a la pequeña y fueron luego ellos solos al convento. Desgraciadamente, aquel día, el fraile se hallaba enfermo y no pudo atenderlos. De regreso al hotel, desconsolados, la niña salió a su encuentro saltando de alegría: «¿Cómo habéis hecho para enviarme tan pronto al Padre Pío? ¡Ha venido y me ha curado!»

UN ENCARGO DE LA VIRGEN

Dejamos para el final el primer caso de bilocación del Padre Pío, sin duda el más impactante de todos. Data de enero de 1905, cuando el fraile contaba dieciocho años.

Un mes después, él mismo confirmaba su veracidad en una declaración secreta que fue a parar a manos de su director espiritual, Agostino de San Marco in Lamis, quien la custodió celosamente hasta entregarla, años después, a la mujer interesada, deseosa entonces de conservar el anonimato.

El Padre Pío relataba así el gran prodigio:

«Hace algunos días me ha sucedido un hecho insólito mientras me hallaba en el coro con fray Anastasio; eran las 23 horas del día 18 del mes en curso (enero de 1905), cuando me encontré lejos, en una casa señorial, donde el padre moría mientras venía al mundo una niña. Se me apareció entonces María Santísima, diciéndome:

»-Te confío a esta criatura; es una piedra preciosa en bruto; trabájala, púlela, vuévela lo más reluciente posible, porque un día quiero adornarme con ella.

»-¿Pero cómo va a ser posible, si todavía soy un pobre clérigo y no sé si tendré la fortuna y la alegría de ser sacerdote? Y aun en el caso de que llegase a serlo, ¿cómo podría yo ocuparme de esta niña estando tan lejos de aquí?

La Virgen añadió:

»-No tengas la menor duda. Será ella la que vendrá a ti, pero primero la encontrarás en San Pedro.

»A continuación, me hallé de nuevo en el coro.»

La niña en cuestión, nacida en la tarde del 18 de enero de 1905 en Udine, región del Véneto, mientras su padre fallecía, respondía al nombre de Giovanna Rizzani Boschi.

Al cabo de diecisiete años, en el verano de 1922, esa misma niña, convertida ya casi en mujer y estudiante de liceo, sintió el impulso de confesarse en la Basílica de San Pedro, en Roma.

La hora a la que llegó al templo era casi imposible encontrar un confesor. Pero salió a su encuentro un joven sacerdote capuchino que, instantes después, se dispuso a escucharla en el segundo confesonario situado a la izquierda, según se entraba a la basílica.

Una vez absuelta, la muchacha esperó a que el clérigo saliese del confesonario para besarle la mano pero... ¡allí no había absolutamente nadie!

Un año después, la chica fue a San Giovanni Rotondo con una tía y dos amigas suyas para conocer al Padre Pío. El corredor que conducía desde la antigua sacristía hasta la clausura del convento se hallaba abarrotado de gente, pero ella ocupaba un hueco en primera fila. Al pasar a su lado, el Padre Pío le dijo: «Yo te conozco; naciste el día en que murió tu padre».

Al día siguiente, en el confesonario, ella le oyó exclamar:

-¡Hija mía, por fin viniste! Hace años que te espero...

-Padre, ¿qué quiere de mí? Yo no le conozco. Tal vez me confunda con otra persona - repuso ella.

-No, no me equivoco -corroboró el fraile-. Tú ya me conoces. Estuviste conmigo el

año pasado en la Basílica de San Pedro, en Roma. Fuiste confiada a mi cuidado por la Virgen.

Puesta bajo su dirección espiritual, la mujer acabó vistiendo el hábito de la Orden Franciscana bajo el nombre de Hermana Jacoba.

Cuatro días antes de morir el Padre Pío, mientras se confesaba con él, le escuchó decir:

-Ésta es la última confesión que haces conmigo. Ahora te absuelvo de todos tus pecados desde que tuviste uso de razón.

-¿Por qué, Padre? -inquirió ella.

-Ya te dije que no puedo confesarte más, porque me voy.

PERFUME EMBRIAGADOR

Monseñor Rafael Carlos Rossi daba fe de otro inconfundible carisma del Padre Pío: el perfume.

Tras su visita apostólica a San Giovanni Rotondo, entre el 14 y el 21 de junio de 1921, elaboró un exhaustivo informe donde aludía también al insólito fenómeno de la fragancia floral que despedían sus estigmas.

Conviene subrayar que el Padre Pío no era en modo alguno santo de su devoción, como él mismo, honestamente, admitía:

«Este perfume agradabilísimo y vivísimo, comparable al de la violeta... lo atestiguan todos; y los Eminentísimos Padres permitirán que lo atestigüe también yo. Lo he sentido en cuanto he visto los estigmas. Y puedo asegurar de nuevo a los Eminentísimos Padres que yo fui a San Giovanni Rotondo con espíritu decidido, como quien debe llevar a cabo una investigación absolutamente objetiva, pero, al mismo tiempo, con una verdadera prevención personal en contra de todo cuanto se contaba del Padre Pío... Me encuentro con absoluta indiferencia y, diría, casi frialdad... Pero, por deber de conciencia, debo decir que ante algunos hechos no he podido permanecer con esa personal prevención contraria. Y uno de estos hechos es precisamente el perfume, el cual, repito, he sentido, como lo sienten todos.»

Pero, ¿cómo se percibía aquel misterioso perfume?

«Se siente a intervalos, a oleadas -explicaba monseñor Rossi-; dicen que en la celda y fuera de ella, cuando él pasa, en su lugar en el Coro, incluso a distancia. Un caso así le sucedió al Arcipreste Príncipe, que lo sintió en la iglesia parroquial al dar la comunión a una de las personas que más se acercan al Padre Pío; y le ocurrió también al Padre Lorenzo, superior, mientras que quienes le acompañaban no lo sintieron. Y nótese que el padre Lorenzo es muy serio, prudente y "escéptico" en principio con todo lo relacionado con el Padre Pío. Además, los pañuelos empapados de la sangre emanada de las heridas del Padre Pío, el solideo que usa, los guantes, los cabellos cortados hace más de dos años conservan este perfume.»

El perfume sobrenatural del Padre Pío nada tenía que ver con la cosmética, pese a que todo el mundo intentase en vano compararlo con alguna de las fragancias terrenales. Quienes lo percibían, en vida o tras la muerte del Padre Pío, acababan convencidos de que era una prueba de su presencia espiritual. Sentían el perfume por alguna poderosa razón: para beneficiarles con una curación del cuerpo y el alma, guiarles, amonestarles o avisarles de algún peligro inminente. Como le sucedió a la pobre mujer de San Giovanni Rotondo que, mientras caminaba hacia atrás recogiendo castañas por el monte, percibió de pronto un intenso olor a violetas y se dio la vuelta, comprobando que estaba al borde de un precipicio.

El perfume provocaba, al principio, incredulidad.

Igual que monseñor Rossi, el doctor Romanelli pensó mal del estigmatizado. En su primera visita a San Giovanni, en junio de 1919, tras percibir el inconfundible aroma, desahogó así sus escrúpulos con el padre Valenzano: «No me parece bien que un capuchino de semejante reputación use cosméticos, y menos de ese precio».

Pero Romanelli, como todos los exclusivos «clientes» del perfume, acabó rendido a la evidencia.

Yo mismo pude sentir aquel aroma al olfatear una antigua carterita del Padre Pío que don Pierino Galeone aún conserva en su casa de Tarento.

Sin ir más lejos, mi esposa Paloma percibió una intensa ráfaga de una fragancia similar mientras rezaba ante la tumba del santo, en San Giovanni Rotondo.

Hablando de doctores, el caso de Giorgio Festa, privado del olfato desde su nacimiento, resulta también muy elocuente en este sentido.

Mientras regresaba a Roma desde San Giovanni Rotondo, donde había reconocido al Padre Pío, llevaba consigo a bordo del automóvil un paño empapado con la sangre del costado, el cual pretendía analizar luego al microscopio.

De repente, sus compañeros de viaje, entre quienes había un oficial del ejército, empezaron a comentar: «¿Qué es lo que huele tan bien? ¡Qué exquisito perfume! No se parece a ninguno conocido...»

El doctor sonreía, pues él era incapaz de olfatear algo. Ninguno de sus compañeros lograba dar con la marca de aquel misterioso perfume; ni siquiera con su procedencia: ¿violeta?, ¿nardo?, ¿jazmín?, ¿acaso ámbar?...

El aroma se sintió durante un cuarto de hora, aproximadamente. Luego, la conversación derivó hacia otros temas.

Pero el doctor Festa, intrigado, guardó más tarde el lienzo en uno de los cajones de su escritorio. Algunos pacientes, al visitarle en su consulta, quedaron también maravillados por aquel llamativo perfume, preguntándole incluso por su marca.

Los testigos del efluvio se han multiplicado en todo el mundo.

Antonio d'Erchia, obispo de Monópolis, manifestaba lo siguiente:

«En muchos casos se me ha hablado del perfume emanado hasta de la imagen del Padre Pío, casi siempre como preanuncio de felices acontecimientos, de favores, o en premio a esfuerzos generosos hechos para practicar la virtud.»

También el padre Rosario de Aliminusa brindaba su agradable experiencia:

«Yo he sentido todos los días, durante tres meses consecutivos, el perfume característico del Padre Pío a la hora de las Vísperas. Al salir de mi celda, contigua a la de él, sentía provenir de ésta un olor agradable y fuerte cuyas características no sabría describir.»

Otro superior del Padre Pío, Rafaelle de Sant'Elia a Pianisi, aseguraba que percibió la misma fragancia mientras oraba en el Coro: «Se notaba a veces un perfume muy particular que provenía de las llagas de sus manos».

El padre Rafael refería a continuación esta anécdota que él mismo presenció:

«Una noche, después de la cena, cuando íbamos al Coro a dar gracias, como era costumbre, apenas subimos las escaleras y llegamos al corredor, nos vimos envueltos en el perfume de siempre; el Padre Pío había pasado por allí poco antes y dejó tras de sí una estela de fragancia que invadió todo el claustro.»

A un matrimonio polaco, residente en Inglaterra, le sucedió algo parecido mientras

aguardaba una decisión que podía cambiar su vida.

Desesperados al no saber qué camino tomar, supieron de la existencia del Padre Pío por un amigo. Los cónyuges decidieron escribir al fraile, pero no obtuvieron respuesta. Acuciados por el tiempo, emprendieron el viaje a San Giovanni Rotondo para verle en persona. Durante el largo camino desde Inglaterra a la Apulia, hicieron un alto en Berna, donde se preguntaron si merecía la pena continuar.

¿Acaso el fraile, obediente a las órdenes de sus superiores, los recibiría al final? Cuando estaban a punto de regresar a Inglaterra, la habitación de su hostel se inundó de un exquisito perfume. Incapaces de localizar su procedencia, una fuerza interior les impulsó a proseguir su camino hasta el convento, donde finalmente les recibió el Padre Pío.

-Le escribimos una carta -adujeron ambos-. Pero como no recibimos respuesta...

-¡Cómo que no os he respondido! -repuso el fraile-. ¿Acaso no habéis notado nada esta noche en el albergue suizo?

Con frecuencia, las curaciones del Padre Pío solían ir precedidas por el aroma de sus estigmas. Cierta día, Josefina Marchetti, de 24 años, debió enfrentarse al implacable veredicto del cirujano: operada del brazo, y tras un largo tratamiento, nunca más volvería a moverlo por culpa de una fractura imprevista en el omoplato.

Desolada, la joven acudió con su padre a San Giovanni Rotondo, donde el Padre Pío les consoló: «¡No os desesperéis! ¡Confíad en el Señor! El brazo sanará».

Pero el tiempo pasaba y Josefina seguía igual. Corría el mes de junio de 1930. Su padre y ella pensaron que el Padre Pío había fracasado. Hasta que el 17 de septiembre, aniversario de los estigmas de San Francisco, la casa de los Marchetti resultó invadida por un delicioso perfume de junquillos y rosas que persistió durante un cuarto de hora, durante el cual nadie pudo adivinar su origen.

Sea como fuere, desde ese mismo instante, Josefina recobró la movilidad de su brazo. Una radiografía, conservada como una reliquia, evidenció la repentina «renovación de huesos y cartílagos».

ÉXTASIS Y APARICIONES

Nadie, hasta mucho tiempo después, supo que con sólo cinco años Francesco Forgione sufría ya el acoso del diablo y hallaba, por el contrario, maternal consuelo en la visión

virginal de María.

Nuevamente, el Padre Agostino de San Marco in Lamis dejó constancia de ello en su diario:

«Los éxtasis y las apariciones comenzaron al quinto año de edad, cuando tuvo el pensamiento y el sentimiento de consagrarse para siempre al Señor, y fueron constantes. Interrogado sobre cómo lo había mantenido oculto tanto tiempo [hasta los 28 años], con inocencia respondió que no lo había manifestado porque lo creía una cosa normal que sucedía a todas las almas. De hecho, un día dijo ingenuamente: "¿Y usted no ve a la Virgen?" Ante mi respuesta negativa, agregó: "Usted lo dice por santa humildad". A los cinco años comenzaron también las apariciones diabólicas, que durante casi veinte años revis tieron siempre formas muy obscenas, humanas y sobre todo bestiales.»

De los éxtasis daba fe también otro testigo de excepción: el propio médico del convento de San Nicandro de Venafró, Nicola Lombardi.

El doctor legó a la posteridad un documento de gran valor, firmado de su puño y letra, en el que relataba su asombrosa experiencia con el Padre Pío.

He aquí su transcripción íntegra, reproducida por el padre Alessandro da Ripabottoni:

«El abajo firmante atestigua que, habiendo observado en el monasterio de los Capuchinos de San Nicandro de Venafró al Padre Pío, noté en él un ligero debilitamiento de la respiración vesicular en los ángulos pulmonares. Transcurridos algunos días, fui llamado por causa del mismo Padre Pío y en esta ocasión pude observar cómo este padre permanecía sobre el lecho con los ojos abiertos, con el rostro encendido, fija su mirada en alguna cosa que tenía delante.

»Dirigía sus palabras a Cristo, a la Virgen, al Ángel Custodio. El diálogo, el soliloquio, que mantenía no era inconexo. Duró todo esto como media hora en mi presencia y en la de los religiosos. Mientras permanecía en esa situación, examiné el estado del corazón, del pulso: todo era fisiológicamente normal.

»Finalizado el diálogo y una vez que las personas con las que trataba se iban retirando, cerraba los ojos y quedaba sumido en un sueño normal. Si en este estado de sueño era llamado por el Superior desde fuera de la celda, sin esforzar nada la voz, como lo hizo en mi presencia, se despertaba, volvía en sí, se reía y continuaba la conversación con todos graciosamente, como si nada hubiese ocurrido.

»Durante el diálogo con los personajes invisibles, nada advertía el Padre Pío de

cuanto le rodeaba. Esto se repitió varias veces, según corroboraron los padres. Conceptué como "éxtasis" este estado en el que caía el Padre Pío.

»Obsequios y saludos. Dr. Nicola Lombardi.»

Las apariciones de Jesús, María y otros personajes celestiales eran seguidas o precedidas por las del diablo. El propio sacerdote Nicolás Caruso, que dio también clases particulares al pequeño Francesco, aseguraba que él mismo le había contado cómo, al regresar de la escuela, solía toparse en el dintel de la puerta de su casa con un hombre vestido de sacerdote que le cerraba el paso. Sin saber por qué, su aspecto le intimidaba, obligándole a detenerse hasta que aparecía una criatura menuda y descalza, que hacía la señal de la cruz sobre aquel individuo, ahuyentándolo finalmente. Sólo entonces Francesco recuperaba la calma y entraba en su casa.

El diablo, en efecto, acechó continuamente al Padre Pío desde su más tierna infancia, tentándole donde más le dolía: en las virtudes de la fe, la pureza, la esperanza y la confianza en Dios. Trataba, mediante la imaginación, de arrebatarle la paz interior, asomándole al abismo de la desesperación. Luego, al comprobar una y otra vez la fortaleza inexpugnable de la gracia, Satanás la emprendía a golpes, gritos y ruidos estrepitosos con el fraile, que cesaban en cuanto el Señor consideraba que su alma había sido ya suficientemente purificada.

Ni siquiera siendo adulto dejó de tenerle pánico. No quería verlo ni en pintura. Ni siquiera soportó que un colegial, durante el recreo, se disfrazase con una máscara del diablo y un gorro con cuernos. «¡Quítate eso ahora mismo! ¡No lo quiero ver ni en broma!», le ordenó, horrorizado, el 25 de enero de 1923.

EL HOMBRE DEL PANTALÓN DE RAYAS

Pierino Galeone, como el Padre Pío, vio al diablo con sus propios ojos.

Aquel día, como casi todos, el Padre Pío confesaba en la sacristía pequeña de San Giovanni Rotondo. Una fila interminable de gente aguardaba su turno...

Dejemos a Galeone que relate su insólita experiencia:

«Yo estaba en la puerta que conducía a la sacristía. De repente vi a un hombre alto y robusto con un traje de rayas muy elegante. Bueno, en realidad lo primero que vi fueron sus pantalones: se movían al aire, igual que la ropa tendida que agita el viento. Luego ya no vi los pantalones, sino al individuo.

»El Padre Pío estaba sentado en el confesonario, mientras aquel tipo no hacía más que entrar y salir de allí. Le miré sonriendo; él permaneció inmóvil. Entretanto, una voz profunda en mi interior no cesaba de exhortarme: "¡Mira a ese hombre! ¡Mira a ese hombre! ¡Mira a ese hombre!"

»Quise comprobar quién de los dos bajaba antes la mirada. Pero no tuve más remedio que rendirme a la evidencia: "¿De qué raza es este hombre?", pensé. Bajé los ojos y seguí rezando. De repente, aquel sujeto se transformó en un ser enorme hasta desaparecer como un rayo, rodeado de una nube de volutas.

»Miré al confesonario y comprobé que el Padre Pío ya no estaba allí. En su lugar estaba ahora sentado... ¡Jesús! El Padre Pío se encontraba arriba. Poco después le vi bajar, mientras Jesús lo envolvía. Luego, como si tal cosa, el Padre Pío siguió confesando.»

Al cabo de un año, el Padre Pío relató una anécdota parecida en presencia de Pierino Galeone. Recordó que a un sacerdote, estando en el confesonario, se le apareció también un hombre con pantalón de rayas.

-¿No te arrodillas? -preguntó el clérigo.

-No puedo -respondió, categórico, el visitante.

Pensando que tal vez estuviese impedido por alguna desconocida razón, el sacerdote le animó a que dijese sus pecados. Él confesó tantos, que pareció reunir en su corazón todas las ofensas de la tierra. Finalmente, el sacerdote le indicó que inclinase la cabeza para recibir la absolución.

-No puedo -alegó él.

El cura le espetó, extrañado:

-Pero cuando te pones los pantalones por la mañana, ¿no inclinas acaso la cabeza?

Entonces, él descubrió quién era:

-Soy Lucifer y en mi reino nadie se inclina.

Acto seguido, desapareció.

El Padre Pío extrajo enseguida esta moraleja:

«En el infierno nadie absolutamente se inclina ante Dios. No es Él, por tanto, el que no quiere perdonar. Al Señor no le falta jamás misericordia, sino a ellos arrepentimiento.»

Galeone recordaba lo que sucedió luego:

«El Padre Pío se levantó del asiento. En el umbral de la entrada, yo le pregunté: "¿Ese sacerdote, Padre, eras tú?" Me contestó que no. Pero yo insistí: "Padre, yo estuve allí y vi desaparecer al hombre del pantalón de rayas". Él volvió a negarlo, aunque finalmente admitió: "Bueno, me sucedió también a mí, pero no he mentado pues leí que le había ocurrido a otro sacerdote".»

EL «COSACO» VISTO POR SU VÍCTIMA

El «cosaco», como el Padre Pío llamaba despectivamente al demonio, no le dejó un instante de respiro.

Se le apareció bajo las formas más espantosas e increíbles: primero, como un gran perro negro; luego, bajo la apariencia de una adolescente desnuda que bailaba lascivamente ante él; otro día, sin aparecerse, le escupió en la cara; más tarde, se encarnó en un verdugo que le flageló... Llegó incluso a tentarle bajo el falso aspecto de su Ángel de la Guarda, de San Francisco y de la mismísima Virgen María. Finalmente, se mostró tal como era, con sus horribles facciones, rodeado de un ejército de espíritus infernales.

Sólo con exclamar «¡Viva Jesús!», el Padre Pío distinguía enseguida si se trataba de una aparición diabólica o no.

Una de sus primeras noches en el noviciado de Morcone, antes de ser ordenado sacerdote en la catedral de Benevento el 10 de agosto de 1910, vio ya las fauces del diablo. Tras el rezo de los maitines, fray Piuccio, como le llamaban cariñosamente sus hermanos, no podía conciliar el sueño. De repente, escuchó ruidos y lamentos en el pasillo provenientes de la celda de fray Anastasio. Decidió entrar y asomarse al ventanuco. Fue entonces cuando se topó, en el alféizar, con un enorme perro negro que le clavó su pavorosa mirada. El joven novicio gritó, a punto de desmayarse. Pirueteando en el aire, el monstruoso animal saltó al tejado de enfrente y se esfumó en la noche de luna llena.

Al día siguiente, fray Pío confirmó que su vecino de celda estaba ausente desde la víspera. Preguntó luego a los campesinos por el mastín, pero nadie supo darle una sola pista del sabueso.

Más tarde, en su epistolario, él mismo daba cuenta de otros episodios «infernales»:

«La noche última -escribía- la pasé malísimamente. Sobre las diez, hora en que me acosté, hasta las cinco de la mañana, no hizo otra cosa este cosdcchio que maltratarme sin descanso. Innumerables eran las gestiones diabólicas que ponía ante mi mente: pensamientos de desesperación, de desconfianza en Dios... Creí que aquélla iba a ser la última noche de mi vida y también que, sin llegar a morir, iba a perder totalmente la cabeza. Pero bendito sea Jesús que nada de esto ha sucedido. A las cinco de la mañana, cuando al cosdcchio le dio la gana de marcharse, se apoderó de mí un frío tal que me puse a temblar de pies a cabeza, como caña expuesta a impetuosisimo viento. Duró un par de horas. Terminé echando sangre por la boca.»

Con veinticinco años dejó también constancia de otro terrorífico suceso:

«Puede escuchar un momento -advertía a su director espiritual- lo que tuve que sufrir hace algunas noches, de parte de esos impuros apóstatas. Avanzada ya la noche, comenzaron sus asaltos con ruidos endiablados. Se me presentaron bajo las formas más abominables y, para hacerme prevaricar de una vez, empezaron halagándome con encantos maravillosos; pero, gracias al Cielo, pude "cepillarles" yo bien, tratándoles como se merecían. Y cuando vieron que sus esfuerzos resultaban vanos, se me echaron encima; me tiraron por tierra; me golpearon fortísimamente; arrojaron por el aire libros, la silla, los enseres, lanzando al mismo tiempo gritos desesperados y pronunciando palabras horriblemente obscenas. Por fortuna, las habitaciones próximas, y también la que está debajo de mi estancia, estaban deshabitadas.»

Al cabo de un mes, revivía de nuevo aquellas pesadillas reales:

«Llevo ya veintidós días seguidos -escribía- en los que Jesús permite a estos brutti ceffi [hocicones asquerosos] desfogar su ira contra mí. Mi cuerpo, Padre mío, está totalmente magullado por tantos golpes como he recibido hasta el momento de manos de nuestros enemigos. Más de una vez han llegado a despojarme hasta de la túnica y en esta situación me han vapuleado a su gusto. Añada todavía que, después de que esos infames se han alejado, he quedado desnudo durante largo tiempo, en una época del año tan fría como ésta, ya que me sentía imposibilitado para moverme.»

De los implacables combates con el maligno salía él siempre fortalecido:

«La resistencia es tenaz y siempre victoriosa -aseguraba-. Me encuentro en las manos del demonio, que se esfuerza tanto cuanto puede para arrebatarme de los brazos de Jesús. ¡Cuánta guerra, oh Dios mío, mueve contra mí! Hay momentos en los que falta poco para que pierda la cabeza por la continua violencia que tengo que hacerme.

¡Cuántas lágrimas, cuántos suspiros, Padre mío, dirijo al Cielo para verme libre de tanta miseria...! Debo confesar que estoy contento en medio de tantas aflicciones, porque mayores son todavía las dulzuras que me da a gustar el buen Jesús en estos días tan amargos y terribles!»

¡MENUDAS NOCHECITAS!

«Por fortuna -escribía, aliviado, el Padre Pío-, ni en las habitaciones próximas, ni tampoco en la que está debajo de mi estancia, había nadie.»

Pero lo cierto es que no fue siempre así.

El testimonio del padre Emilio de Matrice, recogido por Ripabottoni, constituye una prueba inequívoca de ello. Contaba este sacerdote que antes de que el Padre Pío llegase al convento de San Giovanni, se había instalado en él un seminario de «fratini», jóvenes de entre 12 y 16 años que se preparaban para abrazar un día la vida monástica. Corría el mes de agosto de 1916, cuando Italia entera había sido movilizada con motivo de la Primera Guerra Mundial.

Pues bien, una de aquellas noches, el entonces seminarista Emilio de Matrice durmió en una cama habilitada en la misma celda del Padre Pío; o mejor dicho, fue testigo de la peor pesadilla de su vida:

«Me desperté -evocaba él mismo- presa de enorme sobresalto, debido a un ruido ensordecedor. No sé qué fue lo que ocurrió, porque, aterrorizado, me envolví lo mejor que pude entre las mantas. Oía sollozar al Padre Pío, mientras decía: "¡Madonna mía...! ¡Virgen María, ayúdame!" Oía también carcajadas horribles y ruido de hierros que se retorcían y que caían al suelo y de cadenas que se arrastraban por él.

»Recuerdo que, a la mañana siguiente, a la luz de la candela, pude ver los hierros que sostenían las cortinas y que rodeaban la cama del Padre Pío totalmente retorcidos y tirados por el suelo. El pobre Padre Pío tenía un ojo hinchado y el rostro también muy golpeado. Estaba cansadísimo, sentado en una silla. Me acerqué enseguida a él y le dije: "¡Pero, Padre! ¿Qué ha sucedido esta noche?" Me abrazó con fuerza y me mandó que no dijese nada de cuanto había visto y oído.»

Por fin, tras varios días de insistencia, el Padre Pío cedió: «¿Queréis saber por qué el diablo me pinó tan soberana paliza aquella noche?».

Todo el mundo asintió, intrigado.

Entonces, él añadió:

«Pues por defender, como padre espiritual que soy, a uno de vosotros. Uno de vosotros [y dijo el nombre], durante esa noche era presa de una fuerte tentación contra la pureza; invocaba con todo su corazón a la Santísima Virgen y también reclamaba mi ayuda. Nada más saberlo, acudí en su auxilio. Empecé a rezar el Rosario con todo fervor y, con ayuda de la Virgen, derrotamos al demonio. Cuando él [repitió su nombre] venció la tentación y se durmió plácidamente, el peso de la batalla recayó sobre mí. Fui apaleado terriblemente por el enemigo pero, al fin, triunfamos rotundamente en la batalla.»

El padre Nazareno d'Arpaise, superior del convento de Foggia, dejó a su muerte un manuscrito repleto de anécdotas «diabólicas». Una noche, mientras la comunidad franciscana cenaba en el refectorio, se produjo un fuerte estallido en la habitación del Padre Pío, situada justo encima de la bóveda de aquella estancia. El padre Nazareno envió enseguida a fray Francesco da Torremaggiore, sospechando que el causante de la detonación había sido el propio Padre Pío, quien, ante una necesidad imperiosa, había logrado lanzar una silla para hacerse oír. Una vez arriba, el hermano preguntó desde el otro lado de la puerta. Su ocupante le tranquilizó: «No llamé ni necesito nada». Fray Francesco informó luego al superior y la cena prosiguió con normalidad.

Las noches siguientes volvió a oírse la misma detonación. Finalmente, los hermanos decidieron subir a la habitación. El superior Nazareno comentaba cómo encontraron al Padre Pío: «Estaba bañado en sudor; fue necesario cambiarlo de pies a cabeza. Recuerdo, sin exagerar, que una vez, sólo con la ropa interior, llené una palangana de agua».

El padre Nazareno refería otra anécdota, acaecida durante una visita de monseñor D'Agostino, obispo de Ariano Irpino. Al comentarle lo que estaba sucediendo en el convento, el obispo no le creyó: «Padre guardián, el Medioevo ya terminó», repuso, mofándose.

El padre Nazareno pensó entonces que el obispo era como el apóstol Tomás, que también necesitaba ver para creer. Aguardó entonces a la hora de la cena, en el refectorio, para escuchar el familiar estruendo.

¿Qué ocurrió entonces? El propio superior lo resumió sin miramientos: «El obispo quedó tan aterrado que aquella noche no quiso dormir solo y al día siguiente abandonó el convento para no regresar jamás».

Los sustos no acabaron ahí. Cierta día, al bajar a Foggia desde el convento de San

Giovanni Rotondo, donde era superior, el Padre Paolino da Casacalenda bromeó con el Padre Pío diciéndole que, dado que ya estaba con él, permanecería hasta la hora de la cena en su celda para comprobar si el maligno osaba irrumpir en su presencia. El Padre Pío sonrió; trató de disuadirle, admitiendo la posibilidad de que el «cosaco» no acudiese esa noche. Pero el visitante insistió. Ambos conversaron así largo rato, mientras el resto de la comunidad cenaba abajo. Al comprobar que nada sucedía, convencido de que el demonio no deseaba testigos, el padre Paolino abandonó la habitación para dirigirse al refectorio... «¡No lo hubiera hecho! -se lamentaba él mismo-. Apenas bajé el primer escalón, escuché de repente un ruido formidable que me sacudió de pies a cabeza. Regresé como un relámpago a la habitación del Padre Pío, apenadísimo, porque no esperaba un golpe tan súbito. Me sentí mal al encontrarle muy pálido. Yo mismo le ayudé a mudarse de ropa, convenciéndome de que el sudor era abundantísimo y todo se correspondía con lo que me habían contado.»

El padre Paolino, en efecto, creyó.

CARTAS INDESCIFRABLES

Las fechorías de Satanás desbordaban la imaginación más calenturienta.

El mínimo atisbo de gracia en el Padre Pío le enfurecía terriblemente. Esta vez, el diablo se propuso interferir en la dirección espiritual que su víctima mantenía por carta con el padre Agostino de San Marco in Lamis. Los buenos consejos siempre irritaron al maligno.

«[El padre Agostino] fue siempre -escribía el Padre Pío- mi director ordinario y nadie como él conoce a fondo mi interior; a él he recurrido muy frecuentemente descubriéndole todas las llagas de mi alma, sin reserva ni temor alguno.»

Cierto día, al abrir una de las cartas de su director en presencia del arcipreste de Pietrelcina, Salvador Pannullo, comprobaron que estaba emborronada de tinta. Era imposible descifrar así el mensaje del Padre Agostino. ¿Qué hacer? El propio arcipreste, confesor habitual del Padre Pío, certificó el 25 de agosto de 1919 lo ocurrido:

«Testifico yo, el abajo firmante, arcipreste de Pietrelcina, bajo la seguridad de juramento, que la presente, abierta en mi presencia, llegó así manchada; estaba totalmente ilegible. Habiendo puesto sobre ella el crucifijo, rociada con agua bendita y recitados los exorcismos, pudo ser leída como está ahora.»

Otras veces, el propio Ángel de la Guarda del destinatario de las cartas hacía de

intérprete, como atestiguaba el padre Agostino en su diario:

«Entre estas cartas recogidas en Pietrelcina para guardarlas, hay una totalmente manchada de tinta, otra con la hoja en blanco, una tercera escrita en griego, otras más en francés. El Ángel Custodio se lo explicaba todo y el Padre Pío me respondía luego muy a tono con el diálogo epistolar establecido entre ambos. En cierta ocasión, el Padre Pío me escribió o, mejor dicho, me respondió a una carta mía en francés, bien escrita al dictado de su Ángel Custodio... Con motivo de esta carta me advirtió el Padre Pío que le escribiera yo siempre en francés, porque ¡el enemigo Satanás, se enfurecía con ello mucho más!»

Aclaremos que el Padre Pío no estudió en su vida una sola palabra de francés, ni tampoco de griego, pese a lo cual respondía a su director en ambas lenguas con una pasmosa fluidez.

Salvador Pannullo ratificó también este extremo, de nuevo bajo solemne juramento:

«[...] El Padre Pío, después de haber recibido la presente [carta], me explicó literalmente su contenido. Habiéndole preguntado yo cómo había podido leerla y explicarla, no conociendo ni siquiera el alfabeto griego, me respondió: "¡Pues ya lo sabe! El Ángel Custodio me lo ha explicado todo".»

Tampoco conocía otros idiomas, aparte del italiano. Pero eso no le impedía confesar a sus penitentes en la jerga de los portuarios de Nueva York, el dialecto de los balubas o el galimatías lingüístico de los chinos.

EL AMIGO INFALIBLE

Su ángel custodio fue siempre el amigo fiel dispuesto a echarle una mano.

Recordaba Ripabottoni que en 1923, cuando prohibieron al Padre Pío mantener contacto epistolar con el exterior, muchos le trasladaron su natural preocupación:

-¡Padre! ¿Y ahora cómo nos las vamos a arreglar para comunicarnos con usted?

-¡Enviadme todos vuestros encargos mediante el Ángel de la Guarda! -les indicó él.

Una devota mujer, apellidada Ventrella, siguió sus instrucciones al pie de la letra, como ella misma recordaba:

«Cierta mañana se me hizo un poco tarde para ir a la Misa del Padre Pío, pues la

celebraba muy temprano. Le dije entonces a mi ángel custodio, con toda confianza: "¡Anda, ángel mío! ¡Vete donde está el Padre Pío y dile que espere un poco! Como señal de que has de cumplir mi encargo, quítale el solideo".

»Efectivamente, aquel día, sin saber por qué, el Padre Pío retrasó su salida al altar. Llegué a la Iglesia en el momento preciso en que él subía las gradas. Después de la Misa, pasé a la sacristía y pude ver cómo el Padre Pío estaba algo sobresaltado, revolviendo ornamentos, abriendo cajones... Le pregunté qué buscaba y me respondió que el solideo, naturalmente. Al instante lo encontró metido en el capucho.

»Entonces, sonriendo, le expliqué el encargo que le había dado a mi ángel custodio. Me miró de forma muy expresiva, como diciendo: "¿Ahora, por fin, crees?"»

Raquelina Russo acabó creyendo también a pies juntillas en su ángel de la guarda. Cierta día subió al convento, a dos kilómetros de su casa, para contarle al Padre Pío algunos asuntos del alma que le angustiaban. Pero el fraile dejó encargado que no podía ni deseaba atenderla. La mujer regresó a su hogar humillada y ofendida. Al cabo de un rato, increpó enfurecida a su ángel custodio:

-¡Anda! ¡Anda! ¡Ángel mío! Dile al Padre Pío que estoy muy resentida con él y con los religiosos del convento por ser tan desconsiderados conmigo. ¡Comunícale toda mi amargura y dile que mañana no oiré Misa ni comulgaré! ¡Anda, ángel, mío! ¡Vete y díselo!

La propia Raquelina desvelaba el desenlace: «Poco después, vinieron a verme del convento con un recado del Padre Pío: "¡Dile a Raquelina que mañana no comulgue!" Me quedé petrificada».

Pero la cosa no acabó ahí. A la mañana siguiente, Raquelina acudió al convento. Mientras aguardaba en la portería, escuchó al Padre Pío dirigirse así a ella:

-¡Muy bien! ¡De manera que te sirves del ángel custodio como si fuera tu criadito! Me lo has enviado, ¡y de qué manera! ¡Con qué exigencias! ¡Y todo para encomendarme un manojo de rabietas!

Raquelina sólo acertó a decir:

-¡Así que ha venido ya y se lo ha contado todo...!

-¡Cierto! ¡Cierto! -asintió el fraile-. ¡Ha venido a decírmelo todo! ¡No tiene el ángel nada de desobediente ni de rabiosillo como tú!

EL TRÁNSITO

¿Le «sopló» acaso también el ángel custodio el momento de su tránsito al Cielo?

Su muerte, inesperada para muchos, no lo fue en absoluto para nuestro protagonista. En 1963, cinco años antes de que aquélla se produjese, el Padre Pío le dijo a Josefina Bove, de Nápoles: «Moriré cuando terminen la cripta donde quieren sepultarme».

Los trabajos en la cripta concluyeron, en efecto, la mañana del 22 de septiembre de 1968, víspera de su fallecimiento.

En octubre del año anterior, le había confiado ya a su sobrina Pía Forgione-Pennelli:

-¡Si dentro de dos años ya no estaré aquí...!

-¿Cómo, Padre? -repuso ella, atónita.

-Sí, porque habré muerto. Muchas cosas cambiarán.

En verano de 1968 sacó a relucir de nuevo su inminente final ante un grupo de peregrinos: «A mí no me queda ya más que el cementerio».

Francisco Sánchez-Ventura, que ultimaba entonces una biografía suya, redactó una carta para que se la leyesen el 20 de septiembre, con motivo del cincuenta aniversario de sus estigmas. El Padre Pío contestó verbalmente a la misiva, accediendo a la petición del autor de considerarle su hijo espiritual.

Una persona allegada al capuchino le transcribió luego, entrecomilladas, estas palabras suyas: «No puedo apenas respirar. Estoy en la tumba. Tengo mal, mucho mal».

Alrededor de las dos de la madrugada del 23 de septiembre de 1968, uno de los monjes llamó repetidamente a la puerta de la celda del superior: «¡Levántese, el Padre Pío está mal!»

El propio superior del convento, Carmelo de San Giovanni in Galdo, testigo ocular de los hechos, evocaba así el ocaso del «gigante»:

«Me precipité en la celda del Padre Pío y encontré al padre Peregrino, a fray Guillermo y al doctor Sala en torno a él. Sentado en el sillón, el Padre Pío tenía los ojos cerrados y la cabeza ligeramente inclinada hacia delante. Su respiración era jadeante, hinchaba el pecho y tenía un leve estertor en la garganta. Le tomé la mano derecha y comprobé que ya estaba fría. Lo llamé varias veces: "¡Padre! ¡Padre!" ...

Pero no me respondió.

»El Padre Paolo, entre tanto, tomó todo lo necesario para administrarle el Sacramento de los Enfermos, mientras yo, el padre Rafaelle de Sant'Elia a Pianisi y el padre Mariano de Santa Cruz de Magliano, arrodillados, respondíamos a las oraciones.

»Se le seguía, mientras tanto, suministrando oxígeno y practicándole la respiración artificial. Rezamos las oraciones para encomendar su alma y que tuviese una buena muerte. El Padre Pío estaba sereno, no respiraba ya; había inclinado la cabeza plácidamente sobre el pecho; el doctor Sala dejó de tomarle el pulso y dijo con tristeza: "¡Se ha ido!" Eran las 2,30 horas del lunes 23 de septiembre de 1968».

Más de cuarenta años después, en mayo de 2010, el padre Paolo Covino rememora conmigo aquellos últimos momentos en San Giovanni Rotondo:

«Soy un fraile muy afortunado. He tenido el honor de administrar al Padre Pío la Extremaunción: ungué sus ojos, oídos, nariz, boca y manos externamente. Luego él hizo "¡Oooohh...!", y expiró.

»¡Se ha muerto el Padre Pío! ¡Se ha muerto el Padre Pío!, gritamos todos de dolor. Durante cuatro días y cuatro noches contemplamos su cuerpo.

»Meses después, al pasar por delante de la celda donde falleció, seguía rezando un réquiem por él. Una mañana, de repente, oí toser tres veces seguidas. ¡Era la tos inconfundible del Padre Pío! Abrí todas las habitaciones, pero no hallé dentro ni un alma. Pregunté en voz alta: "¿Hay alguien?, ¿hay alguien?" Nadie absolutamente contestó.

»Tras almorzar en el refectorio, levanté la mano: "Padre superior, ¿puedo decir una cosa?" Él asintió. Entonces pregunté a todos mis hermanos: "¿Había alguien esta mañana, sobre las cinco, junto a la habitación del Padre Pío?" Silencio sepulcral. Añadí: "Yo esta mañana he oído tres golpes de tos del Padre Pío". Nadie respondió tampoco.

»Era el 22 enero de 1969, sesenta y cinco años después de que el Padre Pío hiciese la profesión de sus votos simples.»

Tras 81 años de vida terrenal, 65 de vida conventual, 58 de sacerdocio y medio siglo de estigmas no encuentro mejor epitafio para este coloso del alma que sus propias palabras: «Tutto é scherzo d amore» [Todo es un juego de amor].

SEGUNDA PARTE

MILAGROS DE HOY

Haré más ruido muerto que vivo. SAN PÍO DE PIETRELICINA

La presencia del Padre Pío está hoy más viva que nunca.

Más de cuarenta años después de su muerte, el santo de los estigmas sigue obrando milagros en gente de todas las edades, condiciones sociales y religiosas. Los mismos prodigios que hizo en vida -conversiones, curaciones, apariciones en distintos lugares del mundo, ya fuese en persona, en sueños o mediante su embriagador perfume-, los repite ahora con creces desde el Cielo.

El mosaico de testimonios actuales resulta abrumador. De todos los rincones del planeta se reciben cada día manifestaciones de la infinita misericordia de Dios. Reproducimos, a continuación, una selección de testimonios inéditos procedentes de Estados Unidos, México, Argentina, Chile, Filipinas y, por supuesto, España.

Todos los casos tienen la particularidad de haber sido relatados en primera persona por sus propios protagonistas. Algunos incluso se han registrado en 2010. ¿Existe acaso un santo en la Historia de más rabiosa actualidad?

Su legado no es de ayer, sino de hoy. El Padre Pío es portador de un mensaje tan claro y rotundo, como impopular en una sociedad hedonista alejada de Dios; un mensaje resumido en las mismas palabras de Jesús: «El que quiera seguirme, que cargue con su cruz...»

Domenico Mirizzi, uno de los muchos sacerdotes que intentan seguir hoy esa misma llamada evangélica, advierte durante nuestra entrevista en Roma:

«No se puede salvar a una persona sólo con palabras... Jesucristo no sólo habló, sino que murió por todos. Eso mismo hizo luego el Padre Pío: sufrir y morir por todos. Cada uno puede hacerlo hoy también. No tiene más que cargar con su cruz particular de todos los días y orar intensamente por amor a Dios y a los hombres. ¿Conoce alguien una caridad mayor que la de procurar la Vida Eterna a un alma sufriendo y orando por ella?»

Eso mismo hace ahora el Padre Pío desde Arriba: interceder por María Susana Riquelme, Claudia Sutter, María José Barrionuevo, Mónica Beckman, Hugo Mercado, Santiago Pérez Pons, la hermana clarisa Sara del Molino... y tantísimas otras personas con nombres y apellidos, algunas de las cuales comparten ahora sus vivencias para

ayudarnos a ser mejores.

YO HE VISTO AL PADRE PÍO

Soy diseñadora gráfica; desde 2002 colaboro voluntariamente en proyectos de evangelización.

Participé en el diseño de un sitio web, cuyo fin era dar a conocer el arte y la belleza que Dios inspira en los hombres para su salvación; tenía secciones de música, poesía, fotografía e iconografía.

En 2004 decidimos incluir testimonios de santidad, con entrevistas a personas bendecidas por los milagros. Logramos que las protagonistas nos detallasen los prodigios que condujeron a la beatificación de Laura Vicuña y a la canonización del Padre Alberto Hurtado, nuestro segundo santo chileno.

Todo este trabajo nos tenía muy contentas. Desde que me dedicaba por completo a esta labor evangelizadora, ya no me interesaba ninguna otra que no guardase relación con la fe. A nuestro Padre Dios y a la Santísima Virgen les había pedido con insistencia que me permitiesen trabajar sólo para la Iglesia.

En mi dormitorio había un cuadro de María, con el niño Jesús recién nacido en sus brazos. En esos días estaba yo muy feliz con las entrevistas y con unas charlas sobre el lienzo de Guadalupe. Cada vez que miraba a la Virgen, le decía: «No puede ser tanta mi felicidad. Algo me estás preparando; sé que algo te traes entre manos...» Se lo repetí así tres días seguidos.

Nuestro nuevo objetivo era conseguir testimonios de milagros del Padre Pío de Pietrelcina. Pero sólo conocía un caso que podía ser accesible. Telefoneé a la persona en cuestión, pero lamentablemente no quiso concedernos la entrevista, aduciendo que era agnóstico.

Enseguida comprendí que el milagro había sido una respuesta a las oraciones de su madre, que invocó la intercesión de este querido fraile capuchino. Tras la negativa a la entrevista, oré al Padre Pío, diciéndole: «Lo siento, pero no tengo a nadie que quiera dar fe de un milagro tuyo; así es que tendrás que quedarte fuera de nuestra sección de testimonios de santidad».

Recuerdo que al día siguiente empecé a sentirme muy resfriada. No le di mayor importancia, pensando que sería algo pasajero. Algunos días me sentía mejor que otros, durante los cuales era incapaz de levantarme siquiera de la cama. Tomaba todo tipo de

medicamentos y me costaba realizar la tarea más insignificante.

Por las tardes, me acostaba con el cuerpo dolorido, sometida a continuos escalofríos y a un dolor de cabeza incesante; para colmo, iba perdiendo la voz.

Al cabo de unos días, sentí arder el interior de mi boca a causa de la fiebre. No podía comer ni tragar nada. Roberto, mi marido, intentó que viniese un doctor a casa, pero resultó imposible.

El viernes 21 de mayo de 2004, comencé a empeorar. El termómetro registraba ya los 38 grados. Mi esposo decidió entonces llevarme de urgencia al Hospital Clínico de la Universidad Católica de Santiago de Chile.

El médico comprobó allí que mi capacidad de oxigenación estaba por debajo del límite normal. Sin poder establecer todavía un diagnóstico, dispuso mi ingreso por simple precaución.

Tras colocarme una mascarilla de oxígeno y hacerme varias radiografías de tórax, me condujeron a una sala donde había otras cuatro pacientes, en la quinta planta del hospital.

De noche, Roberto regresó con mi neceser de aseo, una Biblia y un libro del Padre Pío que le había encargado para releerlo aquel fin de semana; colocó también, en el cabecero de mi cama, una estampa con la novena del Padre Pío.

Entre tanto, los doctores comprobaron que apenas tenía voz y que sólo mediante un esfuerzo titánico podía contestar a sus preguntas. Aquella noche dormí casi sentada, con una mascarilla de oxígeno puesta. De vez en cuando, las enfermeras me administraban alguna pastilla o me inyectaban antibióticos.

El diagnóstico cayó en mi ánimo como una implacable sentencia: «Neumonía grave e insuficiencia respiratoria aguda». Había sido atacada por el temible «neumococo». Debido a las lesiones en el interior de mi boca, me administraron suero, impidiéndome beber agua; tan sólo me dejaron tomar una papilla de almuerzo.

Sobre las siete de la tarde, empecé a rezar la novena al Padre Pío. Ofrecí al Señor mi enfermedad por los ataques a la iglesia, así como por el entonces Papa Juan Pablo II y todos los obispos, sacerdotes y consagrados.

A las nueve de la noche, recé de nuevo la novena. Pensé que tal vez pidiese demasiado a cambio de tan poco ofrecimiento. Así que dije al Padre Pío: «Si es necesario que sufra más, transmítele al Señor que estoy dispuesta a hacerlo».

Hora y media después, volví a rezar la novena. Recordé entonces que el Padre Pío solía decir a sus hijos espirituales que invocasen al ángel custodio cada vez que lo necesitasen para hacerle llegar sus recados. Pedí yo también al mío que le confirmase el ofrecimiento de todos mis dolores. Enseguida presentí que el Padre Pío acababa de recibir mi mensaje.

Era ya de noche y debía dormir, pero la mascarilla de oxígeno me impedía conciliar el sueño. Consulté el reloj de la sala: eran las dos y media de la madrugada. Sentí entonces un incontenible deseo de confesar mis mayores pecados. Propuse al Padre Pío: «Haremos una cosa: si me consigues ahora un sacerdote, yo me confesaré con él como si fueses tú. Luego, cuando abandone el hospital, lo haré como corresponde».

Divisé al instante un confesonario cercano, de madera, donde entró un sacerdote de unos cuarenta años, algo obeso, rubio y de mejillas coloradas, que me dijo muy serio: «Cuénteme usted...»

Confesé todos los pecados que recordaba. Al llegar al último, que consideraba más grave, oí un gran estruendo y vi al sacerdote que abría la ventanilla para señalar con el índice a mi izquierda.

Debo advertir que yo estaba completamente despierta entonces y que no tenía fiebre, por lo que era imposible que delirase.

Miré enseguida hacia donde señalaba el cura y vi con mis propios ojos, aferrado a la cama... ¡al mismísimo Padre Pío! Sus ojos se clavaron en los míos con una ternura indescriptible, mientras con la mano derecha me impartía la absolución. No era ningún fantasma; se trataba de un cuerpo humano con volumen, que proyectaba su propia sombra.

Como conservaba puesta la mascarilla de oxígeno y apenas tenía voz, susurré en mi interior: «Padre Pío, Padre Pío, yo te amo... No quería molestarte».

Él asintió con la cabeza dos veces, sonriendo con dulzura.

Quise tocarle, pero retuve mi instinto por temor a que pensase que desconfiaba de su presencia, como el apóstol Tomás; quise también abrazarlo, pero me sentí indigna de ello.

No dejé de mirarle, eso sí: lucía hábito de fraile y llevaba puesta una capucha color café; sus manos estaban descubiertas y sin estigmas; su figura tenía la belleza de una criatura celestial; junto a la cama, se le veía grande y fuerte, de espaldas imponentes; representaba unos sesenta años de edad.

Percibí la presencia de otra persona al pie de la cama, pero no quise comprobar quién era. Sólo deseaba observar al Padre Pío. Por encima de su cabeza, vislumbré el reloj negro que colgaba de la puerta: marcaba las 2,50 horas de la madrugada.

El Padre Pío se inclinó sobre mi frente, besándola con gran ternura. Sentí en mi alma estas palabras suyas: «Vine porque yo quise, pues te he amado toda la vida, hija mía».

Acto seguido, él mismo me quitó la mascarilla y percibí su intensa fragancia de flores. Luego, puso su mano izquierda en mi abdomen y la derecha en la espalda, elevando mi cuerpo entero verticalmente hasta el techo de la sala con una increíble rapidez. Permanecí suspendida en el aire tres o cuatro segundos, con los brazos en cruz.

Al descender, me dijo: «Estoy muy complacido porque no has pedido nada para ti; acepto todo tu ofrecimiento. Vas a sufrir un poco, pero será momentáneo y nunca más volverás a padecer lo mismo».

Recostada en la cama, observé de repente que en el interior de mi pecho, desde un hombro al otro, burbujeaban una especie de pelotitas de aire caliente de unos tres centímetros de diámetro cada una. Pude palparlas con las yemas de los dedos y comprobar que se deslizaban de un lado a otro sin la menor resistencia. El movimiento, que duró alrededor de un minuto, me produjo un enorme alivio.

Entre tanto, el Padre Pío no había dejado de mirarme. Caí en la cuenta de que el fondo de la sala se había teñido del mismo color café de su hábito, mientras que en el techo, a modo de cielo, resplandecían multitud de estrellas. Escuché a un coro de ángeles cantar alabanzas al Señor.

Luego, oí el siguiente mensaje en mi interior: «Susana: acabó para ti ya el tiempo de los hombres; ahora te toca vivir el tiempo de Dios».

Aquella tarde llegó mi marido, acompañado de mi padre. Estaba ansiosa por relatarles mi experiencia de aquella madrugada, pero apenas podía hablar. Pedí un lápiz y anoté en un papelito: «Hoy, alrededor de las tres de la madrugada, vino a verme el Padre Pío».

Roberto y él se miraron perplejos, pues sabían que yo era incapaz de inventar algo semejante.

Al día siguiente, empeoré. La nueva radiografía de tórax confirmó el diagnóstico: «Neumonía grave e insuficiencia respiratoria aguda».

Los médicos advirtieron que tenía un pulmón colapsado. El jefe de la UCI me dijo: «Vamos a trasladarte a la Unidad de Vigilancia Intensiva. Estás respirando al mínimo.

Debemos proporcionarte respiración mecánica mediante un tubo que colocaremos en tu boca. Estate tranquila: no va a dolerte, ya que vamos a sedarte. Confía en nosotros».

Estaba muy tranquila; sólo pedí a las enfermeras que me dejaran llevar conmigo la Biblia y el libro del Padre Pío. En la Unidad de Vigilancia Intensiva descubrieron que el germen agresivo no era el «neumococo», sino el «micoplasma».

Mi marido estaba muy angustiado; tan sólo le dejaron entrar a verme cinco minutos, en los que me imploró, llorando, que no le dejase solo, pues teníamos dos niños que cuidar. Roberto creía en la visita del Padre Pío, pero pensaba que el motivo de la misma era llevarme para siempre con él.

Para colmo, el médico se mostró pesimista, augurando que debería estar allí por lo menos cuatro semanas. Era el 25 de mayo, el mismo día que nació el Padre Pío. Seguramente él deseaba, como regalo de cumpleaños, que ofreciese mi enfermedad al Señor.

Al día siguiente, me hicieron otra radiografía de tórax. La placa evidenciaba ahora que ambos pulmones estaban colapsados. Pero, inexplicablemente, a mediodía empecé a responder mejor al tratamiento. Con ayuda de un kinesiólogo, pude sentarme incluso en un sillón para hacer ejercicios más complicados, conservando aún la mascarilla de oxígeno.

Por la tarde, Roberto me dijo que varios amigos habían ofrecido una Misa por mi curación, incluyéndome en el rezo del Santo Rosario emitido en Radio María.

El jueves, 27 de mayo, el especialista broncopulmonar se sorprendió de mi gran mejoría. Aseguró que, si seguía así, podrían trasladarme muy pronto a la Unidad de Cuidados Intermedios.

A mediodía, tras un nuevo reconocimiento, el doctor exclamó: «¡No puede ser! ¡Tú estás para que te envíe a la quinta planta! ¡No hace falta ya que vayas a Cuidados Intermedios!»

Por la tarde, comentó igual de admirado: «Si te digo que estuviste grave... ¿Sabes a lo que yo llamo grave...?».

Asentí con la cabeza, pensando en el Padre Pío.

El martes, 1 de junio, recibí el alta.

Supe luego que en mi historial médico, conservado en el Hospital Clínico UC, figuran

varios signos de interrogación alusivos a mi curación, inexplicable para la ciencia.

La neumonía desapareció; mis pulmones estaban completamente sanos. Examinando las radiografías sobre una pantalla iluminada, el doctor exclamó: «¡Nadie creería que pertenecen a la misma persona!»

Hoy, que casi nadie escucha la voz de la Iglesia y que los sacerdotes están muy cuestionados por los errores graves de algunos, pienso que el Padre Pío se hace presente para ayudarnos.

Fiel a Jesús y ala Iglesia, él siempre sufrió por todos nosotros. Oraba continuamente, ofreciéndose como víctima por toda la humanidad. Y Dios, conociendo la sinceridad de sus ruegos, permitió que el demonio lo azotase.

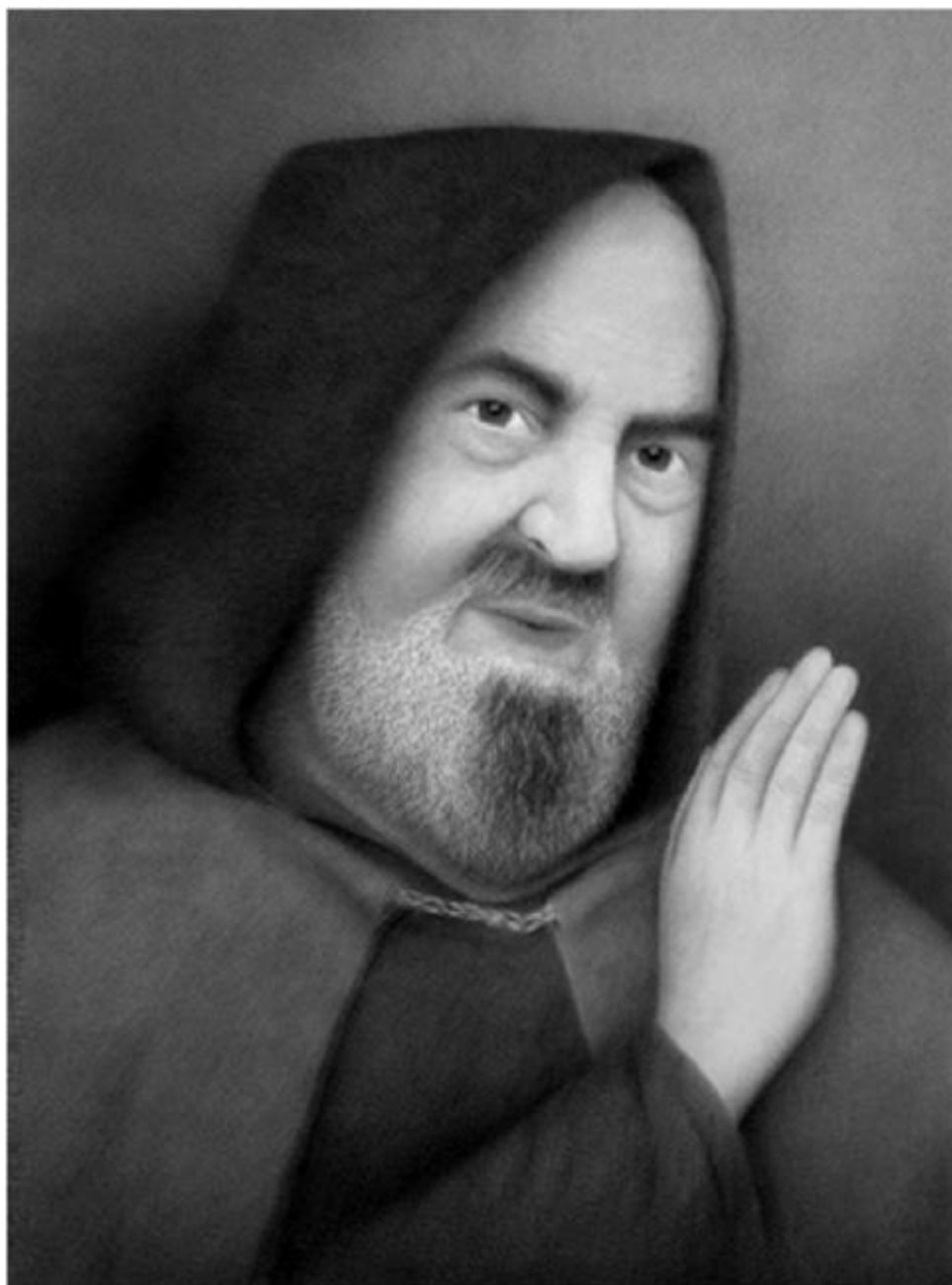
Ahora que Padre Pío está a las puertas del Cielo, esperando a que entre el último de sus hijos espirituales, estoy convencida de que él impuso sus manos en mi cuerpo para insertarme en la Cruz de Cristo.

Estoy segura de que al Padre Pío le gustaría llegar al corazón de todos para que perseveremos y crezcamos en la fe sin dejar de anunciar la Vida Eterna porque... ¡Cristo resucitó y vive!

María Susana Riquelme Castro

Santiago (Chile)

Posdata: Meses después, uno de mis hijos me pidió que retratase al Padre Pío tal y como le vi la madrugada del 23 de mayo de 2004. He aquí el resultado: un dibujo coloreado a lápiz de 60 centímetros de alto.



LA SEMILLA DEL AMOR

Mi historia no es la de un gran milagro, sino la de muchos pequeños milagros que el Padre Pío ha obrado en mi corazón.

Desde muy joven, descubrí que mi belleza impresionaba a los hombres. Crecí engreída, segura de que podía obtener todo lo que quisiera de ellos. ¡Cuánto disfruté en los años 80 y 90 al comprobar que, allí donde iba, todo el mundo se deshacía en atenciones conmigo!

Entrada libre en las mejores discotecas, cenas en restaurantes de lujo, viajes a los lugares más exóticos y despampanantes del planeta... Todo, a costa de pisotear la dignidad humana.

Mi vida sexual era un completo desorden. Aborté en seis ocasiones. Mi corazón endurecido y egoísta negó a Dios, una y otra vez, esos inmensos regalos.

Cada vez que acudía a la clínica para poner fin a la vida que llevaba en mis entrañas, era como si asistiese a una sesión de «Spa». Me daba exactamente igual. No tenía, o al menos eso creía yo entonces, la mínima conciencia de pecado. Con razón, jesucristo dijo en la cruz: «¡Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen!»

Pero, en el fondo, yo no podía ignorar la ley moral inscrita en mi corazón. Por eso acabé sintiendo gran repugnancia de mí misma. Empecé a odiarme, sumergiéndome poco a poco en el oscuro océano de las drogas y el alcohol. Frecuentaba las discotecas en un estado deplorable, completamente ebria.

Recuerdo con pavor el acoso del maligno, acechándome continuamente para que pusiese fin a mi vida; intentaba convencerme de que sólo así concluiría mi agonía corporal y espiritual.

Había adelgazado tanto que el terapeuta me diagnosticó anorexia. Llegué a creer que Satanás, furioso por mi resistencia al suicidio, intentaba ahogarme por la noche, mientras dormía, pues me despertaba aterrorizada sin poder respirar, sintiendo morirme. Entonces, movida por una inexplicable fuerza interior, gritaba el nombre de Jesús y la horrible sensación de asfixia cesaba por completo.

Años después, tras divorciarme de un empresario americano veinte años mayor que yo, viajé a Dallas para intentar recuperarme en casa de mis padres. Parecía un cadáver cuando llegué allí. La Providencia quiso que mi madre fuese amiga de un sacerdote filipino destinado en la iglesia de Santa Cecilia, y más tarde en la de San Judas, en el centro de Dallas.

Como no tenía nada que hacer, acepté un día la invitación para asistir a Misa en casa de un médico. Ofició la ceremonia el padre Santos Mendoza, quien poco después se ofreció a confesarme en una pequeña habitación. Yo titubeé en el umbral de la puerta, pues llevaba más de quince años sin confesarme. Finalmente, accedí. Al terminar, me dijo con una sonrisa que era un «pez gordo» que acababa de caer en manos de Dios.

Cuando falleció el padre Santos, supe que había sido exorcista y que leía el alma de los penitentes en la confesión. De esto último, yo misma doy fe.

Gracias a él, descubrí al Padre Pío. Devoré el libro que me regaló: Padre Pío. La Verdadera Historia, de C. Bernard Ruffin.

En mayo de 2004 escribí al Centro Nacional del Padre Pío, en Pennsylvania, solicitando convertirme en una de sus hijas espirituales.

El 28 de mayo recibí con gran júbilo una carta en la que se aceptaba mi petición. Igual que millares de devotos del Padre Pío en todo el mundo, sería recordada cada día en una Misa especial celebrada por nuestras intenciones en la Iglesia de San Giovanni Rotondo.

Leí asimismo las condiciones esenciales para convertirme en hija espiritual del Padre Pío:

1. Desarrollar una vida intensa en la gracia divina.
2. Ser congruente al profesar mi fe con palabras y acciones, llevando una vida cristiana auténtica.
3. Desear permanecer bajo la protección del Padre Pío y disfrutar de los frutos de sus oraciones y sufrimientos.
4. Imitar las virtudes del Padre Pío; en especial, su amor por Cristo Crucificado, el Santísimo, la Madonna, el Santo Papa y la Iglesia Católica.
5. Tener un espíritu sincero de caridad hacia todo prójimo.

Conforme transcurría el tiempo, reflexioné mucho sobre la devoción y entrega del Padre Pío en el Sacramento de la Confesión y, en particular, sobre el modelo de sanación de la Casa Alivio del Sufrimiento.

Llegué a soñar con crear un sistema de salud católico, inspirado en los principios del Padre Pío. Mi experiencia laboral en centros de salud, tanto física como mental, me hizo calibrar la importancia de atender también la realidad espiritual de los pacientes, acogiéndolos como hermanos en Cristo.

He impartido muchas charlas a profesionales y laicos sobre la trascendencia de la fe en el proceso de sanación. Con ayuda de sacerdotes, diáconos y laicos, bajo la intercesión del Padre Pío, desarrollé un proceso sanativo denominado «Perdón: un acto de misericordia», gracias al cual centenares de hispanohablantes del norte de Texas pudieron vivir la misericordia, el amor y el perdón de Dios para reconciliarse con Él, consigo mismos y con los demás, experimentado así... ¡un auténtico Pentecostés!

Ahora, cuando paso cierto tiempo sin confesarme, me imagino lo que diría el Padre Pío y voy directa a limpiar mi alma.

En estos últimos años he conocido a muchos devotos del Padre Pío, con los que he compartido cariño e ilusiones. Pienso que el mismo Padre Pío nos ha cruzado en el camino para que prosigamos su tarea de atender al enfermo en cuerpo y alma.

El Padre Pío, de manos de San Ignacio de Loyola, me regaló al gran amor de mi vida: mi esposo Jesús, vasco, de formación jesuítica y padre de nuestra hija Ana María.

Cada vez que contemplo a mi hijita, doy gracias al Señor por haber vuelto a sembrar tanta belleza en mi seno que, por culpa del egoísmo, convertí tantas veces en sepulcro.

María del Carmen Uceda-Gras
Texas (Estados Unidos)

EL DESPERTADOR

Hoy, 14 de marzo [de 2010], la Palabra del Señor me viene como anillo al dedo. Sobre todo, la Parábola del Hijo Pródigo, porque yo también me fui del lado del Padre cansada de tantas pruebas como tenía en mi vida; no salía de una cuando el Señor me reservaba otra nueva poniendo a prueba mi paciencia. Hasta que un día la perdí...

-He soportado ya demasiados sufrimientos en mi vida -me quejé al sacerdote.

-Eso es que Él te quiere mucho -advirtió él.

-¡Pues que no me quiera tanto! -repuse yo, disculpa.

Me trasplantaron un riñón hace dieciséis años; mi madre se quedó ciega y perdió luego una pierna; problemas familiares, reveses, uno tras otro... Hasta que reventé y me fui de la Iglesia. Dejé de creer. Llegué incluso a decirle a Dios que como no me pusiera el riñón que necesitaba, me dejaría morir.

Cierto día, el sacerdote de mi pueblo me mandó a los cursillos de cristiandad, donde conocí a otro clérigo estupendo que me introdujo en el Camino Neocatecumenal. Permanecí allí año y pico, pero al final volví a estar como siempre; o sea, fatal.

Sentía la voz de Satanás en mi interior, tentándome: «No les hagas caso; tú sigue alejada de Jesucristo».

Escuchar tan sólo el rezo del Santo Rosario me resultaba insufrible, y no digamos ya

asistir a Misa.

Pero un día, de repente, todo cambió. Fue como si el Señor me tirase de las orejas, diciéndome: «¡Despierta, que voy a traerte de nuevo al redil! ¡Te enviaré al gran pastor que tengo a mi servicio aquí, en el Cielo!»

Sucedió el 16 de junio de 2002. Mi madre llevaba ya varios días sin encontrarse bien, negándose a salir de casa.

Todos los domingos, ella seguía la Santa Misa por radio y televisión. Aquella mañana me despertó el sonido de la televisión. Malhumorada y soñolienta, acudí enseguida a la sala de estar para decirle que bajase el volumen. Escuché entonces que un tal Padre Pío de Pietrelcina había curado milagrosamente a un niño con nueve órganos parados. Desde aquel día, empecé a investigar quién era aquel fraile prodigioso al que Juan Pablo II acababa de canonizar.

Con 33 años entonces, no podía sospechar que el Señor fuese a colmarme de tantas gracias por intercesión de aquel capuchino desconocido para mí.

Leí su biografía en Internet. Poco a poco, me enganchó con su gran amor, dulzura y comprensión... Pasé de no poder ir a Misa ni rezar el Rosario, a escuchar a Cristo en mi corazón para saber qué deseaba exactamente de mí.

El Padre Pío se convirtió en mi segundo ángel de la guarda. Ha estado conmigo varias veces en mi habitación; décimas de segundo en las que he percibido su inconfundible perfume de rosas; fugaces, pero inolvidables encuentros.

Cuando mi padre enfermó, le pedí que me quitase la fiebre para poder visitarle al día siguiente en la clínica. Al despertar, mi temperatura era normal.

Curó a mi padre de una neumonía doble, en diciembre de 2005. Mi tío me había dicho que jamás saldría de ella. Pero en cuanto terminé de rezar el Santo Rosario, mi padre había sanado milagrosamente.

Dos años después, en 2007, mi padre sufrió un ictus hemorrágico. Pedí de nuevo al Padre Pío que le curase. En tan sólo 24 horas recuperó la salud.

A una amiga la operaron de cáncer. Dije al Padre Pío: «Quiero que estés con ella en la operación». Diez días después, estaba ya en su casa, repuesta por completo. Todo gracias a la intercesión de mi querido «abuelo», como yo le llamo cariñosamente.

María José Barrionuevo

DE LOURDES A SAN GIOVANNI

En 2003 viví uno de los momentos más duros de mi vida.

La muerte de mi padre, acaecida dieciséis años atrás, pesaba aún mucho en mi ánimo. Por si fuera poco, mi madre padecía Alzheimer.

Me sentía muy dolorida y a oscuras. Un día, en plena calle, estallé en rebeldía ante el Señor: «¡Qué quieres de mí! ¿Que sea santa?... ¡Pues yo no quiero ser santa!»

Permanecí más de dos años sin querer saber absolutamente nada de Él.

Intentaron encarrilarme. Primero un catequista, que insistió en mis «virtudes» para impartir doctrina en la parroquia; luego, un sacerdote al que mandé finalmente a freír espárragos.

«¡Qué se creen éstos! ¡Conmigo no van a poder!», me dije, desafiante.

Pero a finales de septiembre de 2006, no puedo concretar el día, una horrible alergia a un medicamento contra la gripe me hizo sentir en propia carne mi enorme fragilidad. Entonces, pensé: «Casi me muero y ni siquiera he visto nada del mundo».

Aquel mismo día, al salir del hospital, reparé en un cartel que anunciaba un próximo viaje a Lourdes. De regreso en casa, les dije a mis hijos, de doce y seis años: «¡Nos vamos a Lourdes!»

Era una peregrinación organizada por la diócesis de Bilbao, «con obispo incluido», del 12 al 14 de octubre. Justo los días en que mi marido se hallaba en el mar.

Una vez en Lourdes, al visitar la gruta, sentí el gran amor que me profesaba la Virgen. Mis hijos me decían: «Amatxu, ¿por qué estás tan contenta? Eres una emocionada de la vida».

La Virgen me regaló entonces un gran amigo comprensivo con el sufrimiento ajeno; un nuevo amigo para caminar juntos hacia el Señor. Sucedió al entrar en la iglesia subterránea, grandísima por cierto. Las paredes estaban salpicadas de imágenes de santos. Allí fue donde la Señora «me presentó» al Padre Pío.

Mientras fotografiaba a las santas Teresita de Lisieux y Filomena, distinguí en la penumbra el rostro de un hombre de facciones parecidas a las de mi fallecido padre.

-¡Mirad! -indiqué a mis hijos, medio en broma-. ¡Mirad allí! ¿Veis a ese hombre? ¿Cómo se llama? Se parece un montón a vuestro abuelo, pero con barba y un poco más de pelo. Tiene cara de bueno.

Disparé enseguida el flash de mi cámara digital y ahí quedó todo... de momento.

Una vez en casa, contemplé de nuevo la imagen de aquel hombre. Sentí una gran curiosidad por saber algo sobre él. Busqué en Internet y compré una biografía suya. Pronto me resultó familiar. Cuanto más sabía del Padre Pío, más me conquistaba; cuanto más me conquistaba, más le entendía; cuanto más le entendía, más amaba a Dios y al prójimo.

Rezar el Santo Rosario se hizo indispensable en mi vida. La Semana Santa cobró su verdadero sentido. Incluso en la Santa Misa, durante la Consagración, el sacerdote parecía transfigurarse ante mis ojos en el mismo Jesús y en el Padre Pío.

El 3 de septiembre de 2007 falleció mi madre. Mientras ella agonizaba, volví a sentir la lucha entre el bien y el mal en mi interior. Yo rezaba, pero todo parecía estar en mi contra. Reparé entonces en que, con la Virgen y el Padre Pío como aliados, nada tenía que temer. Y así fue: mi madre murió con una sonrisa y yo sentí una paz indescriptible que sólo Dios podía darme.

Cierto día, me encaminé a la iglesia parroquial con el firme propósito de poner en marcha un Grupo de Oración del Padre Pío. El primer intento resultó fallido. Pero, tras rezar al Padre Pío, el Grupo de Oración se hizo realidad en abril de 2009.

El 16 de julio de ese año acudí con mis hijos a San Giovanni Rotondo, tras pasar por Pietrelcina. Nada más dejar el equipaje en el hotel, fuimos a Misa. Nos situamos cerca de una gran columna. En el momento de la Comunión, sentí un suave aroma de rosas que duró unos segundos. Miré alrededor, pensando que tal vez alguien acababa de pasar a mi lado, pero a mi izquierda seguía, imperturbable, la enorme columna; a la derecha sólo estaban mis hijos.

Dije al Padre Pío: «Gracias por tu acogida; sé que estás aquí; ahora comprendo que nos esperabas y que nos has protegido durante todo el camino».

Tras comulgar, sentí una especie de onda expansiva dentro de mi corazón. Igual que cuando lanzas una piedra al agua y se forman ondas concéntricas. El mensaje era tan breve como inconfundible: «Éste es Jesús».

Seguimos luego el recorrido, junto al resto de peregrinos. Hasta que llegó el ansiado momento de bajar a la cripta. Todo el mundo guardaba allí un completo silencio,

observando el cuerpo del santo. Se palpaba un respeto infinito. Pero yo no estaba tan seria, ni lloré de emoción. Sentía una inmensa alegría. Era tan feliz que no paraba de sonreír. Temí incluso que alguien pudiese interpretarlo como una falta de respeto.

Cuando se encuentra un tesoro así, cualquier esfuerzo vale la pena para compartirlo con los demás. El mundo debe conocer al Padre Pío, su espiritualidad, su amor a la Virgen, al «Nazareno rubio», al ángel de la guarda, a ese Padre bueno que tanto amó él.

Miren Lourdes Uriarte
Bermeo, Vizcaya (España)

LOS OJOS DEL ALMA

Para un radiólogo como yo, los ojos son la principal herramienta de trabajo. Con ellos he podido detectar múltiples enfermedades a tiempo, salvando numerosas vidas. Sin ellos, mis informes serían papel mojado. No podría advertir el menor síntoma patológico mediante un escáner o una simple ecografía. Mi detección precoz de todo tipo de cánceres o alteraciones fisiológicas se vendría así abajo sin remedio.

Por eso, cuando me diagnosticaron casualmente hipertensión intraocular en 2000, vi enseguida las orejas al lobo. Temí que todos los esfuerzos por sanar a mis pacientes resultasen vanos muy pronto. Inicié un tratamiento con gotas, sometiéndome a revisiones trimestrales.

Pero, por más que intentaba animarme, no podía olvidar que mi padre, radiólogo como yo, había sufrido un desprendimiento de retina. Y en efecto, yo fui el siguiente: seis años después, en 2006, me operaron de un desgarró y desprendimiento de retina en el ojo derecho.

Por si fuera poco, tuve complicaciones postoperatorias, registrando peligrosos picos de hipertensión.

Para acabar de complicar las cosas, en 2008 sufrí otro desprendimiento de retina en el mismo ojo derecho, el cual requirió tres cirugías sucesivas. Fui intervenido incluso de un glaucoma.

Por desgracia, si el ojo derecho estaba ya seriamente dañado, en el izquierdo me habían diagnosticado otro glaucoma en 2004 que no precisó de cirugía en todos esos años gracias a un tratamiento médico muy exigente que mantuvo la tensión ocular en 16-19, por debajo del límite normal de 20-22.

Pero en abril de 2010 sucedió lo peor: la tensión se disparó en el ojo izquierdo hasta 20-22, pese al riguroso tratamiento médico. El riesgo de intervención en el único ojo «sano» era así altísimo.

Uno de aquellos días invité a un buen amigo a almorzar. Sabía que él rezaba por mí desde que supo que padecía una grave lesión ocular. Mientras tomábamos café, me regaló una estampa del Padre Pío con una pequeña reliquia de su hábito. Jamás había oído hablar de aquel fraile. «Toma, rézale con fe y él te curará», aseguró.

Preocupado por mi futuro, empecé a rezar la novena aquella misma noche.

Al cabo de unos días recibí un mensaje de mi amigo en el móvil: «Pásate la reliquia por el ojo enfermo». Obedecí de nuevo.

Días después, los médicos no daban crédito a mi repentina curación: ¡la tensión ocular había disminuido hasta 10! La cirugía carecía ya de sentido. Tratando de convencerse, los especialistas me sometieron a múltiples revisiones que confirmaron la milagrosa curación.

He de advertir que ni en España ni en Estados Unidos, adonde acudí ya desesperado, habían sido capaces de reducir mi tensión ocular.

Al comunicarle el hecho insólito a mi amigo, confesó que él, su esposa y sus dos hijos pequeños habían rezado la novena al Padre Pío cada noche por mi curación.

A. L. M.

Barcelona (España)

SOÑAR CON ÉL SIN CONOCERLE

Una noche soñé con el Padre Pío sin haberle visto jamás en mi vida.

Mi fe, entonces, languidecía. Temí que la oscuridad invadiese mi alma.

Fue uno de esos sueños en los que uno duda si está totalmente consciente o en duermevela. Me hallaba de pie, frente a las enormes puertas de una iglesia, las cuales se abrían de par en par invitándome a entrar en ella. Avancé despacio por la nave central, maravillada ante el espectáculo que tenía delante: los rayos del sol penetraban por los ventanales, en medio de un silencio y una paz indescriptibles. Conforme avanzaba, una silueta emergió tras una gran columna de mármol, muy cerca del altar. Su sola presencia me paralizó: era un fraile con andar cansino y una capucha en la cabeza.

Aguardé en silencio a que llegase hasta mi altura. Entonces, abrumada, me postré de rodillas ante él. Reparé en que tenía las manos vendadas, una de las cuales apoyó sobre mi cabeza. Nada más sentirla, rompí a llorar. Él repitió tres veces: «El Señor te bendiga y te guarde, vuelva hacia ti su rostro y te conceda la misericordia y la paz, hermana».

El sueño terminó justo ahí. Desde entonces, me pregunté quién sería aquel misterioso fraile y qué pretendía decirme.

Hasta que un día, hojeando unas revistas en casa de mi abuela, reconocí al protagonista de mi sueño. Quedé anonadada al ver su fotografía junto a un titular que informaba de su próxima beatificación.

Recabé luego el consejo de mi director espiritual, fray Onofre Reichart, secretario del Apostolado del Rosario en el Obispado de Villarrica- Chile, quien me recomendó escribir a los capuchinos de Foggia.

Contacté así con el superior, Gianmaria Digiorio, que a su vez me remitió a fray Elías Cabodevilla Garde, mi más fuerte eslabón hoy con el Padre Pío.

Desde entonces, el santo de Pietrelcina ha estado siempre conmigo en todas mis batallas espirituales, incluso cuando el enemigo me acechaba con más virulencia.

Uno de aquellos días, tras haberle invocado en su novena, volví a soñar con él: me vi esta vez sobre una gran cima, rodeada de inmensas rocas, en una de las cuales estaba yo sentada, invadida por la angustia.

Enseguida irrumpió él. Era muy joven. Nada más verme, se acomodó a mi lado, cogiéndome las manos con ternura. Yo era incapaz de contener el llanto: «¡Padre mío!», exclamé.

Su mirada me traspasó el alma.

-¿Qué te sucede, hija mía? -inquirió.

-Los ataques del enemigo son cada vez más fuertes. Ya no puedo más... -acerté a contestar, entre lágrimas.

-¿Y tú cómo reaccionas ante ellos?

-Orando, Padre, orando...

Él asintió con una sonrisa.

-Eso es lo que debes hacer: Orar, orar, orar...

Y me abrazó.

Desperté con una enorme sensación de alivio y paz.

Durante el sueño, el Padre Pío me entregó unas piedrecitas y una rama de pino. No entendí por qué lo había hecho. Pero luego, al relatar mi experiencia a los frailes de San Giovanni Rotondo, supe que eran señales del lugar donde transcurrió mi sueño: la cima sobre la que se levantó el hospital Casa Alivio del Sufrimiento, donde el Padre Pío solía retirarse a orar.

La ramita de pino simbolizaba la victoria frente al enemigo. Los frailes me enviaron luego una fotografía del Padre Pío caminando entre esos pinos. «Hay muchos en Foggia», indicaban.

Yo nunca había estado en San Giovanni Rotondo ni en Foggia.

Movida por un afán de difundir su devoción y espiritualidad, comencé a poner en circulación una «imagen peregrina» del Padre Pío con una reliquia suya que me enviaron desde San Giovanni Rotondo.

La imagen del santo circuló así de casa en casa, entre familiares y amigos que le rezaban con gran devoción. Llegó un momento en que una sola imagen resultó insuficiente para atender la gran demanda y tuve que pedir seis más. Cada «imagen peregrina» permanece hoy en los hogares el tiempo que dura el rezo de una novena.

A mis 35 años, madre de dos hijos, no me canso de dar a conocer al Padre Pío. ¡Son tantas las gracias obtenidas por su intercesión...!

Claudia Sutter
Santa Fe (Argentina)

PRODIGIOS EN CADENA

El Padre Pío irrumpió en mi vida a través de las «imágenes peregrinas» que Claudia Sutter distribuye entre numerosos hogares.

Hasta entonces, yo vivía alejada por completo de la fe, y no digamos ya de la oración. Pero mi actitud cambió de repente, convirtiéndome en un «alma orante» y en mejor persona en todos los sentidos. Empecé rezando el Santo Rosario con una devoción que a

mí misma me sorprendió.

Uno de aquellos días, pedí al Padre Pío que me consiguiese un trabajo, dado que mi familia atravesaba por una crítica situación económica. Pues bien, aquella misma noche me llamaron para ofrecerme un empleo, que hasta hoy día conservo.

Convertida así por intercesión del Padre Pío, el 1 de marzo de 2009 nació mi sobrina Morena Figueroa. Cuarenta y ocho horas después, la pequeña empezó a sufrir fuertes convulsiones. Su azúcar en sangre des cendió peligrosamente, obligándola a permanecer en terapia intensiva, en estado muy grave. Los médicos barajaron incluso la posibilidad de amputarle una piernecita.

El mismo día que decidieron operarla, la «imagen peregrina» del Padre Pío retornó a mi hogar. La visita no pudo ser más oportuna. Desesperada, lloré ante ella, implorando al Padre Pío que evitase a la criatura pasar por el Vía crucis del quirófano. En aquel preciso instante, telefoneó mi hermana, muy emocionada, asegurando que los médicos no consideraban ya necesario operar a la recién nacida, sino que con un tratamiento sería suficiente.

Los doctores estaban muy sorprendidos por la repentina recuperación de la pequeña, admitiendo que era un verdadero milagro. Morena Figueroa tiene hoy un año y vive feliz.

Otra gracia fue concedida, por intercesión del Padre Pío, a mi madre Olga del Carmen Rosales, víctima de una extraña afección en la garganta que ningún médico supo diagnosticar.

La garganta se le inflamaba hasta el extremo de costarle sangre, sudor y lágrimas ingerir cualquier alimento. Decidí regalarle una estampa del Padre Pío para que rezase por su salud. Cuanto más dolor soportaba, más imploraba ella que le curase. Hasta que un día, mientras oraba, sintió que algo reventaba en su garganta. Fue una sensación rarísima, que al principio le asustó. Pero desde ese instante, el dolor remitió hasta desaparecer por completo tras largos años de tortura.

Espero que estos testimonios sirvan a muchas personas para acercarse a este verdadero hombre de Dios y, por medio de él, a Jesús y María.

Alejandra Daniela Blanche

Santa Fe (Argentina)

«DÍMELO CLARITO!»

El 6 de septiembre de 2007, mientras preparaba mi regreso a Palma de Mallorca, donde había vivido ocho meses inolvidables, mi madre y mis amigos intentaron disuadirme del viaje en el estado en que me encontraba.

La verdad es que tenían razón: casi no podía ni respirar, sufría ataques de pánico, sofocos, insomnio, debilidad en las piernas, ansiedad y todos los demás síntomas de una persona enferma de hipertiroidismo avanzado y bocio, como era mi caso.

Pero yo estaba decidida a emprender el viaje. Mi madre, muy preocupada, oraba sin desfallecer para que yo entrase en razón. Días antes de salir el avión, vimos en casa una película italiana sobre el Padre Pío, dirigida por Carlo Carlei y producida por Mediaset.

Me impactó la escena en la que el fraile impedía a Cleonice Morcaldi que se trasladase a otra ciudad por trabajo, evitando así finalmente que le sucediese una tragedia. La muchacha, que al principio se rebeló contra aquella decisión, acabó convirtiéndose en su hija espiritual predilecta.

Al terminar la película, mientras iba en coche, le dije al Padre Pío en voz alta: «Así como fuiste tan contundente con aquella muchacha, háblame a mí también claro y directo; dime qué quiere El Señor de mí, si debo irme o no; pero no me lo insinúes... ¡Dímelo clarito!»

Al día siguiente, domingo, mi madre oró mucho por mí, postrada ante la gran cruz de su dormitorio. Rogó al Padre Pío que me ayudase a tomar la decisión más conveniente. Mientras desayunábamos, sintió de repente que el Padre Pío le susurraba al oído: «Doctor Ley».

-¿Porqué no pides consejo al «doctor Ley»? -me propuso.

Pensé que era una buena idea, dado que yo confiaba mucho en aquel médico al que llamaba cariñosamente de ese modo. Telefoneé a su consulta, convencida de que, por ser domingo, estaría cerrada. Pero, para mi sorpresa, él mismo contestó al teléfono. Le dije que pronto regresaría a España, a lo que él repuso: «No, Sandra, usted no va a ninguna parte: su tiroides la está ahorcando y corre serio peligro. Usted se queda a vivir con su madre hasta que esté curada».

Nunca antes, en los diez años desde que le conocía, el doctor había sido tan rotundo conmigo. Recordé, además, que el día anterior había pedido al Padre Pío que me hablase de forma clara y directa. ¿Acaso no acababa de expresarse así el «doctor Ley»?

Cancelé finalmente el viaje con todo el dolor de mi corazón, así como todos los compromisos que tenía en España, empezando por la boda de unos buenos amigos.

Agradecí al Padre Pío su mediación y me puse en manos de Dios.

Viví con mi madre en Tampico hasta recibir el alta, el 31 de diciembre de 2009. Esos dos años y medio me marcaron para siempre; significaron el principio de una vida y el final de otra repleta de amigos y diversiones, cierto, pero absolutamente gris y sin sentido porque estaba alejada de Dios.

Mientras residí con mi madre, ella me introdujo en la vida de piedad, invitándome a retiros y talleres de oración a los que al principio acudía resignada por no tener nada mejor que hacer. Pero, poco a poco, el Señor actuó en mi alma, penetrándola como la gota que cae en la roca, persistente, hasta conquistarla.

Desde entonces, la Virgen, el Padre Pío y fray Elías Cabodevilla, mi padre espiritual, me han conducido hacia la Luz que todo lo transforma, hacia el Amor de Dios que procura la verdadera felicidad a los corazones.

El Padre Pío, que tanto amó la cruz del Señor, me invita a que yo lo haga también. De su mano, Jesús crucificado, que con su muerte y resurrección nos dio la Vida, es el único que otorga sentido a mi existencia y la fuerza transformadora que intento ofrecer ahora a los demás.

Sandra Catalina Zambrano
Tampico (México)

CONFESIÓN PADRE PÍO»

Todas las semanas, desde septiembre de 2009, asisto a un grupo de oración para invocar al Espíritu Santo en la parroquia de la Asunción de Nuestra Señora, en la localidad madrileña de Torrelodones.

Soy una madre joven, maestra de escuela. Me ilusiona mucho pertenecer a este grupo de carismáticos, pues hasta entonces no había calibrado la decisiva influencia que ejerce sobre el alma la tercera persona de la Santísima Trinidad.

Uno de aquellos días reparé en que, junto al altar y a una vela encendida, el sacerdote había colocado la imagen enmarcada de un fraile que celebraba la Santa Misa. Pregunté a un compañero quién era aquel religioso. «¡El Padre Pío!», repuso él, casi ofendido. Y añadió: «Es un gran santo del siglo veinte».

Esa misma noche, movida por la curiosidad, empecé a investigar la vida del Padre Pío en Internet. Me quedé fascinada por la cantidad de sucesos extraordinarios que rodearon

su vida, cayendo en la cuenta de que aquel santo italiano había fallecido, como quien dice, «anteayer», en 1968.

Días después, Jesús, mi marido, me dijo que el periódico informaba de la reciente aparición de un libro sobre el Padre Pío escrito por el periodista José María Zavala. Me faltó tiempo para buscarlo en El Corte Inglés. Pero, al preguntar al dependiente por el libro, me dijo que no tenía constancia de su publicación. Consultó, por si acaso, el ordenador con el mismo desalentador resultado. Desilusionada, me giré dispuesta a marcharme. Fue entonces cuando, en la mesa de novedades, me topé con el rostro del Padre Pío que servía de portada a la primera edición del libro de Zavala. «¡Padre Pío, me has encontrado! ¡Te he hallado! ¡Nos hemos encontrado los dos!», grité de alegría en mi interior.

Al cabo de dos días ya había devorado el libro; me quedé muy impresionada por los milagros. Aquel santo me caía fenomenal; me agradaba su carácter firme pero comprensivo, su extraordinaria capacidad de sufrimiento por los demás, incluso lo tosco que se mostraba a veces.

Pero lo que más me impactó fue su modo de confesar. Sentí verdaderas ganas de hacer una confesión humillante, exhaustiva, profunda, acusándome de lo que más vergüenza me daba. Una confesión «a lo Padre Pío», me dije. Quise humillarme totalmente en el confesionario. Era una asignatura pendiente para mí desde hacía tiempo, la cual, tras leer el libro, ardía por fin en deseos de realizar. No en vano, mis confesiones habían sido hasta entonces demasiado rápidas, fugaces.

Así que pedí al sacerdote que me confesara. «Quiero -le advertí una confesión que me desmenuce el alma porque yo soy muy orgullosa».

El cura asintió, colocando a mi lado una estampa del Padre Pío, a quien tuve presente así durante toda la confesión. Sentí que él me escuchaba; tuve la sensación incluso de que al final me felicitaba: «¡Así se hace, hija mía!».

Fue una confesión tan intensa, que salí de allí con una alegría que nunca antes había experimentado en lo más hondo del alma. Era como si volase de lo ligera que me sentía. Lo más increíble de todo es que, cada día que pasa, el efecto sanador es más grande en mi interior.

Cierto día, el sacerdote me hizo un regalo inesperado: «Vas a llevarte el cuadro del Padre Pío a tu casa para que puedas invocarle durante una semana entera; luego se lo pasas a otro compañero del grupo», me indicó.

Desde entonces, la imagen peregrina del santo de Pietrelcina recorre los hogares de

mis hermanos carismáticos, colmándoles de gracias.

Me siento en deuda con el Padre Pío; quiero darle a conocer entre mis familiares y amigos. Es un pedazo de santo que puede hacer mucho bien a mucha gente; igual que ha hecho conmigo. Nunca podré agradecerle lo suficiente que haya irrumpido en mi vida cuando necesitaba ese empujón para estar más cerca aún del Señor y de la Virgen María.

Sonsoles Palacios Moreno
Torrelodones (Madrid)

«BEBÉ FRANCISCANO»

Mi esposa Andrea y yo nos sometimos durante cuatro años a un tratamiento de fertilidad. Ansiábamos más que nada en el mundo formar una familia, pero la llegada de un hijo se nos resistía dolorosamente.

Por fin, en 2004 nació nuestra hija Delfina María Luján.

Tres años después, cuando esperábamos con gran ilusión la venida del segundo, Andrea lo perdió. Fue un golpe durísimo.

El sábado 17 de noviembre de 2007, fuimos a Salta, a Tres Cerritos, donde más de 60.000 personas se reúnen para rezar el Santo Rosario a la Inmaculada Madre del Divino Corazón Eucarístico de Jesús.

En Salta, precisamente, se apareció la Virgen a María Livia Galeano de Obeid, devota madre de familia. María Livia impulsó desde entonces la construcción de un centro mariano donde los fieles rinden hoy homenaje a Nuestra Bendita Madre con el rezo del Santo Rosario.

Al llegar a Tres Cerritos, mi esposa se sentó justo debajo de un hermoso árbol, orando para que Delfina pudiese tener pronto un hermanito.

Yo estaba muy cerca de ella. Pude ver así cómo mi hermana María, servidora en el cerro, extraía del bolsillo una estampa del Padre Pío y se la entregaba a Andrea para que le rezase.

De regreso a casa, Delfina, de sólo tres años y medio, nos dijo en el coche que acababa de ver a un fraile detrás del árbol donde se había sentado su madre. No le dimos importancia, pensando que se trataba de una ocurrencia propia de una niña de su edad. Pero luego, al comentárselo a mi hermana María, nos dijo que varias personas habían

visto ya al Padre Pío junto al mismo árbol.

Al día siguiente, durante la charla que habitualmente imparte María Livia a los fieles, aseguró que la tarde anterior habían estado presentes en el cerro la Santísima Virgen y algunos santos, entre ellos el Padre Pío.

Nuestras oraciones al Santo de Pietrelcina fueron muy pronto atendidas, pues al mes siguiente supimos que Andrea estaba de nuevo embarazada. Como fecha probable del parto se barajó el 23 de septiembre. El mismo día que el Padre Pío se fue al Cielo. Decidimos que si era un varón, le llamaríamos Pío; y si era niña, Pía.

El embarazo fue de cuidado, pero tanto Andrea como yo sabíamos que venía más que «cuidado» por alguien muy especial.

El niño nació al final sietemesino. Vino al mundo un viernes, mediante cesárea. La pediatra nos advirtió que el bebé debía superar cinco análisis, respirar y succionar solo antes de abandonar la clínica.

Yo estaba convencido de que aprobaría finalmente todos los exámenes: «No te preocupes; es un bebé franciscano», le decía a mi mujer.

Y así fue. Muy pronto, Andrea pudo acariciar a su hermanito en casa.

Como Pío Santiago nació el 1 de agosto, decidimos bautizarle el 23 de septiembre, en la Iglesia de San Pío, en La Plata.

Enviamos luego una copia de la grabación de la ceremonia a San Giovanni Rotondo como testimonio de agradecimiento.

Santiago Pérez Fons

La Plata (Argentina)

EL CALAMBRAZO

El 19 de junio de 2000, mientras recogía fruta en el jardín del convento, sufrí una caída desde un metro de altura.

El fuerte golpe contra el suelo de cemento me produjo una herida «inciso-contusa en calota a nivel temporo parietal derecho», tal y como figura en el certificado médico. La lesión en la cabeza requirió cuatro puntos de sutura.

También me fracturé el «collex derecho» (la muñeca). Tras hacerme varias radiografías en el hospital, el traumatólogo dispuso un tratamiento con tracción y férula cerrada de yeso.

Al cabo de diez días, comprobé que la férula no ejercía su función, pues el brazo se movía en su interior. Acudí de nuevo al hospital, donde me colocaron otra.

El 27 de julio me sometí a un nuevo control radiológico, el cual confirmó que la fractura no estaba del todo corregida y presentaba una desviación lateral de unos dos milímetros. Retirada la férula, me recomendaron baños alternativos con agua caliente y fría, así como ejercicios con la mano.

Pero veinte días después, empecé a sufrir disestesias en la mano derecha; en concreto, en la zona del nervio mediano, las cuales aumentaron hasta el punto de impedirme dormir y realizar cualquier tipo de trabajo durante más de cinco minutos seguidos (escribir, dibujar, coser, pasar las cuentas del Rosario...).

El 20 de septiembre consulté a otro especialista en rehabilitación, quien me recomendó que siguiese un tratamiento con onda corta, ultrasonido y corrientes diatérmicas.

El 2 de noviembre, un electroneurograma confirmó que padecía una alteración del nervio mediano derecho, tanto en su rama sensitiva como en la motora.

Gracias a un nuevo tratamiento rehabilitador, gané algo de fuerza y movilidad en la muñeca.

Pero las molestias persistían aún el 13 de diciembre. Decidí consultar por eso a otro traumatólogo. Tras un nuevo examen, advirtió una desviación del eje del brazo, así como la afectación del túnel carpiano. Debía operarme para descomprimir el túnel y actuar sobre el callo de fractura. De lo contrario, el nervio podía afectarse todavía más. Abandoné la consulta con la solicitud de estudio preoperatorio.

El 28 de diciembre recibimos la visita, en el convento, de unos sacerdotes muy queridos por nuestra comunidad de clarisas capuchinas. Al comentarles lo de mi mano, el mayor de ellos dijo: «¿Por qué no te encomiendas al Padre Pío?»

Aquella misma tarde comencé la novena, colocándome la diminuta reliquia en el brazo, a la altura de la fractura, sin dejar de sentir su contacto con mi piel. Apenas un minuto después, percibí una especie de corriente eléctrica en el interior de mi mano, que arrancó desde las yemas de los dedos. Cuando quise darme cuenta, había recuperado por completo la fuerza y la movilidad de la mano, desapareciendo las molestias... hasta hoy. Por intercesión del Padre Pío.

Hermana Sara del Molino
Caspe, Zaragoza (España)

«CLARA

Un día le dije al Señor: «Si Tú quieres, te ofrezco una nueva maternidad para seguir honrándote como madre».

La verdad es que la propuesta no le entusiasmó a mi marido, pues en aquel momento teníamos ya tres hijos, el menor de los cuales apenas contaba ocho meses.

A la semana siguiente, viajamos todos juntos a Santa Cruz de Tenerife para celebrar nuestro décimo aniversario de boda. Al regresar a casa, reparamos en que habíamos traído un regalo inesperado de nuestras vacaciones: una tierna, incipiente, maravillosa y bendecida criatura que nacería nueve meses después.

Nada más conocer mi embarazo, pedí a la Virgen de la Candelaria, patrona de las islas Canarias, y al Padre Pío que protegiesen al bebé.

En la primera consulta, el ginecólogo me confirmó la fecha probable del parto: 2 de febrero, día de la Purificación de la Virgen y fiesta de la Candelaria. Agradecí al Señor que atendiese mis plegarias.

Pero la natural alegría dio paso enseguida a una auténtica «guerra familiar» para poner nombre a la criatura. En cuanto supimos que sería niña, buscamos sin cesar uno para ella.

Mi hermana María Lourdes, gran devota del Padre Pío, me sugirió:

-¿Por qué no le ponéis Clara? Es un nombre precioso; al Padre Pío le hubiese gustado, pues no olvides que San Francisco y Santa Clara eran franciscanos como él.

-Bueno -titubeé yo-, la verdad es que no acaba de...

Por más que ella insistía, el nombre de Clara seguía sin convencerme. Para colmo Gerardo, mi marido, ya tenía el suyo: Ziortza. En cuanto lo pronunció, nos quedamos todos horrorizados.

Así que seguimos buscando... Yo proponía varios: Candela, Luz, Llum, Blanca, Paloma, Isabel... Pero mi marido se impuso al final diciendo que Ziortza y punto.

Entre tanto, indagué en Internet el origen de aquel nombre: era una advocación

mariana muy poco conocida, surgida en el año 986 en la localidad de Bolívar (Vizcaya).

Su significado, «ladera oscura», me gustó aún menos.

Dos semanas antes del parto, mi hija mayor, María, no se dio por vencida:

-¡A punto de nacer la niña y aún no tiene nombre! -se lamentó.

-¡Claro que lo tiene! -repuso mi esposo-; se llama Ziortza.

Sucedió entonces algo inexplicable. María cogió una libreta, apremiándonos a todos: «¡Venga, digamos cada uno los nombres que más nos gusten y después elegimos... ¡Papá, empieza tú!».

Tras repetir Ziortza, barajamos los nombres de Blanca, Paloma, Almudena, Mar, Candela, Luz, Llum, María Luz, Teresa, Pilar... Así, hasta treinta y cuatro diferentes.

Fuimos luego al comedor, donde mi esposo y yo nos acomodamos en el sofá, mientras María lo hizo en el suelo. Para su sorpresa, reparó en que a su lado había una estampa del Padre Pío que jamás había visto en su vida. Yo fui la segunda sorprendida. ¿De dónde había salido aquella estampa?

De repente, María gritó: «¡La niña ya tiene nombre...! ¡El Padre Pío quiere que se llame Clara!»

Nos quedamos todos absortos. Luego, reparamos en que acababa de leer al dorso de la estampa: «Clara 35».

¡Habíamos barajado 34 nombres para nuestra hijita y el 35 y definitivo era Clara!

Mi esposo sentenció: «Pues si el Padre Pío quiere que se llame Clara, no hay más que hablar».

Averiguamos luego la procedencia de la estampa. Días antes yo había sacado del armario una caja donde guardaba cosas importantes; entre ellas, los recuerdos que una amiga me había traído aquel verano de San Giovanni Rotondo, adonde yo no pude ir por mi gestación.

Creemos que fue el pequeño, que entonces gateaba, quien extrajo aquel regalo de la caja obedeciendo tal vez a su «abuelito» del Cielo.

M.^a Dolores Simó Caballer

¿CÁNCER DE PULMÓN?

En agosto de 2009 me detectaron un tumor maligno en el mediastino, la parte del tórax situada entre ambos pulmones.

Como el linfoma oprimía la vena cava superior, pronto se me hincharon la cara y las manos, formándose gruesas varices en el cuello y el pecho.

El 2 de septiembre empecé el tratamiento de quimioterapia; el día 21 inicié otro de cuatro sesiones más, administradas cada tres semanas.

El 18 de enero de 2010, una tomografía reveló que el linfoma se había reducido considerablemente de tamaño, pero se detectó una nueva lesión en la periferia del pulmón izquierdo.

El 27 de enero recibimos la visita de una «imagen peregrina» de la Virgen de la Paz, la cual permaneció en casa durante nueve días.

Al día siguiente, vino a casa el padre Tomás Chávez. Nos habló del Padre Pío, a quien ya conocíamos gracias a mi prima Celina Urquiza, que nos regaló una imagen suya.

Desde ese encuentro, rezamos sin parar la novena al Sagrado Corazón de Jesús y la oración «Quédate Señor conmigo».

El 9 de febrero, mi prima Celina nos avisó de que la imagen itinerante del Padre Pío llegaría a nuestro hogar al día siguiente para que pudiésemos rezar junto a ella durante cuarenta y ocho horas. Oramos sin desfallecer.

El 16 de febrero, el oncólogo me remitió al neumólogo para una revisión de los pulmones. El otorrinolaringólogo se encargó, por su parte, de tratar mis mareos con un medicamento que mejorase la circulación en el cerebro.

El oncólogo cirujano, finalmente, evaluó la posibilidad de efectuar una biopsia. Pero antes quiso comprobar el estado de mis pulmones con una nueva radiografía. El resultado nos dejó a todos boquiabiertos: los dos pulmones aparecían ahora inmaculados. No había el menor rastro de la lesión detectada en el pulmón izquierdo, ni del tumor en el mediastino.

Por simple precaución, el doctor me recomendó un tratamiento de radioterapia para cerciorarse de que el tumor no se reproduciría.

En marzo de 2010 me habían administrado ya quince de las veinte sesiones de que constaba el tratamiento.

Nadie mejor que yo sabe que mi fulgurante recuperación es obra del Padre Pío. Nunca dejaré de estarle agradecido ni de extender su devoción a todo el mundo.

Arturo Guillermo Martínez Bravo
Querétaro (México)

REGALOS DIVINOS

Nací hace sesenta años, en Pamplona. En mi infancia siempre tuve el cariño de mis padres y abuelos. Educada en las Teresianas, me distancié poco a poco de la vida de piedad, convencida de que la religión no debía imponerse a nadie.

Pasé muchos años en busca de una ansiada felicidad... material, por supuesto: mantenía relaciones sexuales sin sentido pleno; contraí matrimonio civil en Londres, en 1977, por no abjurar de la religión católica...

Rebeldía, orgullo y cabezonería eran las notas predominantes de mi personalidad; entre tanto, pasaba años enteros sin confesar ni comulgar.

Alumbré a tres hijos; o mejor dicho: a dos, pues el tercero fue un aborto natural que me dejó una tremenda desazón. Pese a no practicar, deseaba bautizar a mis hijos en la Iglesia católica. Un sacerdote, sin embargo, me lo impidió alegando que yo estaba casada por lo civil. Finalmente, logré que otro cura accediese a ello.

Mi vida era un completo desastre: separaciones, nuevas relaciones sentimentales, amantes, locuras de todo tipo...

Hasta que en 2002, fallecidos mis padres tras largas enfermedades, me diagnosticaron un cáncer de mama durante una revisión rutinaria. Miedo, angustia y una terrible impotencia se apoderaron de mí.

Para colmo, yo era hipocondríaca. Una de aquellas noches, incapaz de conciliar el sueño, clamé al Señor: «¡No puedo más!»

De inmediato sentí una serenidad inexplicable y me dormí.

Finalmente, decidieron operarme. Mientras me reponía de la intervención en casa, el 16 de junio de 2002, seguí con inusitada devoción la ceremonia de canonización del

Padre Pío retransmitida en televisión.

Sólo tenía constancia del nuevo santo por una estampa que conservaba celosamente el último hombre con el que conviví.

Aquel verano me sometí a las sesiones de radioterapia, acompañada en todo momento por una biografía del Padre Pío. Mientras recibía el tratamiento, me embargaba una increíble sensación de paz que anulaba mi natural hipocondría.

El médico comprobó, muy extrañado, que mi piel no reaccionaba a los efectos del tratamiento de choque, manteniéndose tersa y suave; me preguntó incluso qué crema utilizaba.

Pero mi único ungüento era el del alma: recé la novena de la Virgen del Carmen con gran fervor durante las primeras sesiones de radioterapia.

Al Padre Pío tampoco dejé de pedirle por mi curación física y espiritual. Acabé confesándome con el párroco de Errazu y recibiendo el don de lágrimas de tanto haber ofendido a Dios.

Conocí luego al monje franciscano Javier Garrido, que impartía unos cursos sobre la fe. Asistí a Misa en la iglesia de los Capuchinos de Pamplona, donde me enteré de la existencia de un Grupo de Oración del Padre Pío, al cual me adherí enseguida. Mi fe se fortaleció muchísimo desde entonces. Descubrí la gran maravilla del Cristianismo; el Amor Supremo del Padre, entregándonos a su Hijo, con el Espíritu Santo actuando siempre; la Pasión, Muerte y Resurrección... El gran misterio, en suma, del Amor.

Hoy me siento como el hijo pródigo del Evangelio, abrazada por el Padre; mi relación con los demás también ha cambiado. Estoy convertida y curada.

Quisiera ser ya siempre un instrumento fiel en las manos de Dios. Pido al Espíritu Santo que me ilumine. También se lo pido a la Virgen y al Padre Pío. Con su inefable ayuda daré a conocer a Dios, amando a todos los que aún no han recibido, como yo, el Gran Regalo de su vida, con mayúsculas.

M.^a Carmen Hernández Rivero
Pamplona (España)

MÁS EFICAZ

Nací y crecí en una familia cristiana. Bautizada en la Iglesia católica, mis padres

abrazaron luego el protestantismo, en el que yo me formé muy activamente.

Practicaba la oración con asiduidad. Con veintitrés años, visité Asís. Poco antes me había acercado ya a la Virgen María de forma espontánea, tras sentir una irresistible llamada en mi corazón.

Me casé por la Iglesia católica. Mis hijos se educaron en la misma fe, no porque yo practicara la religión sino porque consideré que ellos debían formarse en un marco de coherencia familiar... Hasta que, hace tres años, me invitaron al Grupo de Oración del Padre Pío en la Basílica del Socorro.

Desde entonces, mi alma cambió. Oramos todos juntos al Padre Pío por la salud de Pedro, un niño de nueve años ingresado sin diagnóstico en el Hospital Garrahan, en estado muy grave. Al cabo de veinte días, Pedro recibió el alta completamente curado, en medio del asombro de los médicos.

Luego, pedí al Padre Pío que sanase también a una amiga de mi cuñada, embarazada y con cáncer de mama, a quienes los médicos habían aconsejado que abortase. Ella, naturalmente, se negó.

Igual que hicimos con Pedro, rezamos todos juntos por ella en el Grupo de Oración. Un día, la invité a una bendición especial con uno de los mitones del Padre Pío, en una parroquia céntrica. Poco después de acudir, alumbró a su hijo, le dio el pecho hasta los tres meses y siguió un tratamiento médico para su cáncer de mama. Hoy está completamente curada.

He conocido numerosos testimonios de sanaciones, conversiones y crecimiento espiritual por intercesión del Padre Pío. Empezando por mí, que hoy colaboro activamente en la formación de Grupos de Oración del Padre Pío. Disponemos ya de diecisiete Grupos de Oración, uno de ellos virtual, adheridos al Centro Internacional de Grupos de Oración de San Giovanni Rotondo.

No me canso de animar a mis hermanos para que se sumen a ellos. Si lo hacen, sus vidas cambiarán a mejor.

Marcela Teresa González
Buenos Aires (Argentina)

CORRER, CORRER Y CORRER

La artritis reumatoide me dejó fuera de combate en julio de 2009.

Tan fuertes eran los dolores en manos y pies, que solía superar peligrosamente la dosis de antiinflamatorios y calmantes recomendada por el médico.

De repente, un día desaparecieron los dolores en un 75 por ciento. No tuve ya necesidad de tomar gragea alguna, ni de inyectarme calmantes. La palpable mejoría no podía asociarse a ningún medicamento. Era, simplemente, obra de Dios por intercesión del Padre Pío, a quien oraba con gran fe y devoción.

Hasta entonces, levantarme cada día había supuesto una lucha titánica. Nada más incorporarme de la cama, debía tomar un baño de agua caliente para que mis articulaciones recuperasen algo de flexibilidad. Pero, como digo, un día me levanté repentinamente sin ninguna dificultad, duchándome incluso con agua fría.

Mientras me dirigía al trabajo, sentía ganas de correr. De hecho, más de una vez cubrí así el trayecto hasta la oficina. Para mi sorpresa, al llegar corriendo al despacho o regresar del trabajo, mis piernas no presentaban la menor hinchazón.

Recientemente, el traumatólogo me suprimió las inyecciones de cortisona, dándome cita para dentro de cuatro meses. Algo impensable hace escaso tiempo.

Ahora me levanto con unas ganas enormes de vivir. Puedo subir y bajar las mismas escaleras que antes eran para mí un obstáculo casi insalvable.

¿El secreto? Orar al Padre Pío. Créanme: no hay medicamento más eficaz en el mundo. Me encanta visitar a Jesús Sacramentado y recordarle que a veces me comporto mucho peor que San Pedro, negándole más de tres veces. Pero Él siempre me perdona con su infinita misericordia, sanando mi alma... y mi artritis reumatoide.

Samuel Francisco García Rochin

Tijuana (México)

EL GUANTE PRODIGIOSO

Lo tenía todo para ser feliz, inmensamente feliz.

Marta, mi esposa, era mi más firme sostén frente a las contrariedades; nuestros hijos Hugo, Pablo y Andrea, tres bendiciones del Señor.

Como empresario de la construcción, no podía quejarme en absoluto: jamás me faltaron contratos de obra civil.

Nuestros hijos continuaron además mis inquietudes empresariales: los varones acabaron licenciándose como arquitectos; Andrea se puso al frente de una inmobiliaria. Todos me dieron luego nietos que colmaron de gozo y alegría al abuelo. Estábamos muy unidos. Un día decidí corresponder a toda esa entrega organizando un viaje de la familia entera -esposa, hijos y nietos- por Europa.

Físicamente, me sentía con una gran fortaleza; rara vez había acudido a la consulta de un médico. Nada hacía presagiar la tragedia, en medio de tanta alegría y bienestar. Hasta que en 2001 llegó la cruel sentencia: una biopsia de la glándula tiroides confirmó que tenía cáncer. Debía someterme cuanto antes, bajo peligro de muerte, a una operación en la ciudad de Córdoba.

Viajé hasta allí unos días antes para prepararme física y, sobre todo, espiritualmente. La víspera de la operación asistí a Misa en la Iglesia de los Capuchinos de Barrio Nueva Córdoba, donde multitud de personas se arremolinaban a la entrada. Pregunté, intrigado, por qué aguardaban allí, en lugar de hacerlo en el interior del templo. Uno de ellos me explicó: «Esperamos la llegada de una reliquia de San Pío de Pietrelcina; se trata de uno de los mitones que usaba el capuchino».

Nunca antes había oído hablar de aquel santo italiano. Pero la gran fe que palpé en toda aquella gente congregada en el atrio alimentó mi curiosidad por venerar esa presunta reliquia «sanadora»; sobre todo, porque al día siguiente debía someterme a una delicada intervención quirúrgica.

Abandoné la Iglesia con una gran paz interior, la misma con la que luego entré en el quirófano. La operación fue todo un éxito. El cirujano tomó una muestra del tiroides para analizarla detenidamente, añadiendo que dispondría del resultado en dos semanas.

Durante la tensa espera, alimenté mi devoción a San Pío de Pietrelcina, implorándole mi curación; asistía diariamente a Misa y rezaba el Santo Rosario.

Al cabo de dos semanas, el doctor quiso hacerme una nueva biopsia para verificar mi evolución. La prueba evidenció que el tumor maligno se había convertido en... ¡benigno! ¡Mi vida ya no corría peligro!

Decidí viajar a San Giovanni Rotondo para dar las gracias al Padre Pío ante su tumba. Mi curación y mi conversión fueron una misma cosa. Sentía necesidad de proclamar las maravillas del Señor obradas en los corazones por intercesión del Padre Pío. Comencé por mi propia familia, a la que llevé de viaje a Asís, cuna de San Francisco y, por supuesto, a San Giovanni Rotondo. Visitamos también Padua, cuna de San Antonio; Bari, de San Nicolás; y Cassia, de Santa Rita.

De regreso en Argentina, me propuse construir en La Rioja una especie de Casa Alivio del Sufrimiento. El proyecto consistía en levantar un Centro Primario de Salud en predios del Obispado de La Rioja. Muy pocos entendieron entonces que pudiese prestarse asistencia sanitaria a los más necesitados de la periferia de la ciudad sin cobrarles un céntimo.

Por fin, el 6 de agosto de 2003 se firmó el Acta Fundacional. Fue el primer paso en una carrera de agradecimientos al Señor por su infinita misericordia con los enfermos del cuerpo y el espíritu; una carrera en la que también participa, como protagonista, nuestro venerado San Pío de Pietrelcina.

Hugo Mercado

La Rioja (Argentina)

VISITANTE NOCTURNO

En 1998 operaron a mi padre, a corazón abierto, en el Hospital Militar Central de Buenos Aires.

Aquellos días tuve oportunidad de tratar a uno de sus compañeros de planta, Carlos Gálvez, un anciano nacido en Santa Fe pero residente en Buenos Aires. Era un hombre menudo, risueño y sociable, con quien muy pronto entablé una cordial relación.

Un día decidí hablarle del Padre Pío. En cuanto mencioné al santo, puso cara de póker: no creía casi ni en sí mismo; se definía como lo más parecido a un ateo, aunque sin serlo del todo.

Me explicó que estaba muy enojado con Dios y con la Iglesia pero que, dado que yo le recomendaba la intercesión de San Pío, la aceptaba con alegría y cariño; igual que la estampa que le regalé.

Días después me sorprendió, diciéndome: «Al Padre Pío lo tengo siempre bajo mi almohada y le rezo todos los días».

La expresión de su rostro se había tornado radiante y tierna; parecía otro hombre, pese a que aún se negaba a confesar con el capellán del hospital.

Cuando mi padre fue dado de alta, mantuve contacto con él a través de su esposa, la cual me informaba por teléfono de su evolución. Hasta que, al cabo de tres meses, Carlos falleció.

Me quedé muy tranquila al enterarme de que había decidido hacer finalmente las paces con el Señor. Su esposa me contó lo que sucedió la última noche. Carlos compartía habitación con otro señor en estado muy grave. Las esposas de ambos decidieron apagar la luz, considerando que era suficiente con la que entraba por el ventanal.

Alrededor de medianoche, las dos señoras vieron irrumpir en la habitación a un sacerdote mayor, con hábito oscuro y barba encanecida, que se dirigió a la cama de Carlos, quien no dejaba de proferir el mismo lamento: « ¡Ay, Diosito querido! ¡Ay, Diosito querido...!»

Petrificadas, ambas mujeres observaron cómo el sacerdote impartía la bendición a Carlos para desaparecer a continuación con la misma rapidez con que había irrumpido en la estancia.

La señora de Gálvez intentó seguirle para agradecerle su inesperada visita, pero comprobó que el pasillo estaba desierto. Pensó que tal vez habría entrado en otra habitación para asistir a otro enfermo. Preguntó por el sacerdote en el control de enfermería, pero ninguna auxiliar había visto a un señor con semejante descripción. Sin darse por vencida, la señora fue a la planta baja y preguntó al centinela que custodiaba la única puerta de acceso al hospital. El militar aseguró que ningún sacerdote entraba allí a esas horas de la noche; ni siquiera el capellán, que además no respondía a ninguna de las características del misterioso clérigo. Dos horas después, Carlos falleció.

Su viuda supo luego que el Padre Pío había estado allí.

Viviana Fretes
Buenos Aires (Argentina)

EL GLOBO DE LA ESPERANZA

La historia que voy a relatar tiene como protagonistas a mi hijo Jorge Alberto Giustina y, por supuesto, al Padre Pío.

Me remontaré a marzo de 2003, cuando empezó a funcionar el Grupo de Oración del Padre Pío en la parroquia del Sagrado Corazón de Jesús, en Córdoba (Argentina).

El 23 de septiembre, con motivo del 35 aniversario de la muerte del santo, lanzamos al aire un globo con una pancarta bien grande del Padre Pío y la siguiente leyenda: «Señor, haz que los Grupos de Oración se conviertan en faros de luz y amor en el mundo».

Exhortamos a los presentes a que orasen en silencio y pidiesen lo que desearan. Todos

coincidieron en pedir que la pancarta llegase a los lugares donde más se necesitase la intercesión del Padre Pío.

El enorme cartel, adherido al globo, recorrió 400 kilómetros hasta llegar a Colonia Alpina, provincia de Santiago del Estero, el 30 de septiembre de 2003.

El globo con el cartel acabó posándose sobre un montón de alfalfa, junto al cual pastaban varios animales. La providencia quiso que mi hijo Jorge la encontrase, trayéndola luego a casa. Al mostrármela, me dijo muy convencido: «Yo soy el elegido». Reconozco que sus palabras me sonaron entonces a broma supersticiosa.

Al dorso de la imagen se indicaba a quien hallase la pancarta, que contactase enseguida con la parroquia del Sagrado Corazón de Jesús. Eso mismo hice yo: marcar el número anotado. Al otro lado del teléfono me atendió la secretaria de la parroquia, sugiriéndome que avisase a la coordinadora del Grupo de Oración. En contacto con esta última, quedé en enviarme varias estampas del Padre Pío para que le rezásemos.

Debo aclarar que ni yo, ni mi hijo, habíamos oído hablar hasta entonces del Padre Pío. Movida por la curiosidad, empecé a investigar su vida aquella misma tarde.

Las estampas llegaron el 16 de octubre. Repartí algunas entre varios conocidos y guardé el resto para los familiares, reservando una para mí, la cual introduje en la cartera para tenerla siempre a mano.

Telefoneé luego a la coordinadora del Grupo de Oración para agradecerle el envío. La conversación fue más larga esta vez. Ella se interesó por el estado de la imagen del Padre Pío, pues durante el trayecto se había desatado una fuerte tormenta de viento y tierra. La tranquilicé, asegurándole que había llegado intacta. Como prueba, le envié una fotografía de la pancarta.

Al día siguiente, 17 de octubre, mi hijo Jorge sufrió un horrible accidente: la camioneta que conducía salió despedida de la carretera dando varias vueltas de campana. El aparatoso percance tuvo lugar muy cerca del pueblo, razón por la cual Jorge fue socorrido enseguida, siendo trasladado a una clínica de Ceres. Curiosamente, mi esposo y yo nos hallábamos entonces en esa misma localidad cuando llegó la ambulancia.

Mientras el doctor examinaba a nuestro hijo, extraje la estampa de mi cartera y empecé a rezar al Padre Pío con una devoción que hasta a mí misma me sobrecogió. Las primeras radiografías confirmaron que Jorge se había fracturado varias vértebras y presentaba numerosas contusiones por todo el cuerpo. El pobre se quejaba también de un fuerte dolor abdominal.

Como la clínica rural carecía de medios, el médico nos recomendó que trasladásemos a nuestro hijo a un hospital de Córdoba. Llegar hasta allí nos costó cinco horas interminables. Nada más entrar en Urgencias, le hicieron varias tomografías con contraste, las cuales evidenciaron que dos de sus vértebras se habían hecho añicos, como el cristal.

El doctor no pudo ser más gráfico: «Estallaron dos de sus vértebras; sólo podemos esperar», comentó. Creo que debió haber dicho: «Sólo podemos rezar». Eso mismo me pidió luego el neurocirujano:

«Señora, rece; usted rece. Su hijo es un afortunado. Pese a los golpes recibidos en la cabeza, no he visto un solo coágulo de sangre en el cerebro; tampoco los derrames en sus ojos han afectado a su visión; conserva los reflejos y su médula está intacta... Es un verdadero milagro».

Aun así, era pronto para cantar victoria. «Debemos aguardar a la deliberación de la Junta Médica», añadió, prudente, el doctor.

Mi hijo estaba vivo, desde luego; pero la pérdida de las dos vértebras afectaría sin duda al resto de su columna. Decidí telefonar a la coordinadora del Grupo de Oración para pedirle que rezasen todos juntos por su curación.

Jorge permaneció cinco días enteros sobre una tabla, sin poder moverse, mientras la morfina paliaba a duras penas sus dolores. Esperábamos con ansiedad la llegada de una prótesis para operarle.

Al día siguiente del accidente, Jorge me dijo, persuadido: «Mamá, ha sido el Padre Pío quien me ha salvado la vida».

Oración, desde luego, no faltó. Jorge hace hoy una vida normal, pese a tener dos placas, varios tornillos y alambres repartidos por la columna vertebral.

La inesperada llegada del Padre Pío cambió nuestras vidas. Creo que el Señor nos brinda instrumentos tan valiosos como él para evangelizar; tan sólo debemos estar atentos para abrir nuestros corazones a Dios cada día.

Mirian Mabel Pastorizo
Colonia Alpina (Argentina)

«PEDID Y SE OS DARÁ»

El Padre Pío entró en mi vida en 1998; me lo «presentó» Lucrecia Zapiola de Saravia, que tuvo la fortuna de conocerle en persona.

El marido de Lucrecia, Alberto Saravia, había sido embajador de Argentina en el Vaticano. El matrimonio visitaba al Padre Pío con asiduidad en San Giovanni Rotondo. Una de aquellas veces, el fraile prometió al diplomático que le visitaría en el lecho de muerte. Y así fue: postrado un día en cama por una hemiplejía irreversible, Alberto Saravia exclamó de repente, esbozando una sonrisa: «¡Padre Pío...!» Y expiró.

Tres años después, en 2001, volví a cruzarme con el Padre Pío a través de Nicolás, un hombre amable y servicial que nos traía el café a la oficina. Congeniamos enseguida. Me explicó que había regresado a la iglesia, como el hijo pródigo del Evangelio, tras más de cuarenta años apartado de ella.

Otro día me invitó a sumarme a un Grupo de Oración del Padre Pío, organizado por fray Pedro Bernardo Temperan en la Iglesia Nuestra Señora de Pompeya. Acepté encantada. Nos reuníamos todos los martes. Rezábamos primero el Vía Crucis, seguido de una meditación, el Santo Rosario, la coronilla al Sagrado Corazón y finalmente la Misa.

Antes de iniciar el Rosario, leíamos las intenciones de cada uno, anotadas en un cuaderno. Orábamos todos juntos con gran fervor por familiares, amigos y conocidos. ¡Nos escucharon Arriba tantas veces...!

El primer milagro fue la curación de la madre de un compañero de trabajo que se había roto la cadera y esperaba desde hacía tiempo la ansiada prótesis. Tres días después de empezar a rezar por ella al Padre Pío, recibió la pieza ortopédica. Pero lo más increíble de todo fue que finalmente no la necesitó porque la cadera... ¡se soldó completamente sola!

La fuerza de la oración de los veinte miembros del grupo volvió a ser escuchada en el Cielo en 2003. Ivonne Martínez, residente en Estados Unidos, estaba desesperada desde que su nuera abandonara a su hijo, llevándose consigo a las dos hijas pequeñas.

Redoblamos todos juntos nuestras oraciones al Padre Pío. Al cabo de una semana, me telefoneó Ivonne para decirme que su nuera, arrepentida, había avisado a su hijo para que fuese a buscarlas. Hoy, las niñas son casi ya adolescentes y viven felices con sus padres. ¡Qué razón tenía Jesús cuando dijo: «¡Pedid y se os dará!»

Mónica Beckman
Mar del Plata (Argentina)

LA «CIGÜEÑA» EN ARGENTINA...

Mi familia y yo oímos hablar por primera vez del Padre Pío en 1983.

Trece años después, en 1996, viajamos a San Giovanni Rotondo, adonde hemos regresado luego varias veces pese a residir en Argentina.

En septiembre de 1999, en una de aquellas visitas, rogué al Padre Pío que intercediese ante Dios para que mi hija Marcela pudiese tener un hijo: «Sólo un nieto te pido, Padre; sólo uno».

Al abandonar la Iglesia, tuve el convencimiento de que él había escuchado mi plegaria. «No sé si podrás interceder -añadí-; pero tengo fe y lo dejo en tus manos.» Sentí entonces un intenso perfume de rosas; permanecí embelesada unos minutos, en medio de una gran paz interior. Sólo recuerdo que mi marido se acercó, preocupado: «¿Te sucede algo? ¿Por qué has tardado tanto en salir?».

Le respondí con otra pregunta: «¿Has oído el perfume de rosas?» A lo que él negó con la cabeza.

Recibimos finalmente la gracia que imploré con tanta fe: al año siguiente, nació nuestro nieto Mariano Francisco. El Padre Pío nunca falla.

Marisa Bufalini

La Plata (Argentina)

... YEN FILIPINAS

Me presentaré: soy maestra en el colegio de San Beda, en Alabang, MetroManila (Filipinas). Mi esposo es marino.

Desde nuestro matrimonio, el 3 de junio de 2000, y hasta 2002, tuve tres abortos naturales. La última criatura tenía ya cuatro meses cuando se malogró. Mi marido y yo estábamos desesperados.

Cierto día, leyendo el periódico, me enteré de que una maestra como yo había tenido un hijo por intercesión del Padre Pío.

Guardé el artículo en mi cartera mientras, movida por la curiosidad, adquiría, aquella misma tarde una biografía del fraile italiano. En diciembre de 2002 decidí rezar su novena con gran devoción. Apenas dos meses después, el 4 de febrero de 2003, volví a

quedarme embarazada por cuarta vez. Imploré al Padre Pío con mayor intensidad aún que cuidase de la criatura que llevaba en mis entrañas. El embarazo transcurrió con absoluta normalidad, hasta que el 16 de septiembre nació nuestro primer hijo. Naturalmente, le bautizamos como Pío Crayg N. Teodoro.

Carlotta Nacario Teodoro
MetroManila (Filipinas)

SEGUNDA OPORTUNIDAD

-Sólo te pido, madre, que cuando estés allá Arriba te acuerdes de mí.

Incapaz de aguantar el llanto, me derrumbé en sus brazos como el niño arrepentido que promete ser bueno siempre.

Ella me miró muy serena, respondiendo con firmeza:

-Sí, hijo, sí... pero tienes que intentarlo.

No hizo falta que mediase una explicación; supe perfectamente a qué se refería y asentí con la cabeza.

Aquella noche del 9 de agosto de 1999 fue la última que vi a mi madre consciente; también fue la única que no pasé junto a ella.

-Estás agotado, hijo mío; vete a casa a dormir -me rogó.

Obedecí. Desde que le diagnosticaran un cáncer de páncreas, mes y medio atrás, no había dejado de acompañarla las veinticuatro horas del día.

Pero aquella noche, presintiendo su inminente final, ella me dijo:

-Quiero que me entierres en un nicho de La Almudena.

-¡Mamá, qué dices! -exclamé.

Así fue; cuando regresé a verla, en la mañana siguiente, había entrado ya en coma. El 11 de agosto la sepultamos cristianamente, con una corona de sesenta rosas rojas, en el cementerio madrileño.

Desde entonces, como si no dejara de inspirarme desde el Cielo, sentí que estaba en deuda con ella, pues le había prometido que «lo intentaría».

Pero en realidad, mi deuda era nada menos que con Dios. Desde mi definitiva separación matrimonial, cuatro años atrás, con dos hijos de por medio, vivía casi por completo al margen de Él. Salía aún con una chica que a mi madre no le gustaba; una chica mona, divertida y desenfadada, que parecía llenar mi gran vacío interior. Durante la larga agonía de mi madre, ella vino a visitarme varias veces tratando de que yo no la olvidase. Pero luego, cuando mi madre falleció, prescindió de mí con absoluto desdén, como si se tomase la revancha. Me quedé así solo, sumido en una inmensa amargura.

Busqué refugio en la vida fácil. Conocí a varias mujeres... hasta que apareció ella: Regina, seis años más joven que yo, se convirtió pronto en mi «reina terrenal». Todo en ella me encantaba, incluido su nombre. Pero lo que más me subyugó fue su increíble dulzura y comprensión. Sonreía como los ángeles; miraba como probablemente lo haría también una criatura celestial.

A los dos nos unían, además, el sufrimiento y las contrariedades.

Ella estaba también separada de su marido, con el que tenía un hijo de tres años. Supe enseguida que él la había maltratado, haciéndola sufrir lo indecible. Hasta que un día Regina, incapaz de aguantar más vejaciones, le dijo que se iba a vivir con sus padres.

Poco después, ella y yo nos conocimos; llegamos a querernos como ninguno lo había hecho jamás en su vida, convenciéndonos de que estábamos destinados el uno para el otro desde toda la Eternidad. «Nunca es tarde si la dicha es buena», coincidimos.

Al año siguiente de conocernos, nació nuestro primer hijo, Manuel; luego, lo hizo Andrea. Poco antes de nacer la niña, decidí por fin «intentarlo»: contacté con un abogado para iniciar los trámites de nulidad matrimonial.

Corría el mes de mayo de 2001. No hubo sentencia en primera instancia hasta cinco años después. Me vi obligado a recurrir incluso al obispo para acelerar los trámites, pues durante un año entero tropecé con la misma frustrante respuesta: «El asunto está en manos de los jueces», respondía un día sí y otro también la misma voz anónima al otro lado del teléfono.

Diez días después de escribir al obispo, se publicó por fin la sentencia, con la que yo no estuve de acuerdo. Me dirigí entonces por escrito al Tribunal de la Rota explicando mi postura. Poco después, el citado tribunal decidió empezar la causa de nuevo. Así es que debí comparecer otra vez ante el juez y someterme a una segunda pericia psiquiátrica.

Paralelamente, Regina había emprendido también su proceso de nulidad matrimonial. Ambos estábamos convencidos de que sólo alcanzaríamos la verdadera felicidad si nos dábamos el «sí, quiero» ante Dios.

A finales de 2008, Regina obtuvo su nulidad. Pero mi causa seguía aún inexplicablemente parada. Sería muy prolijo enumerar las gestiones que realicé para desbloquearla. Reconozco que estuve varias veces a punto de arrojar la toalla. Pero, en el último momento, me atenazaba la promesa hecha a mi madre en el lecho de muerte.

En marzo de 2008 había conocido a un joven abogado que me ayudó en un asunto civil. Antonio era un padre de familia de misa y comunión diarias. Un hombre entregado por completo a los demás. De hecho, el bufete que dirigía constituía para él una magnífica excusa en su afán de arreglar los conflictos personales que impedían a sus clientes ser felices de verdad.

Antonio me descubrió un día al Padre Pío. Reconozco que la primera vez que me habló de él, sentí cierto rechazo, pues siempre había ignorado a los frailes y a las monjas a causa de mi formación marcadamente laica.

Me invitó a ver en su casa una larguísima película sobre el fraile; la primera parte me gustó, pero enseguida la olvidé; la segunda, en cambio, me hizo reflexionar algo.

No sabría decir por qué, pero aquel monje barbudo nacido en Pietrelcina irrumpió en mi vida como ningún otro santo lo había hecho hasta entonces. Regina y yo nos encomendamos a él para que solucionase nuestro gran problema sentimental. Sobre todo Regina, que rezó sin desfallecer la novena durante meses y meses. Cada cosa que pedía, el Padre Pío se la concedía. Incluso tuvo la gran fortuna de oler su intensa fragancia floral y de sentirle junto a ella en varias ocasiones, tanto en sueños como despierta.

Entretanto, el 5 de agosto de 2009 yo seguía sin saber nada de mi nulidad matrimonial. Por la tarde, mientras trabajaba en casa, Regina me recordó que debíamos asistir a Misa en una iglesia madrileña para pedir por el padre de Antonio, que permanecía en el hospital en estado muy grave. Al principio me resistí, pues debía entregar un trabajo al día siguiente. Pero enseguida recapacité: «¿Acaso iba a ser tan miserable de no rezar por el padre de uno de mis mejores amigos?»

A la entrada de la iglesia, Antonio me explicó por qué estábamos allí:

-Verás, Manuel, pronto llegará una vidente...

-¿Una vidente...? -acerté a decir, repitiéndome por dentro: «¡Tierra, trágame!»

La vidente se llamaba María Livia. Jamás había escuchado aquel nombre. Al parecer, se le había aparecido varias veces la Santísima Virgen en Salta (Argentina), mientras rezaba el Rosario con su marido. La propia Virgen dijo ser la Inmaculada Madre del Divino Corazón Eucarístico de Jesús. La verdad es que aquella advocación me encantó.

Pasamos a una gran sala, donde la mujer de mediana edad nos relató su experiencia sobrenatural. En las dos horas aproximadas que habló, permaneció de pie. Al cabo de cuarenta minutos, susurré al oído de Regina: «Esto es aburridísimo...».

Pero a continuación, sin saber por qué, extraje del bolsillo un papel y empecé a escribir una nota para ella:

«Estimada María Livia:

»Creo firmemente que a usted se le aparece la Virgen y, como prueba de ello, le pido que en la próxima ocasión que la vea le pida por una intención personal que puede cambiar mi vida. Firmado: Manuel.»

Doblé el papel y lo guardé en el bolsillo.

Pensé entregárselo cuando concluyese la charla, pero salí a la calle sin atreverme a dárselo. Minutos después, Antonio me avisó de que el acto aún no había terminado. Regresé al salón y vi que la veintena de asistentes se disponía a recibir en fila la bendición de María Livia. Durante la charla, ella nos había explicado que solía colocar la mano en el hombro de los fieles mientras pedía a la Virgen por sus intenciones. Escéptico, yo me situé el último en aquella larga fila para ver qué sucedía. Al llegar a la altura de cada uno, María Livia imponía en efecto su mano sobre el hombro, permaneciendo así en silencio unos segundos, durante los cuales oraba supuestamente a la Virgen.

Comprobé, desconcertado, que algunos se desplomaban hacia atrás mientras los familiares de María Livia les sujetaban para que no se golpearan con el suelo. Conforme ella se acercaba, agarré instintivamente el Santo Rosario que nos había regalado al comienzo del acto y empecé a rezarlo con increíble devoción. Entonces, rompí a llorar desconsoladamente. Gemía como un recién nacido, incapaz de controlar el llanto. Igual que lo había hecho, diez años atrás, en el lecho de muerte de mi madre.

Al llegar frente a mí, María Livia apoyó con firmeza su mano en mi hombro, permaneciendo así varios minutos durante los cuales no paré de sollozar. Lloraba por haber ofendido tanto a Dios durante tantos años. Sufría por primera vez en mi vida por haber agraviado tanto al Señor con mis pecados.

De forma casi inconsciente, introduje la mano en el bolsillo y entregué a María Livia el papelito doblado. Ella se lo guardó, asintiendo con la cabeza.

Dos días después, el 7 de agosto, el mismo día y mes en que había fallecido mi padre, lo hizo el de Antonio.

Aquel mismo día asistimos a una Misa familiar en el tanatorio para pedir por su alma. Durante la celebración, me fundí en un abrazo con el crucifijo situado en el altar. Lloré sin cesar durante toda la Misa, hasta agotar el paquete de clínex de Regina.

Desde entonces, sentí una necesidad imperiosa de visitar a Jesús Sacramentado, experimentando cada vez el don de lágrimas que todavía hoy conservo.

Días después, decidí confesarme tras más de quince años sin hacerlo. Resultó que el sacerdote era amigo de uno de los máximos responsables del Tribunal de la Rota. «En septiembre, cuando abra el Tribunal, hablaré con él», me prometió.

A esas alturas, Regina y yo habíamos decidido convivir como hermanos, en habitaciones separadas. La poderosa razón que nos impedía vivir en casas distintas eran los dos hijos que teníamos en común, con quienes deseábamos comulgar el día de su Primera Comunión.

Entretanto, seguíamos pidiendo con gran fe al Padre Pío que intercediese por nosotros para que un día pudiésemos estar juntos ante Dios. Íbamos a Misa y comulgábamos a diario.

Cada vez que recibía al Señor, era incapaz de aguantar el llanto. Prometí a la Virgen María que si obtenía al final la nulidad, rezaría el Rosario en acción de gracias el resto de mi vida.

En septiembre, el sacerdote habló con su amigo de la Rota y mi causa se reactivó. Hasta que en mayo de 2010 -el mes de la Virgen, claro- el Tribunal de la Rota dictó la sentencia definitiva declarando nulo mi matrimonio tras nueve largos años de obstáculos e incomprensiones.

Todo había empezado el 5 de agosto de 2009. El mismo día en que el Padre Pío recibió la transverberación en el convento de San Giovanni Rotondo.

El 5 de agosto, festividad de Nuestra Señora de las Nieves, ante Ella, precisamente, lloré de alegría en su templo romano de Santa María la Mayor.

Ella y el Padre Pío arrancaron finalmente al Señor la gracia de esa segunda oportunidad en mi vida que con tanta fe habíamos implorado Regina y yo.

A ellos debo la infinita dicha de haber contraído santo matrimonio en junio de 2010. ¡Alabado sea jesucristo!

M. D. H.

35 SEGUNDOS

Aquella tarde, mi amiga Ana Lucía y yo aguardábamos muy apuradas la salida del tren en Alemania. Faltaban tan sólo 35 segundos para que el convoy irrumpiese en la vía y nos halláramos ante un muro infranqueable: una larguísima escalera por la que debíamos subir cargadas con seis maletas. El ascensor, por supuesto, brillaba por su ausencia.

Tomar el tren, en esas condiciones, era una verdadera proeza para dos chicas como nosotras. Desesperadas, exclamamos al unísono: «¡Padre Pío! ¡Ayúdanos, por favor! ¡Envíanos a dos hombres fuertes que nos ayuden a subir las maletas!»

Dos segundos después, aparecieron dos hombres altos y fuertes, que nos dijeron en inglés: «¿Need hele?»

Ana Lucía y yo prorrumplimos a coro: «¡Yes, Alease!»

Cogieron dos maletas cada uno, y nosotras las dos restantes. Subimos muy deprisa por la escalera, justo cuando llegaba el tren. Una vez en el vagón, nos despedimos de ellos muy agradecidas. Todavía en pie y sin aliento, revivimos lo sucedido entre risas y gestos de asombro. Y, por supuesto, no dejamos de agradecer al Padre Pío su caballeroso gesto.

*Sandra Catalina Zambrano
Tampico (México)*

EL MÉDICO IDEAL

En 2004 descubrí en mi pecho unas durezas que nada bueno presagiaban.

El hallazgo se produjo mientras veía en televisión un programa sobre la vida del Padre Pío, de quien nunca antes había oído hablar. Cambié de canal y volví a toparme con él. ¡Resultaba increíble que, a la misma hora exactamente, dos cadenas de televisión ofreciesen sendos documentales del Padre Pío!

Para colmo, días después encendí el receptor y comprobé una vez más, atónita, que estaban emitiendo otro reportaje sobre él.

Presentí que el Señor quería decirme algo. No paré hasta conseguir una novena del fraile, la cual recé una y mil veces con gran fe.

Uno de aquellos días, descubrí una extraña cicatriz en mi pecho, en forma de cruz. Nada más contárselo a mi marido, Osvaldo, insistió en llevarme al médico. Pero yo, a esas alturas, estaba convencida de que no había mejor médico que el Padre Pío, a quien no cesaba de encomendarme.

Dos meses después, recostada en la cama, sentí un profundo dolor en el pecho. Al incorporarme para ir al baño, caí de rodillas implorando al Padre Pío no padecer tanto para no preocupar a mi esposo.

Días después, noté que la cicatriz ya no era igual. Osvaldo insistió en que fuésemos al médico, pero yo me negué de nuevo. Repetí a mi marido que estaba segura de que el Padre Pío iba a curarme.

Entre tanto, reaparecieron los terribles dolores, que ofrecí por mi curación.

Cuando pensé que ya todo había terminado, sufrí una caída con tan mala fortuna que la cicatriz del pecho se abrió y empezó a supurar.

Esta vez sí que fui al médico con Osvaldo y mi hija Laura. El doctor Barberá me envió a su vez a una clínica especializada, donde me hicieron una mamografía con biopsia. A la vista de los resultados, Barberá pronunció al fin la palabra maldita: «cáncer».

Luego, consultó con el doctor Angó, nuestro médico de cabecera, quien comentó a su vez, desolado, a mi marido: «Osvaldo: Carmen se nos va...»

Antes de iniciar la quimioterapia, los médicos decidieron repetir las pruebas. Al verlas luego, comprobaron que el cáncer había desaparecido... ¡Mi pecho estaba curado! Nadie daba crédito a lo sucedido; nadie, excepto yo... ¡y el Padre Pío!

María del Carmen Manera
La Plata (Argentina)

COMPAÑERO DE QUIRÓFANO

Conocí al Padre Pío en 2000, gracias a una buena amiga que me llevó por primera vez a la Iglesia de los Capuchinos de la calle Cuming, en Santiago de Chile.

Me faltó tiempo para hablarle luego a mi hermana de aquel fraile. Las cosas, en la vida, no suceden por casualidad: poco después, nuestra madre cayó enferma con fuertes dolores por todo el cuerpo. Hasta que los médicos lograron diagnosticarle un cáncer de

piel, en 2003, la pobre sufrió un verdadero calvario de biopsias.

Encomendamos al Padre Pío que buscara la mejor atención médica para ella. Finalmente, la operaron en el hospital San José. Al despertar de la anestesia, nos dijo que se había sentido acompañada por el Padre Pío en todo momento.

Recuerdo que, mientras ella seguía en el quirófano, mi hermana y yo no dejamos de rezar al Padre Pío en el patio del hospital. De repente, sentimos una intensa ráfaga de perfume de flores. Cruzamos una mirada de sorpresa, dado que era invierno y en el patio no había una sola flor. Enseguida nos convencimos de que era una señal del Padre Pío para advertirnos que todo iba a salir bien. Como así fue: nuestra madre está hoy totalmente curada.

No hay médico mejor que el Padre Pío. A él encomendamos también a nuestro hermano, que sufre un trastorno bipolar. Gracias a su poderosa intercesión, él ha superado hasta ahora todas sus crisis.

El Padre Pío es nuestro gran amigo. El guía ideal para seguir a Jesucristo. Nunca nos cansaremos de darle a conocer para que ayude a tantos otros hermanos necesitados de su amor.

Cristina
Santiago (Chile)

SIETE VIDAS, COMO LOS GATOS

El 5 de enero de 2001 viví la peor pesadilla de mi vida. Aquella aciaga jornada, mi hijo de cinco años, que al día siguiente cumplía los seis, cayó desde la azotea de casa, a una altura de casi tres metros sobre el suelo.

Como consecuencia del tremendo golpe, se rompió el cráneo y empezó a vomitar sangre.

Mi esposo, que estaba con él en aquel instante, lo llevó de inmediato al hospital, desde donde me telefoneó angustiado.

Cuando llegué al centro médico, creí que mi hijo había fallecido pues el resto de la familia aguardaba ya con caras largas en la sala de espera de Urgencias.

Al verle aún con vida, di gracias al Señor. El pobre estaba completamente pálido, tenía la cara hinchada y seguía vomitando sangre.

Nada más verme, gritó para que me acercase a él. Habían empezado a administrarle suero, pero me asombró que no recibiese ninguna otra atención médica durante varias horas; tan sólo una enfermera me dio instrucciones para que mi hijo no se moviese de la camilla.

Poco después, decidimos trasladarlo a un centro privado donde, tras hacerle varias radiografías, le ingresaron en una habitación individual.

Jamás olvidaré el comentario del doctor Dacuycuy, a modo de epitafio, asegurando que nada podía hacerse ya por mi hijo. En cuanto me despedí de él, avisé a las Hermanas del Espíritu Santo, de la Academia del Espíritu Santo de la ciudad de Laoag, para que rezasen por mi hijo. Estas monjas llamaron a su vez a las Capuchinas Sacramentarias de Mangato y a las Carmelitas.

Entre tanto, mi hijo permaneció en observación durante 24 horas.

Fue entonces cuando decidí rezar la primera novena de mi vida al Padre Pío, a quien había conocido por medio de un amigo.

Recé la novena con gran fervor, sin desfallecer, durante todo el tiempo que mi hijo estuvo en observación. Coloqué incluso la estampa en su frente, apretándola luego contra sus manos, pies, cuello y demás partes del cuerpo.

Pero alrededor de la medianoche, me sentí abandonada y sin esperanza al comprobar que mi pequeño había empezado a delirar. Avisé al doctor, pero ya no estaba allí. Sólo había enfermeras. Hasta mi esposo sentenció: «No sufras, resígnate».

Pero, sin saber por qué, me convencí de que él se salvaría. Observé de repente que mi hijo ya no deliraba. La fiebre había desaparecido. Lloré de inmensa alegría. Celebramos luego su sexto cumpleaños en el hospital. El pobre conservaba aún el tubo de alimentación asistida en su naricita, pero aun así pudo probar la tarta.

Al día siguiente, se encontraba ya tan repuesto, que fue por su propio pie al Departamento de Rayos X para hacerse un escáner. La prueba confirmó que se había fracturado la parte frontal de la cabeza.

Cuatro días después de la terrible caída, el doctor Dacuycuy le dio ya el alta.

Más tarde, reconoció el enorme poder de nuestra oración, pues incluso él mismo pensó que nunca podría curarse. Yo sé que le sanó el Padre Pío. Desde entonces, antes de acostarnos, relato a mis tres hijos la vida de este gran santo, pidiéndole que les proteja siempre.

Lourdes F. Palcón
Laoag, Ilocos (Filipinas)

EL CASO DE ELVIRA SERAFINI

Elvira Serafini nació en el pueblo italiano de Piacenza. Siendo adolescente emigró a Argentina, donde se casó pero no tuvo hijos. La conocí a través de uno de los miembros del Grupo de Oración, que me facilitó amablemente su teléfono.

Días después, ella me recibió con los brazos abiertos, como si me conociese de toda la vida. Empezó hablándome del Padre Pío, de cuya existencia se enteró un día por una carta de su madre en la que ésta alababa la fama de santidad del fraile que congregaba cada año a millones de peregrinos en San Giovanni Rotondo.

La madre de Elvira solía visitarle allí; intentó más de una vez que su hija le acompañase, pero a ésta le aburría soberanamente su insistencia; pensaba que su madre se había vuelto un poco fanática.

¡Quién iba a decirle a Elvira que acabaría amando tanto al Padre Pío y recibiendo numerosas gracias por su intercesión!

Cierto día, su hermano se precipitó al vacío desde una altura de diez metros, fracturándose las dos piernas. El golpe fue tan fuerte, que los médicos dudaron seriamente que el muchacho volviese a caminar como antes. Debía someterse a una delicada intervención quirúrgica, seguida de una dolorosa y lenta rehabilitación. Luego, sólo cabía esperar... y rezar. Sobre todo, rezar.

Elvira y su familia escribieron al Padre Pío en busca de consejo, retrasando la operación hasta recibir una respuesta de San Giovanni Rotondo.

Los médicos advirtieron que la espera podía agravar aún más la situación del paciente pero respetaron, naturalmente, la postura de la familia.

La respuesta del Padre Pío llegó pronto: aseguraba, en su carta, que el hermano de Elvira tenía los huesos astillados, pero en modo alguno fracturados. No era necesario, por tanto, que le operasen; en unos días estaría ya en condiciones de caminar con normalidad. Sucedió exactamente así. Nadie, empezando por los médicos, dudaba de que la curación había sido un milagro.

Elvira soñó también con el Padre Pío. Mi amiga padecía una severa afección cardíaca y rogó al fraile que la sanase. Como la respuesta de éste tardaba en llegar, Elvira se

disgustó con él, increpándole incluso. Decidió entonces viajar al santuario de la Virgen del Valle de Catamarca, en Argentina, para pedirle directamente a la Virgen su curación.

«Ya que el Padre Pío no me cura, hazlo tú» -imploró a la Señora.

Días después, el Padre Pío se le apareció en sueños para decirle que intercedería por su curación.

Elvira se sintió culpable por haberle recriminado. Las nuevas pruebas médicas evidenciaron que una de sus principales venas cardíacas estaba obstruida. Los médicos la previnieron de los síntomas de su lesión: desmayos, agitación, falta de oxigenación, e incluso el temido infarto.

Pero Elvira no sufrió ni uno solo de esos signos. El médico no daba crédito a su inexplicable curación. Sólo ella tuvo la certeza de que el Padre Pío la había preservado de todo mal. Veinte años después, seguía sin el menor síntoma de dolencia cardíaca.

Claudia Sutter
Santa Fe (Argentina)

Ni RASTRO DEL CÁNCER

Somos una familia católica integrada por mi esposo, Jaime Tinajero, beneficiado por el gran milagro que a continuación voy a relatar, yo misma, Albina Jaramillo, y nuestros hijos Yesica, Jaime y Violeta.

A principios de marzo de 2000, mi marido enfermó gravemente y hubo que ingresarlo de urgencia en un hospital.

Su sistema inmunológico estaba muy debilitado; padecía unos dolores tan fuertes que le obligaban a permanecer postrado en cama entre gritos y lamentos.

En el hospital le hicieron todo tipo de pruebas: tomografías, radiografías, análisis de sangre y la pertinente biopsia. Diagnóstico: «Metástasis de cáncer en los huesos».

Por más morfina que le administraban, tan sólo servía para calmarle el dolor durante tres o cuatro horas.

El médico, resignado, me dijo: «Señora, usted misma ve cómo está su marido; no podemos hacer ya nada más por él. Si tiene fe, rece».

Me asustaba pensar que mi esposo, de 38 años, pudiese dejarme viuda con nuestra

hija pequeña, Violeta, de sólo dos años.

Pero, tres meses después de su ingreso, la cruda realidad acrecentaba ese temor: mi marido ya apenas comía, al borde de la muerte.

Uno de esos días, mi hermano Pablo, fraile capuchino, me dijo que rezase la novena al Padre Pío con mucha fe. Me entregó una estampa, la cual coloqué en el cabecero de la cama de mi marido. También me regaló una biografía titulada Padre Pío, místico y apóstol, que leí junto a mi esposo en aquellos interminables días. Ambos rezamos juntos la novena con gran fervor. Yo misma oraba sin cesar, en medio de mi propia desesperación e impotencia, consciente de que él empeoraba cada día.

Extenuada, tras más de tres meses acompañándole día y noche, le dije al Señor: «Si no quieres dejarle aquí, llévatelo; pero si decides que permanezca con nosotros, alívalo. ¡Dios mío, yo he aprendido que Tú siempre escuchas cuando se te pide algo con fe! ¡Ayúdame, por favor, pero que no se haga mi voluntad sino la Tuya!»

Al mismo tiempo, imploraba al Padre Pío su intercesión. Me agarré fuertemente a él, pidiéndole que tuviese compasión. Hasta que, a finales de julio, el cáncer desapareció sin dejar la menor huella en las pruebas que los médicos, incrédulos al principio, le repitieron una y otra vez.

«Es un verdadero milagro», admitió finalmente el doctor, preguntándome a qué santo me había encomendado. Le dije, por supuesto, que al Padre Pío.

En junio de 2010, cuando redacto estas líneas, mi esposo sigue en pie, trabajando con absoluta normalidad. Su milagrosa curación nos ha servido para acercarnos más a Dios y dar testimonio de que, cuando algo se le pide con fe, por difícil que resulte, Él siempre nos escucha.

Nunca agradeceremos bastante al Padre Pío -San Pillito, como le apodamos cariñosamente en familia- lo que ha hecho por nosotros, ni le da remos a conocer lo suficiente. Pero él sabe cuánto le amamos. El 23 de septiembre asistiremos de nuevo a Misa en su honor. ¡Gracias, Padre Pío!

Albina Jaramillo Escobar

Sauceda de la Borda, Zacatecas (México)

EL EMPLEO

Soy una madre de familia con cuatro hijos. Trabajo en una farmacia donde un día conocí

a una chica que me dio la novena del Padre Pío. «Encomiéndale cualquier asunto que te inquiete, y él te ayudará», me dijo, muy segura.

Me quedé petrificada, pues ella ignoraba que mi marido llevaba ya dos largos años sin trabajo, con cuatro niños a nuestro cargo y una hipoteca que pagar cada mes. Mi sueldo no daba para tanto; vivíamos con el agua al cuello. Así que no dudé en comenzar la novena al Padre Pío, de quien no había oído hablar hasta ese momento. Cuando llevaba tres días seguidos haciéndola con mis hijos, rezando todos con mucha fe para que le diesen trabajo a su padre, le llamaron para hacerle una entrevista, tras la cual obtuvo el ansiado empleo.

Estamos muy agradecidos al Padre Pío. Nunca dejaremos de rezar a este gran santo y le daremos a conocer allá donde estemos.

Amparo Alcaraz

Torrelodones (Madrid)

DEL SIDA, NI HABLAR

Tengo 22 años y soy madre de dos niñas, de siete y un año de edad, la menor de las cuales se llama María Fernanda.

El 5 de enero de 2009 acudí al médico sospechando que estaba embarazada de la futura María Fernanda. Tras hacerme los oportunos análisis, mi esposo fue a recoger los resultados. Para su sorpresa, en recepción le dijeron que no podían entregárselos. La persona que le atendió adujo que algo no había salido bien y que debíamos acudir él y yo, juntos, a recogerlos. «Compréndalo, se trata de algo muy delicado», le dijeron.

Nada más contármelo en casa, me asusté mucho. Ninguno de los dos sabíamos qué pasaba. Al día siguiente, el ginecólogo nos confirmó que estaba embarazada pero que los análisis reflejaban un problema muy grave. Tras mucho insistir, el doctor nos dijo finalmente que habían detectado en mi sangre el Virus de Inmunodeficiencia Adquirida (VIH). La noticia nos angustió y desconcertó al tiempo, pues ambos éramos fieles en nuestro matrimonio y jamás mantuvimos relaciones peligrosas antes de casarnos.

Indagando en nuestros antecedentes médicos, se concluyó que la única causa de la infección podía ser que yo hubiese donado sangre varias veces, además de operarme de la nariz. De hecho, se descartó el posible contagio de mi esposo, sometiéndole a la prueba del VIH, que salió negativa. Luego, me repitieron a mí los análisis y se confirmó de nuevo que la infectada era yo.

Los médicos me advirtieron que debía seguir un tratamiento exhaustivo y delicado, siendo necesario incluso mi aislamiento. Me aconsejaron que rezase, pues sólo un milagro podía evitar que nuestra hija naciese infectada. Por si fuera poco, añadieron que posiblemente no podría tener ya más hijos.

Por tercera vez me sometí a la misma prueba, cuyo resultado positivo se confirmó en una clínica especializada de la ciudad de México. Mi esposo y yo estábamos destrozados.

Un día, mi hermana me dijo: «Si sólo un milagro puede curarte... ¡pídeselo a Dios con fe y verás cómo todo se arregla!»

En casa de mi abuela María de Jesús había una imagen de San Pío de Pietrelcina traída de Italia por Pablo Jaramillo, sacerdote capuchino nacido también en Saucedá. Fray Pablo nos habló mucho del Padre Pío. Su madre tenía en casa otra imagen del santo con una reliquia suya. Pedí que me la prestasen y recé con gran fervor delante de ella. Todo mi embarazo lo pasé aislada, pero recé sin desfallecer por mi salud y la de mi hijita. Por fin, el mismo día que nació María Fernanda nos hicieron análisis a las dos y... ¡ninguna tenía ya el VIH!

María Fernanda ha cumplido un año y se encuentra perfectamente de salud, igual que yo. Doy gracias a Dios por tan inmenso regalo y al Padre Pío por interceder por nosotras.

Maricela Chávez Ramírez
Sauceda de la Borda, Zacatecas (México)

TERCERA PARTE

MILAGROS DE AYER

Dios tiene piedad de los hombres y hace milagros para abrirnos los ojos ala Verdad...

Quiere que estos milagros consuelen, curen enfermedades o alivien la miseria humana.

FEDERICO SOTO YÁRRITU, neuropsiquiatra

Entre 1991 y 1996, la Postulación General de los Capuchinos preparó minuciosamente la Positio, resumiendo para ello los 104 volúmenes del proceso diocesano de canonización del Padre Pío.

Integrada por cuatro volúmenes, divididos en seis tomos con un total aproximado de 7.000 páginas, la Positio contiene un amplio elenco de curaciones, conversiones, escrutación de corazones, profecías, bilocaciones y otros prodigios atribuidos al Padre Pío por numerosos testigos.

Ofrecemos, a continuación, cerca de 200 testimonios desconocidos, tal y como figuran relatados en los seis tomos de la Positio, entregados el 15 de diciembre de 1996 a la Congregación de las Causas de los Santos y confiados luego a los Consultores teólogos.

Declarado venerable el 18 de diciembre de 1997 ante el Papa Juan Pablo II, el Padre Pío fue beatificado por el mismo Pontífice el 2 de mayo de 1999 y canonizado también por éste el 16 de junio de 2002.

Previamente, una Comisión médica dictaminó que la curación «repentina, completa y duradera de una señora de Salerno de 43 años [Consiglia de Martino], afectada por una rotura del conducto torácico, sin ninguna tera pia ni intervención quirúrgica, se considera inexplicable a la luz de la medicina actual». Fue el milagro de la beatificación del Padre Pío, al que siguió el que le condujo finalmente hasta los altares: la curación de Mateo Pío Colella, un niño de siete años de San Giovanni Rotondo.

Aun sin un diccionario médico a mano, resulta evidente que el cuadro patológico del pequeño era descorazonador: «Sepsis meningocócica hiperaguda con shock séptico, gravísima hipotensión arterial, fracaso cardíaco, hipocaudal sanguíneo prolongado,

repercusión respiratoria grave, coagulación intravascular diseminada e insuficiencia multiorgánica».

La Comisión médica dictaminó también que la curación de Mateo Pío Colella había sido «rápida, completa, duradera, sin secuelas y científicamente inexplicable».

He aquí ahora, en primicia, los prodigios que figuran en la causa de canonización del santo de Pietrelcina.

CURACIONES

La huella

El Padre Alberto D'Apolito refiere la milagrosa curación del padre Plácido Bux de una grave cirrosis hepática, que tuvo lugar en 1957 en San Severo (Foggia), tras una aparición del Padre Pío que dejó la huella de su mano en el cristal de la ventana del hospital.

Cuando se interrogó al Padre Pío, admitió haber estado en San Severo. Evidentemente, se trataba de un caso de bilocación.

Final feliz

La señorita Erminia Lecce ha unido a su declaración el dato en el que describe la curación de la señora Argentina Ferro, registrada en 1935 por intercesión del Padre Pío.

Esta señora, tras haber dado a luz a un niño, enfermó de septicemia y el médico le dio pocas horas de vida.

Sin embargo, ella se levantó de la cama completamente sanada, afirmando que el Padre Pío se le había aparecido y le había encomendado rezar todos los días tres Padre Nuestros y tres Ave Marías en agradecimiento por su sanación.

El pañuelo

Erminia Lecce declara también que, en septiembre de 1935, su padre enfermó de fístula en la pierna derecha, la cual corría el riesgo de gangrenarse. Nerviosa y angustiada, Erminia acudió al Padre Pío para contarle lo sucedido. El Padre Pío la consoló, prometiéndole rezar por ella y entregándole un pañuelo suyo. La mujer se lo dio enseguida a su madre, que lo extendió sobre la pierna enferma del marido. Aquella

noche, el hombre soñó que el Padre Pío pasaba las manos por su pierna.

A la mañana siguiente, los médicos constataron que el caso no era grave ni urgente; se trataba sólo de un leve raspado que se limitaron a medicar sin necesidad de recurrir ya a una intervención quirúrgica.

La mano reconfortante

El Padre Alessio Parente aportó el testimonio de una señora, según el cual su única hija había tenido una hemorragia interna que los médicos fueron incapaces de contener durante una noche entera.

Tras invocar, llorando, al Padre Pío, le vio de repente a su lado pasándole su mano por la espalda para confortarla, tras lo cual desapareció.

En aquel preciso instante, la hemorragia de su hija se detuvo y a la mañana siguiente fue dada de alta en el hospital.

Tras un parto difícil

Enzo Bertani afirma que su mujer, víctima de fuertes hemorragias tras un parto complicado, volvió a casa totalmente curada gracias a la intercesión del Padre Pío, que había dicho de ella entonces: «Sufrirá sobre la tierra, no debajo de ella».

Fértil bendición

Sor Bernardetta Attene recuerda la curación de la hermana de su superiora por intercesión del Padre Pío. Afirma también que dos parejas de esposos, sin descendencia durante años, tuvieron hijos tras haber sido bendecidas por el Padre Pío.

Confidencias médicas

El doctor Ernesto Paita declara algunas confidencias que le hicieron sus pacientes, relacionadas con curaciones obtenidas por intercesión del Padre Pío:

- Paolo Gorin afirmó haber sido sanado por el Padre Pío de un sarcoma que le afectaba a un orificio nasal en 1952.
- Una anciana de Foggia, Rosa Di Gennaro, residente en San Giovanni Rotondo, tenía

un tumor en el pecho, razón por la cual el médico prescribió su ingreso hospitalario para su inmediata intervención. Por pudor, la enferma vaciló y quiso hablar primero con el Padre Pío, quien la miró compasivamente, sacó un pañuelo del sayal y lo estrujó fuertemente. Luego, tras bendecirla, la despidió. Una vez en casa, Rosa Di Gennaro se dio cuenta de que el tumor había desaparecido.

- Un joven huérfano, herido de muerte por un tumor en la parte posterior del cuello y con fiebre muy alta, cogió el antiguo Crucifijo de su madre y lo arrojó al suelo, pisoteándolo, presa del delirio y la desesperación. De repente, el joven vio cómo en la misma habitación tomaba cuerpo la figura de un fraile, con barba y hábito capuchino, que asumía dimensiones cada vez más grandes hasta hacerse gigantesco. Con las palmas de las manos abiertas, en señal de amenaza, el fraile agarró al joven del cuello para ahorcarlo. Pero ense guida, aquel gesto violento se transformó en un cálido abrazo. Aquella misma mañana, el enfermo estaba ya curado. Años después, en San Giovanni Rotondo, el joven reconoció al Padre Pío como su taumaturgo.

«¡Dámela, dámela!»

El profesor Nicola Bellantuono enfermó gravemente del pulmón. Preocupado por su salud, se desahogó así en confesión con el Padre Pío: «¡Padre, pongo mi enfermedad en sus manos!» El fraile respondió gesticulando con las manos, como si fuese a coger algo: «¡Dámela, dámela!», le apremió.

Así terminó el sufrimiento y la enfermedad del testigo.

¿Peritonitis?

En julio de 1949, el mismo Nicola Bellantuono sufrió de repente fuertes dolores en la zona epigástrica que irradiaban todo su abdomen. Tras varias consultas médicas, se le diagnosticó una peritonitis aguda para la que no existía remedio entonces.

Algunos familiares corrieron, desesperados, a San Giovanni Rotondo para pedir auxilio al Padre Pío:

-¡Padre, Nicolino se está muriendo! -gritaron, alarmados.

-¡Venga, venga! ¿Y qué le pasa, qué le pasa? -inquirió el fraile.

-¡Los médicos le han diagnosticado una peritonitis y dicen que nada pueden hacer por él!

El Padre Pío, disgustado, añadió:

-Estad tranquilos, todo irá bien... ¡Qué peritonitis ni peritonitis!

Aquel mismo día, el profesor Bellantuono empezó a mejorar, curándose enseguida.

Diez años después, con motivo de un fuerte dolor, el profesor le dijo al Padre Pío en confesión:

-¡Padre, me sentía morir!

A lo que él repuso:

-¡Hemos hecho mucho para mantenerte aquí!

El testigo confirmó que su nueva curación se había debido también a la intercesión del Padre Pío.

Cirujana de lujo

Rita Tortora, de Paita, refiere que en 1966 (mayo o junio), ante la presencia de fuertes hemorragias, su médico la remitió al profesor Maurizio, de Roma, quien le diagnosticó un fibroma, fijando incluso la fecha de su operación urgente.

La señora Tortora contó luego al Padre Pío, en confesión, lo que acababa de sucederle, preguntándole si podía viajar a Lourdes antes de la intervención.

«¡Claro que tienes que ver a la Virgen antes!», repuso el capuchino.

Acto seguido, le dio su bendición, pasándole el cíngulo por el abdomen con un gesto parecido al que desea apartar algo.

Tras peregrinar a Lourdes, la testigo acudió de nuevo al profesor Maurizio, de Roma, antes de someterse a la operación. El cirujano, con gran estupor, le preguntó:

-Señora, ¿quién la ha operado?

-¡Nadie, profesor! -aseguró la paciente.

Y añadió:

-Sólo que el Padre Pío, antes de operarme, me ha enviado a Lourdes a ver a la Virgen

para que todo saliese bien.

-De hecho -asintió el doctor, rendido ante la evidencia-, a usted la ha operado la Virgen. ¡Yo sólo puedo hacer una pequeña cura!

No hizo falta si quiera aquella pequeña cura; desde entonces, la señora Tortora ha estado siempre bien.

Cerebro nuevo

El doctor Francesco Fontana, notario de Florencia, recuerda que durante una de sus estancias en San Giovanni Rotondo, el doctor Sanguinetti le confió que una paciente suya de veinte años, afectada de una grave enfermedad cerebral, ya no reaccionaba a las medicinas, por lo que era preciso operarla cuanto antes.

Dudaba Sanguinetti si intervenirla en una clínica de Roma o de Bari. Por esa razón, decidió consultárselo al Padre Pío.

El doctor Fontana y el padre de la paciente le acompañaron a verle al convento. Al entrar en la celda del Padre Pío y relatarle el caso de la joven, el capuchino exclamó: «¡Ah!... ¡Inspiraciones yo no tengo!»

En cuanto escuchó estas palabras, el padre de la paciente rompió a llorar.

Visiblemente conmovido, el Padre Pío se incorporó enérgicamente para decirle al anciano: «¡Eh!... ¡No llores! ¡Llévala a Bari!»

Luego susurró: «...Y esperemos que antes de llegar allí...»

No dijo más; miró al doctor Sanguinetti y se despidió de todos.

La paciente fue trasladada a Bari en una ambulancia. El viaje resultó dramático a causa de los fuertes dolores de cabeza y de la fiebre altísima de la joven. Pero antes de llegar a Bari, repentinamente, dejó de lamentarse, adoptando un aire distendido y sereno. Pidió incluso levantarse de la camilla, alegando «sentirse bien».

El médico la obligó a permanecer recostada, pensando que tal vez deliraba. Pero, ante la insistencia de la joven, comprobó que no había ni rastro de la fiebre ni de los dolores, y que su aspecto era también normal.

Al llegar a la clínica de Bari, el especialista sometió a la joven a todas las pruebas pertinentes, tras las cuales concluyó, desconcertado: «No entiendo por qué me la habéis

traído aquí; no sólo este órgano está perfecto, sino que excluyo que haya estado enfermo alguna vez».

Al día siguiente, los doctores Sanguinetti y Fontana relataron lo sucedido al Padre Pío, bromeando y lamentándose al tiempo por lo mal que habían quedado con el médico de Bari.

El Padre Pío se divirtió también, exclamando con una gran sonrisa: «¡Demos gracias a Dios! ¡Demos gracias a Dios!»

Las gafas

Anna Benvenuto, viuda de Panicalli, declara que su marido ignoraba al principio que padecía una diabetes.

Una mañana, el hombre reparó en que veía mal y acudió enseguida al médico, que le mandó hacerse unos análisis.

Los resultados evidenciaron su elevadísimo nivel de glucosa en sangre, el cual acabó sumiéndole en un estado previo al coma. Pese al tratamiento y la dieta rigurosa, el enfermo veía cada vez peor.

Visitó luego, desengañado, a otro especialista, consciente de que su diabetes le conduciría inexorablemente a la ceguera.

Entre tanto, su esposa acudió desolada a ver al Padre Pío. Tras confesarse con él, le comunicó la enfermedad de su marido, explicándole que los médicos no abrigaban la menor esperanza de curarle.

El fraile se acercó a la puertecita del confesonario para decirle en voz baja: «Yo creo que es algo pasajero...»

Días después, los dos hijos de la señora Benvenuto ayudaron al Padre Pío en la Santa Misa. Durante la celebración, el fraile inundó un pañuelo con sus propias lágrimas. Uno de los hijos de Anna Benvenuto logró hacerse con el pañuelo y se lo entregó a su madre, quien lo colocó, todavía húmedo, sobre los ojos de su marido. Acto seguido, todos se recogieron en oración.

De repente, sintieron un intensísimo perfume de rosas, convenciéndose de que habían obtenido la gracia que tanto imploraban.

A la mañana siguiente, el marido se puso las gafas y exclamó, angustiado: «¡Veo peor!»

¡Veo fatal!».

Veía mal, en efecto, porque se había puesto las gafas que ya no necesitaba... Comprobó luego que su visión era perfecta y que se había curado de la diabetes.

El despertar

Anna Benvenuto declara también que, en agosto de 1967, a consecuencia de un gravísimo accidente de tráfico, su sobrino Renato ingresó en coma en el hospital de Foggia. Los médicos decidieron operarle del cerebro, para lo cual avisaron a un famoso cirujano que llegó hasta allí en helicóptero.

Antes de la intervención, la señora Benvenuto logró introducir un guante del Padre Pío bajo la nuca de su sobrino. En aquel preciso instante, los médicos le pidieron que se alejase de la habitación, pues el perfume que llevaba era demasiado fuerte y podía perjudicar al enfermo.

Pero la señora Benvenuto no iba en modo alguno perfumada. Era el guante del Padre Pío el causante de aquella intensa fragancia, así como la prueba fehaciente de su presencia. Al cabo de unos minutos, Renato empezó a mover un pie, luego una pierna, mientras su respiración volvía a ser normal.

Muy sorprendido, el cirujano decidió aplazar la operación, permaneciendo de guardia toda la noche ante cualquier posible eventualidad.

A la mañana siguiente, descartó ya definitivamente la intervención. Renato, en efecto, despertó del coma y recuperó poco a poco la normalidad. Tan sólo sentía gran debilidad en la pierna derecha, lo cual le obligaba a llevar un bastón.

Su padre le acompañó a San Giovanni Rotondo para agradecer al Padre Pío su intercesión. Al pasar éste entre el gentío, se detuvo frente a Renato para decirle:

-¿No te da vergüenza llevar el bastón? ¡Tíralo!

-¡No puedo! -repuso el joven.

Pero al abandonar la iglesia, Renato alabó a Dios tras reparar en que ya no le hacía falta apoyarse en él.

Adiós, meningitis

El profesor Giuseppe Sala, médico del Padre Pío, afirma que su hijo, enfermo de meningitis cerebro espinal, fue sanado por su intercesión.

El golpe

Pierino Galeone enfermó de tuberculosis en 1945. Tras salir del seminario, acudió al Padre Pío para que le curase.

Un día, el Padre Pío apretó las yemas de sus dedos contra el pecho de Galeone y, dándole un golpe, le dijo: «¡Podrás morirte de lo que sea, menos de aquí!»

Al poco tiempo, el testigo sanó, regresó al seminario y fue ordenado sacerdote.

Sanada al instante

Sor María Francisca Consolata atribuye al Padre Pío la curación instantánea de su hermana, acaecida la noche del 23 de enero de 1953, tras cuatro años recurriendo continuamente a su intercesión.

Visita inesperada

El padre Federico Carrozza declara que su padre entró en coma, tras un ataque de apendicitis agudo que no podía operarse.

Hasta que un día, repentinamente, empezó a hablar sentado en la cama; pidió un poco de agua, asegurando que acababa de ver al Padre Pío y que éste le había curado.

A la mañana siguiente, el médico constató que el paciente se hallaba completamente sano.

Soldador de huesos

Modestino Fucci manifiesta que Patricia Bini de Monza, de Milán, aseguró que gracias a la intercesión del Padre Pío se curó de una grave fractura cervical a raíz de un accidente de automóvil registrado el 13 de octubre de 1982.

El taumaturgo obediente

El mismo testigo, Modestino Fucci, declara que en diciembre de 1968 el padre jacinto de

Sant'Elia a Pianisi invocó así al Padre Pío:

«Por la autoridad que tuve sobre ti cuando fui Provincial, te mando por santa obediencia presentar tus llagas al Señor y a la Virgen para que me sea concedida la sanación de la señorita Giulia de Santis, directora de la Sección Femenina de la Obra Pía de Vincenzi.»

Esta señorita, ingresada en el Policlínico de Roma para ser intervenida de una complicada operación de útero, soñó la noche del 22 de diciembre de 1968 con el Padre Pío, quien, al pie de su cama, observaba los instrumentos quirúrgicos.

Días antes de la intervención, la enferma había sentido ya una oleada de intenso perfume de violetas, por lo que no vaciló en atribuir el éxito de la operación a la asistencia del Padre Pío.

«¡Levántate! ¡Estás curado!»

El padre Paolo Covino explica que el 7 de noviembre de 1976 dio una imagen del Padre Pío a un nieto suyo, Vincenzo Matera, que esperaba ser intervenido de un cálculo renal.

La noche anterior a la operación, estando aún despierto en la cama, el enfermo vio acercarse al Padre Pío, que le dijo: «¡Levántate! ¡Estás curado!»

Vincenzo Matera se incorporó de inmediato para expulsar, en la orina, el cálculo disuelto en pedazos. Quiso agradecer al Padre Pío su curación pero ya no lo vio más.

Escrúpulos fuera

Vittoria Ventrella, en sus Noticias sobre el Padre Pío, recuerda que su hermana Elena estaba atormentada por los escrúpulos que la obligaban a recurrir continuamente al fraile. Éste, con una paciencia infinita, intentaba persuadirla para que caminase bajo el influjo de la obediencia.

Tras un periodo de grandes sufrimientos, Elena fue liberada de los escrúpulos por las virtudes del Padre Pío, que un día le dijo: «Tú habrías acabado en el manicomio; verás el día del juicio lo que he hecho por ti».

El acompañante

De nuevo Vittoria Ventrella, en sus Noticias sobre el Padre Pío, ofrece el testimonio de Antonio Ventrella, según el cual la madre de éste, Nunziata Gravina, padecía del corazón

desde hacía diecisiete años.

El 8 de mayo de 1930, Nunziata sufrió una grave crisis cardíaca que la puso al borde de la muerte. En un momento dado, su hijo Antonio vio al Padre Pío a los pies de la enferma mientras, con abrigo y estola, extendía los brazos en actitud contemplativa. A su lado, Antonio vio a otro fraile con un niño precioso en los brazos, al que no pudo reconocer entonces. Decidió restregarse los ojos para dar crédito a lo que veía pero, al abrirlos de nuevo, comprobó que los dos frailes habían desaparecido.

Desde entonces, su madre mejoró progresivamente.

A la mañana siguiente, Antonio visitó al Padre Pío para contarle lo que había sucedido la víspera. Pero el fraile le atajó:

-Y al otro, ¿no lo has reconocido?

-No, Padre, dígame usted quién era.

El Padre Pío prometió revelárselo otro día.

El domingo siguiente, Antonio regresó al convento para confesarse. Preguntó de nuevo al Padre Pío quién le acompañaba aquel día al pie de la cama de su madre. El Padre Pío respondió al fin: «Tu mamá debe ser devota de San Antonio de Padua, pues era él mismo».

Antonio Ventrella, conmovido, no hizo más que dar gracias a San Antonio de Padua y al Padre Pío.

«Ya no hará más daño»

El doctor Francesco Vicari, prefecto jubilado, afirma que un pariente suyo, esquizofrénico, había sido internado varias veces al ser considerado peligroso. No en vano, en cierta ocasión había estado a punto de matar a su padre de un disparo de pistola.

El padre del paciente se dirigió al Padre Pío, quien le dijo que podía sacarle del centro de salud mental, alegando: «Ya no hará más daño».

El doctor Vicari testifica que, en los 27 años posteriores, ese pariente suyo no dio ya más señales de locura.

A tumba abierta

Clementina Bellone explica que su hermana se salvó por las oraciones del Padre Pío. Tras sanarla, el fraile comentó así el hecho: «¡La he sacado de la tumba!»

CONVERSIONES

Volver a nacer

Lazzaro Cassano conoció al profesor Alfredo Luciani de Pescara en San Giovanni Rotondo, en 1936. Luciani le confió entonces que se había convertido del ateísmo a la fe católica por intercesión del Padre Pío.

Desesperado por la pérdida de un hijo de tan sólo cinco años, Luciani dejó a la familia para retirarse a una cabaña abandonada en el monte. Todas las mañanas encendía un fuego, quemando un poco de incienso para idolatrar al hijo muerto y unirse así a él. Culminado el rito, cavilaba solo por los senderos de la montaña; los pastores que salían a su encuentro le ofrecían pan y queso.

Así vivió un mes entero, deseando su propia muerte.

Una mañana conoció a un pastor llamado Horacio, quien intentó disuadirle de su comportamiento, que tanto hacía sufrir a sus seres queridos, animándole a regresar con su familia. Sólo junto a ella hallaría serenidad, paz interior y podría aceptar finalmente la voluntad de Dios con ayuda del Padre Pío.

Horacio le recomendó que fuese a San Giovanni Rotondo, pero el profesor repuso que era ateo. De regreso a la cabaña para reiniciar el rito del incienso, reparó en que no le quedaban cerillas. Incapaz de hallar un solo fósforo, invocó al Padre Pío para que le ayudase a prender el fuego. De repente, comprobó maravillado cómo empezaban a arder los carbones por sí solos. Arrojó encima el incienso y se desmayó.

De vuelta a casa con su familia, recibido con gran alborozo, le dijo a su esposa que le preparase la maleta porque iba a visitar al Padre Pío.

A su llegada al convento, comprobó que el Padre Pío le estaba esperando. Pero el fraile le indicó que volviese al cabo de quince días porque aún no estaba preparado.

El profesor Luciani obedeció. De regreso al convento, el Padre Pío le abrazó, sonriéndole. El «hijo pródigo» se confesó luego con él, hallando al fin la gracia de Dios junto a la serenidad y la paz de su espíritu.

«Ovejita salvaje, ¿vienes aquí?»

El mismo Lazzaro Cassano refiere que el 27 de junio de 1937, mientras se hallaba en Pescara alojado en casa del profesor Alfredo Luciani, conoció a varios amigos de éste deseosos de oír hablar del Padre Pío. Entre ellos figuraba Carlo Lussardi de Loreto, antiguo ateo convertido por el Padre Pío en septiembre de 1933, quien propuso a Cassano que invitasen a Eugenio Anchini a cenar al día siguiente.

Cassano ignoraba que Anchini fuese ateo, hasta que éste se le presentó así: «¡Debería avergonzarse usted de ser de San Giovanni Rotondo y amigo del Padre Pío, que es un impostor!»

Sintiéndose insultado, Cassano tildó a Anchini de indigno huésped del profesor Luciani, antes de añadir enojado: «¿Cómo se las arregla usted para juzgar a una persona a la que no conoce?»

Anchini se disculpó. Durante la cena, se acomodó junto a Cassano y pidió que les hablase del Padre Pío.

Antes de la despedida, Anchini rogó a Cassano que le acompañase a ver al Padre Pío; para evitar que su visita trascendiese, procuró no dejarle solo ni un instante, invitándole incluso a dormir en su casa.

Al día siguiente, a las 18 horas, Cassano y Anchini llegaron a San Giovanni Rotondo. Fray Constantino los acompañó hasta donde estaba el Padre Pío, quien, nada más ver a Anchini, se presentó así: «Ovejita salvaje, ¿vienes aquí?»

Y añadió: «Yo soy un gran pecador, como lo eres tú pero... ¿qué te he hecho yo para que me juzgues tan mal?»

Anchini enmudeció; finalmente, le pidió perdón de rodillas.

El Padre Pío lo levantó, indicando a Cassano que rezase a la Virgen y regresase con él al día siguiente para confesarle. Luego, les dio su bendición.

Anchini pasó toda la tarde llorando y rezando Ave Marías sin parar. Hasta que decidió telegrafiar a los suyos para comunicarles que el Padre Pío acababa de convertirle. Era el 29 de junio de 1937, festividad de San Pedro.

Bastaba con nombrarle

El doctor Ernesto Paita acredita que era suficiente con nombrar tan sólo al Padre Pío

para encaminar hacia Dios a quienes permanecían alejados de Él, así como para procurar una sincera conversión a los defensores más acérrimos del materialismo y el ateísmo.

Amor a primera vista

El profesor Francesco Lotti afirma haber conocido a muchas personas, empezando por su propio padre, que tras un fugaz encuentro con el Padre Pío cambiaron radicalmente sus ideas y comportamientos sobre fe y moral.

PROFECÍAS

Deseos cumplidos

El padre Alberto D'Apolito declara que en 1945 pidió al Padre Pío que rezase por la sobrina del cardenal Marcello Minni, cuyo parto se presentaba muy complicado para los médicos; también le trasladó el deseo de la señora Minni de alumbrar un varón.

El Padre Pío respondió que todo saldría bien y que el Señor la contentaría. La señora, en efecto, dio a luz felizmente un niño, al que llamó Tomasino.

El «arquitecto»

Un día, mientras paseaba por los alrededores de Pietrelcina recién ordenado sacerdote en compañía del párroco Salvatore Pannullo, el Padre Pío percibió olor a incienso y cánticos angelicales en un lugar determinado. Indicó entonces al párroco que en aquel mismo sitio se levantarían años después una iglesia y un convento. La profecía se cumplió en 1947, al inaugurarse en Pietrelcina la Iglesia de la Sagrada Familia y el convento anejo de los frailes menores capuchinos.

El Señor proveyó

Tras inaugurarse el convento de Pietrelcina, el Padre Pío predijo que el Señor calmaría el hambre de todos los miembros de la comunidad y que el superior, Luca da Vico del Gargano, permanecería allí incluso después de muerto.

La comida, en efecto, nunca faltó en el convento; tampoco el superior se marchó jamás de allí, al menos su cuerpo, inhumado tres meses después en el cementerio de Pietrelcina.

Medio siglo por delante

En 1918, el Padre Pío dijo al joven fotógrafo Modesto Vinelli: «Recuerda que tenemos cincuenta años por delante!»

Modesto Vinelli no le comprendió entonces. Hasta que la mañana del 20 de septiembre de 1968, viendo de nuevo a Vinelli en la sacristía, el Padre Pío le recordó: «¡Modesto, han pasado ya cincuenta años!»

Tres días después, el Padre Pío entregó su alma a Dios.

El regreso

En abril de 1960, el Padre Pío profetizó que el padre Alberto D'Apolito regresaría al convento de Pietrelcina, donde ya había sido superior. Al cabo de año y medio, en septiembre de 1961, el padre Alberto se trasladó efectivamente del convento de San Severo al de Pietrelcina.

Ella estuvo allí

Al imponer el escapulario del Orden Terciario franciscano a Giovanna Rizzani Boschi, el Padre Pío quiso que la mujer adoptase el nombre de «Sor Jacoba».

Igual que Jacoba de Setessoli presenció la muerte de San Francisco, el Padre Pío predijo que «Sor Jacoba» asistiría a la suya.

Giovanna Rizzani estuvo así espiritualmente en la celda del Padre Pío la tarde del 22 de septiembre de 1968, acompañándole en cada minuto de su bienaventurado tránsito. Los detalles referidos por la propia «Sor Jacoba» coinciden plenamente con la realidad.

Sueño y realidad

Margarita Hamilton, amiga de Giovanna Rizzani Boschi, pidió al Padre Pío que la asistiese espiritualmente antes de morir. El Padre Pío le prometió que, llegada su hora, la bendeciría tres veces.

Una noche, la señora Hamilton soñó que el Padre Pío la bendecía tres veces. Mientras relataba luego el sueño a su amiga Giovanna, palideció y expiró serenamente, tras un súbito infarto.

Tres días después de fallecer, la señora Hamilton se le apareció a su amiga Rizzani, asegurándole que el Padre Pío la había asistido en su dulce tránsito.

Vuelta a casa

Fray Modestino Fucci declara que su madre le contó que el Padre Pío predijo el regreso de su padre del servicio militar. El fraile residía entonces en Pietrelcina por motivos de salud.

Robo y asesinato

Antes de ser capuchino, fray Modestino Fucci deseaba pertenecer a los benedictinos de Santa Francisca Romana, en Roma. Pero el Padre Pío lo disuadió, advirtiéndole que en aquel lugar acontecería «un gran problema». De hecho, en 1947 el convento fue asaltado por unos ladrones que asesinaron al Padre Abad y al hermano laico portero.

«¡Prepárate para morir!»

El padre Michele Placentino refiere que el padre Dionisio de Palazzo San Gervasio pidió al Padre Pío que rezase por él para desempeñar mejor su apostolado sacerdotal. Tras un breve silencio, el Padre Pío repuso con firmeza: «¡Más bien prepárate para morir!»

Tan sólo siete días después, la profecía se cumplió y el padre Dionisio pasó a mejor vida.

Vocación sacerdotal

El padre Paolo Covino declara que el Padre Pío predijo a su madre que tanto su hijo como su sobrino serían sacerdotes. La profecía se cumplió muchos años después.

Dos hermanos, dos destinos

El mismo testigo, Paolo Covino, añade que el Padre Pío vaticinó el regreso de su hermano Francesco de la guerra, mientras invitaba a rezar por su otro hermano Giovanni, que también se hallaba en el frente. Francesco, en efecto, volvió a casa; pero Giovanni se perdió en el mar.

«¡Has perdido el ojo!»

Paolo Covino declara de nuevo que su madre, Assunta Magno, recibió una pedrada fortuita en el ojo derecho el 13 de agosto de 1944.

Antes de visitar al oftalmólogo, la mujer pidió al Padre Pío, su confesor, que la curase. Nada más verla, el fraile exclamó: «¡Assunta, has perdido el ojo!»

De nada sirvieron los ingresos hospitalarios, ni la intervención quirúrgica, ni tampoco las curas oftalmológicas. Los médicos confiaban en que la paciente recuperaría la vista pero, al cabo de un mes, Assunta Magno fue operada de un glaucoma total y quedó ciega del ojo derecho.

Con la muerte en los talones

El padre Eusebio Notte refiere que una tarde, hallándose en el pasillo del convento, vio cómo el padre Dionisio de Cervinara saludaba al Padre Pío, quien le preguntó adónde iba. «A Venecia, para retomar los estudios», contestó el padre Dionisio. A lo que el Padre Pío repuso: «¡Pero qué estudios ni qué estudios! ¡Prepárate más bien para la muerte, que no sabes cuándo llegará!»

El comentario agorero provocó decepción y estupor entre los presentes pero, al cabo de veinte días, el padre Dionisio murió.

«¡Será Montini!»

El mismo padre Eusebio Notte afirma que, durante el cónclave que siguió a la muerte del Papa Juan XXIII, hallándose en presencia del padre Clemente de Postiglione, le preguntó al Padre Pío quién sería el nuevo Pontífice. El Padre Pío, muy seguro, respondió: «¡Será Montini!». Y añadió, lamentándose: «¡Bah, se me ha escapado!»

La ruta de la vida

Pía Forgione-Pennelli, sobrina del Padre Pío, declara que durante la ocupación extranjera decidió pasar unos días con una amiga suya en San Giovanni Rotondo. Pero el Padre Pío la invitó a regresar rápidamente a Pietrelcina, indicándole que no tomara el camino de Foggia, sino el de San Severo. Cuando la testigo llegó al pueblo, comprendió por qué el fraile le había sugerido regresar por aquel extraño itinerario: la estación de Foggia había sido bombardeada y destruida aquella misma mañana por la aviación enemiga, mientras los alemanes ocupaban la región de Puglia.

El sobre misterioso

La misma Pía Forgione recuerda que el 14 de octubre de 1967, hacia las tres y media de la tarde, tuvo ocasión de hablar a solas con su tío, el Padre Pío, quien le dijo: «Dentro de dos años ya no estaré aquí, porque habré muerto. Muchas cosas cambiarán».

El 20 de octubre de 1967, Pía Forgione anotó aquel mensaje profético en un folio, el cual dobló introduciéndolo en un sobre cerrado que entregó al notario de San Giovanni Rotondo, Domenico Giuliani, el 13 de diciembre de 1967.

El notario recibió el encargo de confiar a su vez el sobre al superior del convento de los capuchinos en cuanto el Padre Pío hubiese fallecido, tal y como sucedió.

Menudo regalo

El doctor Adolfo Affatato oyó un día al Padre Pío decir: «¡El 5 de octubre de 1958 te haré un regalo!» Aquel mismo día, en efecto, el testigo fue contratado por la compañía de teléfonos (la S.I.P.).

Vivir, morir... ¡Vivir!

El mismo testigo, Adolfo Affatato, declara que cuando le confió al Padre Pío que su esposa esperaba un hijo, aquél le preguntó:

-¿Cómo lo quieres?

-Me da igual -dijo él- si es niño o niña; aunque me gustaría que fuese niño para llamarlo como usted: Francesco Pío.

Conmovido, el Padre Pío se enjugó las lágrimas y añadió, pensativo:

-¡Estupendo! ¡Será niño! Morirá, vivirá...

El testigo comprendió el mensaje sólo cuando, tras un parto complicado, su esposa dio finalmente a luz un niño asmático que, tras numerosas atenciones, logró superar todas las crisis.

La mujer adecuada

Enzo Bertani manifiesta que, tras pedir consejo al Padre Pío, éste le indicó que no se casase con su prometida, a lo cual accedió.

Al cabo del tiempo, volvió a recabar su opinión sobre otra novia suya con el mismo

resultado negativo que Bertani de nuevo acató.

Dos años después, casado con su mujer actual, el testigo supo que su primera prometida había muerto tras un parto difícil, y que la segunda no podía tener hijos. Al comentar ambos extremos con el Padre Pío, éste le dijo: «¿Te das cuenta ahora? ¡Si te casabas con la primera te hubieses quedado viudo; si te casabas con la segunda, hubieses sido infeliz al no tener hijos!»

«¡Al martes no llego!»

El padre Tarcisio Zullo afirma que el 20 de septiembre de 1968, al despedirse del Padre Pío, éste le dijo, aún lúcido: «¡Al martes no llego!»

El Padre Pío murió, en efecto, la noche del lunes 23 de septiembre de 1968.

Derrota electoral

El mismo testigo refiere también que, el 17 de abril de 1948, el Padre Pío invitó al padre Agostino de San Marco in Lamis a hacer «una hora de adoración a Jesús Sacramentado por la gracia que la Virgen ha concedido a Italia».

Aludía el Padre Pío a la victoria de la democracia cristiana sobre el comunismo ateo que iba a producirse al día siguiente, 18 de abril.

¡Toma hijos!

Sor Bernardetta Attene declara que a la prima de su superiora, entristecida por no ser aún madre, el Padre Pío le dijo un día: «¡Tendrás hijos!»

Y claro que los tuvo... ¡cuatro!

Médico para todo

Rita Tortora de Paíta manifiesta que en 1965 pidió consejo al Padre Pío sobre el médico idóneo para curarle el vértigo a su hermano.

El Padre Pío le indicó: «Llama al doctor Paíta enseguida; si no, se marchará a América».

La testigo siguió su consejo y pudo comprobar, tras contárselo al médico, que su viaje

a América era inminente.

Entre tanto, su hermano se curó y no sufrió ya más vértigos. Como broche a esta historia feliz, la señora Tortora acabó desposándose con aquel doctor el 10 de mayo de 1967.

Calamidades

Anna Tortora afirma que, inmediatamente después de su boda, el Padre Pío le advirtió que empezaría para ella las lágrimas. Diez meses después, su marido falleció y pasó otras muchas calamidades.

Cara y cruz

La misma Anna Tortora asegura que Francesca Coalla y Francesca Filauro estaban enfermas. Un día, aludiendo a ellas en presencia del Padre Pío, éste le dijo que una se curaría y la otra no, tal y como sucedió.

Techo seguro

Anna Tortora afirma también que, cuando desahuciaron a su familia, ella y su padre recurrieron al Padre Pío, quien las consoló así: «¡No os preocupéis! ¡Saldréis de la casa cuando esté lista la vuestra!»

Entonces, disponían tan sólo del terreno. Pero el Padre Pío no se equivocó: la casa de su propiedad estuvo lista al cabo de cuatro o cinco años; sólo entonces dejaron la antigua para trasladarse a vivir a la suya.

Prisionero de guerra

El doctor Pío Trombetta declara que, en octubre de 1942, su hermano Giovanni, subteniente del Ejército italiano, se hallaba en el frente de El Alamein, en África septentrional, cuando sus compatriotas y los alemanes sufrieron una derrota decisiva.

Un día, al regresar de la escuela en Caserta, Pío Trombetta encontró a su madre llorando porque un oficial acababa de decirle que su hijo Giovanni había sido dado por desaparecido.

Cumpliendo el deseo de su madre, Pío Trombetta visitó al Padre Pío en San Giovanni Rotondo. Celebrada la Misa, el fraile advirtió su presencia en la sacristía. Enterado del

motivo de su visita, se mostró preocupado al principio pero luego, ya más sereno, comentó: «Envía un telegrama a mamá, diciéndole que esté tranquila». Acto seguido, aseguró que Giovanni había sido hecho prisionero pero que no estaba herido.

Pío Trombetta regresó tranquilo a Caserta, tras enviar el telegrama a su madre. Durante varias semanas no tuvieron noticias de Giovanni. Hasta que, a mediados de septiembre de 1943, recibieron una postal de Giovanni, enviada desde Egipto, en la que decía: «Hubiese preferido morir en el campo de batalla, más que ser hecho prisionero; pero la muerte parecía estar lejos de mí por un obstáculo infranqueable.»

Desde Egipto, Giovanni fue conducido a la India. Sólo en la primavera de 1946, al cabo de tres años y medio de cautiverio, fue repatriado al fin. Le faltó tiempo para acudir entonces con su hermano a San Giovanni Rotondo, donde agradeció al Padre Pío su eficaz intercesión.

En domingo, no conduzcas

Giuseppe Pagnossin manifiesta que el Padre Pío le aconsejó que jamás condujese en domingo. Durante muchos años, él obedeció. Hasta que en 1967 se le ocurrió conducir su automóvil en domingo y sufrió un grave accidente.

Orden de venta

El mismo Giuseppe Pagnossin testimonia que el Padre Pío le preguntó un día si tenía acciones de sociedades eléctricas. Al responderle afirmativamente, el fraile añadió: «¡Si fuese tú, las vendería!» Pagnossin obedeció. Cuatro meses después, el valor de las acciones de estas compañías se redujo a una cuarta parte como consecuencia de la nacionalización del sector eléctrico.

¡A la cama!

Attilio Negrisolò recuerda que un invierno, al llegar a San Giovanni Rotondo, el Padre Pío le instó a que permaneciese en cama, pese a que él se encontraba bien de salud. Asombrado, Negrisolò dijo para sí: «¡Vengo aquí y me manda a la cama!» Decidió volver a casa; apenas llegó a la estación de Foggia, se sintió arder por dentro. La fiebre le obligó a guardar cama durante quince días.

La Historia escrita

Attilio Negrisolò añade que en cierta ocasión, hallándose él presente, cuatro sacerdotes

manifestaron al Padre Pío su preocupación por el comunismo.

El Padre Pío les dijo: «¿Habéis visto lo que ha sucedido con el fascismo? ¡Acabó en una sola noche! Lo mismo pasará con el comunismo.»

Los hechos históricos le dieron luego la razón.

Semana de vida

Pierino Galeone declara que un día, después de Misa y acción de gracias, el Padre Pío se levantó, miró alrededor suyo y llamó a un hombre: «¡Ven arriba conmigo!», le ordenó.

Media hora después, aquel mismo hombre, afortunado para todos, regresó cabizbajo, pálido y triste. Cuando logró abrir la boca, relató lo que acababa de sucederle:

«Es la primera vez que vengo a San Giovanni Rotondo. Jamás había visto al Padre Pío. En cuanto llegué al pasillo, me invitó a su celda. Luego, me preguntó: "¿Cómo estás?" "Bien", le respondí. El fraile añadió, conmovido: "Amigo mío, dentro de una semana dejarás este mundo. ¡No tengas miedo! Prepárate humildemente. Estaré continuamente a tu lado y yo mismo te acompañaré hasta el Cielo".»

Pierino Galeone permaneció turbado, incapaz de pronunciar una sola palabra de consuelo. Al cabo de una semana, supo que aquel hombre había fallecido a causa de una repentina enfermedad, tal y como el Padre Pío había profetizado.

¿Militar o médico?

El profesor Francesco Lotti afirma que en 1943, tras concluir la Academia Militar, el Padre Pío le dijo que sería médico y que trabajaría en el hospital construido un día en la montaña.

El testigo no daba crédito a las palabras del fraile, dado que había elegido la carrera militar y jamás en su vida había pensado en ser médico.

Pero un cúmulo de imprevistos le impidió partir finalmente hacia el frente griego, donde había sido destinado, matriculándose en la carrera de Medicina. Luego, fue jefe del Servicio de Pediatría en la Casa Alivio del Sufrimiento.

Los elegidos

El padre Aurelio de Sant'Elia a Pianisi declara que el Padre Pío aseguró en 1916 que, de los catorce seminaristas bajo su dirección espiritual, dos abandonarían pronto el convento, otros llegarían a los primeros grados del altar sin ser sacerdotes, y sólo seis acabarían ordenándose como tales. Todo ello se confirmó.

Cuestión de horas

El padre Adriano Leggeri afirma que el Padre Pío advirtió un día a un señor que saldase pronto sus cuentas con el Altísimo, pues le quedaba ya poco tiempo de vida. Tan poco, que al cabo de unas horas murió.

«¡Moriré sano!»

Cleonice Morcaldi escribe, en su diario, que una mujer joven imploró al Padre Pío, sollozando: «¡Cúreme! Estoy enferma; siempre de un hospital a otro... ¡No puedo más!»

El fraile, conmovido, respondió: «Hija mía, yo he nacido enfermo, he vivido enfermo pero... ¡moriré sano!»

Y así fue: en el instante de su muerte, sus estigmas, abiertos durante medio siglo en manos, pies y costado se curaron de repente sin dejar el menor rastro.

Marido y enfermero

Vittoria Ventrella asegura que, antes de que su hermano Almerindo se prometiese en matrimonio, ella consultó al Padre Pío sobre aquel paso: «¿Es que quiere hacer de enfermero desde la primera tarde?», repuso el fraile.

Cuando Vittoria regresó a casa para contárselo a su hermano, ya era demasiado tarde. Almerindo se casó el día previsto. Nada más llegar a la nueva casa, su esposa empezó a sufrir convulsiones. El mal fue conocido enseguida por todo el mundo.

Nada de sanguijuelas

Nina Campanile escribe, en sus Memorias sobre el Padre Pío, que en 1917 su madre cayó enferma con fiebres muy altas. Ausente el médico de cabecera del pueblo, el doctor suplente le diagnosticó una doble pulmonía, recetándole la aplicación de sanguijuelas.

Tras escuchar a Nina, el Padre Pío se entristeció, exclamando indignado: «¡Pero qué pulmonía ni pulmonía! ¡Tiene fiebres de malaria, y no pulmonía! ¡Pobre mujer! ¡Le han

sacado mucha sangre para debilitarla aún más!»

Nina corrió a casa para retirar de inmediato a su madre todas las medicinas contra la falsa pulmonía. Entre tanto, el médico de la familia constató, a su regreso, que efectivamente se trataba de malaria. La enferma se curó con la terapia adecuada.

Diez días, no mas

La misma Nina Campanile recuerda que su hermana Angelina sufrió una aparatosa caída al tropezar a la entrada de su casa, el 2 de febrero de 1918. Socorrida por varios vecinos, se metió en la cama con terribles dolores. La pobre gritaba y lloraba, saltaba sobre el colchón y volvía a tumbarse, incapaz de soportar tanto sufrimiento. Era un espectáculo dantesco.

Entre tanto, el médico era incapaz de encontrar un remedio eficaz para calmarle el dolor.

Desesperada, Nina Campanile fue en busca del Padre Pío con su amiga Girolama. Aquel día nevaba copiosamente. Una vez en San Giovanni Rotondo, encontraron al Padre Pío en la sacristía. Maravillado al verlas llegar con semejante temporal, les preguntó qué les había conducido hasta allí. Conocida la razón, el fraile las tranquilizó: «¡No es nada! ¡No es nada! ¡Son llamadas de Dios para quien se ha alejado un poco de Él! Dentro de diez días estará completamente curada».

Durante su ausencia, el médico volvió a reconocer a la paciente, sentenciando: «La pobrecita se muere esta noche; ha tenido una contusión interna y es muy probable que exista un desplazamiento de los riñones».

Por la tarde, Nina y su amiga estaban ya junto a la cama de Angelina.

De repente, Girolama palideció, bajando la mirada.

-¿Te ocurre algo? -dijo Nina.

-«No, es que... ¡el Padre está aquí! -exclamó ella.

-¡Qué dices! ¿El Padre está aquí? Pero yo no lo veo... -aseguró Nina.

-Está en espíritu -aclaró su amiga-. Ahora se ha acercado a la cama de Angelina, le ha puesto la mano en la frente y ha dicho: «¡Pobre hija! ¡Pobre hija!»

Al cabo de unos minutos, Girolama añadió:

-Ahora se ha ido. ¡Ha desaparecido!

Nina consultó el reloj: eran las ocho de la tarde.

A la mañana siguiente regresó al convento para preguntarle al Padre Pío:

-¿A qué hora vino a casa ayer por la tarde?

-Hacia las ocho - confirmó el fraile.

Diez días después, Angelina no volvió a sentir dolor alguno, tal y como el Padre Pío había profetizado en contra del criterio médico.

Visto y no visto

La misma Nina Campanile escribe también que el Padre Pío le dijo en 1917: «Me veréis un poco y otro poco no me veréis. ¡Y luego me volveréis a ver!»

Durante dos años, en efecto, el Padre Pío no fue visto por sus hijos espirituales, dado que el 9 de junio de 1931 recibió la orden de suspensión de todos sus ministerios, excepto el de la Santa Misa, que debía celebrar en la capilla privada en presencia tan sólo del ayudante.

Desde el 16 de julio de 1933, el Padre Pío pudo ya confesar y celebrar Misa en público. Sus palabras se cumplieron así al pie de la letra.

Antídoto contra la gripe

Nina Campanile declara de nuevo que durante la epidemia de gripe española que se cobró tantas víctimas en 1918, el Padre Pío dijo a sus hijas espirituales: «Manteneos sin pecado y ninguna de vosotras morirá de este mal».

La profecía se cumplió, pues todas sus hijas espirituales permanecieron inmunes a la gripe.

La cuenta atrás

El padre Nunzio Palmieri atestigua que el Padre Pío le consoló mientras padecía cálculos

renales. Tras un mes intenso de sufrimientos, antes de ingresar en el hospital de San Severo, se confesó con el Padre Pío, quien luego le abrazó, diciéndole: «No te preocupes; es sólo cuestión de diez días».

Al décimo día, en efecto, el padre Nunzio expulsó la piedra justo cuando iban a someterle a una cistoscopia para examinar su vejiga.

Al borde de la muerte

Nina Campanile afirma que su hermana Vittoria se hallaba al borde de la muerte la noche del 20 de septiembre de 1918.

Al día siguiente, Nina fue a ver al Padre Pío, quien la consoló, diciendo: «Aunque te parezca que vaya a expirar, ¡debes creer que se curará!»

La profecía se cumplió a rajatabla: Vittoria sanó y el 13 de noviembre siguiente dio a luz a su cuarta hija.

Estómago rebelde

La propia Nina Campanile sufrió una acentuada dilatación del estómago en 1922, que le impedía digerir casi cualquier alimento. Ni siquiera el remedio de un ilustre doctor le sirvió de algo.

Nina escribió entonces al Padre Pío desde la clínica, poniéndole al corriente de su enfermedad. Poco después, recibió esta respuesta: «Me entristecen las malas noticias sobre tu salud pero, considerando las cosas delante de Dios, puedo asegurarte que de este mal te curarás perfectamente».

Al cabo de varios meses, Nina regresó a casa todavía enferma. Su mal se prolongó aún por espacio de dos años, durante los cuales la mujer llegó a dudar de la profecía del fraile. Pero, al cabo de ese tiempo, quedó curada. Nunca más sufrió ya dilatación de estómago.

En otra piedra

Vittoria Ventrella escribió en sus Noticias sobre el Padre Pío que durante una temporada no hizo más que cometer la misma falta, por más que intentaba luchar contra ella. Hasta que un día, el Padre Pío le dijo: «¡De ahora en adelante ya no caerás más!»

La testigo asegura que, con la ayuda de Dios, no volvió a cometer jamás aquella falta.

PERFUMES

Fragancia conciliadora

El Padre Pío fue invitado en 1955 a participar en una peregrinación a Siracusa para honrar a la Virgen de las lágrimas, limitándose a responder: «¡Id yendo, que yo os seguiré!»

Durante el viaje, en un momento de grave dificultad, cincuenta personas advirtieron un maravilloso perfume, gracias al cual superaron el obstáculo que se les había presentado.

A su regreso, agradecieron al Padre Pío su «presencia invisible», así como su valiosa ayuda. El silencio del fraile fue la mejor confirmación.

En la Santa Misa

Mientras ayudaba al Padre Pío en la Santa Misa, fray Modestino Fucci pidió mentalmente que le hiciese sentir su perfume.

«De inmediato -declara- me vi rodeado de una onda de perfume tan intenso que, si no hubiese cesado al cabo de poco tiempo, me hubiese desmayado.»

De curas termales

El padre Alessio Parente afirma haber percibido, junto a varios amigos, el perfume del Padre Pío durante su estancia en Fiuggi, adonde había ido para someterse a unas curas termales.

A modo de despedida

El padre Pellegrino Funicelli asegura que sintió en dos ocasiones el perfume sobrenatural del Padre Pío. La primera vez, en 1953; la última, la misma noche de la muerte del fraile, mientras lo vestía.

El padre Ezequías Cardone atestigua también que «algunas veces» advirtió el mismo perfume.

«Deliciosísimo»

El padre Eusebio Notte manifiesta que sintió un «deliciosísimo» perfume durante la celebración de la Santa Misa, mientras oraba por el Padre Pío. Al regresar al convento desde la pequeña iglesia de las Hermanas Inmaculadas de San Giovanni Rotondo, se lo dijo al Padre Pío, quien exclamó medio en broma: «¡Qué! ¿Acaso no te gustó?»

Contigo siempre

El doctor Adolfo Affatato afirma que durante su viaje de novios, hallándose en Sirmione de Garda, su coche fue invadido por una intensa fragancia. Pensó enseguida en el Padre Pío. Encendió la radio y, en aquel preciso instante, el locutor anunció: «Aquí Hermana Radio: Ahora os ofrecemos la voz del Padre Pío».

El fraile arrancó a hablar: «Muy queridos hijos míos, cercanos y lejanos...»

A su regreso, el doctor Affatato comentó al Padre Pío: «Padre, pero en Sirmione...». El fraile le atajó: «¿Acaso creías que yo te abandonaría un solo momento?»

En ambulancia

El mismo doctor Adolfo Affatato encomendó la salud de su padre al fraile de Pietrelcina, quien le aconsejó que mantuviesen inmóvil al enfermo, prometiéndole estar cerca de él.

Pero los hermanos del doctor Affatato, en contra del criterio del Padre Pío, decidieron trasladar a su padre a Roma, acompañados por el testigo.

Al llegar a Gaeta el 10 de agosto, a las 5.20 de la mañana, todos percibieron un intenso perfume a bordo de la ambulancia mientras el enfermo expiraba en brazos del doctor Affatato.

Hábitos perfumados

Giovanni Binda afirma que percibía la misma indescriptible fragancia cuando limpiaba los hábitos del Padre Pío.

Vivo y muerto

El padre Giuseppe Pío Martin asegura haber sentido «el perfume del Padre Pío» siete u ocho veces: en el convento, mientras él aún vivía; y en la cripta, tras su muerte.

También el padre Odorico D'Addario afirma que percibió el mismo perfume del Padre

Pío, en vida y después de su muerte.

Minutos balsámicos

El profesor Luciano Lucentini declara que, entre 1960 y 1963, advirtió el fuerte e inconfundible perfume del Padre Pío durante varios minutos, mientras se hallaba cerca del Aeropuerto Militar de Amendola.

Aroma anunciador

El doctor Ernesto Paita afirma que, antes de conocer al Padre Pío, percibió en el balcón de su casa un intenso y misterioso perfume mientras estaba con su madre.

El mismo testigo declara haber oído, tanto cerca como lejos del Padre Pío, perfumes suavísimos como el de las flores más variadas, o parecidos a los aromas de hierbas campestres y de montaña, de resinas y de esencias de todo tipo. A veces, esas fragancias eran finas y delicadas; otras, eran tan intensas que apenas se podía respirar.

El perfume del Padre Pío precedía o acompañaba a veces el encuentro con alguna persona que debía acercarse a Dios; en otras ocasiones, indicaba al testigo la existencia de un enfermo necesitado de su asistencia y consuelo.

El doctor Paita afirma también que sintió el dulcísimo aroma mientras el Padre Pío celebraba Misa, especialmente durante la Consagración y la Comunión.

La distancia no importa

El profesor Nicola Bellantuono manifiesta que percibió muchas veces los variados perfumes del Padre Pío: de violetas, rosas o ácido fénico. Daba igual que el testigo estuviese junto al fraile o a centenares de kilómetros de él.

Alveno Giorni también sintió esa misma fragancia en presencia o ausencia del Padre Pío.

El mejor ambientador

El profesor Mario Montanari asegura que, tras la muerte de su madre, el domicilio de Imola resultó invadido en dos ocasiones por un perfume del Paraíso; concretamente, el estudio y el dormitorio.

El testigo sintió la misma fragancia cuando estuvo con el Padre Pío en San Giovanni Rotondo, comprendiendo que el fraile le llamaba. El encuentro revolucionó su vida, la de su mujer y la de sus cuatro hijos.

La despedida

Rita Tortora de Paita afirma que el Padre Pío se manifestaba mediante sus perfumes. Ella misma los percibió a menudo después de conocerle; siempre fueron para ella una señal premonitrice de que algo iba a suceder.

Había fragancias de todo tipo: jazmín, nardo, jacinto, violeta, rosa, clavel, hierbas del campo, ácido fénico, tabaco, albahaca, limón...

La señora Tortora refiere además que la noche del 23 de septiembre, a las dos de la madrugada, justo cuando el Padre Pío falleció, se despertó oliendo un dulcísimo perfume de muguete, de una intensidad desconocida.

Ella misma declara: «Cuando a la mañana siguiente me enteré de que el Padre Pío se había muerto, pensé que con aquel perfume me había saludado por última vez».

Aviso de peligro

Anna Tortora asegura que percibió el perfume característico del Padre Pío en varias circunstancias, especialmente cuando se le presentaba algún peligro.

En compañía de un ateo

El doctor Pío Trombetta recuerda que en cierta ocasión, hallándose con una persona atea, sintió el perfume del Padre Pío, lo mismo que en otras circunstancias.

Attilio Negrisolo declara, por su parte, haber sentido el perfume del Padre Pío «muchísimas veces», cerca y lejos, en Padua y en el tren.

La hermana Gina Capotondi percibió también muchas veces el «perfume especial» del Padre Pío. Igual que el profesor Giuseppe Sala.

Picor de garganta

Attilio Negrisolo afirma que el perfume del Padre Pío era inconfundible, espiritual. Lo sintió al besar las manos del fraile, cada vez que pasaba a su lado, junto a su celda, fuera

de la iglesia...

Una vez, mientras confesaba, la fragancia fue tan intensa que le picó la garganta. En Padua era un perfume de mil flores: todas las esencias parecían mezclarse.

Agradable almuerzo

Pierino Galeone refiere la siguiente conversación con el Padre Pío:

-Me han invitado a comer... ¿Le gustaría que fuera? -preguntó una mañana.

-¿Y por qué no?» -repuso el Padre Pío.

-Venga usted conmigo, me haría tan feliz... -rogó el testigo.

-¡Claro! ¡Yo también voy! -sonrió él.

Galeone avisó enseguida a los amigos de que el Padre Pío les acompañaría a la mesa. Cuando se disponían a almorzar, un perfume embriagador que todos pudieron advertir invadió el comedor, diluyéndose poco después.

De regreso al convento, el testigo dijo al Padre Pío:

-¡Gracias, Padre! Al final ha estado con nosotros para comer aunque... ¡se ha ido enseguida!

-Hijo mío -alegó él-, he ido encantado a comer con vosotros, pero hacía mucho calor y he tenido que volver.

Ordenación sacerdotal

Pierino Galeone invitó al Padre Pío a su ordenación sacerdotal, a lo que éste accedió encantado.

El 2 de julio de 1950, a las nueve y media de la mañana, mientras oraba postrado ante el altar, Galeone percibió el intenso perfume del Padre Pío. La fragancia duró toda la liturgia. El nuevo sacerdote se sintió inmensamente feliz con la misteriosa presencia del Padre Pío.

En el Santo Sepulcro

Pierino Galeone afirma también que, antes de partir hacia Palestina, pidió al Padre Pío que le acompañase en el viaje y en la visita a los Santos Lugares.

Al entrar en el Santo Sepulcro para celebrar la Misa, sintió su intenso perfume, el cual persistió durante toda la celebración.

El padre Giacinto D'Addario declara que también percibió el mismo perfume entre 1931 y 1933, mientras celebraba la Santa Misa.

Cercanía y protección

La hermana Vincenza Tremigliozi declara haber percibido personalmente muchas veces el perfume del Padre Pío. En cierta ocasión, preguntó al fraile por el sentido de aquella fragancia. «¡Estoy cerca de vosotros y os protejo!», repuso él.

No en vano, el padre Alberto D'Apolito describe varias circunstancias en las que sintió también el misterioso perfume del Padre Pío, signo de su presencia y protección.

Oleadas de gozo

Nello Castello percibió también el perfume cada vez que estuvo con el Padre Pío en San Giovanni Rotondo, igual que en Padua y otros lugares.

El fenómeno se repitió tras la muerte del Padre Pío. El perfume, siempre inesperado, era preferentemente de medicinas, pero no desagradable. Parecido al del ácido fénico, irrumpía misteriosamente como una oleada, que a veces se repetía. Era penetrante y dejaba una sensación de gozo, serenidad y dulzura. También infundía fuerza y coraje, colocando al destinatario en sintonía con el Padre Pío.

El profesor Antonio Bianchi sintió el mismo perfume estando cerca y lejos del Padre Pío, en San Giovanni Rotondo y fuera del pueblo, con insistencia e intensidad; incluso tras la muerte del Padre Pío, en forma de manifestaciones sensibles y frecuentes de su presencia.

Algo extraordinario

El doctor Francesco Fontana, notario de Florencia, da fe de que un día, al recibir la Sagrada Comunión de manos del Padre Pío, le asaltó una extraordinaria fragancia de una intensidad desconocida. Buscó su fuente inútilmente. Sólo después de la Misa supo que «se trataba del perfume del Padre Pío».

Más tarde, en su dormitorio de Florencia volvió a percibir la misma exquisita fragancia.

«¡Mi presencia!»

Cleonice Morcaldi afirma, en sus Testimonios sobre el Padre Pío, que sintió el perfume del Padre Pío durante más de diez minutos seguidos en Foggia, en 1922, mientras se examinaba de oposiciones.

Antes de dirigirse a Foggia, el fraile confortó a la joven, diciéndole: «Quédate tranquila, con los profesores nos las veremos Dios y yo».

Más tarde, ella preguntó al Padre Pío el significado de su fragancia. A lo que él, con mucha sencillez, contestó: «¡Mi presencia!»

Dulce apostolado

Una tarde de enero de 1918, Nina Campanile acudió al convento con su amiga Girolama Longo. Al entrar en la iglesia, debajo del coro, sintió una intensa fragancia de violetas. Se giró para ver si había alguna señora perfumada, pero no vio absolutamente a nadie, ni tampoco flores en el altar.

Al cabo de diez minutos, pasó a su lado el Padre Pío y volvió a sentir una fragancia parecida.

Fuera de la iglesia, encontró en el umbral a varias hermanas espirituales que decían: «¡El Padre emana una diversidad de perfumes!»

Supo entonces la procedencia del misterioso aroma de violetas.

Al día siguiente, el Padre Pío advirtió a Nina: «Escucha, estos dones, perfumes, clarividencia, escrutación de los corazones, bilocación... el Señor los concede no para santificar a la persona que los recibe, sino para atraer a las almas hacia el bien».

Nina Campanile atestigua que volvió a sentir el perfume a distancia.

Entre rosas y lilas

Vittoria Ventrella escribe, en sus Noticias sobre el Padre Pío, que cierto día vio al Padre Pío en la iglesia del convento completamente solo, inmerso en la oración, arrodillado en la balaustrada.

Alejada de él, Nina sintió de repente un perfume de lilas, luego de rosas y finalmente uno mixto. La misma fragancia advirtió una tarde de verano, mientras estaba en la escuela. El propio Padre Pío le confirmó luego que el perfume provenía de él.

ESCRUTACIÓN DE LOS CORAZONES

Las chispas del fuego

Cleonice Morcaldi recuerda, en sus Testimonios sobre el Padre Pío, que antes de escucharla en confesión, el fraile le dijo:

«Yo conozco tu alma como tú conoces tu rostro en el espejo; antes de que hables, ya sé lo que quieres decir. Te advierto, sin embargo, que no debes ocultarme nunca lo que te dice el maligno. Él es como un ladrón: cuando le descubres, huye. Caza rápidamente las tentaciones, pues son como las chispas del fuego: cuanto más están en nuestra mano, más la queman.»

Tirón de orejas

El Padre Giuseppe Pío Martin declara haberse dado cuenta de que el Padre Pío conocía toda su intimidad durante la confesión.

Cierto día, una señora le contó que el Padre Pío la había amonestado porque se estaba acusando de pecados ya confesados.

María Pennisi atestigua, por su parte, que pudo comprobar en dos ocasiones que el fraile conocía su pensamiento.

Sin despegar los labios

Fray Modestino Fucci afirma que cuando iba a confesarse, el Padre Pío le decía todos los pecados antes de que él despegase los labios.

El testigo anotó un día sus faltas en un papel. Cuando se disponía a arrancarlo de la libreta, el Padre Pío lo invitó a que dejase allí sus palabras, alegando que no iba a hacer un acto notarial sino una confesión sacramental. Como siempre, le dijo todos los pecados que el penitente había cometido.

«¡Ha llegado el invierno!»

El Padre Alessio Parente declara haber acompañado a un amigo a la celda del Padre Pío, quien, apenas verle entrar, exclamó: «¡Ah! ¡Ha llegado el invierno!»

Pero estaban en pleno verano... Al escuchar luego la confesión del amigo, el padre Alessio reparó en que el Padre Pío había escrutado el corazón de aquel hombre alejado de Dios.

Casado civilmente

El padre Mariano Paladino afirma que a un inspector ferroviario que pretendía confesarse, el Padre Pío le invitó a reconciliarse primero con el Señor y con la Iglesia, y luego a que volviese con toda la familia.

El testigo supo después, por el penitente, el verdadero significado de la invitación del Padre Pío: el hombre estaba casado civilmente y el fraile, sin conocerlo, lo adivinó enseguida.

Intimidades conyugales

El profesor Gerardo De Caro manifiesta que el Padre Pío le conocía mejor que él mismo. A menudo sacaba a relucir, con compasiva ironía, algunos aspectos de su vida íntima conyugal.

Despido procedente

Anna Tortora declara que una compañera de trabajo le hacía la vida imposible. Sin decirle nada al Padre Pío, lloró junto a él.

El fraile, sin que ella le contase nada, la tranquilizó así: «No llores más... ¡Dentro de quince días se sabrá quién eres tú y quién es la otra!»

Dos semanas después, en efecto, «la otra» fue sorprendida robando y la despidieron del trabajo.

Respuesta sin pregunta

Anna Benvenuto, viuda de Panicali, manifiesta que cuando se enteró de la caída del fascismo, su madre estaba en Foggia, en casa de su hijo, que había sido secretario federal.

Preocupada por sus parientes, la testigo pasó angustiada toda la noche esperando en vano el regreso de su madre.

A la mañana siguiente, muy temprano, fue a ver al Padre Pío, quien, sin mediar palabra, le dijo: «Mamá ha vuelto. Ha llegado esta mañana porque ha tenido que pernoctar en el campo, en casa de unos parientes, a causa del toque de queda decretado tras la caída del fascismo».

Anna Benvenuto regresó esperanzada a casa, donde halló a su madre, que había regresado en su ausencia. La señora esgrimió ante su hija las mismas razones que el Padre Pío.

Lector de corazones

El doctor Pío Trombetta asegura que él mismo comprobó, durante la confesión, que el Padre Pío leía en su corazón.

Attilio Negrisoló manifiesta, por su parte, que siempre tuvo la impresión de que el Padre Pío sabía todos sus pecados. Durante la confesión, leía en su alma y le interrogaba sobre las turbaciones internas de impaciencia. Conocía no sólo los pecados que aún no había confesado, sino los ya confesados y absueltos. Una mañana, el testigo vio al Padre Pío salir a su encuentro para amonestarle por una falta reciente. «¡No se le escapaba nada!»

Divina memoria

Giuseppe Pagnossin afirma que el Padre Pío le recordó muchas veces, durante la confesión, los pecados que había olvidado y a los que concedía escaso valor. Su exactitud era proverbial, incluido el día y las circunstancias en que los cometió.

La carta

Attilio Negrisoló refiere también que una señora de Nápoles quiso confesarse un día con el Padre Pío pero, como debía aguardar un mes a que llegase su turno, decidió escribirle una carta y entregársela personalmente en el pasillo del convento.

Antes de coger la carta, el Padre Pío le dijo: «¿No has dicho que yo no voy a leerla? Entonces, ¿por qué me la das?»

La señora enmudeció. Mientras la escribía pensó que, con tantas cartas como recibía,

seguramente no podría leer la suya.

Médico de almas

El profesor Antonio Bianchi afirma que, durante una confesión, el Padre Pío puso al descubierto toda su vida interior.

Al interrogarle por un asunto, repuso así al fraile:

-La formulación de su pregunta demuestra que usted ya conoce la respuesta. No pierda más el tiempo y respóndala usted mismo...

El fraile, en efecto, contestó a su modo:

-Tampoco el médico, al ver al enfermo, duda de la bondad de su diagnóstico. Pero hace hablar al paciente para verificar la exactitud de su intuición. En cuanto a ti... ¡responde!

Pero, a diferencia del médico, el Padre Pío no preguntaba para poner a prueba su don, sino para gozar de una respuesta abierta y confiada.

Noticias familiares

El padre Giacinto D'Addario recuerda, en sus Testimonios sobre el Padre Pío, que un día, siendo aún estudiante, se encontró en la plaza del convento muy afligido porque no tenía noticias de su familia.

El Padre Pío se le acercó para decirle: «Tranquilo, tranquilo... ¡En casa están bien! Ahora recibirás la carta».

Al cabo de unos minutos, llegó fray Leone con el correo. Abrió el saco y entregó al padre Giacinto una carta con noticias reconfortantes de su familia.

«¡Como te haga ver al demonio!»

El padre Giacinto D'Addario afirma también que, en cierta ocasión, hallándose en la sacristía nueva mirando fijamente a los ojos al Padre Pío, deseó en su corazón ver al demonio en aquellas mismas pupilas. De repente, el Padre Pío le soltó un bofetón, previniéndole: «¡Como te haga ver al demonio...!»

Menudos pensamientos

Mientras asistía a la Misa del Padre Pío, el doctor Luigi Pancaro llegó a dudar no sólo del fraile, sino del mismísimo milagro de la conversión de las especies de pan y vino en el cuerpo y la sangre de Jesucristo (transustanciación).

Al concluir la celebración, el Padre Pío le recriminó:

-¡Qué pensamientos has tenido esta mañana! ¿Cuándo te los vas a quitar? ¿Qué crees que hemos venido a hacer en este mundo?

Añadió que deseaba volver a verle.

A las 15 horas del 29 de mayo de 1958, hallándose de nuevo en el convento, el doctor Pancaro se acercó al Padre Pío. Arrodillado ante él para besarle la mano, escuchó que le decía: «A mí no me disgusta lo que has pensado de mí, pero... dudar del gran misterio que circunda la transustanciación ha sido la mayor ofensa que has podido hacer a Dios».

Dicho esto, añadió clavándole la mirada: «¿Te has convencido ya?»

El doctor Pancaro pidió perdón. El Padre Pío prometió rezar por él y le dio su bendición.

Nada de manos

Vittoria Ventrella afirma, en sus Noticias sobre el Padre Pío, que un médico de San Marco in Lamis ordenó a sus hijas, de visita en San Giovanni Rotondo, que no besasen la mano del Padre Pío por temor a un contagio.

Viendo que todos besaban las manos del fraile al término de la Misa, las dos chiquillas no quisieron ser menos y se acercaron a él con el mismo propósito. Pero el Padre Pío, colocando sus manos detrás de la espalda, las detuvo: «¡No! ¡Obedeced a vuestro padre!»

Las pobres niñas se sonrojaron, maravilladas de que el Padre Pío supiese lo que no habían manifestado a nadie.

BILOCACIONES

Peregrino en Lourdes

Una tarde de julio de 1968, el padre Onorato Marcucci invitó al Padre Pío a ir con él a

Lourdes. Pese a no salir durante muchos años del convento de San Giovanni Rotondo, el Padre Pío afirmó que había estado en Lourdes muchas veces, y no precisamente como todo el mundo, sino en bilocación.

Visitas a Pietrelcina

Invitado a conocer la nueva iglesia de Pietrelcina, el Padre Pío afirmó haber estado ya en el templo sin salir de San Giovanni Rotondo.

Maria Pennisi manifiesta, por su parte, que el Padre Pío se le apareció en Pietrelcina cuando tenía veintidós años, hallándose enferma. Al visitarle luego en San Giovanni Rotondo, el fraile le contó con todo detalle lo que había sucedido entonces.

Un año entero en Roma

El padre Alberto D'Apolito aporta el testimonio de la Madre Esperanza, la religiosa de Collevalenza, según el cual conoció al Padre Pío en Roma, entre 1937 y 1939, viéndole durante un año entero cerca del Santo Oficio.

El bofetón

Giovanna Rizzani Boschi declara que a menudo se confesaba de pecados ya perdonados. El Padre Pío le prohibió seguir haciéndolo, asegurándole que, de lo contrario, le daría una bofetada. Pese a su promesa, la señora Rizzani volvió a confesarse en Nápoles de faltas que ya habían sido absueltas con un padre misionero del Sagrado Corazón.

Tras la confesión, mientras daba gracias al Señor, sintió que una mano invisible le propinaba una sonora bofetada. De regreso a San Giovanni Rotondo, se lo contó al Padre Pío y éste le prometió darle otro bofetón si continuaba haciendo lo mismo.

Milagro en Nueva York

El padre Giuseppe Pío Martin afirma que una señora, ingresada en el hospital San Vicente de Nueva York por un tumor en la garganta, le contó que vio en carne y hueso al Padre Pío junto a su cama. La misma señora declaró que el fraile la bendijo y se curó de inmediato. El milagro aconteció durante el último año de vida del Padre Pío.

Confesor en Turín

El padre Alberto D'Apolito declara haber escuchado al Padre Pío pronunciar la fórmula de la absolución mientras contemplaba la montaña desde la ventana de su celda en San Giovanni Rotondo. Días después, llegó desde Turín un telegrama para el superior del convento, agradeciéndole que hubiese permitido al Padre Pío viajar hasta allí para asistir al moribundo.

Celda y saloncito

Fray Celestino Di Muro declara que un hombre llamó cierto día con insistencia a la puerta de la celda número 5 del Padre Pío. Corría el año 1960. El fraile respondió por tres veces desde el interior: «¡Espera, estoy ocupado!»

Al cabo de un rato, fray Celestino y el visitante vieron llegar al Padre Pío por la ventana «Ave María». Ambos aseguran que el Padre Pío habló durante hora y media con monseñor Maccari en el saloncito...

Despedida en Pietrelcina

Pía Forgione-Pennelli, sobrina del Padre Pío, afirma que su madre, antes de fallecer, vio al fraile en un rincón de su casa de Pietrelcina. También lo vio, al mismo tiempo, el doctor Cardone; la testigo y su padre percibieron, en cambio, un fuerte perfume de incienso, rosas y nardos.

Abrazo a distancia

El profesor Gerardo De Caro manifiesta que en cierta ocasión, mientras escuchaba su confesión en la antigua sacristía, el Padre Pío se alejó un momento, excusándose. En aquellos instantes de ausencia, el testigo se sintió físicamente abrazado por el Padre Pío, que volvió enseguida para retomar la confesión.

De Pozzuoli a Palestina

El padre Tarcisio Zullo declara haber visto dos veces al Padre Pío en bilocación: mientras predicaba en Pozzuoli, en 1954; y hallándose en Palestina, en 1956. El propio Padre Pío le confirmó luego ambos «viajes».

Curación en Foggia

El doctor Mario Frisotti declara que, al curarse de una grave indisposición-en 1952, vio

en bilocación al Padre Pío en su casa de Foggia.

El testigo añade que en otras ocasiones percibió la misma presencia física del Padre Pío.

«Era yo!»

Anna Benvenuto, viuda de Panicali, afirma que su madre, antes de dar a luz, vio a un fraile al pie de la cama, en su casa de Ariano Irpino. Era el 25 de julio de 1921.

Diecinueve años después, comprobó que aquel mismo capuchino era el Padre Pío. La testigo le pidió que aun así confirmase el hecho, a lo que éste respondió: «Aquel fraile que vio tu mamá... ¡era yo!»

Con el mariscal

El doctor Pío Trombetta declara que su padre, mariscal de los carabinieri de San Martino in Pensilis, aseguraba haber visto al Padre Pío en bilocación.

Centro de luz

Nello Castello refiere que, en 1947, la señora Costantina Nalesso, de Padua, se despertó un día a causa de una intensa luz en el centro de la cual vio al Padre Pío.

«¡Mañana volverán!»

El mismo testigo, Nello Castello, relata también que en 1957, cuando se disponía a llevar en su coche al hijo de su hermana, de diez años, se vio obligado a posponer el viaje de regreso del jueves al viernes. El testigo estaba preocupado porque no podía avisar a su hermana del retraso, ni siquiera por teléfono.

Al regresar finalmente con su sobrino, la encontró muy calmada. Intentó excusarse, pero ella le dijo que ya había sido informada de la demora la tarde anterior, cuando se le apareció el Padre Pío en su dormitorio, diciéndole: «Tranquila, han tenido un obstáculo... ¡Mañana volverán!»

Actor y personaje real

El padre Eusebio Notte manifiesta que el actor Carlo Campanini, tras haber visto al Padre Pío en su casa de Roma, le pidió encarecidamente que hablase con el fraile para

disipar la mínima sospecha sobre una posible alucinación.

Tras mucho insistirle, aludiendo a la bilocación, Eusebio Notte logró que el Padre Pío admitiese finalmente que «estas cosas» sucedían cuando el Señor las permitía.

En la clínica

Sor María Francesca Consolata declara que, en julio de 1959, mientras se recuperaba en la clínica, vio al Padre Pío junto a su cama, sonriéndole. En cuanto extendió los brazos hacia él, desapareció.

«¡Yo estaba contigo!»

Cleonice Morcaldi afirma, en su Diario, que se quejó al Padre Pío por no hacerse sentir ninguno de los sesenta días de recuperación que pasó en cama, tras una intervención quirúrgica.

A lo que el fraile alegó: «¡Yo estaba cerca de ti, pero tú buscabas lejos! Estabas prósbito, pero tu enfermera me vio».

Olga, la auxiliar amiga de Cleonice, confirmó en efecto haber visto al Padre Pío junto al lecho de la enferma.

En honor a Jesús

Vittoria Ventrella asegura, en sus Noticias sobre el Padre Pío, haber visto una tarde al Padre Pío sentado junto a su cama.

El fraile le preguntó:

-¿Cuánta fiebre tienes?

-No lo sé, Padre -repuso ella-; aún no me han puesto el termómetro.

-Hija mía -añadió él, incorporándose-, hay que reflejarse cada día más en Jesús Crucificado.

Presa del sueño, Vittoria Ventrella cerró los ojos; al abrirlos de nuevo, el Padre Pío había desaparecido.

El alfarero blasfemo

Vittoria Ventrella refiere también que cierto día un alfarero de San Severo llevó varios utensilios de terracota al convento de San Giovanni Rotondo, en atención al Padre Pío.

La testigo supo luego que aquel mismo alfarero, cada vez que no conseguía encender el horno, blasfemaba sin parar. Una de esas veces, se le apareció el Padre Pío pidiéndole una cerilla encendida para, después de prender el horno, regañarle severamente para que no volviese a ofender a Dios.

El alfarero preguntó al fraile quién era: «¡Soy el Padre Pío!», contestó él.

Desde entonces, el hombre dejó de blasfemar, profesándole un gran cariño.

MÁS PRODIGIOS

Entre las llamas

El padre Alberto D'Apolito recuerda que el 19 de marzo de 1947, el Padre Pío y el padre Raffaele, de Sant'Elia a Pianisi, visitaron a su amigo y sacerdote Peppino Messa, enfermo desde hacía tiempo.

Al llegar a la calle donde vivía Peppino, se toparon con un gran fuego que les impedía el paso. El padre Raffaele quiso regresar, pero el Padre Pío le exhortó a que continuasen: «¡Yo voy delante, tú sígueme!» Y pasaron entre las llamas sin quemarse.

Transfiguración

El mismo testigo, el padre D'Apolito, afirma haber visto muchas veces cómo el rostro del Padre Pío se transfiguraba en el de Jesús.

Experiencias análogas vivieron su padre, Salvador, un amigo suyo y el profesor Rocco Guerini de Roma.

El profesor Nicola Bellantuono recuerda también que, en una de sus confesiones, vio el rostro del Padre Pío tan sufriente que parecía el de Jesús Crucificado.

Ruidos y llamadas

El padre Alessio Parente alude a las visiones celestiales y vejaciones diabólicas que

experimentaba el Padre Pío.

El propio testigo constató muchas veces algunos de sus efectos. No en vano, el padre Alessio se despertaba a menudo a causa de misteriosos golpes en la puerta; otras veces, una voz desconocida lo llamaba por su nombre justo cuando debía acompañar al Padre Pío desde el confesonario a su celda.

Un día, el Padre Pío le dijo: «Cómprate un despertador nuevo. ¿Crees que voy a mandarte siempre al Ángel Custodio?»

El mensajero

El doctor Adolfo Affatato solía acudir a San Giovanni Rotondo mientras estudiaba en Nápoles. En una de sus visitas, el Padre Pío le dijo: «Hijo mío, si no puedes venir, acude a una iglesia donde esté el Santísimo Sacramento y envíame a tu Ángel Custodio.»

Preocupado por un examen de Derecho Privado, Adolfo visitó todas las iglesias que halló a su paso mientras se dirigía a la sede del examen. La prueba le salió fenomenal.

De regreso en San Giovanni Rotondo para darle gracias al Padre Pío, éste le comentó: «Te dije que en los momentos de necesidad podías enviarme al Ángel Custodio... ¡Pero bastaba con una sola vez!»

«¡Cargaré con vuestras penas!»

El padre Tarcisio Zullo declara que el padre provincial, Agostino de San Marco in Lamis, enfermó gravemente de broncopulmonía en 1957.

El testigo acudió a San Giovanni Rotondo para informar de ello al Padre Pío, quien le mandó decir al padre provincial que «estuviese tranquilo».

Al volver a Foggia, el padre Tarcisio comprobó que el padre Agostino había mejorado mucho. Supo luego que el Padre Pío había enfermado en aquel mismo instante. Recordó entonces lo que solía decir él a los hermanos que sufrían: «¡Cargaré con vuestras penas!»

El intérprete

El mismo testigo, padre Tarsicio Zullo, afirma que el Padre Pío le dijo que su Ángel Custodio le hacía siempre de intérprete para comprender tantas lenguas y dialectos.

El niño escondido

El profesor Luciano Lucentini recuerda que su tía Emilia Settimo de Polletti, de Imola, acompañó a su hijo Ángel, de seis años, hasta San Giovanni Rotondo para que recibiese la Primera Comunión de manos del Padre Pío. Corría el año 1939. Al día siguiente de su llegada, entraron en la iglesia antigua del convento, repleta de fieles. Aun ignorando su presencia y el motivo de la visita, el Padre Pío llamó en voz alta al niño, escondido entre la multitud, para que le dejaran acercarse hasta el altar.

El prisionero

Anna Benvenuto, viuda de Panicali, declara que su hermano, oficial del Ejército, había sido declarado desaparecido en Albania.

Al preguntarle por él, el Padre Pío aseguró que no estaba desaparecido, sino que había sido hecho prisionero.

Sus hermanos sospechaban, sin embargo, que el Padre Pío no había tenido la valentía de decirle la verdad a su madre; estaban convencidos de que todos los miembros del comando, incluido su hermano, habían muerto en combate.

El Padre Pío protestó enérgicamente al enterarse de su versión, alegando que jamás habría engañado a una madre. Detalló incluso que el prisionero había resultado herido en una pierna y en la espalda.

Tras confesarse con el fraile, la señora Benvenuto le preguntó cómo podía saber con tanta exactitud el estado de su hermano. El Padre Pío explicó que, mirando el tabernáculo, veía a Renato, el hermano prisionero. Aseguró que Renato se parecía mucho a su hermano Attilio: «Tienen los mismos ojos», advirtió.

La madre lloró, conmovida, y supo que el Padre Pío decía la verdad.

La voz de su madre

El doctor Ernesto Paita comenta que, debido a sus múltiples ocupaciones en San Giovanni Rotondo, estuvo mucho tiempo sin tener contacto telefónico con su madre.

Un día, mientras se dirigía a la iglesia, oyó la voz de su madre que le llamaba por su nombre. Sorprendido y caviloso, temiendo que algo malo le sucediese a ella, salió al encuentro del Padre Pío, quien, nada más verle, le dijo: «¿Tú no tienes padres?»

El testigo comprendió enseguida. Al telefonar a su madre, comprobó que en realidad quería comunicarle que un tío suyo estaba grave de salud.

Como un fantasma

El mismo testigo, Ernesto Paita, alude a un fenómeno constatado también por otras personas: a veces, cuando el Padre Pío se recogía en oración en la sacristía, rodeado de sus hijos espirituales, desaparecía de su vista como si se disolviese en la nada, para reaparecer poco después.

Despierto y en sueños

El doctor Paita asegura también que, tras sus primeras confesiones con el Padre Pío, éste se le apareció luego con cierta frecuencia, bendiciéndole.

Más tarde, en lugar de hacerlo en plena vigilia, se le apareció en sueños que a menudo precedían o guardaban relación con acontecimientos significativos.

El abuelo

Mientras regresaba al hospital, tras asistir a un parto, el doctor Luigi Pancaro se encontró en el camino con el padre de la mujer que acababa de dar a luz. Detuvo el coche para comunicarle la buena nueva, pero el hombre no le dejó hablar, gritando: «¡Lo sé, doctor! ¡Muchas gracias! ¡Ha nacido un hermoso niño!»

Sorprendido, el doctor Pancaro le preguntó cómo se había enterado. «Me lo ha dicho el Padre Pío», aseguró.

Y añadió: «Mientras rezaba cerca de su celda, me ha dicho: «Vete y agradece al Señor que te haya dado un hermoso nieto».

Una rosa y un clavel

Rita Tortora de Paita asegura que, tras siete años de matrimonio, todavía no tenía hijos. Cada vez que se confesaba con el Padre Pío, le pedía siempre la misma gracia de ser madre. El fraile la invitaba, una y otra vez, a orar.

El 5 de mayo de 1951, Rita pidió al Padre Pío que le regalase una rosa por su cumpleaños; a lo que él alegó:

-¿Sabes que las rosas tienen espinas?

-¡Pues regáleme un clavel! -repuso ella.

El Padre Pío la miró en silencio.

Aquella misma tarde había una representación en una sala del convento. El Padre Pío se hallaba entre los presentes, junto al padre provincial, el superior y otros frailes.

Una de sus hijas espirituales se apresuró a colocar un cojín en la silla de madera destinada a él; al verlo, el Padre Pío lo cogió, echándolo hacia atrás, mientras en la otra mano sostenía un ramo de claveles.

La hermana de Rita Tortora, Angelina, interpretó el gesto como si el Padre Pío hubiese arrojado algún regalo. Pidió así, en voz alta, un clavel para su hermana. El Padre Pío extrajo uno rojo del ramo y lo lanzó hacia Rita. La flor se posó sobre su vientre.

El 7 de febrero de 1952, tras nueve meses justos de embarazo, Rita alumbró al fin una hermosa niña a la que llamó Pía, la cual partió al Cielo el 29 de mayo de 1960.

Ni un rasguño

Anna Tortora recuerda lo que le sucedió mientras realizaba las tareas domésticas en su casa de Cerignola; su madre se hallaba entonces en San Giovanni Rotondo, en la habitación de Assunta di Tommaso.

De repente, el borde del vestido de Anna empezó a arder. Incapaz de quitárselo, la mujer invocó al Padre Pío y no sufrió la más mínima quemadura.

En aquel preciso instante, su madre conversaba con el Padre Pío, quien le comentó: «Dime: ¿le ha pasado algo a tu hija?»

La señora Tortora negó con la cabeza, pues ignoraba el accidente. Sólo cuando habló luego con ella supo que los hechos se habían producido al mismo tiempo.

Presencia invisible

Anna Benvenuto afirma que una amiga suya sintió muchas veces un perfume de rosas mientras paseaban juntas; al contrario que ella.

A la mañana siguiente, el Padre Pío preguntó a la testigo, en la iglesia:

Anni, ¿llevas medias?

Ella asintió, mirándose las piernas.

-Ya sé que ahora las llevas -repuso el fraile-. Pero... ¿por qué no las llevabas ayer por la tarde?

Y añadió:

-¡Recuerda que somos un espectáculo para el Ángel Custodio y que no debe entristecerse por nosotros!

El perfume que sintió su amiga era el signo invisible de la presencia del Padre Pío, que seguía a todas partes a sus hijas espirituales.

El atropello

Anna Benvenuto manifiesta también que un día su marido la acompañó hasta Foggia en automóvil. Durante el trayecto, un perro se cruzó repentinamente en la carretera, siendo atropellado por el coche. La pareja mantuvo en silencio el accidente por miedo a posibles represalias.

Aquella tarde, el marido fue a San Giovanni Rotondo para saludar al Padre Pío, que en aquel momento conversaba con otros amigos en el huerto. Nada más verle, el fraile dijo a los presentes, señalándolo: «¡Mirad al que mata a los perros en la carretera!» Y sonrió.

En sueños y despierto

Nello Castello afirma que mantuvo conversaciones en sueños con el Padre Pío, quien luego las retomó con él estando ya despierto.

La onda del alma

Attilio Negrisoló declara que el 26 de julio de 1947, mientras confesaba por primera vez con el Padre Pío, se sintió invadido por una especie de onda emanada del fraile, la cual penetró en su cuerpo a la altura del corazón y, a través del estómago, llegó hasta la espalda. Fue como si una esfera le atravesase por dentro, desapareciendo poco a poco. Attilio pensó que era el alma del Padre Pío.

«¡Sé buen hijito!»

El mismo testigo, Attilio Negrisolo, afirma que en julio de 1950, tras unos ejercicios espirituales, decidió regresar a San Giovanni Rotondo sin comunicar a nadie su propósito.

Hallándose en la iglesia, vio al Padre Pío abrirse paso entre el gentío en dirección a él, que estaba en la cuarta fila. Una vez a su lado, le abrazó, deseándole así buen viaje: «¡Sé buen hijito!»

La tercera palabra

Attilio Negrisolo refiere también que una mañana, hallándose en el Seminario de Padua, vio en sueños una lápida con esta inscripción: «Humildad, caridad y paciencia». La última palabra, inexplicablemente, se borró de repente.

El testigo leyó perfectamente las tres palabras pero, al despertarse, fue incapaz de recordar la tercera de ellas, suprimida durante el sueño.

Al cabo de dos meses, se confesó con el Padre Pío, quien, tras escuchar sus pecados, le hizo recitar el acto de contrición, añadiendo: «Humildad, caridad...». Luego, alzando el tono de voz, remató la frase: «¡...y paciencia!»

El testigo recordó entonces la inscripción completa del sueño. El Padre Pío quiso llamar así su atención sobre esta virtud.

El rostro de Jesús

Pierino Galeone declara que por dos veces vio cambiar el semblante del Padre Pío por el de Jesús.

Flotando en el aire

El mismo testigo, Pierino Galeone, afirma que vio un día al Padre Pío elevarse sobre el confesonario a una altura de unos dos metros del suelo y avanzar rodeado de nubes que acabaron envolviéndolo por completo.

Interrogado sobre el suceso, el Padre Pío dijo:

«Cuando he acabado de confesar esta mañana y me he levantado, tenía unos mareos tan fuertes que temí caerme al suelo. He rogado gentilmente a los ángeles que me

librasen del apuro y me han ayudado dejando que caminase sobre las cabezas de la gente. ¡Menudas cabezas tan duras! ¡Qué ladrillos!»

La prórroga

Pierino Galeone asegura también que un señor de Martina Franca le pidió que encargase al Padre Pío oraciones por su esposa, herida de muerte por un tumor maligno.

Tras oír a Galeone, el Padre Pío elevó su mirada y dijo: «¡Está bien! El Señor le concede una prórroga».

El testigo, feliz, transmitió luego al marido la espléndida noticia. Nueve años después, comunicaron por teléfono a Galeone que la mujer había vuelto a enfermar. El testigo recurrió de nuevo al Padre Pío, quien le comentó esta vez con dulzura: «Yo le di una prórroga, no la curación definitiva».

Un mes después, la señora falleció.

El soplón

Adolfo Affatato debía examinarse para ser médico en 1976. A las cinco de la madrugada, mientras soñaba, el Padre Pío le sopló el tema del examen. Una vez despierto, se preparó a conciencia aquel tema... ¡el mismo sobre el que luego le preguntaron!

Salvado de milagro

El administrador de la Casa Alivio del Sufrimiento, Enzo Bertani, declara que la tarde del 29 de enero de 1973, mientras regresaba de Foggia, un viento huracanado arrancó de cuajo un árbol plantado al borde de la carretera, el cual se desplomó sobre la parte anterior de su coche.

Enzo gritó, pidiendo ayuda al Padre Pío; enseguida comprobó que estaba ileso.

Por si fuera poco, al salir del coche esquivó milagrosamente la embestida de un camión que, a gran velocidad, acabó partiendo el árbol en dos.

El emisario remolón

El padre Guillermo, de San Giovanni Rotondo refiere, en sus Testimonios, que en 1911, hallándose en Venafrò, el Padre Pío expresó su deseo de colocarse sobre el hábito una

camisa blanca antes de recibir a Jesús Sacramentado.

Una mañana fue preciso traer el lino blanco desde lejos, a la hora convenida. El portero avisó que se dirigía a la entrada a buscarlo. Pero el Padre Pío le previno que no fuese hasta allí, pues la persona que debía traerlo llegaría con varias horas de retraso. El portero obedeció. Sólo cuando el fraile se lo indicó, se encaminó hacia la puerta comprobando que... ¡la persona acababa de llegar!

«¡De buena te has librado!»

El padre Adriano Leggieri afirma que su madre, tras sufrir complicaciones por un parto prematuro, fue desahuciada en el hospital de Foggia. Los médicos decidieron darle el alta para que pudiese entregar su alma a Dios en su propia casa.

En aquel momento, el director del hospital de Foggia se hallaba en San Giovanni Rotondo con el Padre Pío, quien le exhortó de repente a que regresase al centro, donde una paciente requería su presencia.

El médico llegó al hospital mientras daban de alta a la enferma. Tras examinarla, decidió operarla de urgencia, salvándole la vida.

«Dale las gracias al Padre Pío, que me ha enviado!», dijo luego el doctor a la señora. Más tarde, ella visitó al Padre Pío para darle las gracias. «¡De buena te has librado!», celebró el fraile.

Curados al instante

Monseñor Mario Crovini, canónigo de la Basílica de San Pedro de Roma y protonotario apostólico, da cuenta de lo acaecido cierto domingo en que acompañó al Padre Pío desde la celda número uno hasta el Coro.

En el pasillo se toparon con un coronel del Ejército y el capellán. El Padre Pío acogió gentilmente al militar, pero ignoró voluntariamente al capellán que intentó en vano besarle la mano.

Ante la insistencia del testigo para que atendiese al capellán, el Padre Pío susurró: «¡No lo merece!», limitándose a tenderle fríamente la mano.

Luego, miró a lo lejos, diciendo: «Allá al fondo hay un hombre que verdaderamente me necesita».

Esquivando a todos, alcanzó con paso resuelto al hombre, rodeándole cariñosamente

el cuello con el brazo, antes de decirle: «¡Vete tranquilo! ¡Tu hijo está curado!»

Monseñor Crovini, sorprendido, encargó a un amigo común, Angelo Battisti, que indagase lo ocurrido y le contase el desenlace antes de regresar a Roma.

Al cabo de un mes, su informador Battisti le dijo que el capellán había regresado convertido en un hombre nuevo para ver al Padre Pío, que lo acogió esta vez con afecto de padre.

Respecto al hombre, en cuanto volvió a casa halló a su hijo totalmente curado. A las doce del mediodía exactamente, cuando el Padre Pío le dijo que su hijo ya había sanado, el chico saltó de la cama como una catapulta, predicando así con el ejemplo.

El camerino

Vittoria Ventrella refiere, en sus Noticias sobre el Padre Pío, la primera visita que el fraile hizo a su casa. Las hermanas deseaban que bendijese el hogar y lo acompañaron en su recorrido por las cuatro habitaciones. De repente, el Padre Pío sugirió: «¿Y el camerino? ¿Por qué no lo bendecimos también?»

Las hermanas no daban crédito a la propuesta, pues aquel lugar apartado de la casa trataban de ocultarlo por estar desordenado y sucio.

En un suspiro

Vittoria Ventrella recuerda también que cierto día el Padre Pío, de visita en su casa, expresó el deseo de acudir también a la de su otra hija espiritual, Ángela Massa.

Las hermanas Ventrella se disgustaron un poco, pues deseaban que el Padre Pío permaneciese el mayor tiempo posible con ellas. Además, Ángela Massa vivía a una hora de distancia de allí. Pero el fraile les prometió: «Volveré pronto». Y cumplió su palabra, pues al cabo de pocos minutos ya había regresado.

El canario

Vittoria Ventrella declara igualmente que el Padre Pío volvió una tarde a su casa para hablar de Dios a sus hijas espirituales.

Al canario, que acostumbraba desde la jaula a unir sus gorjeos con las voces de los invitados, el Padre Pío le ordenó: «¡Tú, hoy no cantarás!»

El pajarito obedeció; durante toda la tarde se limitó a saltar alegremente, de un lado a otro, sin abrir el pico.

ANEXO PARA LA QUINTA EDICIÓN

IMPACTO SÚBITO

Muchas cosas buenas suceden en la vida cuando menos se esperan.

La tarde del 20 de abril de 2011, camino del tanatorio de Tres Cantos, en las afueras de Madrid, volvió a vibrar el móvil en mi bolsillo.

Al otro lado del teléfono reconocí enseguida la voz entusiasta de Carmelo, mi editor:

-¡Nos estamos quedando sin ejemplares de Padre Pío! -exclamó como el ateo que un día de repente cree-. Álex [director de LibrosLibres] me ha dicho que vamos a tener que reimprimir; de modo que vete pensando en escribir un nuevo capítulo sobre el gran impacto del libro en la gente...

Álex Rosal, Carmelo López-Arias y yo habíamos celebrado con especial júbilo los incontables testimonios que seguían recibándose desde finales de octubre de 2010, cuando se puso a la venta la primera edición de Padre Pío.

En apenas seis meses, estaba a punto de agotarse la cuarta reimpresión y, entretanto, en el correo electrónico del padre Elías Cabodevilla y en el de mi página web se acumulaban los mensajes de lectores agradecidos al santo de Pietrelcina por su intercesión en favores y/o milagros de todo tipo: curaciones, conversiones, empleos, embarazos, «príncipes azules», vocaciones sacerdotales... y hasta testimonios de personas ofrecidas al Señor como víctimas para salvar almas.

LA SONRISA DE MARTA



En cuanto colgué el teléfono, pensé en Marta, la niña de nueve años que acababa de irse al Cielo.

Hasta el mismo instante de su muerte, devorada por un cáncer galopante, la pequeña había conservado intacta su seráfica sonrisa.

Tuve la certeza entonces de que Martita, como el Padre Pío, había empezado ya a hacer más ruido muerta que viva.

En su larga agonía, culminada con su marcha al Paraíso el 19 de abril de 2011, la

chiquilla se había mantenido aferrada a una reliquia especial del Padre Pío y a una medallita de la Madre Teresa de Calcuta. Celestiales compañías.

Cinco meses antes, el 23 de noviembre de 2010, yo había conocido a su padre, Alberto Pascual, durante la presentación de Padre Pío que corrió a cargo de monseñor José Ignacio Munilla, obispo de San Sebastián, y de fray Nazario Vasciarelli, ex superior del convento de San Giovanni Rotondo, venido desde Italia con tal fin.

Alrededor de trescientas personas, en la presentación más multitudinaria que recuerdo de todas mis obras, se congregaron aquella tarde en la parroquia María Virgen Madre, en el madrileño barrio de Canillas, para oír hablar del Padre Pío.

Reinaban en la enorme sala una extraña complicidad y un silencio claustral mientras monseñor Munilla aseguraba, a través del micrófono, que el gran santo italiano fue suscitado por Dios «para sacudir la incredulidad de nuestro siglo y para escándalo de las mentes secularizadas».

El obispo criticó la mentalidad racionalista de quienes «impiden a Dios ser Dios» por considerar que «no puede actuar o manifestarse sensiblemente en el espacio ni en el tiempo, o que no puede ser la causa de acontecimientos especiales sino solamente fuente de leyes universales».

Alberto Pascual, ingeniero de Telecomunicaciones y empresario, estaba convencido también de que el Padre Pío, como advertía Munilla, era «un santo para los tiempos de secularización».

Desde que en enero de 2008 diagnosticaron a su hija Marta, con tan sólo seis años, un agresivo cáncer pediátrico en su peor variante («neuroblastoma de alto riesgo con amplificación del oncogén n-Myc»), Alberto y un grupo de familiares y amigos habían peregrinado esperanzados a Fátima, Lourdes, Tierra Santa y Medjugorje en busca de la milagrosa curación.

«Pero siempre -admite él hoy- guardé en cartera el último recurso, la última esperanza, el lugar del gran milagro: San Giovanni Rotondo, al sur de Italia».

Esa decisiva carta iba a jugarla Alberto, con una fe inquebrantable, en marzo de 2011.

Entre tanto, su hija Marta, la mayor de tres hermanos, revivía aquí su propio Gólgota.

Un tumor descomunal invadió su abdomen en diciembre de 2007.

La ecografía realizada el día 28, festividad de los Santos Inocentes, evidenciaba que el

bulto abrazaba la aorta, impidiendo la cirugía.

«Nunca olvidaré -recuerda Alberto- el momento en que se lo comuniqué a mis padres, los abuelos de Marta. Mi madre quedó desorientada, ida. No cesaba de interrogarme sobre el diagnóstico, como si le pareciese mentira. Pero mi padre, tras sollozar unos instantes, marcó enseguida la senda de fe que debería acompañarnos desde entonces, sentenciando:

»-Como dijo el Santo Job: Señor, Tú me la diste, Tú me la quitaste. ¡Alabado sea el Señor!«.

Días después, Marta entró por primera vez en el quirófano para extraerle muestras del tumor y colocarle el dispositivo a través de cual se le administrarían medicamentos y se le efectuarían analíticas de sangre.

Al salir del quirófano, expresó un deseo a su abuela materna con una sonrisa inefable: «Quiero rezar».

«¡Y ya lo creo que rezamos desde entonces: rosarios, novenas, jaculatorias...!», corrobora su padre.

Comenzó entonces la temible quimioterapia.

Durante el primer mes, la inflamación de las mucosas digestivas impedía a la pequeña ingerir alimentos e incluso hablar; tan sólo se comunicaba con la mirada. Orinaba sangre y parecía que la vida se le escapaba a borbotones.

Siguieron meses de hospitalizaciones y pruebas médicas interminables. Aislaron a Marta durante cuatro semanas en una habitación para someterla a un trasplante de médula ósea... «Pero jamás desapareció de su rostro aquella radiante sonrisa», advierte Alberto, aún maravillado.

Tras su notoria mejoría, la niña retornó al colegio, sin faltar cada semana a los controles analíticos pese a los cuales, y a la dificultad añadida de estudiar todas las asignaturas en alemán, destacaba entre sus compañeros de clase.

Pero cuando todo parecía ir mejor, sobrevino en verano de 2009 una nueva estación en su Vía Crucis particular al detectarse metástasis en la cavidad torácica y en los ganglios del cuello.

Analizado el tumor por el doctor Shimada en Los Ángeles (Estados Unidos), el padre mundial de la clasificación del neuroblastoma, se concluyó que la enfermedad de Marta

era incurable. Hasta tres especialistas estadounidenses coincidieron en el letal diagnóstico.

A esas alturas, Alberto ya había oído hablar del Padre Pío; la primera vez, al enterarse de que un amigo suyo de Sevilla se había curado de un cáncer por intercesión del santo de Pietrelcina.

Alberto reparó de nuevo en su presencia, acudiendo muchas tardes a Misa en los capuchinos de El Pardo, donde al entrar se topaba con una fotografía suya que le infundía ánimo y serenidad.

Al mismo tiempo, confió humanamente la suerte de su hija a los especialistas del Memorial Sloan-Kettering Cáncer Center de Nueva York, cuyo tratamiento podía seguirse desde Barcelona; concretamente, en el Departamento de Oncología Pediátrica del Hospital de San Juan de Dios, a cuyo frente estaba el célebre doctor Mora.

«En diez días -explica- organizamos la mudanza a Barcelona. Alquiler de piso, traslado de enseres, de expedientes académicos a un nuevo colegio con el curso ya empezado... Cambio de ciudad, de amigos, de forma de vida. Aunque disponía de despacho profesional también en Barcelona, cada semana tendría que volver a Madrid para asegurar el trabajo y el sostenimiento de mi familia».

Comenzó así un nuevo calvario de quimioterapia, cirugía y hospitalizaciones, que obligó a Marta a permanecer ingresada casi todo el mes de agosto de 2010. Eso sí, cada día que pasaba en su casa, lo disfrutaba como si fuera el último de su vida terrenal.

«¿De dónde sacaba Marta las fuerzas para hacer largos y largos en la piscina?», se preguntaba, admirado, su padre.

Herida de muerte, la increíble deportista se apuntó incluso a un curso de baile extraescolar.

Aquella Navidad la pasó con su familia en Madrid, donde su padre rezaba cada noche la novena con una diminuta reliquia del Padre Pío que le regaló uno de los frailes de El Pardo.

Las esperanzas médicas estaban depositadas ahora en una terapia experimental aplicada con éxito en un caso similar al de Marta, registrado en el hospital madrileño del Niño Jesús.

Consistía aquélla en desarrollar en el laboratorio un virus a partir de las células cancerígenas de Marta para inoculárselo luego a ella misma, de modo que atacase a sus células malignas provocando una reacción en su sistema inmunológico que erradicase la

enfermedad.

Enviadas las células a Madrid, en espera de la terapia curativa, Marta seguía debatiéndose entre la vida y la muerte.

A primeros de marzo de 2011, la pequeña entró en convulsión en el hospital. Controlada la situación, el TAC reflejó la existencia de coágulos de sangre en la cabeza, causados probablemente por los bajos niveles de plaquetas que la obligaban a someterse a tres transfusiones semanales como mínimo.

Entre tanto, la niña iba al colegio y... ¡seguía bailando!

Poco después, tras una intervención quirúrgica, se comprobó que los coágulos no eran tales sino dos enormes masas tumorales que invadían ya su cabeza.

Había llegado la hora de echar el último órdago al Cielo.

Barcelona, Roma, Bari... En este último aeropuerto, Alberto alquiló un automóvil con un amigo suyo, rumbo al convento de San Giovanni Rotondo.

Al llegar allí, me telefoneó para que le orientase en sus siguientes pasos; le remití a monseñor Juan Rodolfo Laise, un obispo argentino que residía en el mismo convento desde hacía ocho años, con quien tuve la fortuna de confesar durante mi viaje a San Giovanni para escribir el libro que el lector tiene ahora en sus manos.

Alberto y su amigo también confesaron con él.

Al día siguiente, a las 8.15 de la mañana, monseñor Laise celebró la Misa con ellos dos solos al pie del altar de la iglesia donde el Padre Pío recibió los estigmas del Señor.

Paralelamente, el padre Elías Cabodevilla hizo llegar a Marta una reliquia especial del Padre Pío, que ella conservaría a su lado hasta el mismo instante de su muerte.

De regreso a Barcelona, todo discurrió vertiginosamente.

Marta fue trasladada a Madrid en una ambulancia medicalizada para someterse a la viroterapia.

El cáncer se le había enroscado en el abdomen, como una anaconda.

Apenas podía caminar. Recibida la viroterapia, salió a pasear con sus padres en silla de ruedas. Cuando llegó al parque, se levantó de la silla para columpiarse con sus hermanos.

Al día siguiente, entró ya en coma, y un sacerdote le administró la Extremaunción.

Los médicos le transfundieron sangre para poder aplicarle un nuevo ciclo de viroterapia. Volvió entonces a recuperar la consciencia, recordando perfectamente haber recibido el Sacramento.

«Su madre le dijo que se estaba muriendo -comenta Alberto-. Queríamos que Marta fuese plenamente consciente de su encuentro con Dios. Sus hermanos la ayudaron a lavarse, extendiéndole crema hidratante por el cuerpo... Tras casi cuatro horas de sangrado por la nariz y la boca, Marta entró en el Cielo».

Nadie mejor que su padre discierne hoy el auténtico prodigio obrado con Marta:

«¿Dónde estaba el Padre Pío? ¿No era tan milagroso? -inquieta Alberto-. Dios no nos ha escuchado... No es cierto. El milagro no era la sanación de Marta. Su destino era otro. Marta ya estaba haciendo milagros cuando unió a tanta gente en oración. Marta hacía milagros cuando sus circunstancias nos devolvieron el contacto con familiares que habíamos perdido por estúpidas desavenencias. Ella fue un ejemplo de cómo vivir el dolor con alegría. El modo de vivir la enfermedad y la manera en que nos contagiaba su entusiasmo eran ya de por sí un gran milagro. Su sonrisa, el brillo de sus ojos... Marta era un ángel destacado en la Tierra que nos enseñó a vivir cristianamente. Sólo una intervención sobrenatural puede explicar el modo en que hemos afrontado toda la familia su enfermedad y muerte. El milagro es el modo en que Dios ha obrado en nosotros para mostrarnos como ejemplo ante la adversidad».

En el recordatorio de su marcha al Cielo, al dorso de su sonriente fotografía, Alberto y Maite estamparon con inspirado acierto estas emotivas palabras recogidas en la novena a la religiosa polaca Faustina Kowalska, canonizada por Juan Pablo II:

«Hoy, tráeme a las almas mansas y humildes y a las almas de los niños pequeños, y sumérgelas en mi Misericordia. Estas me fortalecieron durante mi amarga agonía. Las veía como ángeles terrestres que velarían al pie de mis altares. Sobre ellas derramo torrentes enteros de gracias. Solamente el alma humilde es capaz de recibir mi gracia; concedo mi confianza a las almas humildes».

La sonrisa de Marta será ya siempre como la del Padre Pío.

EL «ENCHUFE»

El 23 de noviembre de 2010 había conocido también a Teresa Chao durante la presentación de Padre Pío.

Alta, delgada, con media melena oscura y mirada inquieta, Teresa se acercó a saludarme en el salón abarrotado de gente de la parroquia María Virgen Madre.

La semana anterior había contactado conmigo por correo electrónico.

Supe así por ella que el 6 de noviembre oyó hablar del fraile italiano por primera vez en su vida a raíz del libro que acababa yo de publicar.

«Fue mi marido -recuerda- quien me hizo la pregunta: ¿Sabes quién es el Padre Pío? Hoy mismo he escuchado en la radio que es un santo muy milagroso».

El 11 de noviembre, Teresa se decidió a comprar el libro.

«Yo lo estaba pasando muy mal -reconoce-, porque a mi madre la habían operado de un cáncer de colon el 8 de julio anterior. Según el médico, la cirugía fue muy bien, sin que resultase invadido ningún otro órgano. Pero al detectarse luego varios ganglios afectados, decidieron administrarle un tratamiento preventivo de quimioterapia. En mi sufrimiento, ya que mi madre llevaba 17 años viviendo con nosotros, yo rezaba sin parar. Pero no sentía lo mismo que ahora, tras conocer al Padre Pío».

El mismo 16 de noviembre en que Teresa decidió enviarme su email, sucedió un hecho extraordinario que le impulsó a dar ese paso:

«Al entrar en casa -explica-, estando en el jardín, donde en pleno mes de noviembre no había una sola flor, sentí un intenso perfume que no había oído jamás. Salí y entré al jardín varias veces para cerciorarme de que aquella rica fragancia no era fruto de mi imaginación... ¡Y no lo era! Oí aquel perfume embriagador durante un minuto más o menos. Fue entonces cuando decidí escribir el correo».

Dos días después, Teresa acudió al médico con su madre, Rita, de 74 años.

Algo extraño se había detectado en el cerebelo de la anciana.

Temiéndose lo peor, el médico pidió otra prueba.

El 24 de noviembre, al día siguiente de la presentación de Padre Pío, madre e hija se enfrentaron al lapidario diagnóstico: «Metástasis cerebelosa y carcinomatosis meníngea».

Rita fue sometida a una punción lumbar, cuyo resultado positivo ya adelantó el doctor, seguro de su corazonada.

El día 25, Teresa acudió sola al oncólogo para recabar más información:

«Tras asegurar -recuerda- que a mi madre le quedaban sólo tres meses de vida y uno tan siquiera para perder la consciencia, el doctor agregó:

»-Si desean hacer el último viaje juntas, háganlo ya.

»Al sufrimiento por la inminente pérdida de mi madre se sumaba el de ver destrozada a mi hija de 15 años pues, siguiendo el consejo médico, le revelamos que su abuela iba a morir muy pronto.

»A esas alturas, el Padre Pío ya estaba conmigo; cuanto peores eran las noticias, más le rezaba yo, pidiéndole la paz interior que necesitaba para afrontarlas».

Fue así como Teresa, sin esperar al resultado de la punción lumbar, se embarcó con su madre en el último viaje de su vida; o al menos eso creyó ella entonces...

Llegaron a Pietrelcina, pueblo natal del Padre Pío, el 2 de diciembre.

Al día siguiente estaban ya en el convento de San Giovanni Rotondo, donde Teresa volvió a percibir la exquisita fragancia del capuchino mientras asistía a la Santa Misa.

El 7 de diciembre, nada más regresar a Madrid, Rita tuvo que ingresar en la clínica aquejada de fuertes dolores de cabeza y de tensión muy alta.

Pese a ello, el resultado de la punción había sido negativo.

Los médicos decidieron repetir la prueba, persuadidos de que debían operarla de urgencia del tumor localizado en su cerebelo.

Pero poco después, sin que mediase explicación científica alguna, los facultativos tuvieron que rendirse a la evidencia:

«El resultado final -recuerda Teresa- fue un hemangioblastoma, lesión benigna y cita para dentro de seis meses. Ningún tratamiento».

Madre e hija agradecen hoy al Padre Pío la portentosa curación.

«Mañana no sé lo que pasará -advierde Teresa-. Pero desde luego, puedo decir que el Padre Pío irrumpió en mi vida cuando más lo necesitaba y espero que me acompañe ya siempre».

¡Vaya que si irrumpió! En lo más hondo de su alma.

A la curación de la madre siguió así la conversión de la hija.

Pese a estudiar en un colegio de religiosas, Teresa había sido hasta entonces una católica «de boquilla», como tantas otras mujeres.

Prueba de ello es que aún no está confirmada y que hasta hace muy poco no se había confesado más que una vez en la vida, para recibir al Señor en la Primera Comunión de su hija, celebrada seis años atrás.

«Si el Padre Pío -asegura- hubiese escuchado aquella confesión, se habría llevado las manos a la cabeza, ya que fue un mero trámite para mí».

Atando cabos, la mujer localiza hoy la raíz de su conversión hace dos años: para ser exactos, en mayo -mes de la Virgen- de 2009 cuando, tras sentirse repentinamente indispuesta, acabó en la sala de Urgencias del hospital creyendo que su vida se apagaba sin remedio.

El diagnóstico le dejó luego perpleja: «Episodio de ansiedad».

¿Ansiedad? ¡Si su vida transcurría entonces, en apariencia, tan apacible como una balsa de aceite!

Sea como fuere, nunca antes había sentido la muerte tan cerca, aunque sólo fuese en su hipocondriaca imaginación. Y lo peor de todo: temió que si ésta se producía, iba a quedarse con toda seguridad a las puertas del Paraíso, pues sus manos estaban todavía vacías.

De regreso a casa, aquella noche y las siguientes revivió la misma crisis de ansiedad: falta de respiración, palpitaciones, insomnio... Hasta que en julio del año siguiente, los médicos sentenciaron de muerte a su madre.

Poco después, conoció al Padre Pío.

«Todo cambió desde ese instante -afirma-. Empecé a sentir una paz interior desconocida. Aprendí a rezar el Rosario y me acerqué al verdadero significado de la Santa Misa. Hoy no concibo la vida sin esas prácticas cristianas. Además, siento en mi corazón lo que digo cuando rezo: "¡Dios mío, te amo sobre todas las cosas!". Me confieso con frecuencia y asisto a los cursos de Catecismo para confirmarme. Todo esto se lo debo al Padre Pío, que guía mis pasos, conduciéndome a Jesús y a la Virgen María».

Bendito «enchufe».

DIVINO ENCARGO

El mismo sincero agradecimiento profesa el matrimonio Paz a San Pío de Pietrelcina.

Tras un fugaz viaje al santuario de Fátima, hace ya alrededor de diez años, Fernando y Lara abrazaron con entusiasmo su fe católica, la cual, como tantas otras parejas, habían arrinconado hasta entonces.

«Quizá -admiten ellos- el Padre Pío ya estaba obrando en nosotros sin que lo sospecháramos dado que, a raíz de aquel viaje, nuestra vida tomó otro rumbo y volvió a estar más ligada a Dios y a la fe que nos transmitieron nuestros padres».

Pero no fue hasta septiembre de 2010 cuando el capuchino conquistó del todo sus corazones:

«Tras sufrir dos abortos -recuerda Lara-, con todo el dolor y desesperación que esto conlleva, pedimos muy especialmente ayuda al Padre Pío para que esta vez no hubiese complicaciones si Dios, claro estaba, lo permitía. Estamos seguros de que la nueva concepción se produjo el 23 de septiembre de 2010, aniversario de la muerte de San Pío de Pietrelcina. Desde ese mismo día, lo pusimos todo en sus manos».

Acababa yo de entregar entonces el manuscrito de Padre Pío al editor.

Mi esposa Paloma, a quien el capuchino acostumbraba a escuchar cada vez que pedía algo para los demás, había orado sin cesar para que el Señor tuviese a bien colmar, por intercesión del fraile, la gran ilusión de los Paz regalando un hermanito a su único hijo Ramiro.

A las novenas al Padre Pío se sumaron con celo admirable nuestros hijos Borja e Inés, de nueve y ocho años respectivamente.

La fuerza de la oración arrancó finalmente la gracia al Cielo.

«El último embarazo -concluye Lara- estuvo marcado por la preocupación y la angustia tras la experiencia anterior y tuvo un fatal desenlace. En cambio, esta vez hemos tenido tranquilidad absoluta, convencidos desde el principio de que el bebé se encontraba perfectamente. Ahora mismo, en mayo de 2011, a un mes del nacimiento de Gonzalo Pío, damos gracias a Dios por permitir a este gran santo que cuide de nuestro hijo y de nosotros».

EMBAJADOR EN EL INFIERNO

La misma poderosa arma emplearon Belén Rodríguez y sus hijos Francisco y Paula, de diez y seis años respectivamente, para salir del averno en que los tenía sumidos su esposo y padre desde 2005.

Belén y Raúl convivían sin estar casados desde mucho antes, pero aquel año él decidió que debían comprarse un piso; así que empezó a mover por su cuenta los papeles para conseguir la hipoteca.

Ella se resistía a mudarse de la casa donde vivían de alquiler, pero al final no tuvo más remedio que plegarse a la voluntad de su despótica pareja:

«Accedí entre llantos y quejas -recuerda Belén, muy afectada aún-, intentando asimilar que era mejor disponer de una propiedad segura para nuestros hijos. Reformé nuestra nueva vivienda con poco dinero e ideas originales, convirtiéndola en un verdadero hogar. Pero desde el principio intuí que las cosas no irían bien...».

Por desgracia, Belén acertó.

Al poco de trasladarse a vivir allí, Raúl se reencontró con una antigua compañera suya de colegio con la que entabló una relación sentimental a espaldas de Belén.

Desde entonces, todo fue desmoronándose a su alrededor, empezando por su propia relación:

«El mal -advierde Belén- sabe colarse por las rendijas y eso fue exactamente lo que hizo, apoderándose del alma de Raúl poco a poco, con astucia y sin remedio. Raúl tuvo un tiempo de reflexión al que siguió la gran caída, como esa calma primera que anticipa el desastre. Yo no supe verlo entonces y seguí, obcecada, luchando y confiando en él».

Pero las verdaderas víctimas fueron, como siempre, criaturas inocentes: Francisco y Paula vieron cómo su padre se refugiaba en las drogas y el alcohol tras perder su empleo.

Francisco sufría lo indecible cada vez que su padre desaparecía de casa sin explicación alguna para regresar al cabo de varios días y volver a ausentarse una y otra vez, durante meses interminables.

Hasta que un día, el Padre Pío irrumpió en sus vidas.

Claudia, la hermana mayor de Belén, le habló del fraile italiano con machacona insistencia, aludiendo a la gran cantidad de gracias y favores que concedía a quienes se los pedían con fe.

Poco después, Belén y sus hijos empezaron a rezar cada noche la novena al Padre Pío, confiando su futuro a la Divina Providencia.

Hoy, Belén ya puede decir:

«El Padre Pío nos ha sacado del infierno en que se había convertido nuestro hogar, conduciéndonos el 1 de abril de 2011 a un lugar seguro: la casa de mis padres. Mis hijos pueden disfrutar al menos del cariño de su madre y de sus abuelos».

¿Qué otras cosas buenas les aguardan a partir de ahora?

Con semejante embajador, seguro que muchas.

«TUVE UN SUEÑO...»

El Padre Pío siempre escucha los corazones compungidos.

Y con más cariño aún, el corazón de un disminuido psíquico como José Antonio Álvarez, de Sevilla, que nos escribe en mayo de 2011 impactado tras la lectura de Padre Pío:

«Confío en que algún día, si Dios quiere, recibiré por intercesión del Padre Pío la gracia de curarme de mi trastorno psíquico y depresivo que sufro desde que nací. Entre tanto, siento ya su inestimable ayuda al comprobar que todo me resulta más llevadero cada día. Bendito sea Dios y muchas gracias al Padre Pío».

Igual que sucedió en su día con el pariente del doctor italiano Francesco Vicario, aquejado de una grave enfermedad mental, José Antonio recibe hoy todo el cariño del Cielo por intercesión de nuestro protagonista.

Parecidas plegarias a las que elevó entonces el padre del discapacitado italiano, cuyo testimonio reproducimos en la tercera parte de este libro, junto a otros recogidos en el proceso de canonización del Padre Pío, ofrece ahora Encarna, la madre de José Antonio, para que su hijo camine siempre por la senda del bien.

José Antonio relató a su madre, con todo lujo de detalles, el sueño que tuvo uno de aquellos días:

«El Padre Pío -recuerda él- celebraba la Misa en mi parroquia; yo le asistía como monaguillo. Cuando llegó el momento de comulgar, como había muchos fieles, decidí colocarme en la fila en lugar de ayudar al celebrante con la patena. Al llegar mi turno de comulgar, me arrodillé ante el Padre Pío y sentí una emoción muy grande por estar a

punto recibir al Señor nada menos que de manos de un santo. Pero el Padre Pío, sosteniendo el cáliz en la mano izquierda, dijo señalándome con el índice de la derecha: "Ha tenido culpa". Yo le contesté: "Padre Pío, dígame usted qué pecados he cometido". Pero él me negó la comunión sin responder. De nuevo en el altar, desperté del sueño».

Sólo entonces, José Antonio recordó que había deseado la peor de las muertes a varios gobernantes y dirigentes políticos.

Cegado por su orgullo, según reconoce él mismo, restó importancia a sus funestos deseos.

Aquel mismo día se celebraba un funeral por su abuela, fallecida tres semanas atrás.

«Aunque yo -añade- no le daba mucha trascendencia a mi pecado, dudé si debía o no comulgar. Aun así, opté por recibir al Señor como si nada hubiese sucedido. El domingo siguiente hice lo mismo».

Poco después, José Antonio soñó con el capuchino y sintió entonces la imperiosa necesidad de confesar su culpa; aunque tardó tiempo en hacerlo, pues le costaba especialmente aquel sacramento.

En sucesivos domingos, se preocupó al menos de no cometer un posible sacrilegio, renunciando a la comunión.

Hasta que en Semana Santa se atrevió a dar el paso...

«Nada más confesarme -asegura-, desapareció la decepción del "tirón de orejas" que el Padre Pío me dio durante el sueño. Sentí una enorme alegría y agradecí al santo que cuidase así de mi alma. Dios quiso, a través de él, corregirme de ese modo. Llamé enseguida a mi madre para contarle el sueño y decirle que acababa de pedir perdón al Señor. Se alegró mucho de verme tan feliz».

Al día siguiente, José Antonio acudió al psiquiatra.

Durante todo ese tiempo se había negado a hacerlo, amenazando a su madre con no despegar los labios durante la sesión... «A no ser -dijo finalmente- que el Padre Pío quiera que hable».

Su madre le advirtió que pediría al capuchino esa gracia; y éste, poco después, intercedió para que le fuese concedida.

La prueba es que José Antonio habló aquel día por los codos.

Hoy sigue rezando con devoción la novena al Padre Pío y lleva con garbo la cruz que Jesús le ha dado. La penosa cruz de su enfermedad.

VOLVER A NACER

Charo Andrés asistió a la presentación de Padre Pío con el mismo entusiasmo que un niño a una clase de matemáticas.

Pero, sin saberlo, acabó mordiendo el anzuelo aquel 24 de noviembre de 2010, en un salón de la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción de Torrelodones:

«Compré allí el libro -comenta Charo- y empecé a leerlo luego en casa con muy poco convencimiento, la verdad. Sin embargo, a medida que me sumergí en sus páginas, algo extraordinario sucedió en mi interior: comprendí que mi primera confesión, después de 35 años sin pisar una sola iglesia, había sido incompleta. A la dificultad de pedir perdón tras tantos años sin hacerlo, se sumó mi frágil memoria. Cuando terminé el libro, empecé a levantarme por las mañanas recordando pecados que había olvidado mientras visualizaba al Padre Pío, recriminándome con cariño: "¡Confiesa esto, anda! ¡Y esto otro! ¡Y aquello también...!". Llegué a pensar que estaba volviéndome loca, pero mi confesor me tranquilizaba una y otra vez. Desde entonces, no he dejado de rezar la novena al Padre Pío ni un solo día».

Los que conocen bien a Charo dan fe de su prodigiosa conversión.

Educada en un colegio de monjas, a los trece años se apartó ya de la Iglesia convirtiéndose, eso sí, en fiel devota de... ¡Felipe González!

Licenciada en Derecho, votaba convencidísima al PSOE y se declaraba orgullosa de haber sido alumna de Gregorio Peces-Barba, uno de los padres de la Constitución.

Charo no era mala persona, pero rezumaba feminismo por los cuatro costados y amaba el libertinaje como pocas mujeres.

«Mi vida -reconoce ella- se estructuró desde entonces con el yo por delante. Era una persona de "religiosidad social", que iba a las bodas o a los bautizos sin ninguna convicción; durante la ceremonia, salía a fumarme un cigarrillo deseando que acabara cuanto antes para divertirme luego en el banquete».

Hasta que en julio de 2010 asistió, intrigada, a un grupo de oración de la Renovación Carismática en la parroquia de Torrelodones.

Charo deseaba resolver de una vez el enigma de su cuñado Carlos, quien, pese a sus reticencias hacia todo lo religioso, frecuentaba misteriosamente aquel grupo de «chalados».

«¡Tenía que saber qué pasaba allí! -reconoce-. Lo primero que pensé al entrar en la iglesia fue: "¡Vaya! ¡María Ostiz y sus beatas, pero en plan sicodélico!". Se cantaba y alababa al Señor con los brazos en alto. Descubrí que invocaban al Espíritu Santo, tan extraño para mí».

Sin explicarse cómo, Charo volvió allí cada semana.

Su vida cambió en cuestión de días: se confirmó con su hijo de 15 años, sintió la necesidad de confesarse, e hizo su «primera comunión» en agosto de aquel mismo año ya que, desde su boda celebrada 35 años atrás, no había recibido ni una sola vez al Señor.

Entre tanto, el vicario parroquial, admirado por la oleada de conversiones entre los carismáticos, decidió bautizar aquel grupo de oración con el nombre del Padre Pío.

Charo ignoraba quién era aquel fraile, cuya fotografía enmarcada colocaba el sacerdote devotamente cada semana al pie del altar.

Supo luego que el Padre Pío había intercedido por su conversión y las de su esposo y sus tres hijos.

Al cabo de dos meses de volver al redil, se levantó una mañana de la cama con un terrible dolor.

Poco después, le diagnosticaron un cólico nefrítico en Urgencias.

«¡Creía morirme! -asegura-. Jamás había tenido un problema de riñón. El doctor me recetó un medicamento, indicándome que volviese en quince días, lo cual hice pese a que el dolor remitió enseguida.

»Tras consultar las pruebas, el nefrólogo avisó al ecógrafo.

»En una habitación contigua, examinaron ambos una y otra vez la ecografía, como si no diesen crédito a lo que veían sus ojos.

»Yo me asusté. Hasta que el doctor me dijo:

»-Mira, Rosario, tenías una piedra de cuatro milímetros en el riñón, y los uréteres con mucha arena. Te receté un medicamento que en realidad era una especie de placebo, en

espera de la intervención quirúrgica pero... ¡Ya no hay piedra! ¡Todo está limpio!».

Charo está convencida de que el Padre Pío también la curó físicamente; como a su hija Pati, de 35 años, esposa y madre de dos niñas.

Pati vivió en su alma una auténtica conversión mientras su cuerpo sanaba también inexplicablemente.

Antes de conocer al Padre Pío, defendía el aborto a capa y espada; tampoco pisaba una iglesia, salvo para bautizar a sus hijas.

Su matrimonio era un completo desastre, sujeto a continuas desavenencias e incomprensiones. Para colmo, su esposo Pedro perdió el empleo. Y encima, los inquilinos del único piso de su propiedad empezaron a dejar de pagar el alquiler.

Pati y Pedro se vieron así en un serio aprieto para pagar a su vez ellos la vivienda alquilada donde residían y la hipoteca del banco.

Sólo un milagro podía sacarles de semejante atolladero.

Cierto día, su tío Carlos la invitó al mismo grupo de carismáticos en la parroquia de Torrelodones. Curiosamente, Pati decidió acompañarle.

Al llegar a la iglesia, se acomodó silenciosamente en un banco, como una mera espectadora. Comenzó la Misa y...

«Conforme avanzaba la Eucaristía -recuerda ella-, empecé a sentir un calor muy intenso mientras los que me rodeaban seguían entonando cánticos de gloria a Dios. Reparé entonces en la imagen de un fraile con barba, al pie del altar, junto a una vela encendida. Al día siguiente, deseaba tener una guitarra a toda costa para tocar con mis compañeros en la próxima reunión. Pedí por eso a Jesús que me ayudara a conseguir una, dado que entonces pasábamos graves apuros económicos. Poco después, confesé con el vicario parroquial y empecé a poner en orden mi vida espiritual. Notaba, al mismo tiempo, que mientras el bien envolvía mi alma, el mal trataba de arrebatarme la paz interior. En esa lucha titánica me debatía yo entonces...».

El 20 de septiembre de 2010, Pati recibió, en efecto, una llamada de la aseguradora Mapfre advirtiéndole de que los inquilinos de su casa no estaban dispuestos a marcharse y que adeudaban ya cinco meses de alquiler.

En lugar de sumirse en la desesperación, ella siguió rezando todavía con más fe a Jesús y al Padre Pío.

Al cabo de tres días, volvieron a llamarla de Mapfre para decirle ahora que los inquilinos habían dejado finalmente las llaves de su casa y que podía recogerlas en las próximas veinticuatro horas.

«Avisé a mi padre enseguida -comenta ella- y fuimos los dos al piso temiendo que lo hubiesen destrozado. Pero una vez allí, nos quedamos atónitos al comprobar que lo habían dejado todo completamente limpio. Descubrimos poco después, para nuestra sorpresa y alegría, que en el dormitorio de una de mis hijas había una imagen del Sagrado Corazón de Jesús con esta leyenda: "Amigo que nunca falla". Recordé entonces que aquel día era 23 de septiembre, aniversario de la muerte del Padre Pío».

Pati es hoy otra «enchufada» del capuchino.

El 16 de febrero de 2011, a punto de entrar en el quirófano para serle extraída una piedra del riñón, los médicos descubrieron boquiabiertos que había desaparecido. Igualito que su madre.

«El Padre Pío jamás defrauda», concluye Pati, cargada de razón.

LA COMPRAVENTA

Verónica, empleada de banca, tampoco cree en las casualidades desde que el Padre Pío se cruzó en su vida.

Sucedió en verano de 2010, cuando un cliente suyo le habló por primera vez del santo italiano, entregándole una novena con reliquia para que le invocase.

Eso mismo haría Verónica poco después.

Pero hasta entonces, se limitó a guardar la estampa en el bolsillo sin intención alguna de rezarla... Hasta que aquel mismo día, recibió la llamada inesperada de una pareja interesada en ver su casa.

Tras dos largos años sin poder venderla, aun rebajando sucesivamente el precio, Verónica se dispuso a mostrar una vez más la vivienda con escasas o más bien nulas esperanzas.

Sin explicarse aún cómo, mientras enseñaba a los posibles compradores el salón, la cocina y los dormitorios, no dejaba de acariciar con el pulgar la diminuta reliquia del Padre Pío, oculta en el interior del bolsillo.

Una atracción muy fuerte, como si de un poderoso imán se tratase, le impulsaba a

seguir en contacto permanente con el trocito de hábito.

Concluida la visita, Verónica se marchó al día siguiente de vacaciones con su marido, resignada a seguir intentándolo una vez más tras el paréntesis estival.

Pero la misma noche en que llegó a su apartamento de la playa, sonó de nuevo el móvil: era la pareja que había visto la casa la tarde anterior.

Deseaba visitarla de nuevo, pero ella quedó en mostrársela a la vuelta de vacaciones. Su asombro fue palmario cuando la pareja señaló entonces el piso sin regatear un solo euro, formalizándose la compraventa días después.

«Se lo agradeceré toda la vida al Padre Pío, a quien cada día rezo para que nos proteja», afirma Verónica.

Los CHEQUES

Cada vez que recuerdo la conversación telefónica con mi amigo Ernesto, visualizo su rostro estupefacto sin poder evitar una sonrisa.

Como buen geólogo, Ernesto nunca ha escondido su flema positivista. Por esa misma razón, los santos que desafían a la secularización, como el Padre Pío, han gozado siempre de su natural desconfianza.

Noté a Ernesto inusualmente excitado aquella tarde de marzo de 2011 cuando, al otro lado del teléfono, me interrumpió durante una reunión para decirme:

-¡No puedes creer lo que voy a contarte...!

-Ernesto -le atajé-, ¿puedo llamarte en cinco minutos?

-¡Me la ha jugado, me la ha jugado...!

-¿Cómo dices?

-¡El Padre Pío! ¡Quién si no...!

Reconozco que ardí en deseos de acabar la reunión para llamar enseguida a mi amigo, lo cual hice nada más despedir a mis interlocutores.

-¿Ernesto?

-Sí, sí... ¡Qué granuja, qué granuja! -contestó él.

-Cuéntame, ¿qué ha pasado?

-¡Me la ha jugado! ¡Ahora lo sé! -insistió.

Si no me resultase tan familiar su timbre de voz, hubiese pensado que aquel Ernesto era un impostor. La pasmosa frialdad con que solía predecir el mínimo temblor sísmico contrastaba con su estado de agitación aquel día.

Recuerdo perfectamente cuando, tras leer Padre Pío, empezó a hacerme un montón de objeciones sobre los milagros: «¿Has visto todas las radiografías? ¿Tienes el informe médico de aquella mujer? ¿Cuánto tiempo dices que estuvo en tratamiento? ¿No has pensado que pudo tratarse de una casualidad o de un simple error médico...?».

Ernesto, como el apóstol Tomás, necesitaba ver para creer. Era cuadriculado.

El Padre Pío lo sabía muy bien, y por eso decidió jugársela.

-¿Quieres calmarte, hombre? -le sugerí aquella tarde.

-Verás, cuando iba en el taxi me puse a rezarle al Padre Pío...

-¡Caramba, eso sí que es un milagro! -exclamé.

-Pues sí, le recé. Estaba desesperado. Esta mañana busqué los dos cheques que me había confiado mi jefe de Estados Unidos y no estaban donde los guardé. Ni Pilar [su esposa] ni los niños tocan jamás ahí. Los dejé en el primer cajón de mi escritorio, al fondo, pero ya no estaban.

-Buscarías en otro sitio -repuse.

-No; los dejé allí. Puedes imaginarte mi angustia al pensar cómo iba a decírselo a mi jefe de Estados Unidos. En esos cheques se consignaba mi sueldo y el de un compañero mío, junto a unas gratificaciones por objetivos conseguidos. Me preocupaba el pan de mi familia pero aún más el hecho de arrebatárselo, por mi imprudencia, a un colega de trabajo.

-¿Seguro que miraste bien?

-Perfectamente; abrí el cajón y lo saqué incluso para inspeccionar cada resquicio. Luego, por si acaso, hice lo mismo con el resto. Pero los talones habían desaparecido.

Permanecí así, sin dar crédito, durante casi una hora.

-¿Y qué vas a decirles ahora a tu jefe y al compañero?

-¡Nada!

-¿Cómo que nada?

-Lo que oyes... ¡El Padre Pío ha resuelto el problema!

-Los olvidaste en otro sitio...

-¡No, qué va! Estaban donde yo los guardé. Al regresar a casa esta tarde, volví a buscar en el mismo cajón y... ¡allí estaban los dos cheques, en el lugar exacto donde yo los coloqué! ¡Es obra del Padre Pío! Mientras volvía a casa en el taxi, no paré de rezarle. Y al llegar...

Ernesto reza hoy la novena al Padre Pío casi todos los días y no necesita ya ver para creer.

«Agradezco al Padre Pío su soberana lección. Sólo le pido que me ayude a ser siempre un buen cristiano», proclama.

EL «PRÍNCIPE AZUL»

Araceli buscaba novio a sus veintitrés primaveras.

Pero no un novio cualquiera. De hecho, había conocido a un chico que perseguía lo que casi todos: una relación poco seria, que pasaba necesariamente por las manos. Y claro, a ese muchacho Araceli lo plantó.

Ella quería un auténtico «príncipe azul», de los de cuento, pero en la vida real. Creía en él, porque se negaba a perder la inocencia.

Pero al mismo tiempo, no era ingenua: encontrar un hombre que la amase de verdad, y no sólo por su melena rubia, ojos verdes y andares de top-model, era casi misión imposible en pleno siglo XXI.

Hasta que un día, Araceli reparó en que para Dios nada resulta imposible.

Una compañera del bufete de abogados donde hacía prácticas, le habló del Padre Pío.

Al principio, desconfió de aquel fraile barbudo; la verdad sea dicha: le atraían muy poco los frailes y las monjas. Sus padres la habían educado para que fuese una buena cristiana, pero en medio del mundo.

De todas formas, su compañera consiguió que Araceli cogiese la novena sin perder la esperanza de rezarla. Eso sucedió a finales de septiembre de 2010. Dos meses después, Araceli acudió a la presentación de Padre Pío con su compañera de trabajo. Había descubierto en sus páginas al poderoso intercesor.

«Me cautivó su vida cargada de sufrimiento y la forma en que estaba contada», subraya.

A esas alturas, Araceli era ya todo agradecimiento al Padre Pío.

Tras rezarle cada noche la novena, el santo había dado finalmente su brazo a torcer, concediéndole el novio por el que tanto suspiraba:

«Se llama Pedro y es todo un caballero -proclama, feliz, la nueva enamorada-. Me envía flores y hasta me dedica preciosas poesías. ¿Qué más puedo pedir? Agradezco en el alma al Padre Pío que haya atendido mis oraciones».

Y es que al Padre Pío le atraeron siempre las bellas historias de amor.

AGENCIA «PADRE PÍO»

Juan Quintana recurrió también, esperanzado, al mismo infalible intercesor.

Llevaba ya dos años en paro cuando, para colmo, despidieron a su esposa Lucía del salón de belleza.

La Providencia quiso que un primo suyo le hablase del Padre Pío uno de aquellos días.

Desde entonces, se agarró al santo como a un clavo ardiendo.

¿Cómo iban a pagar si no él y su mujer la hipoteca y la manutención de su hijo Daniel, de tan sólo dos años?

Juan recibió de su primo una novena con reliquia y, poco después, un ejemplar de Padre Pío, a cuya presentación acudió con su esposa en noviembre de 2010.

Ambos caerían rendidos finalmente a los pies del santo italiano, tras implorarle una

segunda oportunidad laboral.

«Me enganchó tanto el libro -comenta Juan-, que enseguida pensé: "Si todas esas personas se han beneficiado de manera increíble por la intercesión del Padre Pío, ¿por qué a nosotros no puede ayudarnos también?"».

Durante dos semanas consecutivas, Juan y Lucía rezaron con admirable fe la novena. Y entonces...

«Me llamaron por teléfono -añade Juan- para ofrecerme un trabajo de encargado en una cadena de supermercados. Pero lo más increíble de todo es que, mientras yo seguía dando saltos de alegría, avisaron a Lucía de la peluquería para que volviera. ¡Bendito sea el Padre Pío!».

En plena crisis, el capuchino no da abasto con su «agencia de colocación».

EL MEJOR REGALO

Conocí a Raúl en noviembre de 2010, días antes de la presentación de Padre Pío.

La portada del libro atrajo como la magnetita a este abogado y padre de tres hijos hasta el stand del Rastrillo Nuevo Futuro donde yo firmaba ejemplares.

Era la primera vez que Raúl pisaba aquel rastrillo benéfico, organizado cada año en el recinto ferial de la Casa de Campo para recaudar fondos destinados a los niños más necesitados.

Presidida a título honorífico por la infanta Pilar de Borbón, el libro del Padre Pío encajaba como anillo al dedo en aquella caritativa labor; sin embargo, debo reconocer que fui el primer sorprendido por la gran cantidad de libros que dediqué aquella tarde, así como por el inesperado comentario de una desconocida mujer que, acercándose a mí, susurró por detrás: «Siento que el Padre Pío está aquí, contigo».

Una especie de corriente eléctrica recorrió mi espina dorsal en un instante.

Reparé enseguida en que un cincuentón permanecía absorto ante la imagen del Padre Pío que ilustraba la portada del libro.

Más que observar él, parecía que lo hiciese, horadando su alma, el capuchino italiano con esa mirada penetrante como en relieve.

Tras hacerle un gesto para que se aproximase, Raúl tomó poco después asiento junto a

mí y entablamos, entre firma y firma, una inolvidable conversación sobre el Padre Pío y la vida del cristiano corriente.

Raúl era un católico de misa diaria, que confesaba cada semana y rezaba el Rosario todos los días, además de leer el Evangelio y hacer oración.

Había oído hablar vagamente del Padre Pío, pero hasta entonces no había contemplado una sola fotografía suya.

Me alegró cuando dijo que acababa de ver una espléndida película sobre su vida realizada por la RAI italiana para la televisión; la misma producción que tanto me había impactado antes a mí, dirigida por Carlo Carlei.

Y ahora Raúl volvía a encontrarse con el Padre Pío de la forma más insólita, mientras su esposa recorría con unas amigas otros puestos del rastrillo.

¿Cómo podía ayudar el Padre Pío a una persona piadosa como él, miembro del Opus Dei, una prelatura en las antípodas espirituales de la orden religiosa de los capuchinos menores?

Lo supe al cabo de dos meses, cuando él mismo contactó de nuevo conmigo para compartir su entusiasmo por el Padre Pío.

Nada más sugerirle que escribiese sus impresiones para un nuevo capítulo del libro, se puso manos a la obra.

He aquí parte del resultado:

«La lucha por nuestros defectos -advertía Raúl- debe ser constante y yo arrastraba desde hacía muchos años uno tan arraigado que llegué a pensar que formaba parte de mí. En la confesión frecuente daba cuenta de ese defecto, pero al poco tiempo reincidía en él, corriendo a confesarme para que no me faltase la gracia de Dios. Hasta que poco después de conocer al Padre Pío sentí como una especie de shock en mi alma; una voz interior que me decía: "¡Ya basta! ¡Cambia de actitud!". Tuve la impresión de que mi voluntad era débil en ese objetivo de lucha y que no me tomaba con la seriedad debida el sacramento de la Penitencia».

Raúl se llevó el libro dedicado a su casa.

«A medida que lo leía -explica- había momentos en que me echaba hacia atrás en el sillón, impresionado por la vida del Padre Pío. La película que había visto pasó muy rápido ante mis ojos, pero la lectura de este libro me hizo reflexionar largo y tendido,

hasta el punto de convencerme de que Dios había puesto en mis manos aquella herramienta para descubrirme al Padre Pío como modelo de vida y de fe. Me impactaron muchas de sus frases, en especial: "Reza y no te preocupes; la preocupación es estéril"...».

Poco a poco, el capuchino caló en lo más profundo de su alma, haciéndole partícipe del mismo don de lágrimas que él mismo conservó hasta su muerte:

«Empecé a rezar -agrega Raúl- la novena al Padre Pío que se encuentra al final del libro, pidiéndole que me ayudara a superar mis numerosos defectos, sobre todo el que me atormentaba desde hacía años. Fue entonces cuando decidí, por ser año jubilar, ganar la indulgencia durante un viaje a Santiago de Compostela. Deseaba hacer la confesión más completa de mi vida; una confesión "a lo Padre Pío". En cuanto llegué a la catedral de Santiago, me hincé de rodillas en el confesionario, contándole al sacerdote la tremenda inquietud que me embargaba tras leer el libro del Padre Pío. Sin darme cuenta, rompí a llorar desconsoladamente, hasta el punto de no poder articular palabra, arrepentido por todas las faltas pasadas y por mis "flojas" confesiones. Para concluir, como un regalo del Padre Pío, el confesor colocó su mano sobre mi cabeza, repitiendo: "No te preocupes".

»Reconocí entonces al capuchino en esas palabras y sentí su reconfortante presencia en el confesionario. Desde entonces, no he vuelto a caer en el defecto que tanto me ha traído en jaque. Y ello, sin el menor esfuerzo ni preocupación, convencido de que el Padre Pío me lo ha extirpado como un tumor del alma. Él me ha regalado el don de emocionarme y llorar en la Misa, en la oración o durante la lectura espiritual. Me ha hecho entender el poco tiempo de que disponemos para amar a Dios y a los demás. A veces, de madrugada, me despierto incluso escuchando su voz: "Raúl, aprovecha el tiempo, que esta vida es muy corta..."».

En apenas cinco meses, Raúl se ha convertido en uno de los más entusiastas prosélitos del santo italiano.

En Navidad, sin ir más lejos, regaló a familiares y amigos más de una veintena de libros de «presentación del Padre Pío», como él lo llama.

Poco después, recibió en cadena el agradecimiento de todos por «presentarles» al Padre Pío.

«A uno de ellos -comenta-, el capuchino le ha conseguido un buen trabajo en los tiempos que corren; otro ha comenzado a pedirle un milagro para una nieta suya con una enfermedad incurable, asegurándome que conserva el libro en su mesita de noche para releerlo antes de dormirse... Todos han experimentado un crecimiento notable en su vida

interior».

Pero el Padre Pío reservaba a Raúl una sorpresa muy especial.

En febrero de 2011, el segundo de sus hijos, estudiante de Ciencias Empresariales, convocó a sus padres para confiarles un secreto: tras leer el libro del Padre Pío, había decidido ser sacerdote.

Raúl lloró esta vez de alegría.

La alegría de los hijos de Dios.

CANCIÓN DE AMOR

¿Alegría en el sufrimiento?

Antonio fue el vivo ejemplo de cómo el dolor es la auténtica piedra de toque del Amor.

Postrado en una cama del hospital madrileño Ramón y Cajal desde el 21 de septiembre de 2010, tras ser operado de un tumor maligno (liposarcoma), Antonio rezaba cada día al Padre Pío para que intercediese por su curación.

Los ciclos de quimioterapia no estaban sirviendo para derrotar al cáncer.

Pero él no perdía la esperanza. Estaba contento porque rezaba y así estaba cerca de Dios. Un amigo suyo le llevó en noviembre un ejemplar del libro del Padre Pío, de quien apenas había oído hablar.

A partir de entonces, además de recitar la novena casi de memoria, mostró su deseo de pertenecer a un grupo de oración.

«El Padre Pío -aseguraba- es un alma elegida para estos tiempos, no sé si finales o apocalípticos, en los que la batalla con el mal es cada vez mayor. Es un santo gigante y humilde a la vez».

La actitud de Antonio sirve de soberana lección a todos los que se quejan ante la menor contrariedad, víctimas de una terrible miopía que les impide ver el auténtico significado del sufrimiento:

«Desde que padezco esta enfermedad -advertía-, jamás me he rebelado contra Dios ni he dudado un segundo de su Amor y Misericordia. Será porque llevo algunos años siguiendo un camino que me caló muy hondo, el del abandono a la Divina Providencia,

comprendiendo que todo absolutamente está en las manos del Señor y que lo que Él quiere que suceda es por el bien de nuestras almas».

Antonio supo entender así, con la perspicacia de los hombres de Dios, la oportunidad brindada desde Arriba para purificar sus propias ofensas y las del prójimo:

«Ahora que comparto un poco la cruz del Señor -añadió-, ofrezco este sufrimiento primero para lavar mis pecados, todos y cada uno de ellos, pues tuve una vida pasada, desde los 14 a los 23 años, de hijo pródigo, abandonando la Iglesia y vagando por ideologías y por caminos torcidos bajo el influjo del mal. Hasta que una Nochebuena, al entrar en una iglesia para asistir a la Misa del Gallo, Ella me miró. Fue la Virgen, bajo la advocación de María Auxiliadora, la que me salvó en 1984. Desde entonces, mi vida cambió, aunque no he sido un buen hijo pese a estar protegido por la Santísima Virgen.

»Ofrezco también mi sufrimiento por el bien de la Santa Madre Iglesia y por el de las almas; a veces, le digo a María incluso que distribuya Ella mi dolor como crea más conveniente».

Del mal, Antonio supo extraer así un bien:

«Mi enfermedad -concluyó-, de la que no sé todavía qué pasará, es una segunda conversión que Dios me ha concedido, durante la cual ha irrumpido el Padre Pío para ayudarme».

Su ejemplo admirable se palpa en estos mismos versos que, a modo de saeta, compuso un día mi padre:

*¡Alegría, alegría,
canción y gozo,
que Arriba lo reciben
con alborozo!*

Arriba está ya Antonio, junto al Padre Pío, tras rendir su alma al Señor a finales de abril de 2011, habiendo recibido los Santos Sacramentos.

Ahora, él intercede por nosotros.

HILO DIRECTO

El sábado 21 de mayo de 2011, nada más levantarme, encendí el ordenador para

consultar el correo. Rara vez hacía eso al despertarme. Pero aquel día lo hice, obedeciendo a un extraño impulso interior.

En la carpeta de entrada localicé un mensaje enviado por una persona desconocida para mí a las 23.02 horas del día anterior. Parecía estar aguardándome ahí desde entonces para que lo leyese en cuanto me despertase.

Su autora se llamaba Consuelo.

Disculpe el lector que, por respeto a su intimidad, omita ahora también los dos apellidos y su procedencia.

El mensaje dice así:

«Me dirijo a usted con el corazón inflamado por la lectura del libro del Padre Pío. Es francamente preciosa la forma en que usted narra sus milagros, pero sobre todo el modo en que transporta el corazón del Padre Pío al lector, acercándolo aún más al santo de los estigmas.

»Yo, como se dará cuenta, soy una enamorada del Padre Pío; he leído mucho sobre él. Algunas cosas me han gustado más que otras, dependiendo de la frialdad del escritor, que viene a ser la clave del gusto por la lectura de un libro como éste.

»Le cuento que algunos de los libros que leo hoy en día de católicos, incluso de algún monje, llegan a ser tan malos y tergiversadores que me he visto obligada a enviar una carta al autor amenazándolo con la condenación eterna por manipular al lector de manera tan repugnante.

»Para más información, le diré que soy una mujer de sesenta años, enferma hace tres, casi postrada en una cama y con mucho tiempo para pensar y meditar sobre nuestro Amado Dios.

»Con este libro del Padre Pío se ha llevado usted todas mis bendiciones y estoy segura que las del Señor también, porque: "Nadie puede decir Jesús es Señor si no se le da del Cielo".

»Es usted un hombre bendecido, no me cabe duda. Ojalá que un día pueda conocerle personalmente».

La carta me estremeció.

Llevaba varios días rezando al Padre Pío para que me enviase algún testimonio que

ennobleciese aún más este nuevo capítulo, removiendo los corazones de la gente.

El sábado anterior, 14 de mayo, nuestros hijos Borja e Inés habían hecho la Primera Comunión y, como gran regalo, su madre y yo peregrinamos con ellos al santuario de Fátima justo al día siguiente de recibir el mensaje de Consuelo.

Tras leerlo por segunda vez, me decidí a responderle:

«Querida Consuelo:

»Usted sí que es una mujer bendecida por el Amor y el sufrimiento. Desde que escribí el libro del Padre Pío sólo creo en la Providencia. Estoy preparando ahora mismo un nuevo capítulo sobre el impacto del libro en las almas para una 5.ª edición ampliada. Hay testimonios preciosísimos de conversiones y curaciones. Seguro que usted puede brindar a los demás su propia experiencia con Padre Pío. ¿Me equivoco? Que Jesús, la Virgen María y el Padre Pío le bendigan aquí y en el Cielo».

Al cabo de cuatro días, recibí la respuesta.

Para quienes no creemos ya en las casualidades, añadiré sólo que el nuevo mensaje de Consuelo llegó el 25 de mayo, el mismo día y mes en que nació el Padre Pío.

Dice así:

«Acabo de recibir su mensaje lleno de esperanza, que me ha devuelto la alegría. Hoy precisamente, llevo ya tres semanas de intensos dolores y estaba orando para no perder la fe pues sentía que flaqueaba por mi real miseria.

»Le cuento que fui una mujer muy pecadora: durante años fui adicta a la cocaína y al sexo; participaba en orgías y consumía hasta tres gramos diarios de cocaína.

»Soy colombiana de origen, pero nacionalizada española. Me vine aquí en 1991, tres meses después de convertirme. Una noche, desesperada por la terrible vida que llevaba en Bogotá, le pedí al Señor que si realmente existía me sacara de aquel terrible lodazal. Él no se hizo esperar. En cuestión de horas, me salvó del infierno, haciendo incluso que dejase de fumar.

»En agradecimiento, le consagré mi vida entera. Mi enfermedad actual forma parte de la purificación que tengo que pasar para llegar a la santidad. No se escandalice usted porque utilice este término, pues mi único deseo ahora es ser santa. Sé que el Señor ya me lo ha concedido, "porque a quien poco se le perdona, poco ama" (Lucas 7, 47).

»Y la santidad se mide por la capacidad de amar y de sufrir.

»El Padre Pío entró en mi vida un día que estaba desesperada por los dolores y no terminaba de aceptar todo mi sufrimiento, coincidiendo con el inicio de la enfermedad. Fue un hijo adoptivo quien me trajo un libro del Padre Pío. Al comenzar a leerlo, comprendí que él era mi guía en el camino de cruz.

»Desde entonces, mi amor por el Padre Pío crece a diario. No hace mucho, él mismo me dijo: "Mira al crucificado más que a mí". Hasta en el Cielo sigue siendo humilde. El Padre Pío nos conduce al Señor.

»A usted, Jesús le ha traído a mi vida hoy, providencialmente, para animarme. Eso es que quiere que seamos amigos del alma, pues nuestro amado Redentor no hace nada al azar; no se mueve la hoja de un árbol sin que Él lo permita.

»Espero que esto sea el comienzo de una gran amistad en el Señor, unida por el amor al Padre Pío».

El impacto continúa...

HERMANAS PARA SIEMPRE

Raquel es una intrépida venezolana de 25 años que llegó a España en 2004, como muchos otros paisanos suyos, dispuesta a probar fortuna en la Madre Patria.

En España, precisamente, residía ya su hermana Betty, casada con un valenciano empleado en la construcción.

Raquel añoraba a Betty pero sabía que el fuerte carácter de ésta, insoportable a veces, podía poner en peligro su relación de hermanas.

Y efectivamente, al poco de llegar a España, presa de uno de sus incontenibles ataques de ira, Betty expulsó a Raquel de su casa con cajas destempladas, jurando y perjurando que nunca más volverían a verse.

Y así fue... al menos durante largo tiempo.

Raquel lloró amargamente aquel día y los sucesivos; quería mucho a su hermana pequeña y, al contrario que ésta, era una mujer apacible y conciliadora.

Con gran dolor de corazón, se mudó a vivir sola a un pequeño apartamento del barrio de Burgassot, en la zona oeste del área metropolitana de Valencia, cuyo alquiler a duras

penas costeaba con el dinero que le pagaban por atender a un matrimonio anciano durante cinco horas al día.

Poco después, halló providencialmente otro trabajo como empleada de hogar externa en casa de un matrimonio de mediana edad con tres hijos.

Desde el principio congenió con la señora, que trabajaba fuera de casa, igual que el marido.

Finalmente, Raquel no tuvo más remedio que trasladarse a vivir con ellos, como interna, asumiendo las tareas del hogar y el cuidado de los niños de siete, cuatro y dos años, respectivamente.

A medida que transcurría el tiempo, Raquel iba convirtiéndose en un miembro más de la familia. Su infinita paciencia y su ternura en el trato le granjearon enseguida el cariño de los más pequeños, que a todas horas querían jugar con ella y ver películas infantiles en la televisión.

«La verdad es que me sentí muy a gusto desde el primer día -asegura Raquel-. Es una familia encantadora. Lo primero que me llamó la atención fue su vida de piedad: iban a Misa todos los domingos con mucho fervor. Más tarde, cuando los dos hijos mayores, Ana y Manuel, hicieron la Primera Comunión, recibían al Señor incluso entre semana. Su ejemplo me sirvió para acercarme un poco a Dios, de quien siempre había estado alejada porque mis padres no me transmitieron la fe católica».

Elena y Antonio, los señores de la casa, profesaban gran devoción al Padre Pío desde que, durante una peregrinación al santuario de la Virgen Fátima en mayo de 2001, oyeron hablar por primera vez del santo italiano al sacerdote que les acompañaba.

Desde entonces, sobre todo Elena fomentó su propia devoción al Padre Pío pidiéndole de forma incansable por su familia y amigos. Llegó un momento en que su sintonía con el santo fue proverbial: casi cada cosa que le imploraba, el Señor se la concedía por su intercesión.

Elena era una mujer piadosa que cada mañana, antes de incorporarse al concesionario de automóviles, asistía a la Santa Misa y luego, por la noche, rezaba el Santo Rosario con su marido.

Entre tanto, Raquel y Betty seguían sin verse.

Las únicas noticias que Raquel tenía de su hermana se las proporcionaba la madre de ambas... ¡desde Venezuela!

Cada vez que Raquel deseaba saber algo de su hermana pequeña, debía preguntársela a su madre por correo electrónico. Sólo así estaba al corriente de que Betty estaba bien y no la necesitaba.

Pero aun así, aquel distanciamiento la sumía en un profundo dolor; deseaba más que nada en el mundo reconciliarse con Betty, especialmente cuando decidió regresar a Venezuela en mayo de 2011 para atender a su madre enferma.

Semanas atrás, Elena le había dejado un ejemplar del libro Padre Pío para que lo leyese. Raquel lo cogió con cierta desconfianza, aunque hubiese oído hablar ya del capuchino a la señora. Empezó a leerlo y...

«Me quedé impactada -admite ella misma-. Era un santo muy especial, que obraba prodigios increíbles en la gente. Reparé en que al final del libro había una novena para pedirle favores. Entonces pensé: "¿Por qué no le imploraba yo que arreglase mi relación con Betty?". Durante una semana entera recé aquella oración con toda la fe de que fui capaz, hasta que poco después me decidí a telefonar a mi hermana. Me daba miedo pero, curiosamente, cuando ella cogió el teléfono advertí en su voz un tono muy distinto al de nuestra última despedida. Le dije que deseaba verla antes de regresar a Venezuela y, para mi sorpresa, se alegró mucho de ello. Cuando al día siguiente nos reencontramos en su casa, me dio un abrazo muy fuerte y, llorando, me pidió perdón. Llevábamos siete largos años sin hablarnos. ¿No es acaso esto un milagro? Yo no tengo la menor duda de que el Padre Pío nos ha unido de nuevo y le doy las gracias de corazón. Ahora yo también voy a Misa y le pido a Dios que me ayude a ser un poco mejor cada día».

BENDITAS MULTAS

Esperanza dejó de hacer honor a su nombre en cuanto perdió su empleo.

Trabajaba en una inmobiliaria, hasta que en enero de 2008 la despidieron por llevar seis meses sin vender un solo piso a causa de la maldita crisis.

Desde entonces, una tremenda desesperanza se apoderó de ella.

Con 40 años, se mantenía soltera y residía en casa de su madre en compañía de dos hermanas.

El tiempo pasaba y Esperanza era incapaz de encontrar trabajo en cualquier sector. Durante los tres primeros meses en paro, envió currículos a más de medio centenar de empresas de los más variopintos negocios: desde inmobiliarias, aseguradoras y supermercados, hasta cadenas de hamburgueserías, colegios y guarderías, pasando por una agencia de empleadas de hogar... ¡Ella, que rara vez había fregado un plato!

Pero nadie le ofreció ni el más mísero contrato temporal.

Su desesperanza inicial se tornó así en verdadera angustia, a medida que se le agotaba el subsidio de desempleo.

En enero de 2010, justo cuando le tocaba percibir el último mes de paro, conoció a una chica que le habló del Padre Pío.

Esperanza vivía entonces la fe a su manera, sin asistir a Misa por muy domingo que fuese.

Cuando aquella chica empezó a contarle la vida del Padre Pío, sintió que le hablaba en chino. Por nada del mundo hubiese sospechado entonces que aquel fraile desconocido iba a sacarle del mayor apuro de su vida.

Aceptó la novena con escaso entusiasmo pero, sin saber por qué, de regreso en casa empezó a rezarla; y así hizo los tres días siguientes hasta que al cuarto... ¡le llamaron para un trabajo!

Tras dos largos años en paro, acabó firmando un contrato de seis meses como controladora de multas de aparcamiento, prorrogado a su término por tres meses más.

Pero lo más importante de todo no fue eso:

«Desde que empecé a trabajar -explica Esperanza-, creció poco a poco mi devoción al Padre Pío, a quien guardo ya eterno agradecimiento por su inestimable ayuda. Poco después, leí el libro Padre Pío, que me descubrió las verdaderas facetas de este gran santo. Hoy, gracias al Padre Pío tengo una fe distinta y una luz de la que antes carecía».

EL AUTOR,

en Madrid, a 23 de junio de 2011

¿Por qué existe el mal en el mundo?

Escucha con atención: Una madre está bordando. Su hijo, sentado en un pequeño taburete, contempla su trabajo pero al revés. Ve los nudos del bordado, los hilos revueltos. Y dice: «Mamá, ¿se puede saber qué haces? ¡Se ve poco claro tu trabajo!».

Entonces la madre baja el bastidor y enseña la parte buena del bordado.

Cada color está en su sitio y la variedad de los hilos se ajusta a la armonía del dibujo. ¡Eso es! Nosotros vemos el reverso del bordado; estamos sentados en un taburete bajo. SAN PÍO DE PIETRELCINA

CRONOLOGÍA DEL PADRE PÍO

1887 25 de mayo: Nace en Pietrelcina (Benevento).

26 de mayo: Bautizado en la iglesia arciprestal de Santa María de los Ángeles.

1892 Con cinco años promete fidelidad a San Francisco.

1899 27 de septiembre: Recibe la Confirmación.

1903 6 de enero: Ingresa en el convento de Morcone (Benevento)

22 de enero: Viste el hábito de novicio en la Orden de los Capuchinos con el nombre de Fray Pío de Pietrelcina.

1904 22 de enero: Profesión de los votos simples.

1907 27 de enero: Profesión de los votos solemnes.

Octubre: Inicio de los estudios de Teología bajo la dirección del padre Agostino de San Marco in Lamis.

1910 10 de agosto: Ordenación sacerdotal en la capilla de los canónigos de la Catedral de Benevento.

14 de agosto: Celebración de la primera Misa solemne en Pietrelcina.

Finales: Aparecen por primera vez los estigmas en las manos, los cuales dejan de ser visibles al cabo de unos días.

1916 28 de julio: Llegada a San Giovanni Rotondo.

1918 5-7 de agosto: Recibe la transverberación, durante la cual su corazón es traspasado por una lanza de fuego arrojada por el mismo Jesús.

20 de septiembre: Hallándose en el coro, en acción de gracias tras la Misa, recibe los estigmas en manos, pies y costado.

1929 3 de enero: Fallece su madre en San Giovanni Rotondo.

1931 9 de junio: Prohibición para ejercer su ministerio sacerdotal, salvo la celebración de la Santa Misa en privado.

1933 16 de julio: Autorización para celebrar Misa en público y confesar.

1946 7 de octubre: Fallece su padre en San Giovanni Rotondo.

1956 5 de mayo: Inauguración de la Casa Alivio del Sufrimiento.

1968 22 de septiembre: Celebración de su última Misa a las cinco de la mañana.

23 de septiembre: Fray Paolo Covino administra la Extremaunción al Padre Pío, que fallece alrededor de las dos y media de la madrugada.

1992 2 de mayo: Juan Pablo II le declara beato.

2002 16 de junio: Juan Pablo II le declara santo de la Iglesia.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

CABODEVILLA GARDE, ELÍAS, Oración de Juan Pablo II al Padre Pío de Pietrelcina, Ediciones Padre Pío de Pietrelcina, San Giovanni Rotondo, 2003.

-El Padre Pío se confiesa, Informe de la Visita Apostólica de monseñor Rafael Carlos Rossi al Padre Pío de Pietrelcina (Copia del manuscrito).

- Una Iglesia para San Pío, una Santidad para la Iglesia, Ediciones Padre Pío de Pietrelcina, San Giovanni Rotondo, 2005.

CHIRON, YVES, El Padre Pío, el capuchino de los estigmas, Palabra, Madrid, 2006.

DEL FANTE, ALBERTO, De la duda a la fe, Anonima Arti Grafiche, Bolonia, 1949.

DUBOIS, JEAN-DOMINIQUE, El Padre Pío, Editorial Ciudad Nueva, Madrid, 2004.

FERNANDO DA RIESE (PIO X), Padre Pio da Pietrelcina, Ediciones Padre Pío de Pietrelcina, San Giovanni Rotondo, 1984.

HAMEL, RENE, Con el Padre Pío, Vergara Editorial, Barcelona, 1957.

NAPOLITANO, FRANCISCO, Padre Pío, el estigmatizado, Ediciones Padre Pío de Pietrelcina, San Giovanni Rotondo, 2004. Segunda edición corregida y actualizada por fray Elías Cabodevilla.

PAOLINO DA CASACALENDA, Le mie Memorie intorno a Padre Pío, Ediciones Padre Pío de Pietrelcina, San Giovanni Rotondo, 1954.

PIETRELCINA, PADRE PÍO DE, Epistolario, Ediciones Voce di Padre Pio, San Giovanni Rotondo, 1981 (4 volúmenes).

POLO, MARCO, El varón de Dios, Editorial Vicente Ferrer, Barcelona, 1957.

RIPABOTTONI, ALESSANDRO DA, Padre Pio da Pietrelcina. Il Cireneo di tutti. Ediciones Padre Pío de Pietrelcina, San Giovanni Rotondo, 2003.

SÁEZ DE OCÁRIZ, LEANDRO, Pío de Pietrelcina, místico y apóstol, San Pablo, Madrid, 1999.

SÁNCHEZ-VENTURA, FRANCISCO, El Padre Pío de Pietrelcina, un caso inaudito en la historia de la Iglesia, Editorial Círculo, Zaragoza, 1969.

WINOWSKA, MARÍA, Un estigmatizado de nuestros días, Ediciones Desclée de Brouwer, Bilbao, 1962.

AGRADECIMIENTOS

Estas páginas estarían aún hoy en blanco sin el esfuerzo colectivo, la ilusión y las oraciones de muchas almas de bien, empezando por mis editores Álex Rosal y Carmelo López-Arias, que apostaron con encomiable fe por este proyecto hecho al fin realidad.

Conste también mi más sincero agradecimiento a Fray Elías Cabodevilla, dedicado desde hace muchos años a difundir con admirable celo la memoria del Padre Pío por todos los rincones de España. A él debo su inestimable ayuda y aliento, así como su generosa presentación.

Mi gratitud igualmente al superior del convento de San Giovanni Rotondo, Fray Carlos M. Laborde, por abrirme sus puertas, permitiéndome acceder a los lugares reservados donde vivió la mayor parte de su vida el Padre Pío: su celda número 5, la pequeña capilla donde celebraba Misa en la intimidad, el Coro donde recibió los estigmas del Señor, el corredor que atravesaba cada día para dirigirse a la habitación, su confesonario... e incluso sus objetos personales y piadosos: las dilatadas sandalias, el lienzo con restos de su bendita sangre, la preciosa imagen de la Virgen de las Gracias, el crucifijo, el Santo Rosario...

Sería injusto no agradecer también al Padre Nazario su decisiva mediación en las entrevistas con algunos testigos de excepción en la vida del Padre Pío, como sor Consolata, Fray Paolo Covino y Pierino Galeone, a quienes rindo desde aquí mi más sentido homenaje.

Gracias de corazón a Georgina Trías, entre otras razones por traducir admirablemente los testimonios contenidos en la Positio.

Tampoco me han faltado el apoyo y las oraciones de varios sacerdotes, así como las de Marita, Oscar Corominas, Fernando Seco, José Ramón y Cuca Corominas, Mari Carmen, Cherra, Fernando Paz, Lara y tantas otras personas que aportan cada día su granito de arena para dar a conocer al Padre Pío.

Finalmente, y bien entendido que los últimos serán los primeros, Paloma, Borja e Inés estuvieron una vez más a mi lado.

NOVENA DEL PADRE PÍO

ORACIÓN AL SEÑOR POR INTERCESIÓN DE SAN PÍO DE PIETRELCINA

Oh Dios, que a San Pío de Pietrelcina, sacerdote capuchino, le has concedido el insigne privilegio de participar, de modo admirable, de la pasión de tu Hijo: Concédeme, por su intercesión, la gracia de... que ardientemente deseo: y otórgame, sobre todo, que yo me conforme a la muerte de Jesús para alcanzar después la gloria de la resurrección.

Gloria al Padre... (tres veces).

NOVENA AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Nota: La presente Novena la recitaba diariamente el Padre Pío por todos aquellos que solicitaban sus oraciones. Se invita a los fieles a recitarla también diariamente confiando en la intercesión de San Pío de Pietrelcina.

1. ¡Oh Jesús mío!, que dijiste: «En verdad os digo: Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá». He aquí que, confiado en tu palabra divina, llamo, busco y te pido la gracia...

*Padre Nuestro, Ave María y Gloria.
Sagrado Corazón de Jesús, en Ti confío.*

2. ¡Oh Jesús mío!, que dijiste: «En verdad os digo: todo lo que pediréis a mi Padre en mi nombre, Él os lo concederá». He aquí que, confiado en tu palabra divina, pido al eterno Padre en tu nombre la gracia...

*Padre Nuestro, Ave María y Gloria.
Sagrado Corazón de Jesús, en Ti confío.*

3. ¡Oh Jesús Mío!, que dijiste: «En verdad os digo: los cielos y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán». He aquí que, confiado en la infalibilidad de tu Palabra divina, te pido la gracia...

*Padre Nuestro, Ave María y Gloria.
Sagrado Corazón de Jesús, en Ti confío.*

Oh Sagrado Corazón de Jesús, infinitamente compasivo con los desgraciados, ten piedad de nosotros, pobres pecadores, y concédenos las gracias que te pedimos por medio del

Inmaculado Corazón de María, nuestra tierna Madre.

San José, padre adoptivo del Sagrado Corazón de Jesús, ruega por nosotros.

Los lectores que lo deseen pueden enviar los testimonios de las gracias concedidas por intercesión de San Pío de Pietrelcina a la dirección de correo electrónico de Fray Elías Cabodevilla:

eliascga@terra.es